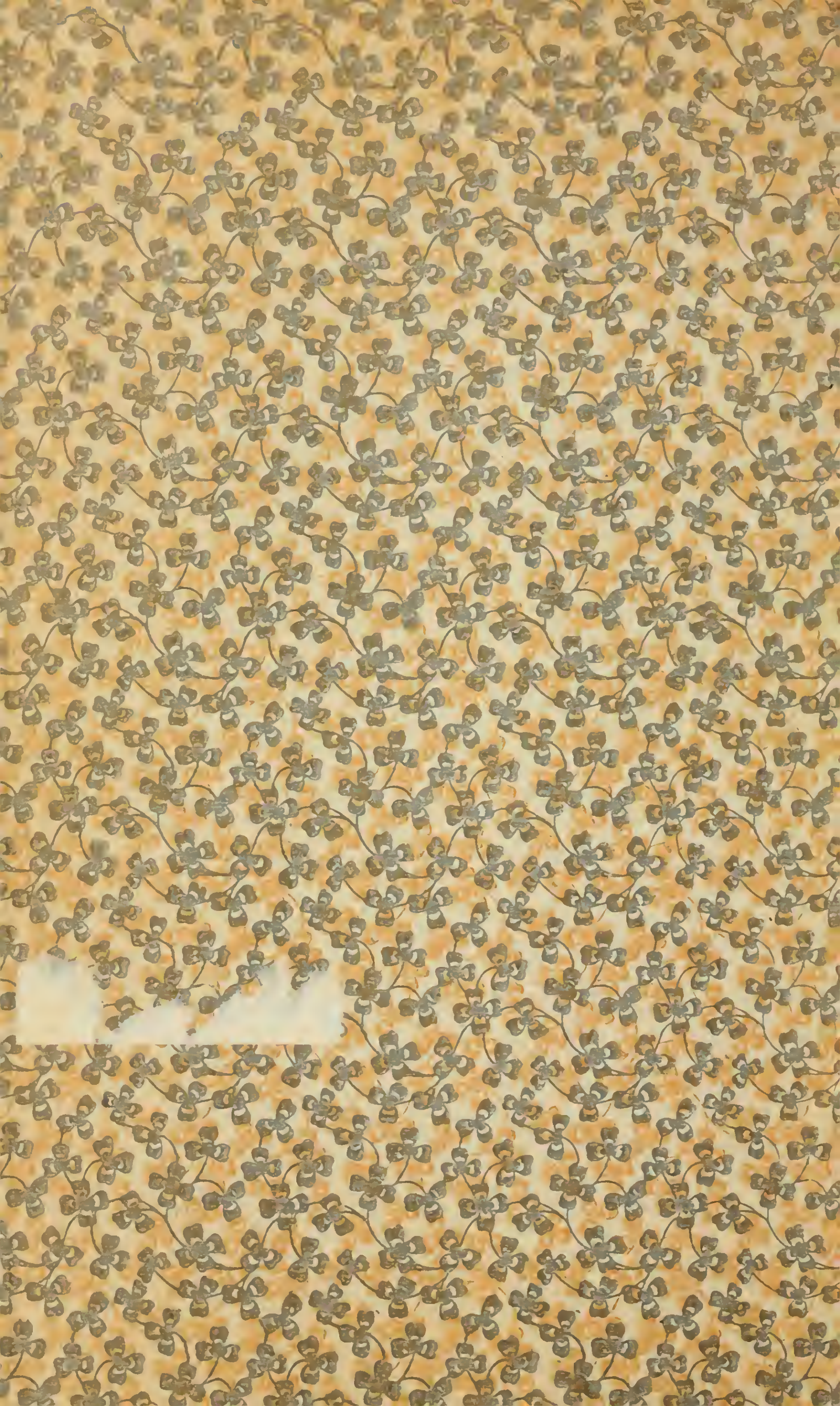

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 116 278 3





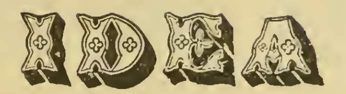












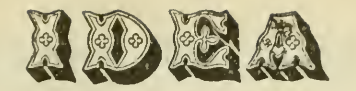
DEL

IMPERIO DE ANNAM,

Ó DE LOS REINOS UNIDOS

DE TUNQUIN Y COCHINCHINA.





DEL

IMPERIO DE ANNAM,

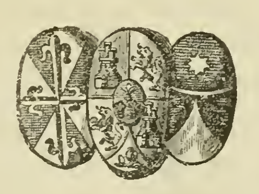
Ó DE LOS REINOS UNIDOS

DE TUNQUIN Y COCHINCHINA,

ESCRITA

POR EL R. P. FR. MANUEL DE RIVAS,

del Orden de Predicadores, y Vicario actual de San Juan del Monte.



MADRID:

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. EUSEBIO AGUADO. — PONTEJOS, 8.

1859.



AL EXCMO. SR. D. FERNANDO DE NORZAGARAY,

SENADOR DEL REINO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III, DE LAS REALES Y MILITARES DE S. FERNANDO Y S. HERMENEGILDO, DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, Y DE LA REAL Y MILITAR PORTUGUESA DE NUESTRA SEÑORA DE VILLAVICIOSA, GRAN OFICIAL DE LA LEGION DE HONOR, CABALLERO DE SEGUNDA CLASE DE LA REAL Y MILITAR DE SAN FERNANDO Y DOS VECES DE LA DE PRIMERA, CONDECORADO CON VARIAS CRUCES DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, BENEMÉRITO DE LA PATRIA, ACADÉMICO DE HONOR DE LA REAL DE NOBLES Y BELLAS ARTES DE SAN LUIS DE ZARAGOZA, SOCIO DE MÉRITO DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS DE PUERTO-RICO, GENTIL HOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO, SU SECRETARIO CON EJERCICIO DE DECRETOS, TENIENTE GENERAL DE LOS REALES EJERCITOS, GOBERNADOR, CAPITAN GENERAL, VICE-REAL-PATRONO, PRESIDENTE DE LA REAL AUDIENCIA CHANCILLERÍA, SUPERINTENDENTE DELEGADO DE HACIENDA DE LAS ISLAS FILIPINAS, Y EN TAL CONCEPTO INSPECTOR DEL RESGUARDO MARÍTIMO Y TERRESTRE, PRESIDENTE DE LA JUNTA DE AUTORIDADES SUPERIORES, DE LA DE PRESUPUESTOS, Y DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MANILA, SUBDELEGADO DE LA RENTA DE CORREOS, PROTECTOR DEL BANCO ESPAÑOL FILIPINO DE ISABEL II Y DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS, INSPECTOR GENERAL DE TODAS LAS ARMAS É INSTITUTOS DE ESTE EJÉRCITO, ETC., ETC., ETC.

Excmo. Sr.

Grande era la afliccion de mi corazon cuando, hallándome en las Misiones de Tunquin, veia la religion perseguida, sin género alguno de proteccion de las naciones europeas, echando de menos los antiguos tiempos de la fervorosa fe católica, en que tantos héroes esgrimieran sus armas en favor del cristianismo contra el furor de la media luna bajo las banderas de los Ricardos, Fernandos y Luises. Deseaba yo entonces, no que el Tunquin y Cochinchina fuesen objeto de la conquista de alguna nacion europea, pues esto á mi ver no era lícito, sino que de algun modo se pusiese coto y freno á la arbitrariedad del Soberano de aquellos infortunados paises, que contra la razon y las leyes naturales derramaba la sangre inocente de sus mejores

vasallos, y de tantos varones apostólicos de la Europa, que cumpliendo con el precepto del Salvador acudian á evangelizar á sus súbditos el reino de los Cielos. La esperanza que entonces no tenia, ahora la veo cumplida con la proyectada espedicion que van á emprender Francia y España unidas. Al gobierno del Emperador Napoleon, y al de S. M. Católica, se deben principalmente la prez y gloria de tan grande empresa; mas á V. E. tambien le toca no pequeña parte por el incansable y ardoroso celo con que procura todo lo necesario para que la espedicion tenga un éxito feliz. En nombre, pues, de los católicos Anamitas y de los del mundo entero, doy á V. E. las mas cordiales gracias, al mismo tiempo que le dedico este desaliñado trabajo, escrito por orden de V. E., para que sus datos sirvan al mejor éxito de las operaciones futuras, en un pueblo que apenas es conocido sino por los Misioneros.

Ruego á V. E. disimule las faltas que tendrá este trabajo, en consideracion al corto espacio de tres meses en que ha debido concluirse, y á la buena voluntad con que le pone en sus manos como pequeño tributo de profundo respeto, quien se ofrece á las ulteriores órdenes de V. E., su menor Capellan Q. B. S. M.

Excmo. Señor,

Fr. Manuel de Rivas.

MOTIVO DE LA REIMPRESION DE ESTE OPÚSCULO.

El siguiente opúsculo fué publicado en Manila, hace pocos meses, para complacer los deseos del Excmo. Sr. Capitan General de las Islas Filipinas, que deseaba tener noticias circunstanciadas del reino de la Cochinchina, para el mejor acierto en la direccion de las operaciones militares de la espedicion Franco-Hispana. La claridad, precision y lucidez con que se hace la descripcion de aquel vasto imperio, de su estension, confines, puertos, rios, ciudades, productos, costumbres, religion y estado del pais, le hacen muy recomendable en las presentes circunstancias. El M. R. P. Fr. Manuel Rivas, su autor, ha estado siete años de Misionero en aquel reino; y por lo tanto su relacion se funda en datos positivos de un testigo de vista, imparcial, bien informado y fidedigno. Este Religioso se halla hoy con la espedicion Franco-Española en la Cochinchina, en compañía de los M. RR. PP. Fr. Francisco Gainza, Catedrático de Cánones en la Universidad de Manila, y el Dr. Fr. Francisco Rivas, Lector de Sagrada Teología, los tres del Orden de Predicadores, que por disposicion del Gobierno de S. M. acompañan á la division espedicionaria, para prestar auxilios espirituales á las tropas, y muy particularmente para consolar y asistir á los heridos y enfermos. Como las noticias que hasta hoy se tenian de la Cochinchina son tan escasas, he creido hacer un obsequio á nuestra patria reimprimiendo este curioso opúsculo; pues en las actuales circunstancias será como

un mapa general para poner á los lectores al corriente de las operaciones militares del ejército Franco-Español.

Despues de la publicacion de este opúsculo en Manila, se han recibido en el Colegio de Ocaña algunas noticias importantes acerca de las Misiones de los Dominicos españoles en la Cochinchina, como tambien algunas relativas á la espedicion Franco-Española, y se ponen al fin para ampliacion de las que se dan en este escrito, con algunas reflexiones que me han parecido ser útiles para el bien de la Religion y del Estado.

IDEA DEL IMPERIO DE ANNAM

Ó DE LOS

REINOS UNIDOS DE TUNQUIN Y COCHINCHINA.

CAPITULO I.

Origen y progresos del Imperio Anamita.

Habiendo hasta el dia presente estado cerrado este interesante Imperio al comercio europeo, y separado de la política de los paises civilizados, no es estraño que los españoles apenas tengan ideas de este pais vecino á *Manila,* de tal manera que la generalidad de las gentes, aun regularmente instruidas, confundan á *Tunquin* y *Cochinchina* con provincias del *Imperio Chino,* del que creen forman parte, no distinguiéndose tampoco ni en lengua ni en costumbres.

Esta es una idea falsa, aunque disculpable por falta de datos; y hé aquí por qué yo, que he permanecido siete años en ese Imperio, pretendo dar algunas nociones de él; aunque poco me he podido enterar, por mis ocupaciones

continuas en el ministerio apostólico, que era grande impedimento á mi curiosidad. Por esto no puedo intitular mi desaliñado escrito de otra manera que lo hago, y me contentaré muy mucho con que el lector, al concluir la lectura, tenga siquiera idea de este pais, y de lo mas principal que á él pertenece; y que en lo futuro pueda servir mi trabajo á los intereses del comercio de las Filipinas, y á la mas facil propagacion de la Religion Católica, á la que pertenecen ya mas de 500.000 Tunquinos y Cochinchinos.

Como todos los antiguos reinos del mundo, se pierde en la oscuridad de los tiempos el origen de Tunquin y Cochinchina; y solo se puede conjeturar por el idioma y costumbres, que ambos estados fueron al principio colonias Chinas, con mezcla de otras gentes de la raza malaya, que llegando allí en tiempos mas modernos, se confundieron en lengua y en costumbres con los primeros habitantes de la colonia, conservando empero mucho de la raza peculiar en color, configuracion y hábitos. En efecto, cualquiera que vea á los habitantes de Tunquin y Cochinchina, y tenga conocimiento de los mestizos de chino y malayo de Manila, juzgará que unos y otros tienen este doble origen, pues en unos y otros es igual el tipo, y tambien una la causa de la mezcla.

Segun las historias de Tunquin, antiguamente estuvo todo este reino sujeto á la China, que lo gobernaba por Vireyes ó Gobernadores, hasta el año 968, desde cuya fecha se gobernaron los Tunquinos por Reyes propios de tres dinastías, hasta el año de 1424 en que acabó la última, y el reino fue de nuevo conquistado, ó mas bien invadido por grandes ejércitos del poderoso Imperio Chino.

A los dos años de esta invasion, y creyéndose los chi-

nos pacíficos dueños del pais, fueron atacados por un individuo de la antigua familia de *Le,* á la que perteneció la última dinastía; y mudando su nombre, que era *Soi,* en el de *Thai-to,* se coronó por Rey, y emprendió la difícil empresa de arrojar de su reino á los conquistadores. Los tunquinos, que en los dos años anteriores habian sido terriblemente vejados por los ejércitos chinos, ayudaron heróicamente á su nuevo Monarca en aquella guerra de su independencia, y el valor de este pueblo no pudo ser domado por el grande Emperador de la China en el largo tiempo de diez años que duró la guerra. Los ejércitos del Imperio Celeste fueron vergonzosamente batidos y destrozados por otros de hombres casi desnudos, hambrientos y miserables; y mas de trescientos mil chinos quedaron tendidos en los campos de Tunquin, traspasados por las flechas de espinas de pescados, por las lanzas de bambú, y por unos cuantos groseros y mal forjados alfanges. Harto de vencer Thai-To las huestes del Imperio, esperaba ansioso nuevas batallas y nuevos triunfos; pero escarmentados y acobardados los chinos ya no se atrevieron mas á pisar el territorio de Tunquin, donde tan repetidas veces habian visto humilladas su soberbia y arrogancia.

Viéndose impotente para proseguir la guerra, el Emperador pidió la paz, y la obtuvo con favorables condiciones del nuevo Rey. En efecto, este conquistador, que llegó con sus ejércitos hasta cerca de las murallas de *Canton,* podia dejar cortados todos los lazos que ligaran á su reino con la China; mas juzgó prudentemente que esto no convenia á sus intereses, tanto porque su pobre reino no podia pasar sin los artefactos chinos, cuanto porque, á pesar de tan sangrientas guerras, conservaban aún los tunquinos y cochinchinos suma veneracion al Celeste imperio,

cuyo origen traian, como sucede al hijo con su padre, de quien su bien particular le emancipa. Por estas y otras razones de privada y particular conveniencia, prometió el Rey al Emperador cierto pequeño tributo cada tres años, y el Emperador envió entonces legados que representasen su persona y coronasen por legítimo Rey á su antiguo vasallo. Las mismas dos condiciones se estipularon valederas para lo futuro, con respecto á los otros Reyes que se fuesen sucediendo en el discurso de los tiempos: y se observan religiosamente hasta en nuestros dias, en que los Reyes de Tunquin y Cochinchina ya se intitulan Emperadores é *Hijos del Cielo,* como el mismo Soberano de la gran China.

El nuevo Rey de Tunquin pertenecia, como se ha dicho, á la ilustre dinastía llamada Le; y mientras ella gobernó el reino, los pueblos fueron bastante felices, ó á lo menos gozaron con sus Reyes propios de la disminucion de insoportables tributos con que los chinos los habian agobiado tanto tiempo, y se vieron libres de las infinitas gabelas con que los Vireyes, pequeños Mandarines y otros empleados habian saqueado sus bienes y empobrecídolos sin misericordia.

Thai-Tó reinó desde 1428 hasta 1435, y dejó un hijo que en su coronacion tomó el nombre de *Thai-Toung*. Este nuevo Monarca era muy pacífico; y así, satisfecho con dominar directamente una buena parte del reino, lo demás lo dejó á los capitanes de su padre que se lo repartiesen entre sí, imponiéndoles solo un pequeño tributo. En su tiempo, sin embargo, se verificó la conquista de una gran parte del reino de *Xiem-La* (Chiampa), y los habitantes, que son muy morenos, los repartió en las provincias de Tunquin, para que las poblasen y cultivasen las tierras:

estos colonos se propagaron con el tiempo asombrosamente, y sus descendientes son conocidos hasta el dia en su color, y en que tienen los dedos gordos de ambos pies muy desviados de los otros, formando con ellos un ángulo agudo; lo que es cosa muy notable, por ignorarse la causa de esta anomalía.

Poco mas ó menos de un siglo se sucedieron los Reyes de la familia Lé en el trono, sin graves acontecimientos que de contar sean, hasta el año de 1523, en que el Monarca entonces reinante, llamado *Cung-Hoang*, fue obligado á dejar el cetro á un yerno suyo, que de la mas baja esfera habia subido á general y favorito. Este usurpador, perteneciente á una familia llamada Mac, tomó en su coronacion por nombre *Le-Du*, y gobernó el reino con tanto acierto, que contentó á todos sus vasallos, y muy pronto fué olvidada la familia destronada. Su hijo, sin embargo, no siguió en su usurpacion las buenas máximas de su prudente antecesor, y muy luego el descontento público le suscitó enemigos poderosos. Entre estos, uno mas sagaz y afortunado levantó el estandarte de la insurreccion, y en muchas batallas venció á los partidarios del Rey ilegítimo, que á pesar de estar favorecido por el Emperador de la China, quedó con sus parciales arrinconado en un ángulo pequeño de la parte septentrional de Tunquin, donde se formó un pequeño reino llamado *Cao-Bang*, que existió como sesenta años, y últimamente acabó por la conquista de los Reyes de Tunquin: yo he visto las ruinas de la corte, y de inmensos acueductos que existieron en aquellos lugares estériles y montuosos. Aquel pequeño estado dió mucho que hacer en el tiempo que existió á los Reyes de Tunquin, pues habitando en un pais tan escabroso, contínuamente se descolgaban á las llanuras tropas

de gente foragida, que robaban los pueblos de la provincia oriental, talaban los campos, y todo lo llevaban á sangre y fuego.

Reducida la dinastía Mac al dicho rincon de los montes, el vencedor, que pertenecia á una familia llamada *Trinh,* no quiso coronarse por Rey, y dió este título á un individuo que quedaba de la dinastía Lé, quien en su coronacion tomó el nombre de *Trang-Toung;* mas tanto este Rey como sus sucesores (desde 1533 hasta el fin del siglo XVIII en que acabó toda la familia), solo conservaron el nombre de Rey (*Bua*), con una pequeña pension para su subsistencia; y la familia Trinh dominó verdaderamente el reino con el título de *Chua,* que significa Señor. Los gefes de esta familia, Regentes perpétuos de Tunquin, engrandecieron el reino con muchas provincias, arrebatadas al contiguo reino de *Xiem-La* ó *Chiampa,* y de *Cuo-Mien* ó *Camboja.*

Todas estas provincias formaron unidas desde entonces el reino de Cochinchina, llamado así por los portugueses, hasta el año de 1600, en que un general del Regente de Tunquin negó á este la obediencia, y se coronó por Rey independiente del nuevo estado. Este primer Rey de Cochinchina y sus sucesores, sostuvieron por muchos años guerras sangrientas, no solo contra Tunquin, sino contra *Camboja, Chiampa* y *Siam,* hasta que últimamente quedaron pacíficos dueños del pais, cada dia mas engrandecido con las conquistas de otras provincias arrebatadas á los reinos adyacentes. Desde entonces no faltaron disturbios, y divisiones intestinas en ambos reinos, de manera que jamás pudieron, ni el uno ni el otro, consolidar un gobierno de justicia y de equidad, sin duda por la fatalidad de contarse en cada estado dos Reyes, que aunque

uno fuese nominal, tenia sin embargo bastante influjo en los ánimos de los descontentos. Esto siguió así, hasta que á fines del siglo XVIII, los montañeses de la parte occidental de Tunquin levantaron una guerra civil, primero en el reino de Cochinchina y despues en el de Tunquin, que acabó con la dinastía de este último estado; y al principio del siglo presente elevó á Nguyen-Anh, hijo de los Reyes de Cochinchina, á la dignidad de Emperador de ambos reinos unidos, imperio llamado en los documentos oficiales *Dai-Viet*.

La familia de los *Tay-Son* ó Montañeses que tiranizaron á Cochinchina y Tunquin por mas de 28 años enteros, desde 1785 hasta 1803, eran tres hermanos: el mayor, llamado Nhac; el segundo un Bonzo de poca influencia; y el tercero Laong-Nhuong, mas hábil que los dos para gobernar, valiente y osado al mismo tiempo.

Estos usurpadores destruyeron y asesinaron á toda la familia real de Cochinchina, de cuyo desastre solo el segundo hijo del Rey pudo escaparse. Por temor á ellos se suicidó el último Regente de Tunquin; y el Rey, postrer vástago de la dinastía Le, despues de muchas vicisitudes, marchó á China, de donde no ha vuelto, ni se ha sabido jamás su paradero. Los tunquinos, sin embargo, todavía aguardan á su último Rey que les libre de los cochinchinos, á quienes actualmente están sujetos, y á los cuales aborrecen con todo su corazon.

Todo este tiempo de la tiranía de los Tay-Son, estuvo el hijo del último Rey de Cochinchina espuesto á ser cojido y muerto por sus rivales, y pasó infinitos trabajos, mas bien huyendo que combatiendo. Hallándose este Príncipe mas hostigado y perseguido que nunca, el Ilmo. Pedro Pigneax, Obispo titular de Adra y Vicario Apostólico de

los Misioneros lazaristas de Cochinchina, se compadeció de sus grandes infortunios, le buscó en los montes, le socorrió con lo que tuvo, y le hizo confiar que la Francia sería su salvadora, si imploraba su proteccion poderosa, enviando una embajada con su propio hijo primogénito. A todo accedió Nguyen-Anh de buena gana, y el magnánimo Obispo de Adra se embarcó con el hijo primogénito para Francia, á donde llegó con felicidad el año 1789. Reinaba entonces Luis XVI, y dada la embajada, se firmó un tratado entre Francia y Cochinchina, muy favorable á ambos estados, pues al Rey destronado se le prometieron 5.000 franceses para ponerle pacíficamente en su trono, y la Francia conseguia en reciprocidad la propiedad del magnífico puerto de *Touron,* para una factoría de comercio, y otras cosas interesantísimas, en aquel tiempo que la Francia estaba en guerra con la Gran-Bretaña. Este tratado no pudo, por causa de la revolucion francesa, efectuarse como se firmó, pues cuando el Obispo con su régio compañero llegó á las posesiones de la India francesa, y presentó al gobernador de Pondicheri las órdenes del Rey de Francia, la revolucion de Europa habia comenzado á trastornarlo todo en aquel reino, donde el Rey estaba preso, y anulados por la Convencion todos los actos del gobierno depuesto. El gobernador, pues, de Pondicheri creyó no hallarse facultado á poner en planta en todas sus partes el grandioso plan del tratado con el Rey de Cochinchina. Sin embargo, á peticion del Obispo de Adra, y á costa de los comerciantes franceses de la India, permitió el embarque de 500 hombres en dos fragatas de comercio, y otra de guerra, que llegaron felizmente á Cochinchina con el Príncipe y el Obispo.

Aunque fuese tan pequeña la intervencion francesa,

surtió, sin embargo, un éxito maravilloso, pues adiestrados por los oficiales franceses, los Cochinchinos, armados á la europea, y entusiasmados con la ayuda poderosa y el ejemplo de sus bravos huéspedes, vencieron en muchas batallas á los enemigos, libertando finalmente á la Cochinchina de su presencia ydominacion. Concluida toda esta gloriosa conquista el año 1802, y viéndose Nguyen-Anh poderoso ya contra los tiranos de Tunquin, despidió á sus huéspedes para las Indias, y ellos se retiraron, dejando una memoria, que en vez de escitar la gratitud de los Cochinchinos, solo ha servido de pretesto á las horribles persecuciones contra la religion, en que ha visto la Francia sufrir á sus virtuosos hijos, y celosos Misioneros, sin conseguir premio alguno de sus gloriosas fatigas. Tamaña ingratitud quedó por entonces sin castigo; mas los franceses nunca han olvidado el tratado, por el cual les pertenece, segun su sentir, la posesion del dicho puerto de *Touron,* y especiales franquicias en los otros de Cochinchina para el comercio de sus nácionales.

Espelidos los rebeldes de Cochinchina, Nguyen-Anh, que habia mudado su nombre en el de *Gia-Laong,* les siguió á Tunquin, y en tres meses, les desalojó tambien de este reino con la ayuda de la entusiasmada poblacion, que acojió muy alegremente á los Cochinchinos, que entraron en el reino como libertadores. Creian los Tunquinos que el Rey de Cochinchina dejaria á Tunquin, ya pacífico, á la familia Le, á quien pertenecia de derecho; pero se engañaron dolorosamente, y solo salieron de las manos de unos tiranos, para caer en las de otros peores y aún mas aborrecidos por la antigua rivalidad, y por haber sido Cochinchina provincia de Tunquin en otro tiempo.

Tarde quisieron los Tunquinos despertar de su letargo;

y todos los esfuerzos que han hecho repetidas veces, para sacudir el yugo de Cochinchina, han sido, no solo inútiles, sino aun perjudiciales á su bienestar; pues sin Rey, sin gefes, sin armas y sin union entre sí, todos sus movimientos han sido impotentes, y han agravado mas y mas el aborrecido yugo, redoblando las cadenas que sobre ellos pesan, y dando mejores y mas plausibles pretestos á los Mandarines de Cochinchina, para que los vejen con insufrible tiranía.

La táctica europea, de que con la intervencion francesa adquirieron alguna idea los oficiales cochinchinos, y las armas de fuego que usa una parte del ejército, fueron y son obstáculos invencibles para que los Tunquinos consigan la ansiada separacion de Cochinchina. Con las asonadas y revueltas, no han conseguido sino empobrecerse mas y mas cada dia, al mismo tiempo que por parte del Emperador se han aumentado los impuestos, y de parte de los Mandarines las injusticias mas escandalosas, y las tropelías mas humillantes. Ni las súplicas, ni los lamentos de los infelices pueblos mueven jamás á sus dominadores á compasion, por lo que, en tiempos de hambre, muchos se van de sus pueblos para otras partes; otros, con horror, se matan á sí mismos; y á bandadas se aumentan los bandoleros y ladrones, que cojidos entonces por las tropas, y condenados como facciosos, acaban su miserable vida atenaceados, descuartizados, y con otros horrendos suplicios de que no pueden tener idea los Europeos.

El Rey Gia-Laong, luego que unió á Tunquin con Cochinchina, en el año 11 del siglo presente, se declaró por Emperador; y muerto pacíficamente en 1820, despues del Príncipe heredero, educado por Mons. de Adra, le sucedió en el Imperio su hijo segundo, llamado *Minh-Manh*, que

arrojó de su lado á dos oficiales franceses, Mrs. Changneau y Vannier, á quienes su padre habia dado el título de Mandarines, y de quienes se aconsejaba alguna que otra vez.

Minh-Manh, por su amor á la justicia, por su talento é instruccion, y por otras bellas cualidades, mereceria el dictado de gran Rey, si no hubiera manchado los anales de su reinado con los torrentes de sangre que derramó de los Misioneros, á quienes su padre protejió durante su vida.

Desde el principio de su reinado, hasta el año 40 en que murió, no cesó jamás de perseguir al cristianismo, primero embozadamente, y de un modo indirecto, mas despues á las claras, con tal furor y astucia, que ciertamente hubiera acabado con la Religion, si el hombre pudiera contra Dios, y el infierno prevaleciese contra la Iglesia. Centenares y aun millares de cristianos perecieron por el lazo, por la espada y por el hacha, ó en consecuencia de los azotes que sufrieron, el hambre y las enfermedades contagiosas de las cárceles, el destierro y los trabajos de los presidios, y de otras mil maneras que es imposible esplicar. Arruinadas mas de 2.000 iglesias en Tunquin y Cochinchina, perdidos casi todos los libros y ornamentos sagrados, arrasados los Colegios de la mision, y muertos casi todos los Obispos y Misioneros europeos por los suplicios mas terribles, y en consecuencia de sus penalidades, y degollados la mitad de los Sacerdotes indígenas, y muchos de los catequistas, las misiones de los PP. Franceses y de los Dominicos españoles se encontraron en la mayor consternacion por mas de 20 años, que duró el grande fuego de la persecucion. Gracias á la intervencion de la Francia, que en varias ocasiones envió los años posteriores algunos barcos de guerra para reclamar los misioneros cojidos, calmó un poco la tiranía en sus furores

mas en el dia, el gobierno de Cochinchina se burla manifiestamente de los franceses, y la persecucion está otra vez en su vigor, con tanta intensidad, como en los funestos dias de Minh-Manh. Su hijo Trieu-Tri, y su nieto Tu-Dùc, han seguido las huellas del padre y abuelo; y si no han causado tan grandes males á la Religion, ha sido el motivo el temor á la Francia, què creian tomaria una ruidosa venganza. Perdido en el dia este temor, ¿qué será en lo futuro de las misiones y de la civilizacion de este pais bárbaro? ¡Dios lo sabe! Mas si se ha de conjeturar por lo pasado, tristes dias aguardan á la Religion en Tunquin y Cochinchina, si las naciones cristianas abandonan á los pobres Misioneros á la furia de un gobierno, que solo respira sangre y esterminio.

El Rey Minh-Manh, y sus sucesores han estendido mucho el Imperio de Gia-Laong con la fuerza de las armas; mas como gran parte de los estados añadidos están descontentos con el tiránico gobierno que les oprime, poca firmeza tiene Imperio semejante; y si Cochinchina se viese envuelta en alguna guerra estranjera, un poco séria y respetable, se disolveria este Imperio con mayor presteza que se formó. Los descontentos de Tunquin, que son todos sus habitantes, solo aguardan una favorable ocasion para sacudir el yugo de la Cochinchina, y cualquier nacion Europea que les diese algun calor, conseguiria dividir luego ambos reinos, principalmente si los Tunquinos tuviesen esperanzas de conseguir un Rey de su misma nacion. La potencia europea que favoreciese á los Tunquinos en sus intentos con armas y con dinero, favoreceria, á mi ver, la causa de la justicia, y al mismo tiempo pondria los fundamentos de la civilizacion de este hermoso reino, del que se podrian sacar millones de escelentes colonos para otras

tierras menos pobladas; colonos que serían sin comparacion mucho mas útiles para labrar los campos, que los chinos, y mas morigerados, humildes y pacíficos. En este caso, pronto sería todo el pueblo cristiano, segun la inclinacion decidida de sus moradores á nuestra santa Religion.



CAPITULO II.

Situacion del Imperio Anamita, con la division de sus provincias, situacion de sus puertos y cómputo de su poblacion.

La estension del Imperio de Annam, de Norte á Sur, es desde el grado 23 hasta el 8, y de Oriente á Occidente, desde el grado 123 al 127. En muchos lugares, sin embargo (en el reino de Cochinchina principalmente), apenas se encuentran diez leguas de anchura.

Los confines de Tunquin y Cochinchina son como siguen: por N. son sus límites los montes de China; por el N. E. la provincia de *Canton,* y el golfo de Tunquin ó de Cochinchina; por el S. el golfo ó mar de Cochinchina; por el S. O. el reino de *Camboja,* y el golfo de *Siam;* por el O. el reino de *Siam,* y parte del reino de *Laos;* y por el N. O. el dicho reino de *Laos.*

El reino de Tunquin principia desde el grado 23 septentrional, en que se une á los montes de China, y llega hasta el grado 17 y como 15 minutos de la parte meridional, donde le divide de Cochinchina un rio caudaloso llamado *Soung-Siang.*

Cuéntanse en este reino doce grandes provincias, otras dos mas pequeñas, y diversas otras de segundo orden, ó dependientes de las grandes, en apelacion de causas mayores.

Entre las grandes provincias, cinco de ellas son las mas importantes, y como Capitanías Generales respecto de las otras. Estas son las llamadas *Tinh-Bac, Tinh-Hai-Duong, Tinh-Nam-Dinh, Tinh-Nghe-An,* y *Tinh-Ha-Noi.*

Las dos provincias mas pequeñas, entre las grandes son las llamadas *Tuan-Phu-Hung-Yen, Tuan-Phu-Yen-Quang.* Las provincias de segundo orden se llaman *Phu,* con su nombre respectivo.

El reino de Cochinchina comienza desde el grado 17 menos 15 minutos N., donde se une con Tunquin, hasta el grado 8, que concluye en *Pudo-Ubi.*

Cochinchina contiene quince provincias, y naturalmente se divide en tres partes: la alta, la media, y la baja Cochinchina.

La superior Cochinchina, ó la septentrional, comprende tres provincias. La primera. *Quang-Binh,* confina con Tunquin; la segunda es *Quang-Tri;* y la tercera *Phu-Xuan,* donde está la corte, que se llama *Húe.* Esta ciudad está construida casi al estilo europeo, y defendida por regulares fortificaciones, dirigidas por oficiales franceses en tiempo de Gia-Laong.

La intermedia Cochinchina comprende seis provincias. La primera es *Quang-Nam,* donde está el escelente puerto de *Touron,* que los naturales, si no me engaño, llaman *Cua-Hán. Quang-Ngay* es provincia estéril. *Binh-Dinh* es una de las mejores de todo el reino. *Phu-Yen* muy opulenta. *Khong-Khoa,* ó *Nha-Trang,* montañosa, pero fértil; y *Binh-Thuan,* provincia muy estensa, que comprende el antiguo reino de *Xiem-La* ó *Chiampa:* en ella se crian infinitas fieras, como *tigres, osos, rinocerontes, elefantes* y otras, y es peligroso viajar por ella.

La inferior Cochinchina, ó *Doung-Nai,* comprende siete provincias. La primera, por el Norte, es *Binh-Hoa.* La segunda *Gia-Dinh,* donde está la ciudad de *Sai-Gon,* frecuentada antiguamente por naves francesas. De esta provincia se hace algun comercio con *Macao,* á donde vie-

nen champanes Cochinchinos de contrabando, y á ella aportaban hasta el tiempo de *Minh-Manh* algunos que otros barcos portugueses y de Manila, y en estos fué muchas veces D. Bernardo Carneiro, residente entonces en Filipinas. La tercera provincia es *Dinh-Tuong,* la cuarta *Ving-Laong;* la quinta *An-Giang;* la sesta *Ha-Tinh;* la séptima antes se llamaba *Nam-Vang,* y nuevamente *Tran,* y en ella está la ciudad de *Calompe,* antigua capital de *Camboja.*

Toda esta parte meridional de Cochinchina, es la mas feraz en *arroz, algodon, seda* y *frutos* de todo género, y por eso se suele llamar el jardin y granero de Cochinchina.

Este reino y el de Tunquin, están atravesados en toda su longitud por un camino llamado Real, muy mal construido, y peor conservado, con el impedimento de innumerables rios sin puente alguno, que el viajero ha de pasar á nado, ó en banca. Sin embargo de esto, los correos del Rey, segun se dice, suelen andar cada dia 50 leguas por este camino detestable: es verdad, que estos correos son pocos, y al servicio de los Mandarines.

Estos dos reinos están surcados de muchos rios, navegables hasta para fragatas y barcos de mayor porte; pero muchas de las barras son peligrosas, aun llevando práctico, por causa de los bancos y los árboles de *Bacauan,* de que están sembradas las riberas del mar, y las bocas de los rios, y que forman con el ramaje un grande impedimento á la navegacion.

El principal rio de Tunquin, llamado *Soung-Ca* ó rio Grande, está situado cerca de *Ke-Cho,* antigua corte de este reino, sobre lo que advierte el Ilmo. Sr. Lefebre, que padecieron error los franceses y los ingleses en sus cartas

geográficas. Este rio recibe en su curso muchos otros bastante caudalosos.

Los otros rios navegables son los siguientes. *Soung-Chay*, en la provincia de *Tuyen-Quang; Soung-Nghe* y *Soung-Diem*, en la provincia de *Hung-Hoa; Soung-Tue-Duc*, en la provincia de *Lang-Son; Thien-Duc*, en la de *Hai-Duong*, y estos dos últimos se juntan en uno. El *Soung-Ba* trae su origen de las montañas de *Laos*, y es rio de mucha grandeza, que desemboca en el puerto llamado *Cua-Lac*. El *Soung-Giang*, que separa de Tunquin á Cochinchina, es tambien rio caudaloso, y entra en el mar por muchas bocas. El *Soung-Mo*, en la provincia de *Nghe-An*, es rio de grande anchura y profundidad; del mar se entra en él por tres bocas. El *Soung-Vé*, en la provincia de *Quang-Ngai;* el *Soung-Da-Lang* en *Phu-Yen;* el *Soung-Laong* en *Binh-Thuan;* y el *Soung-Cam-Dainh:* todos estos rios son igualmente muy grandes, y sus aguas separan unas de otras las provincias de la baja Cochinchina: son tambien los mas hermosos de todo el Imperio, y ramales del gigantesco *Mekon*, magnífico rio, que trae su origen de *Laos* y de *Camboja*.

De estos importantes rios, y de otros mas pequeños que cruzan todo el pais, se forman infinitos canales, mas ó menos profundos, que comunican á los innumerables pueblos de Tunquin y Cochinchina, unos con otros, y hacen el comercio interior sumamente facil, y la conquista del Imperio por fuerzas estranjeras sumamente dificil, si no imposible de todo punto. Esta inmensa mole de aguas, se desprende de las montañas de China, de *Laos* y de *Camboja*, por las cuales las tierras de Tunquin y Cochinchina se trasforman en valles angostos aquí, anchas y dilatadas planicies allí, ensenadas profundas acullá, y en puertos

anchurosos y abrigados á la furia de los vientos, como se ven en pocas partes de la tierra.

Las principales cadenas de montañas, se estienden desde el occidente de Cochinchina, en la direccion de Norte y Sur, desde el grado 11 hasta el 22 de latitud. Esta posicion se diversifica de varias maneras, elevándose como por grados en forma de anfiteatro, desde la ribera del mar hasta la cúspide de montes altísimos, y depriméndose tambien por grados hasta meterse en el mar, donde alguna vez forman escollos formidables de piedra, muy avanzados al esterior.

Las dos mas importantes ramificaciones de estas montañas, son las que separan la provincia de *Quang-Nam*, en cuyo fondo está el puerto de *Touron*, de la de *Thua-Thien*, cuya capital es *Ai-Van*, y la que divide la provincia de *Phu-Yen* de la de *Nha-Trang*. Esta última cadena de montañas se llama *Deo-Ca*, y en su secundaria ramificacion separa á Tunquin de Cochinchina.

Gran parte de los montes de este último reino está habitada de salvajes llamados *Kei-Moi*, los que mucho se asemejan á los Igorrotes de Filipinas; y como aquí, algunos contribuyen al gobierno con un pequeño tributo, y otros son totalmente independientes de toda autoridad estraña: se dice que el número de estas gentes bárbaras llegará á tres millones de individuos. Es tal la insalubridad de los dichos montes para los europeos, y aun para los indígenas de las llanuras, que todo el que allí vive por algun tiempo, ó muere luego, ó enferma de mucha gravedad; y por eso es dificil la reduccion y civilizacion de tan grande número de salvajes.

En todos los montes de la region se crian muchas fieras bravas, como *tigres, rinocerontes, lobos, osos, jaba-*

lies, no siendo tampoco raros el *puerco-espin,* el *gato de algalia,* y otros animales mansos y feroces de formas raras y estravagantes. Internado yo algo en los montes de Tunquin que miran á China, vi grandes bandadas de *pavos reales,* y otras muchas aves de un plumaje hermosísimo que venian á posarse en los árboles cerca de nosotros, sin que llamasen la atencion de mis compañeros de espedicion, pues los Tunquinos no aprecian la caza sino de aquellos animales que contienen mucha carne que les alimente, y no plumas de colores que recreen solo la vista, dejando vacío el estómago. Allí vi árboles seculares y gigantescos, muchos de ellos de escelente madera de construccion que casi nada se utilizan, pues estando muy atrasadas las artes en Tunquin, y faltando en los montes caminos carreteros, y sendas anchas en las llanuras, es imposible la estraccion de moles tan pesadas, que serian escelentes para construccion de navíos, y para la carpintería y ebanistería. Abundan allí el *palo teca,* el *sándalo,* el *camagon* de Filipinas, el *ébano,* el *tíndalo,* el *palo de hierro,* el *molave,* el *pino,* el *roble,* el *palo de águila,* y otros árboles preciosos, desconocidos muchos de ellos en la Europa. Los de mas valor en el pais están confiscados para el servicio del Rey, impuestas gravísimas penas contra los que los estraigan ó usen. Muchos se queman para carbon, de que solo se sirven los ricos en sus cocinas, pues el pueblo no gasta mas que paja de arroz, en lugar de leña, por la carestía ó falta absoluta de este renglon económico.

Entre los árboles que usa solamente el Rey, hay uno muy particular, del cual me ha parecido hacer una relacion un poco minuciosa, segun un manuscrito del Vicario Provincial de los Dominicos de Tunquin, Fr. Bartolomé Sabuquillo. Este arbol, llamado *Cho-Chi,* tiene al rededor

de su tronco una lista como una hebra de seda; aserradas las tablas, se ve á cada banda una faja de un dedo de ancha, de color blanco, ó encarnado. Cuando la madera es blanca, la faja es encarnada, y vice-versa, cuando aquella es encarnada, la faja es blanca.

Este arbol, que no tiene ramas, sube derecho como un pino, mas de 50 brazas, y acaba en copa redonda como girasol; y lo mas maravilloso de él es lo siguiente: como al nacer el espigon de la pepita, y salir de la tierra sea de noche, á la mañana siguiente está ya el tronquito de mas de una braza de alto; mas si nace de dia, la puntita del espigon se queda así parada hasta la noche. La causa de este milagro de la naturaleza es, segun el P. Sabuquillo, la Divina Providencia, que obrando así, evita que las cabras monteses, que son en grande número, y muy aficionadas á estos árboles, se los coman al nacer, si nacieran ó crecieran de dia, ó si en una noche no subieran á la altura á que aquellos animales no pueden alcanzar.

Otro arbol grande llamado *Cay-Da*, y el cual adorna los templos de los ídolos, tiene maravillosa virtud para curar pronto todo género de heridas. Esto se verifica majando un pedazo de corteza de la raiz de dicho arbol, y aplicándola á la herida, como emplasto, una vez al dia.

En casi todas las casas de Tonquin, tienen plantados los indígenas unos arbolitos en los bordes de sus estanques, para que con la semilla de las frutas que nacen en el tronco, se mantengan los peces. El fruto de estos árboles, es como un higo redondo de España, y lo comen los muchachos. Dentro del fruto ya maduro, se ven pegados á las semillas unos animalitos pequeños como hormigas grandes, pero con toda la perfeccion, integridad y figura de aves, que cuando se abre la fruta se despegan de los

granillos y se van volando á buscar su vida. Quien deseare informarse de la *Flora de Tunquin* y *Cochinchina*, recurra á la que está escrita en latin por un naturalista francés, llamado Mr. Loureiro, y añadida al final del Diccionario del Ilmo. Sr. Tabert, impreso el año 36 en *Calcuta*.

En ambos reinos de Tunquin y Cochinchina, no hay ninguna ciudad situada en las costas, sino á alguna distancia del mar, mas se puede llegar á ellas por los rios que guian hasta allí.

En Tunquin solo hay dos ciudades propiamente dichas, que son: *Ke-Cho*, y *Vi-Hoang*. En Cochinchina hay otras dos, fuera de la corte régia, y son, *Sai-Son* y *Calompe* en la antigua *Camboja*. *Touron*, *Hoi-An*, y las capitales de cada provincia se llaman tambien ciudades *(Thanh)* en el idioma del pais; mas realmente solo son grandes aldeas de tres ó cuatro mil almas cada una. Las capitales de grandes distritos *(Phu)* y las cabezas de partidos judiciales *(Huyen)*, con menos razon que las otras, merecen el nombre de ciudad, aunque tambien se las da comunmente este nombre. En las cinco verdaderas ciudades que existen, no se cuenta ni con mucho el número de habitantes de que hacen mencion las geografias, pues aquellas, cuando mas, llegarán á diez ó doce mil almas, y como cuarenta mil en la capital del reino.

En Tunquin y Cochinchina se cuentan cincuenta y siete puertos. Los mas abrigados y seguros en el primer reino son: *Cua-Uc* y *Cua-Dai-Bink*, ambos cerca del Rio Grande, vecino á la antigua corte de Tunquin y situados desde el grado 20 al 21, ambos frecuentados en otro tiempo por naves europeas. En esa misma latitud, están los otros puertos menos principales ó seguros, como siguen: *Cua-Ho*, *Cua-Trai-Li*, *Cua-Lan*, *Cua-Lien*, y *Cua-Xien*.

Entre los grados 19 y 20 están los siguientes: *Cua-Thuoc, Cua-Lac, Cua-Trien, Cua-Huon, Cua-Binh, Cua-Bang* y *Cua-Han* ú *Hon.*

Entre los 18 y 19 están *Cua-Trai* y *Cua-Tro.* Todos los puertos hasta aquí dichos pertenecen á Tunquin.

En la tierra de Cochinchina, entre los 16 y 18 grados, están los puertos que siguen: *Cua-Gianh,* cerca del grande rio que separa á Tunquin de Cochinchina, llamado *Soung-Giang; Cua-Doung-Hoi,* grande y buen puerto, cercano á la capital de la provincia de *Quang-Binh; Cua-Toung,* grande puerto; *Cua-Viet* ó *Cua-Thuan,* á la parte en frente de la corte; mas para entrar en este puerto es necesario un buen práctico, por los muchos bancos de arena: *Cua-Tu-Doung* y *Cua-Moi* son tambien puertos peligrosos.

En la intermedia Cochinchina, y entre los grados 15 y 16, se halla situado el grande, magnífico y seguro puerto de *Touron,* que segun algunos, es no solo el mejor de este Imperio, sino de todo el Oriente y del mundo entero. Otro puerto cercano al anterior, é inmediato á la capital de la provincia de *Quang-Nam,* es *Cua-Dai,* ó *Cua-Hoi-An,* antiguamente llamado *Tai-To* por los europeos, y en él pueden entrar naves de alto bordo.

Entre los grados 14 y 15 están situados otros dos grandes puertos, llamados *Cua-Ap-Hoc* y *Cua-Dai-Quang-Ngai.*

Entre los grados 13 y 14 se hallan los siguientes puertos: *Cua-Sa-Huanh, Cua-Kim-Boung, Cua-Tan-Quan,* y *Cua-Thi-Phu.*

Tambien entre 13 y 14, y cerca de la capital de *Binh-Dinh,* está el muy grande y frecuentado puerto llamado *Cua-Gia,* é inmediato á la capital de *Phu-Yen* el puerto de *Cua-Mai-Nha.*

Entre los grados 12 y 13 se halla otro puerto grande, llamado *Cua-Da-Ran* y *Cua-Hon-Khoe*.

Entre los grados 11 y 12 se halla el seguro y espacioso puerto de *Cua-Cam-Banh*.

En la Baja Cochinchina, ó desde los grados 11 al 8, hay una multitud de puertos mas ó menos seguros y concurridos, entre los cuales son los mas grandes y principales los siguientes: *Cua-Can-Gio, Cua-Tien, Cua-Cam-Vot,* ó *Compong,* como le llaman los europeos.

Entre todos los dichos puertos de Cochinchina, es el anclage mas seguro en los nueve siguientes: *Cua-Doung-Hoi, Touron, Hoi-An, Tan-Quan, Cua-Gia, Cam-Rainh, Can-Gio*, *Cua-Tim* y *Can-Vot*.

Siendo las mareas en este reino de Tunquin, y quizá en Cochinchina, diferentes de las que se esperimentan en otras costas, y pudiendo suceder que la noticia de esta particularidad sea interesante en lo futuro para el comercio de Filipinas, he creido conveniente copiar en este lugar las observaciones de un antiguo Misionero de Santo Domingo, cuya narracion es como sigue. «Este mar de »Tunquin es una grande bahía, que tiene tres bocas. La »una grande, que está entre los bajos de *Puloxixi* y las »costas de *Chiampa* y Cochinchina. La otra está en los »dichos bajos, y la isla de *Hai-Nam*. Otra tercera, mas »pequeña, está entre la dicha isla, y las costas de China. »Cuando sube el agua del ancho mar, entra en este de »Tunquin por la boca que tiene entre dichos bajos de *Pu-»loxixi* y las costas de *Chiampa,* y entra dando vuelta, y »rodeando todas estas costas de Tunquin, de Sudoeste á »Nordeste, hasta las costas de China, y al bajar la marea, »vuelve á desandar lo andado, y sale por la misma boca »que entró.

»Aquí en las 24 horas solo hay una marea ascendente, »y otra descendente: 12 horas sube y 12 horas baja. Solo »6 dias en cada luna tienen dos mareas en las 24 horas, »dos ascendentes y dos descendentes, repartiéndose de »este modo: en la 1.ª luna y en la 7.ª, á los 5 de ella y á »los 19, empieza la marea pequeña á subir á las 9 de la »mañana, y á las 11 baja. A esta marea pequeña la lla- »man hija de la grande, y va creciendo y siendo cada dia »mayor, disminuyendo al mismo paso que esta crece, la »otra que la engendró; de suerte que al tercer dia se aca- »ba y queda sola la nueva marea, que va creciendo por 7 »dias desde el que nació, y al 7.º empieza á menguar por »los mismos turnos que fué creciendo, hasta el dia 19 en »las dos lunas dichas, y entonces engendra otra marea, »que sube y baja á la misma hora que empezó á subir y »bajar á las 5 de la luna.

»El mes ó luna 2.ª y la 8.ª empiezan dichas mareas »pequeñas á las 3 y 27 de luna; á las 10 del dia suben, y »á las 12 bajan. La luna 3.ª y 9.ª empieza la primera ma- »rea el último dia de la luna 2.ª y 8.ª, y la segunda el »dia 13 de la 3.ª y 9.ª luna: sube á las 5 de la mañana, y »á las 7 baja. La luna 4.ª y 10.ª se engendra la marea á »las 11 y á las 25; empieza á subir á las 5 de la mañana, »y á las 7 baja. La luna 5.ª y 11.ª empiezan las mareas »dichas el dia 9 y 23; suben á las 5 de la mañana, y ba- »jan á las 7. La luna 6.ª y 12.ª empiezan el dia 7 y 21; »suben á las 12 de la noche, y bajan á las 2. Esta obser- »vacion de mareas la hizo un pescador que toda su vida »estuvo en su barquillo en las bocas del mar; pero como »no era matemático ni aritmético, no sabia calcular con »perfeccion todos los puntos, y así solo hizo caso de las »horas que no piden tanto guarismo, y mas en Tunquin,

»que solo cuentan 12 horas en un dia y una noche, dando
»dos de las nuestras á cada una de las suyas.»

Si se considera el Imperio de Annam, segun la reducida estension que representa en los mapas, y se compara á la grande de otros Imperios del Asia oriental, parecerá de poca consideracion, y que no merece la pena de fijar la atencion de los europeos; pero si se atiende á su asombrosa poblacion; á la feracidad del terreno, labrado como en ninguna parte del mundo; á la inclinacion de este pueblo á imitar á los Europeos, á quienes aprecia y ama; y sobre todo, á los admirables progresos que allí ha hecho la Religion Cristiana, entre tan sangrientas persecuciones, parece que este hermoso pais, aunque pequeño y pobre, debe ser un objeto de examen detenido, con preferencia á otros muchos reinos del Oriente, sin esceptuar quizá la China.

El Ilmo. Sr. Taberd, Vicario Apostólico de Cochinchina, en el año 1838 fijó la poblacion de este Imperio en 13.000.000 de habitantes; mas, á mi ver, este cómputo se formó segun la estadística del gobierno, que no puede de ninguna manera ser exacta, ni aproximarse de lejos á la verdad, por causa que los pueblos, á sabiendas de los Mandarines, declaran, cuando mas, la décima de sus habitantes, para no ser gravados en las contribuciones de sangre, y de dinero, sobre lo que pueden sus fuerzas llevar. Aquel Sr. Obispo sabia muy bien que su Diccionario de la lengua Anamita, impreso en *Calcuta* para el uso de los Misioneros de Cochinchina, podia llegar á manos del Rey, el que, conocida la grande poblacion de sus estados, por los verídicos datos y cómputos mas probables de los Misioneros, aumentaria las contribuciones de tal manera, que arruinasen á los pobres habitantes, ya demasiadamente

gravados con las que actualmente pesan sobre ellos. Escribiendo yo en lengua castellana, totalmente ignorada de los Tunquinos y Cochinchinos, puedo decir lo que siento con mas libertad que el mencionado Ilustrísimo: mi opinion, pues, es que Tunquin pasa de 20.000.000 de habitantes, y Cochinchina de 10 ó 15; de manera que el total de la poblacion de ambos reinos, es por ventura igual á la del Imperio francés.

Este es el número mas reducido que calculan los Misioneros, fundados en datos muy probables; y no faltan entre aquellos quienes creen, que solo Tunquin abraza una poblacion de 30.000.000 de almas, lo que yo no niego pueda suceder, aunque me parezca un cálculo exajerado.

Con el objeto de que el lector juzgue de las razones que me mueven para apartarme de la estadística real, formada por los Mandarines, citaré aquí algunos ejemplos de su justa y verdadera poblacion.

Estando yo en la provincia llamada *Hai-Duong,* administrando un partido, cuya residencia es el pueblo cristiano de *Yen-Tri,* tuve la curiosidad de preguntar á personas informadas por los vecinos que en dicho pueblo contaba el gobierno, y se me respondió que solo 60, que cuando mas formarán la suma de 400 almas. Pues bien, en ese mismo pueblo, contaba yo en mi padron 2.300 cristianos. En el dicho partido, y en el numeroso pueblo de *Hang-Keinh,* casi todo de infieles, me dijeron el Alcalde y los principales que pasaba la poblacion de 3.500 almas, cuando en la lista del Mandarin se cuentan solo 74 vecinos. ¿Qué mas? Los pueblos de *Gia-Duoc,* infiel, y *Tu-Da,* cristiano, segun el registro real, no llegan cada uno de ellos á 5 vecinos, por cuyo número exije el Rey un soldado; y sin embargo, yo he contado en el primero 40 ca-

sas, y en el padron de los cristianos del segundo, alcanza su número á 180.

Tan diversos como estos son los cómputos de poblacion entre los Mandarines y Misioneros; lo que hace que se deba estar á lo que conjeturan los últimos, mas bien que á lo que aseguran los primeros en el Catastro general formado por ellos sin dato alguno verídico.

Segun los datos geográficos aducidos al principio de este capítulo, Tunquin y Cochinchina tienen 300 leguas de largo, siendo su anchura media como de 60 leguas en el primer reino, y solas 20 en el segundo. De esta latitud resultan, pues, 11.400 leguas cuadradas en toda la estension del Imperio, en donde, como se ha dicho, la poblacion pasa probablemente de 35.000.000 de almas, ó sean 3.070 por legua cuadrada, y 1.023 por milla geográfica. De esta asombrosa poblacion 3.000.000 corresponden á los *Ke-Moi*, ó salvajes de los montes, y quizás otro millon á los pescadores, que nacen, viven y mueren en sus barcos, sin salir á tierra sino para vender el pescado seco ó adobado, y comprar arroz, y otras cosas necesarias para la vida.

Siendo tan numerosos los habitantes de Tunquin y Cochinchina, principalmente en el primer reino, toda la tierra está sembrada de lugares mas grandes y mas pequeños, que casi materialmente se tocan unos con otros; de modo que la tierra de labrar queda dentro de las cercas de los pueblos, y raros son los campos de alguna estension que encuentra el viajero que atraviesa las provincias de una á otra banda.

Las casas, que son bajas y techadas de paja, se ocultan tras de pobladas hileras de cañas altísimas y de árboles frutales, que forman montes espesos de verdor; y esto es lo que ven los ojos asombrados por do quiera: verdes

arrozales, y muchos rios caudalosos é infinitos canales de riego, surcados siempre de un sinnúmero de bancas de comercio. Este es Tunquin, y esta es Cochinchina; á saber: dos pueblos numerosísimos, que no se ven en ninguna parte, porque están cubiertos siempre y rodeados de arboleda, ó escondidos en pequeñas navecillas, que aparecen y desaparecen, como por encanto, en mil y mil encrucijadas, vueltas y revueltas, como calles estrechas y tortuosas de una ciudad morisca. Si fuera posible ver á Tunquin desde un globo aereostático, ni aun así se percibirian los pueblos, y solo se conocerian sus localidades en los inmensos grupos de verdura que forman las cañas, tamarindos, naranjos, palmas de bonga y otros árboles de que están rodeadas, y bajo su ramaje ocultas las casas, esparcidas aquí y allí sin orden ni concierto, sin calles, plazas ni plazuelas, campanarios, templos ni otros edificios señalados que son comunes en los pueblos mas pequeños de Europa. De vez en cuando se observa con estrañeza alguno que otro edificio de ladrillo, casi arruinado, sucio y miserable; y preguntando se sabe que es una pagoda de ídolos, la que antiguamente fué rica y poderosa por la devocion pagana, pero que ha llegado á aquella decadencia por la insensible, pero eficaz, influencia de la Religion Cristiana, que si no ha convertido á todos los infieles, ha ilustrado á lo menos á los pueblos sobre la impotencia de sus antiguos dioses, de quienes nadie hace caso, ni visita sus templos, ni sustenta á sus sacerdotes, que son actualmente unos pocos bribones pordioseros, que se encierran en las pagodas, se raen el pelo de la cabeza, y se disfrazan con un vestido particular, para huir de este modo del castigo de sus crímenes, que cometieron en otros pueblos, muy lejos del en que está situada la pagoda.

CAPITULO III.

Gobierno, administracion de justicia, ejército y armada del Imperio Anamita.

Diríase que el presente gobierno de Annam, es una copia del de China, del cual los Tunquinos tomaron antiguamente el régimen de los empleados y tribunales, tanto en la corte, como en las provincias, abrazando tambien el código de leyes antiguas del Grande Imperio, modificado en parte por Gia-Laong y Minh-Manh en estos últimos tiempos. El Rey ó Emperador, no solo es absoluto, sino tambien despótico en su gobierno, pues aunque en la legislacion vigente todas las causas mayores deban fallarse en definitiva por los Tribunales de las provincias respectivas y por los Supremos de la Corte, que revisan los procesos con el parecer fiscal, no pueden, sin embargo, las sentencias ponerse en ejecucion sin la sancion Real, y el Monarca muda en ellas lo que le parece, segun su antojo ó capricho, condenando muchas veces al que los Tribunales declaran inocente, ó absolviendo de toda pena, sin ninguna causa, al reo de gravísimos delitos.

En Europa no existe ni puede existir gobierno semejante en ninguna nacion, aunque falte la representacion dicha nacional, y no estén tan perfectamente deslindados los poderes judiciales y administrativos, porque hay formada una opinion pública, emitida por las cartas privadas y la imprenta, que refrena las autoridades, reprime fuertemente la arbitrariedad de los déspotas, y castiga con su fallo severo é inexorable las injusticias de los magistra-

dos, y aun las que puedan cometer los mismos Reyes por ignorancia ó pasion. La Religion Cristiana, que felizmente profesan gobernantes y gobernados en toda la estension de Europa, une poderosamente los ánimos de los que habitan de un cabo al otro de aquella region; de donde resulta que los males y los bienes de los unos ó de los otros son comunes á todos, y por tanto ningun Rey, por déspota que sea en su ánimo, se atreve á arrostrar por largo tiempo la pública animadversion de propios y estraños, dando rienda suelta á sus malos instintos de tiranía ó injusticia, viviendo los pueblos generalmente felices bajo la tutela de sus gobernantes, prudentes y moderados por el freno que les sujeta, el temor que les tiene á raya, el honor y la buena fama, de que tanto aprecio se hace por los mas, y los principios de Religion de que generalmente están animados.

Todo esto falta en Tunquin y Cochinchina, donde no se conocen el correo ni la imprenta, como no sea para la adulacion mas baja de los vicios infames, á que públicamente y sin rubor alguno se entregan todos los que mandan, desde el Rey al último Mandarin. Allí, si hay alguna religion en los grandes, consiste solo en innumerables ceremonias pomposas de un culto totalmente esterior, que nada dice al alma, pues nadie sabe lo que adora, ni el significado moral de las ceremonias que ejecuta ó postraciones que hace. Tan convencido está el pueblo de esto, que si acude á tales solemnidades en grandes tropeles, únicamente busca en ellas saciar su curiosidad natural, divertirse algunas horas de balde, y llenar el estómago de vino y carne, que solo en estas ocasiones pueden conseguirlo, aun los mas pobres. Tanta instruccion saca el pueblo de este pais de sus fiestas religiosas, como el público de Ma-

drid de ver los toros; siendo franca la entrada en la plaza, participando en ella de un banquete gratuito, pudiendo de allí volver á su hogar con la imaginacion alegre, el estómago contento y el dinero en el bolsillo. Muy raros, sin embargo, son estos dias felices para este pobre pueblo, vejado siempre y perseguido; y mas son en comparacion los dias en que se les presenta el horroroso espectáculo en cada capital de provincia, de los verdugos que con el hacha cortan los muslos y los brazos á muchos desdichados, cercenan con la espada la cabeza á otros, y ahogan con cordeles á los que perdonaron el hacha y la espada. En esas frecuentes ejecuciones se ve á los Mandarines sentados en elefantes, enjaezados con brillantes atavíos, y cercados de miles de soldados, y un pueblo inmenso que contempla con rostro sereno cuerpos, troncos, miembros mutilados, y abundacia de sangre derramada, consecuencias de sentencias tenebrosas, cuya justicia ó injusticia permanecen ocultas para siempre en los archivos de los Mandarines que las dictaron, y en los del Rey que las sancionó.

Esos amantes de la libertad y felicidad de los pueblos que en la culta Europa combaten con la voz y la pluma, y algunas veces con la espada, un despotismo y tiranía que no se conocen ni se ven, ¡cuánta mejor buena fe manifestarian en sus ideas si se empeñasen en reformar los gobiernos verdaderamente tiranos de otros paises, como por ejemplo, este de Tunquin y Cochinchina! El mas despótico de Europa haria felices á estos desgraciados pueblos, que se ven condenados á llorar unos males que no tienen remedio, porque los qué predican la fraternidad universal se olvidan que los Tunquinos y Cochinchinos son sus hermanos, y tanto se mueven á compasion con sus lágrimas,

como los Mandarines que se las hacen derramar. ¡Aprended, ó falsos filántropos, á compadeceros verdaderamente de los miserables, estudiando la ciencia de la caridad que os enseñan los Misioneros! ¡Contemplad en Tunquin y Cochinchina á esos sacerdotes Europeos, que, incansables, procuran enjugar el llanto de muchos, no con peroratas, sino con la evangélica predicacion de noche y de dia; no sublevando los pueblos, inventando tiranías imaginadas, sino dulcificando los terribles efectos de las verdaderas con los consuelos de la Religion, con los ejemplos sublimes de la mas heróica paciencia en los trabajos propios, derramando su sudor y su sangre, para que hombres casi bárbaros consigan la verdadera ilustracion con el conocimiento de la Religion Católica y la santa libertad de hijos de Dios! ¡Mas, ó dolor! que estos remedios son parciales, y la predicacion no rara vez infructuosa, no hallando los neófitos cristianos la mas pequeña proteccion y defensa contra la terrible persecucion que, como una mole de hierro, pesa de contínuo sobre sus cabezas. Ojalá que los europeos se acordaran finalmente algun dia que la ilustracion, el poder y las riquezas que actualmente poseen, lo deben al influjo de la Religion Católica que les enseñaron otros heróicos Misioneros, tambien pacientes y mártires como los de Tunquin, y compadecidos de este pueblo desgraciado, le presten el auxilio necesario y generoso á que tan acreedor es por su misma miseria y desventura, dando con mano benéfica un fuerte apoyo á la predicacion de los Ministros del Salvador, quienes suavemente y sin revoluciones, civilizarán al gobierno, con lo que quedarán libres de su despótico yugo tantos millones de infelices.

Si de buena fe quieren los gobiernos europeos prote-

jer la Religion perseguida, cubriendo con su ejida poderosa á los inocentes Ministros de aquella, humillen con la fuerza material al Emperador Anamita, hasta tanto que, libre por la tribulacion del orgullo que le ciega, pueda su entendimiento ser ilustrado con la luz de la verdad, y lo que hasta aquí ha perseguido tan cruelmente, ofuscado por la soberbia, y las tinieblas de las otras pasiones que le tiranizan. Hasta ese punto debe llegar la humillacion, y de ahí no debe pasar, pues hostigando al hombre demasiado, ó se le hace hipócrita, ó se le lanza en la desesperacion; dos estremos funestos, de los que ningun bien permanente se puede jamás esperar. Conozca el bárbaro Cochinchino la superioridad de los Europeos, al mismo tiempo que su moderacion y generosidad; pongan un freno á su tiranía, obligándole á admitir en su corte embajadores de las naciones cristianas, custodiados por buques de guerra. Esto solo, con la estricta observancia del tratado que se haga sobre omnímoda libertad de la Religion Cristiana, hará que cese la persecucion, que el cristianismo se propague rápidamenie en toda la estension del Imperio, y poco á poco la luz se irá comunicando de los pueblos á las capitales, de los gobernados á los gobernantes, y en poco tiempo este Imperio quedará todo civilizado como los nuestros.

Suponiendo que el Monarca Cochinchino se obstine y se niegue tercamente á una avenencia razonable con las potencias europeas, estas de modo alguno se deben empeñar en una guerra formal, que sería larga y costosa. En este caso, solo con favorecer á las claras á los Tunquinos en sus poderosos y enérgicos intentos de justa independencia, se conseguiria desmembrar á Tunquin de Cochinchina; con lo que ambos reinos, el uno por agradecimien-

to, y por impotencia el otro, quedarian bajo la tutela de los gobiernos Europeos, y todas las reformas convenientes se conseguirian con la enérgica persuasion de embajadores y Misioneros, sin que interviniese ningun alarde de fuerza, ni grandes desembolsos pecuniarios.

Si llega el caso de verse obligados los gobiernos Europeos á protejer la independencia de Tunquin, les bastará para conseguirlo una escuadra de pequeños vapores, y lanchas cañoneras, con 1.000 hombres de desembarco, y una batería de campaña. Las dichas fuerzas desembarcarán en *Vi-Hoang,* capital de la provincia meridional de Tunquin, posesionándose tambien del rio *Soum-Siang,* que separa los dos reinos. Hecho esto, es imposible al Emperador de Cochinchina, socorrer á Tunquin por mar ni por tierra, á lo menos en mucho tiempo; y lo habrá sobrado entonces para armar á los Tunquinos en favor del Rey que elijan, adiestrarles á la europea un buen cuerpo de tropas, y con esto solo está concluido todo el negocio. Para ello creo que bastarán 8 ó 10.000 fusiles, algunos cañones, servidos por Europeos, y medio millon de pesos, cuyos gastos deberá pagar el nuevo Rey de Tunquin, cuando ocupe pacíficamente su trono. Predispuestos como están los Tunquinos á su independencia, lo dicho basta y sobra, para que lo consigan con poca, ó ninguna efusion de sangre. Para evitarlo en lo posible, me ha parecido escribir lo que antecede; porque estoy convencido que este es el camino mejor para dejar espedita en este pais la predicacion religiosa, y conseguir por su influjo la civilizacion verdadera, y no la guerra de nacion á nacion, que, como ya he dicho, sería muy costosa, y casi imposible por la topografía de este terreno.

Dejando ya esta digresion, tal vez importuna, á la me-

ditacion de quienes convenga, seguiré tratando del gobierno del Imperio Anamita, con las pocas ideas que he podido adquirir, habiendo estado lejos de la corte, y de los Mandarines.

Para evacuar los negocios generales del Imperio, dicen que existe en *Phu-Xuan*, ó *Hue*, un numeroso consejo de literatos, de los cuales los cuatro primeros, que son como Ministros, firman lo que se presenta á dictamen ó sancion del Monarca. Solo el Presidente del Consejo ó Ministerio, que es el primer favorito, tiene entrada en el gabinete imperial; pero á pesar del alto rango de este personaje, ni aun en tales casos le es lícito ver la misteriosa persona del Monarca, por haber interpuesta una cortina que lo cubre, y por la oscuridad de la estancia en que se halla; pero se descubre á sus ojos al Ministro interlocutor, quien considerándose delante de tan augusta presencia, arrodillado como está, se muestra sobrecojido de temor y reverente pavor; cosa que agrada siempre á los Monarcas asiáticos, cuya principal grandeza ha estado y está colocada, no en el mérito real de sus acciones, sino en el misterio de que se rodean como personas que, en su sentir, participan mucho de la divinidad, haciéndose invisibles é incomprensibles como ella.

Fundado en esta imbecil idea, tambien el Emperador Anamita se llama, como el de China, *Hijo del cielo,* y se adorna de otros muchos títulos pomposos, de lo que los Europeos se burlan con razon. Sea solo por lo dicho, sea tambien porque el pariente de los dioses teme á los hombres, el caso es que, si el Emperador sale á paseo, nadie puede hallarse en su camino, ni menos mirar á la silla de manos donde va cubierto; y cualquiera persona que de repente encuentre á la comitiva del Monarca, y no pueda

escapar corriendo, está obligado á postrarse en el suelo, tomando en la boca un puñado de yerba, como si delante del Emperador, debiesen de considerarse como animales brutos.

Además del supremo Tribunal dicho, hay otros dos en la Corte, de cuyas atribuciones no estoy bien enterado; mas parece que el uno de ellos conoce de las cuestiones sobre ritos y ceremonias, no solo en las funciones sagradas, sino en las profanas, pues en este pueblo se mira la exactitud en las ceremonias, como cosa esencialísima al buen gobierno; de manera, que un Europeo que nota con cuidado esta nímia observancia de un sin fin de fórmulas en todas las funciones de la vida, y en todos los acontecimientos de ella, se fastidia hasta no mas; y si alguna vez se rie, en las mas, aburrido, pierde la paciencia aunque sea un Job (como se suele decir). Sobre estas futilidades y quisquillas, todos los dias se publican Reales órdenes, y desgraciado el pretendiente que yerra en algo de esto, pues infaliblemente se queda sin el empleo á que aspira, y si es Mandarin actual, se le exonera de su oficio, aunque el primero sepa mas letras que Confucio, y el segundo sea el mejor empleado del reino. Así es, que el que quiere ascender pronto, mas bien procura estudiar las ceremonias y ejercitarse en ellas, que saber bien lo perteneciente al oficio que va á ejercer para no errar en él.

Una de las cosas que deben saber los literatos, son las innumerables letras ó caracteres que están prohibidas por Reales órdenes, y de las que no es lícito usar, aunque se encuentren escritas en los libros antiguos. Por ejemplo, las letras de tal figura se leian antes *Minh-Manh, Trieu-Tri*, ó *Tu-Dúc;* mas siendo nombres de los tres últimos Reyes, ya están esos caracteres fuera del comercio huma-

no, y los literatos deben darles otros sonidos al encontrarlos en los libros, so pena de perder sus empleos ó grados. Los caracteres fuera de circulacion del modo dicho, son tantos, y la pronunciacion tan variada, que cada dia se presentan dudas al Tribunal de los literatos, exijiendo esplicaciones sobre esto; de manera, que el dicho Tribunal tiene bastante trabajo en responder, y el Emperador no lo tiene menos en firmar las Reales órdenes acerca de semejantes pasatiempos, que se miran aquí, como lo mas sublime de la ciencia en que se puede ejercitar el entendimiento humano.

Cada una de las grandes provincias de Tunquin y Cochinchina está regentada por un grande Mandarin, que es como Gobernador, y Capitan general del distrito, y tiene el título de *Cuan-Doc-Sanh*. A este acompaña otro personaje, casi igual en categoría, que ejerce los oficios de asesor primero, y lleva las funciones de una Audiencia de España; este se llama *Cuan-An-Sat*. Y á los dos, se agrega otro tercero con título de *Cuan-Bo-Cuinh,* ó sea Intendente de Hacienda.

Los tres dichos Mandarines componen un Tribunal, como junta superior judicial, contenciosa y administrativa, y las causas mayores de la provincia que se han de presentar al Rey, deben ir firmadas por todos tres Mandarines dichos, como no sea en caso de delacion de alguno de ellos contra los otros, lo que no es raro suceda, costando en este caso el empleo ó la cabeza al denunciado su poco favor en la corte, y no los crímenes que haya podido cometer, pues estos generalmente se redimen por dinero que reciben los Ministros del Emperador, con lo que se hacen ricos y poderosos.

Cada provincia grande, ó Capitanía general se divide

en cuatro ó cinco Tribunales, ó Alcaldías mayores, llamadas *Tuan-Phu*, y estas en otras cuatro menores ó de tercer orden, llamadas *Nhay-Huyen*.

Los pleitos y las causas criminales se presentan en primera instancia al Huyen, del Huyen se apela al Phu, de este al Sanh, y finalmente al Tribunal supremo ó Imperial. Dicen que el apartarse de este orden se castiga con rigor, escepto en causas de infidencia, ó que pertenecen á la Religion Cristiana, en las cuales directamente va el negocio al gobernador de la provincia, que tiene obligacion precisa de sentenciarle y juzgarle con brevedad, dando cuenta luego al Emperador para la aprobacion de la sentencia.

Los Mandarines de los dichos Tribunales todos deben ser letrados, escepto el Capitan general, ó gefe supremo de la provincia, que no necesita este requisito, por actuar siempre con el *Cuan-An-Sat*, ó Mandarin de justicia, como se dijo arriba.

Los Huyen, ó Alcaldías menores tambien se dividen en cuatro ó cinco distritos, que se conocen por *Thoung* y *Pho-Thoung*. Estos tampoco deben ser letrados, pues su cargo no es de sentenciar pleitos, sino de velar en la policía, recaudar las contribuciones, y dar parte á los jueces de lo que ocurra en los pueblos del distrito, digno de consideracion, de enmienda ó reforma.

En todos los dichos Tribunales hay un sin fin de empleados, unos mas grandes y otros mas pequeños, de los cuales ninguno, fuera de los gefes, goza renta del Estado ni del Mandarin. Sin embargo, todos ellos viven con comodidad, y muchos con cierto lujo y esplendor. Los Mandarines propiamente dichos, ó sean los gefes de las grandes, medianas y pequeñas provincias, perciben del estado

una renta tan miserable, que si hubieran de vivir de ella, no les bastaria ni para agua (como se suele decir). Para que el lector juzgue de la mezquindad del situado de los jueces, y empleados inferiores, sepa que la renta del gobernador de la provincia del Sur, ó Meridional de Tunquin, no llega á 400 pesos; y esta provincia es quizá la primera del Imperio en riqueza, estension y poblacion, de lo que yo estoy bien informado.

Aunque en todo el Imperio sea grande la baratura de las cosas necesarias á la vida, y se pueda pasar con poco dinero, sin embargo, se ven todos los empleados en la dura necesidad de dejarse corromper con dádivas, para poder subsistir; y como esto es tan comun, ni el que lo ve se admira de ello, ni el que lo hace se avergüenza, hasta el punto de no abstenerse ninguno de cohechar, ó permitir el cohecho por hombría de bien. Todo el que pretende alguna cosa de los Mandarines, se cree en consecuencia obligado á comprar con dones la gracia, ó la justicia, pues sin aquellos, está cierto que nada podria conseguir. El dar ó recibir algo de valía en estos casos, está rigorosísimamente prohibido por las leyes, y los Mandarines lo advierten en tono muy alto. ¿Qué hacer, pues, entre estas dos dificultades, de perder el pleito, por no regalar, ó ser castigado por infringir unas leyes tan sagradas? aquí la astucia de unos, y la hipocresía de todos. Los pretendientes son públicamente admitidos á la audiencia del Mandarin, y despues de hacerle las tres reverencias prescritas, y postrarse hasta el suelo, le presentan una mesilla con un envoltorio de Te, en el que se oculta una barra de plata del peso de una libra, y dice el mas condecorado: «Compadézcase el gran Mandarin de nosotros, pues somos tan pobres que solo podemos presentarle esta libra

de té *inferior.*» Si la barra es de oro, en lugar del *inferior*, se usa el adjetivo *superior*, y las dos partes se entienden, quedando salva la ley, porque lo que se da, y se recibe, es cosa de poco valor.

De los tribunales llamados Huyen y Phu se puede apelar, como se ha dicho, al gobernador de la provincia y al Supremo Consejo; pero los que se creen agraviados tienen que hacer tantos gastos para hallar protectores en los tribunales donde se debe hacer la apelacion, que pocas veces se puede esta verificar por la pobreza de los que sufren las vejaciones. De aquí resulta, que la primera sentencia luego se pone en ejecucion, no por amor de la pronta justicia, sino porque el Mandarin pierde la esperanza de ser retribuido prorogando la pena. Cuando la parte sentenciada va regalando, aunque sea poco á poco y en pequeñas cantidades, se va dando cuerda al pez que mordió el anzuelo, hasta que acabado todo el dinero, se tira de la cuerda, y el verdugo hace su oficio con el infeliz reo, que al perder la vida está muerto de hambre, y deja en la necesidad á sus parientes, que gastaron en regalar á los Mandarines toda su hacienda. Esta es la causa de estar siempre las cárceles llenas de reos sentenciados á destierro ó muerte. Las verdaderas ó supuestas de conspiracion, son escepcion de esta regla; y la prontitud con que se sustancian, sentencian, aprueban y ejecutan, llegando á noticia de algun viajero joven y superficial, exalta su imaginacion novelesca, y luego publica con entusiasmo por todas partes grandes encomios del gobierno Anamita, haciéndose lenguas de la enerjía que manifiesta en la administracion de pronta y recta justicia, cuando si se consideran las cosas conforme son, se deberia decir por el contrario, que esta precipitacion en la sustanciacion de algunas causas y morosidad en otras, era una

prueba evidente de injusticia, que manifestaba á las claras la tiranía despótica del gobierno y su debilidad, y la bajeza y ruindad de los jueces aduladores del poder, traidores contra su conciencia por ambicion y sórdido interés. En efecto, en estos casos logran los Mandarines premios y ascensos en su carrera, figurando descubrimiento de facciones que han sofocado en su origen, aprehendiendo famosos cabecillas de una guerra temible que pondria en peligro el gobierno del Emperador. Esta y no otra es la causa por que en años de necesidad, que son muy comunes en el Imperio por su escesiva poblacion, sean degollados tantos centenares y miles de infelices como traidores y revolucionarios, cuando en realidad de verdad no cometieron otro crimen que salir á robar un poco de sustento para prolongar algunos dias de su mísera existencia, amenazada por la rabiosa hambre. Cuando, perdida una de las dos cosechas de arroz, reinan las públicas calamidades, y son muchos los que mueren de necesidad en los caminos y en los mercados, ¿qué estraño es ver entonces cuadrillas de salteadores, que parecen espectros ambulantes, buscar aquí y allí por medio de la fuerza el preciso alimento que por otros medios no encuentran? Pues hé aquí una ocasion muy buena para que los Mandarines puedan demostrar un ferviente celo por el Real servicio, con esperanza cierta de recompensa. Aquellos pordioseros escuálidos que cojen sin resistencia, aparecen á los ojos del tímido Monarca como peligrosos partidarios en contra de su Real persona, á quien quieren destronar y hacer morir con toda la Real familia. Esos enemigos furibundos que tales daños intentan hacer, deben pagar su merecido en patíbulos horrorosos para el público escarmiento, y sofocar del todo la comenzada insurreccion, que quizás tendrá ramificaciones largas y profundas. Esto esponen los Man-

darines, y el Emperador aprueba en todas sus partes las medidas que aquellos fieles servidores quieren tomar para salvarle con el Imperio todo. Concede á estos funcionarios grandes honores y ámplias facultades; en consecuencia de ellas, entran en las provincias amenazadas las tropas de las vecinas, se dividen, se fraccionan por todos los caminos, siguen la pista á las cuadrillas de pordioseros, los cojen á montones, metidos en jaulas como fieras los entran en triunfo y con grande algazara en la capital de la provincia, yendo al frente de la chusma y de la soldadesca dos ó tres elefantes que llevan sobre la espalda á los Mandarines victoriosos. Los infelices cojidos son atenaceados para que declaren entonces ramificaciones y planes subversivos en que se hallan comprendidas muchas personas ricas y pueblos enteros. Luego que los presuntos reos son descuartizados vivos y degollados, se destacan á sus pueblos cien tropeles de soldados, hambrientos y desvergonzados esbirros, que causan, donde entran, daños mas deplorables que los salteadores en dos ó tres provincias. Los habitantes de las poblaciones de donde ha salido alguno de los jefes de la vencida faccion, todos huyen al saber se acercan las tropas, que viendo las casas desamparadas, roban y destrozan cuanto encuentran, y pegan fuego al pueblo, á donde nadie mas se atreve á volver, quedando muchos años los campos incultos, que muy pronto se convierten en estensos é inútiles eriales. Esta es una pintura exacta de los males que causa á los pueblos el despótico gobierno Anamita, cuando despliega esa enérgica justicia tan decantada por algunos viajeros que jamás han puesto el pié dentro de este Imperio, ni informádose de los Misioneros, que son los únicos que pueden hablar con verídicos datos. Lo mismo sucede cuando hablan del ejército y armada de aquel reino, pues sin apo-

yarse en dato alguno, dicen de este lo que primero se les viene á las mientes; de donde resulta que en las geografías impresas, se notan mil contradicciones acerca de esta materia. Tampoco yo puedo hablar con el fundamento que quisiera de un asunto tan interesante; y por tanto se contentará el lector con recibir mi buena voluntad, con las pocas noticias que he podido adquirir, dándolas mayor ó menor asenso segun su prudencia le dictare.

Desde la mas remota antigüedad fué, segun la historia, de caracter belicoso el reino de Tunquin, ya empleando sus armas contra los estados vecinos, conquistando parte de ellos, ó ya en defensa propia contra el poderoso Imperio de la China, al que por dos veces se atrevió á invadir, llevando sus estandartes victoriosos hasta las mismas puertas de *Canton*, en cuya ciudad no entró por haberse humillado el Emperador á pedirle la paz.

Ya se ha dicho en el primer capítulo, que todas las provincias de Cochinchina fueron en otro tiempo partes integrantes de los reinos de *Camboja* y de *Siam*, que poco á poco los Reyes de Tunquin agregaron á su reino con la fuerza de las armas.

La tiranía que estos Soberanos siempre han hecho pesar sobre sus vasallos, ha sido el origen fecundo de muchas revoluciones y guerras civiles, que naturalmente han obligado á aquellos despóticos Reyes á rodearse de guardias numerosas, y á tener respetables guarniciones en las capitales de las provincias. Por todas estas causas se han ido creando ejércitos permanentes, primero en Tunquin, y luego en el reino separado de Cochinchina, y despues con mayor razou en todo el Imperio reunido.

Cuáles fueran los ejércitos de cada una de aquellas naciones cuando estaban separadas, y cuál el que en la actua-

lidad tiene el Imperio todo, no es facil averiguarlo, ni siquiera por conjetura, principalmente si esto hubieran de hacerlo los Misioneros, que ningun roce pueden tener jamás con el superior gobierno de estos paises, y siempre han procurado estar lejos de los teatros de la guerra, de los ejércitos, y aun de los soldados en particular, por razones fáciles de comprender.

Sin embargo de lo dicho, como es necesario en este escrito dar alguna luz en la materia, espondré la opinion que yo he formado sobre ello, valiéndome únicamente de lo poco que he leido, y oido estando en la mision.

Primeramente el P. Marini, en una relacion que hizo sobre Tunquin á fines del siglo XVII, asegura que aquel Monarca contaba con un ejército ordinario en tiempo de paz de 335.000 infantes, 12.000 caballos, y mas de 2.000 elefantes, con 2.000 galeras.

Añade aquel historiador, que el reino está muy bien pertrechado de municiones de guerra y de boca, y que se usan en el ejército escelentes mosquetes, de los que hay tan grande número, que con ellos puede armar el Rey en tiempo de guerra 500.000 soldados. Usanse, dice, lanzas, picas, jabalinas, y espadas de dos manos, cuyo puño tiene un pié de largo, y su hoja dos cortes ó filos. Se sirven tambien de arcos, flechas y ballestas, granadas de mano y cañones, que funden con toda perfeccion; mas solo son del calibre de nueve libras, y hacen uso de ellos en sus galeras, como nosotros de las piezas llamadas falconetes. Tambien tienen cañones mas gruesos, pero estos jamás los sacan del palacio Real.

A escepcion del *azufre* que se importa, el reino da bastante *plomo, hierro* y otros *metales*, que se estraen de las muchas minas (beneficiadas en la actualidad por los

chinos). Asegura el sobredicho autor, que los Tunquinos estaban en aquel tiempo (1640) muy instruidos en los fuegos de artificio, y en fabricar y lanzar granadas de fuego griego.

Si pasamos, prosigue, del ejército á la escuadra, y reflexionamos el gran poder de este Rey, que mantiene sobre el mar mas de 2.000 galeras, y un número infinito de otros barcos mas pequeños, veremos que Tunquin, por sus fuerzas terrestres y navales, puede ser comparado á las potencias mas poderosas de Europa.

Este autor italiano parece que debió fundarse en datos verídicos al afirmar tales cosas sobre las fuerzas imponentes del Rey de Tunquin, las que actualmente deberian ser mayores por estar los reinos unidos y mas civilizados. A pesar de esto, yo he leido en los escritos de religiosos de mi Orden existentes en la Mision durante el siglo pasado, que Tunquin era famoso por sus 100 galeras de guerra, siempre dispuestas al combate.

Esto lo repiten muchas veces, y asi debia ser ello, pues tal número de bajeles de guerra era sobrado para un reino entonces tan pequeño. En tiempo del Emperador Gia-Laong y de su hijo Minh-Manh, que murió el año 1841, la escuadra de todo el Imperio quizá pasaria de las 100 galeras, con 17 buques de vela á la manera europea, de los que posteriormente unos se pudrieron en los puertos, y los cinco últimos fueron echados á pique el año 1847 por dos solas fragatas francesas bajo los mismos fuegos de las fortificaciones del puerto de *Touron*. La escuadra, pues, que pudiera presentar el Emperador de Cochinchina contra una espedicion de europeos, seria muy poco de temer por la clase de sus buques.

Segun mis informes, el ejército es bastante numeroso

en efecto; mas dicen que solo la tercera ó cuarta parte de los soldados están armados de fusiles, sin duda porque los anamitas son muy poco diestros en su fabricacion. Un armero cristiano que habia trabajado para el servicio Real, me dijo que él hacia un fusil en quince dias, y parece que el dicho artista era de los hábiles en su profesion, de modo que le costó gran trabajo poder salir de la maestranza de la capital y volver á su casa, por la fama que tenia con el gran Mandarin de perito en el arte de fabricar aquellas armas.

No he oido decir que en todo el reino de Tunquin haya un solo tren de artillería para la defensa de las capitales de las provincias, ni de las dos únicas ciudades que existen en aquel reino. Tal vez en Cochinchina será otra cosa, pues no dudo que en la corte tendrá el Rey cañones para su defensa; y los habrá del mismo modo en los puertos de *Touron*, aunque nunca será en tan gran número como se lee en algunas geografías, ni del calibre y alcance que se usan en Europa.

En caso, pues, de guerra contra la Cochinchina por parte de una nacion europea, solo tendria esta que vencer los obstáculos que presenta la topografía del pais, y la fuerza bruta del numeroso ejército emboscado en la inmensa arboleda que circuye á todos los pueblos del interior.

Otra defensa escelente del reino son los muchos botes de la marina Real, tripulados cada uno por treinta, cuarenta y mas remeros por banda, los cuales van armados de fusiles y lanzas, que manejan bien ó mal, pero que hecho el daño que intentan escapan con tanta velocidad, que ni un vapor europeo les puede dar alcance.

No sé en qué estado de táctica se encontrará el ejército anamita; pero atendiendo á la instruccion que recibió á fi-

nes del siglo pasado por muchos oficiales franceses, que en esto ayudaron eficazmente al Emperador Gia-Laong, cuando conquistó la Cochinchina, parece se debe conjeturar que las tropas Imperiales deben haber conservado algunos principios del detall y de la táctica nuestra, tanto en la division de los cuerpos, como en las evoluciones de estos en un dia de batalla, y en el manejo de la artillería de campaña, y baterías de muralla y sitio.

El soldado Anamita nunca va cargado de ropa como los nuestros, ni usa zapatos, capote, ni otra cosa que impida sus movimientos, ni le cause molestia por el peso que pudiera llevar encima. Como que en la guerra vive del pillaje, ó pelea cerca de donde están los almacenes, no se cuida el Emperador de las necesidades de sus tropas; pues en caso de hambre, saquean el pueblo ó pueblos mas inmediatos, y se socorren ellos mismos. El vestuario tampoco es muy costoso, pues consiste, segun dicen, en el ropaje ordinario de paisano, con el distintivo militar de vivos de colores en las bocas-mangas, y en la solapa de la esclavina, que todo el pueblo usa. Esto, á mi parecer, da una ventaja grande á las tropas Anamitas contra los Europeos que tengan que pelear en Cochinchina ó Tunquin, si llevan allá el mismo equipo y vestuario usado en Europa, y adoptado en Filipinas.

CAPITULO IV.

Del comercio de los Anamitas con las otras naciones, y de los objetos de importacion y esportacion.

Tratando Monseñor Lefebre sobre Cochinchina dice estas palabras, que en compendio esplican el estado abatido del comercio en todo este desgraciado Imperio. «Los Cochin»chinos (y con mas razon se puede asegurar de los Tunqui»nos) tienen inclinacion y aptitud para el comercio; y la »situacion de la region, con costas que son bañadas por el »mar en grande anchura y estension, con numerosos puer»tos, dan mucha facilidad á la mútua comunicacion con los »estrangeros; pero todo es inutil, por el despotismo bajo el »cual estos pueblos son oprimidos, y que no se les permiten »negocios comerciales en grande escala. El Rey monopoliza »el comercio con las demás naciones, y sus súbditos no tie»nen facultad de construir barcos que puedan engolfarse en »alta mar. Solo están autorizados para tener botes ó bancas »ineptas para largos viajes. Por eso los Cochinchinos rara »vez dejan sus costas; y si algunos van á *Singapur* y *Ma»cao*, esto es de contrabando y con pequeña ganancia, pues »han de ir y volver espuestos á los corsarios chinos, ó á ser »cojidos por los Mandarines, que son peores que aquellos.»

El comercio actual todo, pues, está en manos de los chinos, que estraen del pais los frutos sobrantes de los campos, é introducen los artefactos de China, de que los Anamitas tienen necesidad por lo muy atrasado de su industria. Tambien los europeos comerciaban desde antiguo con ambos reinos, entonces separados, de Tunquin y Cochinchina, y todos los años aportaban algunas naves holande-

sas, inglesas y francesas de Pondicheri, y españolas de Manila. Mas desde el año 26 de este siglo, el Emperador Minh-Manh cerró todos los puertos á los estrangeros, europeos ó de su raza, dejando abierto solo el puerto de *Touron* á los ingleses, que comerciaban directamente con el Emperador, comprándole algunos objetos de su monopolio, vendiéndole paño encarnado, y de otros colores, para vivos del hábito militar, fusiles y otras armas de Europa. Se dice que aquel Emperador llegó á reunir diez y siete naves al estilo europeo, las unas compradas á los ingleses, y las otras fabricadas por sus súbditos; añadiéndose que pocos dias antes de su muerte habia contratado tres vapores de guerra para la defensa de sus estados, y conquistas que proyectaba en los reinos adyacentes; pero muerto él, sus sucesores no han sido tan cuidadosos de la marina, dejándola perderse por incuria y cobardía, segun queda esplicado en el capítulo anterior.

El dicho Emperador Minh-Manh y su inmediato sucesor (ignoro de los posteriores) ejercieron un comercio muy lucrativo para sí con perjuicio de sus vasallos, sobre lo cual, por ser cosa muy estraña, daré aqui alguna noticia con la individualidad que me sea posible, y segun me informaron. Aquel Soberano compró un cargamento de telas de algodon tejidas en *Canton* ó en la India, pues las que yo vi eran de dos clases, la una que parecia lienzo de *Canton*, y la otra coquillo. Los dichos tejidos, como blancos y sin flores que eran, no podian ser de ningun uso para la generalidad de los Anamitas, por abundar entre ellos telas semejantes, aunque nunca tan blancas, y por ser las estrangeras de un precio al que no alcanzaban sus facultades. A pesar de todo, Minh-Manh se propuso espender pronto y con mucha ganancia sus géneros, y lo consiguió, porque la tiranía

vence todos los impedimentos con un «Yo lo mando porque así es mi voluntad.» Ordenó, pues, aquel Monarca repartir sus telas por todas las provincias de Tunquin y Cochinchina: al gobernador de la de *Ha-Noi* se le enviaron, por ejemplo, 500 piezas; otras tantas á la de *Nam-Dinh;* 400 á la provincia del Norte, por ser mas pequeña que las otras; y así sucesivamente se hizo con las demás, segun la riqueza y número de habitantes de cada una, recibiendo todas alegremente el don y fineza del Soberano, á quienes los Mandarines ofrecieron humildemente miles y miles acciones de gracias por su infinita bondad, ilimitada generosidad, paternal beneficencia, etc., etc.

Sin embargo, aquel regalo tan sin precio en lo moral, lo tenia físicamente hablando en la factura, la que debieran pagar los pueblos á proporcion del género que recibiesen, segun su vecindario, y con la módica usura de ciento por ciento en favor de S. M. Cada grande Mandarin, pues, convocó á los segundos y terceros de los *Phu* y *Huyen*, é hizo segunda reparticion: al uno se le entregaron 40 piezas de tela, al otro 50, segun el distrito era menor ó mayor. Estos Mandarines llamaron por su turno á los gefes de los partidos llamados *Toung*, y á todos los alcaldes de los pueblos, y les entregaron la porcion de lienzos que les tocaba. Como los pueblos de cada *Phu* y *Huyen* son en grande número, resultaba de aquí que á un pueblo de regular vecindario se le entregaba una pieza de tela, ó pieza y media cuando mas, lo que bastaba apenas para un vestido talar y unos anchísimos zaragüelles, segun el uso anamita. A otros pueblos mas pequeños tocaban ocho ó diez varas de coco; y los habia de tan corto vecindario, que solo debian recibir el lienzo que se emplea en un pañuelo para sonarse.

Entre los concurrentes habia algunos Mandarines, y uno que otro alcalde ó principal que querian lucirlo, vistiéndose con el género estrangero: si les salia casi de balde, en este caso intentaban apropiarse toda la tela de tres ó cuatro pueblos, ó de todos los del distrito llamado *Toung*. Esto no podian consentirlo otros que abundaban en los mismos deseos; y así, viendo los Mandarines-gobernadores de las provincias que no se podia hacer el repartimiento por cada vecino, ni se acabarian jamás las cuestiones, queriendo agraciar á unos y desairando á otros, propusieron á los pueblos dejasen para el gobernador las telas, y él rebajaria generosamente mucha parte del dinero que debian aprontar por ellas. Casi todos los pueblos convinieron en este medio, muy espedito por cierto para cortar cuestiones; y de aquí resultó en definitiva, que el Emperador recibió sin dificultad lo que exigia por su comercio; que los Mandarines vendiendo en pública almoneda la tela á los aficionados, sacaron tambien su ganancia; y que los pueblos pagaron menos que pidió el Emperador, quedando por ello agradecidos y robados, que es lo que sucede siempre en este pais de eterna miseria. Lo mismo que hizo Minh-Manh hasta su muerte, lo repitió su hijo y heredero *Trieu-Tri*, lo que yo puedo atestiguar hasta el año 46 inclusive.

Tambien me informaron que el Emperador vendió á los pueblos paño de lana que compraba á los ingleses; pero esto parece no sucedió todos los años, ni puedo hablar sobre ello con la exactitud que quisiera.

Aunque el Emperador, como se ha dicho, prohibe á los habitantes de sus estados salir á comerciar al estrangero, no faltan, sin embargo, algunos comerciantes atrevidos, principalmente de Cochinchina, que, como se ha referido ya, pasan á *Macao*, *Singapur* ó *Polopinan*, donde venden su

carga con la utilidad muchas veces de doscientos por ciento. En el año 47 compraron los barcos cochinchinos el quintal de arroz limpio en la provincia de *Gia-Dinh* en un *Quantien* y ocho *Tienes*, ó sean siete ú ocho reales de vellon, y vendieron su mercancía en *Macao* á 38 y 40 reales de la misma moneda. En tales espediciones regularmente invierten los Anamitas cerca de un año, aunque la navegacion de ida y vuelta es solo de un mes para las naves europeas, porque las de aquellas pobres gentes son muy pequeñas, y no atreviéndose á navegar con los vientos generales de proa, se quedan ancladas en el puerto hasta que llega el tiempo de dar velas con viento en popa en monzon favorable.

Los géneros que los champanes chinos y cochinchinos estraen del Imperio son los siguientes: *arroz* en abundancia, pero no tan blanco como el de Filipinas, *cajas de maque*, que los chinos llaman del *Japon*, mucho *pescado seco, Nuoc-Mam*, ó salsa de pescadillos en salmuera, *aceite de Palma-Cristi*, ó de *Tangantangan* para luces, medicina ó tintura, *astas de ciervo* y *carabao, marfil, concha, sandaraca, palo de águila, narra* y otras *maderas preciosas, areca, almazarron, hiel de oso, piedras cuadradas, nido, panacea* de Cochinchina, llamado *Gil-Sen-Phu-Yen*, escelente *canela, azucar, gengibre, nuez moscada, bejucos* y *cañas* de todas clases, muchos *puercos, gallinas* y *ánades, gansos* y *pavos reales, camotes, tortugas, naranjas, limones* y otras frutas, *oro en polvo, cobre, zinc, alumbre, añil*, etc., etc.

Los artículos que se importan son los que siguen: *opio* ó *anfion, telas de seda* para pañuelos ó turbantes, *indianas pintadas, papel plateado y dorado* de China, para supersticiones y tapices, *pinturas históricas* ó de *paisages*, tambien de China, *libros impresos* en caracteres, *vajillas*

de loza basta, y *estátuas de ídolos* de barro y bronce, *drogas medicinales* de *Canton, hierro* y otros *metales labrados, té* de China para regalos ó convites, etc., etc. Otros artículos habrá de importacion y esportacion, que yo puedo ignorar facilmente por no haber estado en la corte ó en las capitales de provincia.

Cuando los chinos van á comerciar á Tunquin, entregan su capital á diez ó doce personas que viven en los puertos, para que estas vayan acopiando arroz y otros géneros de comercio, para que cuando vengan al año siguiente, esten preparados ya, y puedan llevarlos á *Canton* en la misma monzon favorable. El comerciante que no obrara de este modo sacaria poca ganancia de su comercio, porque deberia estar muchos meses en el puerto, y ya no le seria posible volverse con cargamento hasta la siguiente monzon.

Cuando falta el arroz de alguna cosecha, ó aunque no falte y haya sobra de grano en el reino, y quieren los Mandarines enriquecerse, prohiben con gravísimas penas la estraccion de este artículo, comisionando á los cabos del ejército marítimo y terrestre para que por la mar, los rios y pueblos costeros é interiores que tienen mercado, persigan sin descanso los contrabandistas ó comerciantes fraudulentos. Todo este movimiento y ruido es, al parecer, causado por lástima y conmiseracion del pueblo, que no se quiere padezca necesidad y hambre; pero en realidad de verdad solo es en estas circunstancias una bien paliada astucia para sacar dinero á los contrabandistas, que se ven precisados á pagar á sus perseguidores crecidos derechos de pasaje, hecho lo cual quedan en libertad para comerciar á su antojo, y estraer del Imperio lo que les parezca, exentos de todo temor.

Mucho podia decir en confirmacion de lo que he asegu-

rado; pero bastará contar lo que pasó por mí el año 46, cuando fuí al concurrido puerto de *Hoa-Phaong*, á la visita de una cristiandad que allí tiene la Orden de Predicadores, y adonde, por ser viaje peligroso, ningun sacerdote habia podido ir en muchos años.

Antes de ponerme en camino me quise informar de los conductores de la ruta que habíamos de llevar, y me dijeron que deberia embarcarme en el rio contíguo al pueblo de *Yen-Tri*, donde estaba actualmente, el cual era el mismo camino por donde iban los contrabandistas á llevar arroz á los champanes chinos anclados en la bahía de *Hoa-Phaong;* añadiendo que en el trayecto encontraríamos algunos barcos de guerra que se hallaban estacionados en él rio y en la boca del puerto para que nadie pasase. Ellos nada mas me esplicaron, y yo, con suficiente temor para desear huir de las manos de los Mandarines, repuse: pues, señores, si ustedes no tienen confianza en la ligereza de su barco, que pueda escapar por la anchura del rio de otros que nos puedan perseguir, punto concluido, y vamos por otro camino que no sea tan peligroso, bien por mar ó por tierra, porque seria gran temeridad ir nosotros mismos á sabiendas á encontrarnos con las cadenas y el martirio: si nos cojieran los Mandarines no nos dejarian por compasion, porque tendrian por presa de mas valor la captura de un Misionero europeo, que el abordaje de un barco contrabandista de 100 quintales de arroz. A esto me replicó el barquero principal, que á pesar de ser el rio no muy ancho en algunos lugares, él sabia modo de escapar de los Mandarines; además, que estos no nos perseguirian, porque ya él les habia regalado alguna cosa para contentarlos. Por último, poniéndose en pie y dirigiéndome la palabra, me dijo: mil reverencias al Padre; para ir de aquí á *Hoa-*

Phaong, es verdad que no hay mas ruta que este rio, que es el mismo de los contrabandistas, porque el camino de tierra son montes de altísimos peñascos por donde solamente pueden pasar las aves; á pesar de todo, el Padre fie en mí, que salgo responsable con mi cabeza no será cojido por alma viviente. Todos nosotros rogamos al Padre tenga compasion de sus hijos, que hace mas de 19 años no han visto en *Hoa-Phaong* ningun sacerdote Tunquino, y mas de 32 que vieron por última vez un Padre Europeo. Como yo tenia mucho deseo de visitar aquella pobre cristiandad, tantos años huérfana por causa de la persecucion, poniéndome en los brazos de la Divina Providencia subí á la barca aquella misma tarde, aunque creia por muy probable que no podríamos escapar humanamente hablando. La noche que navegamos era muy oscura, porque el cielo estaba entoldado de nubes; el viento lo teníamos fresco, pero de proa; y así, ya por temor de dar contra los peñascos de las riberas al bordear, ya porque el camino es largo, pues aun con viento de popa se echan ocho ó diez horas hasta el término de nuestro viaje, todo este tiempo fuí sobre cubierta; y por tanto, cuando alguna que otra vez se separaban los nubarrones, podia con la luz de la luna ver las dos orillas del rio, y notar que su anchura no llegaba en ciertos lugares á 80 ó 100 brazas; sucediendo que á la vuelta de los recodos que encontrábamos en aquellas angosturas, habia escelentes fondeaderos, donde si se colocaran los barcos de los Mandarines nos sorprenderian, sin poder nosotros evitar el abordaje, ni hallar modo de correr 20 brazas de distancia. Vimos dos de los dichos barcos, pero muy lejos, porque anclaban donde el rio estaba mas ancho; y á pesar de que tambien nos pudieron ver y salirnos al encuentro con viento favorable, nada hicieron, ni se movieron de su sitio para

molestarnos siquiera. Despues supe que los Mandarines se colocan en aquellos sitios para dejar espedito el pasaje á los comerciantes que les dan parte en las ganancias. Con esta condicion, todo el que quiera comerciar puede hacerlo sin ningun temor al Rey ni á los ladrones, porque los Mandarines engañan al Monarca, cubriendo á los contrabandistas, y persiguiendo á los piratas, si algunos se atreven á entrar en el rio contra los pasajeros. Nuestros cristianos para ir mas seguros habian fletado una barca de las que hacen el contrabando, muy conocida de los Mandarines, y aunque ya estaba asegurada por todo el año, sin embargo, antes de emprender aquel viaje, el patron les habia regalado una buena cantidad de peces frescos, para afirmar entre las dos partes la amistad y buena correspondencia. Por esta razon me aseguraba no debia tener cuidado, aunque yo, como ignorante de lo que pasaba, me embarqué con no poco temor de ser cojido.



CAPITULO V.

De los pueblos de Tunquin y Cochinchina, y de las autoridades municipales.

Aunque el gobierno del pueblo anamita sea monárquico, absoluto y despótico, como se ha dicho, sin embargo, cada una de las poblaciones elije sus propias autoridades, que son confirmadas por el Mandarin *Quan-Phu*, ó el *Quan-Doc-Sanh* de aquella provincia, por haber uno ó mas pretendientes que pleitean por los destinos en que no han tenido parte, y alegan nulidades en la eleccion y confirmacion.

Las principales autoridades en cada pueblo son: el Alcalde *(Ly-Troung)*, su Teniente *(Pho-Troung)*, y el recaudador de contribuciones, llamado *Khán-Thu*. Las personas para estos destinos y otros menos importantes se elijen, regularmente cada año, por los principales de la poblacion llamados *Quan-Vien*. Estos en un pueblo de doscientos tributos compondrán el número de cuarenta ó cincuenta personas, mas ó menos, pues no hay número señalado que yo sepa.

Los Quan-Vien ó principales son *de jure:* primero, todas aquellas personas qne obtuvieron algun empleo del gobierno y han quedado cesantes; segundo, los graduados en literatura mandarina; tercero, los ancianos de sesenta años, sabiendo leer y escribir; cuarto, los riquillos del pueblo, intrigantes y pleitistas; quinto y último, los soldados en actual servicio ó licenciados. Todas estas personas son privilegiadas para el caso de las dichas elecciones, y tratar los negocios del pueblo con el Alcalde.

Además de las autoridades dichas en cada pueblo, exis-

te en todos ellos otra autoridad, no oficial ni reconocida por el Gobierno; mas á pesar de todo, la persona que la ejerce es superior al mismo Alcalde, y manda en el pueblo cuanto se le antoja, obedeciéndole todos sin réplica, y como á perpétuo dictador. Este cargo, delicado é irresponsable á presencia de la ley, lo obtuvo por lo regular antiguamente la persona mas notable é influyente del pueblo, y ha pasado en aquella familia de hijos á nietos hasta el actual poseedor. Este, llamado *Huong-Truong*, tiene y guarda en su poder el verdadero catastro de la poblacion, y de las tierras reales y comunales que reparte á los principales, quedándose él y dando á sus parientes y amigos, lo que mejor le parece. Por su destreza y astucia se ocultan al Gobierno la mayoría de los campos y de los tributos, sin que ningun particular ose jamás declarar á los Mandarines la verdad, porque no le seria posible deslindar este caos, no teniendo en su poder datos verdaderos de lo que denunciase. Si se atreviese alguno á tocar delante de las autoridades asunto tan delicado, se captaria la animadversion de todos, y una venganza terrible caeria indefectiblemente sobre su cabeza donde quiera que se ocultase. El dicho Huong-Truong, no obstante su omnímoda autoridad, tiene que observar cierta equidad y justicia con los principales, cuyo verdadero gefe es, pues si quisiese todas las dignidades y los mejores campos para su familia, se espondria á ver formarse una faccion de los descontentos émulos suyos declarados, que con pleitos contínuos le arruinasen. Por esta razon tiene la política de interponer su influjo para que los cargos del pueblo recaigan de cuando en cuando hasta en los que menos le quieren, por no exasperarlos, y que resulten daños mayores. Verdaderamente estos Huong-Truong de Tunquin pudieran ser modelos acabados de política maquiavélica á muchos gobernantes euro-

peos, famosos en la ciencia diplomática, y en la disimulada intriga.

El cargo de Li-Truong ó Alcalde del pueblo, no solo es de mucho honor, sino de grande utilidad por la parte mayor de los campos del comun que él se apropia con la anuencia del Huong-Truong; por la sisa del dinero del pueblo, de cuyos fondos es depositario; por la parte que guarda en su bolsillo de los regalos que se hacen, ó se destinan para tener propicios á los Mandarines, ó la que él se reserva en arroz ó metálico cuando entrega el cupo de contribuciones, cuyo déficit vuelve á pagar el pueblo, que está ignorante de estos manejos; y finalmente, por las espensas en las obras públicas y fiestas del pueblo que se hacen durante su gobierno, en las que si se gastan dos, pone diez, cuando menos. Si estos robos los hace con alguna consideracion, dando parte de ellos al Huong-Truong, al Teniente del pueblo y al recaudador de contribuciones, dura el Alcalde algunos años en el empleo; pero si quiere engordar muy pronto, se le acaba tambien luego el oficio por un pleito ruidoso y proceso judicial, en que pierde sus propios bienes con los robados, y además el influjo que tenia, y que jamás vuelve á adquirir. Todo esto lo maneja el Huong-Truong, aunque por lo regular tira la piedra y esconde la mano.

No con el Alcalde, pues, sino con la persona misteriosa del Huong-Truong, deben entenderse en Tunquin y Cochinchina los que quieran conseguir algo de aquellas poblaciones; y con objeto que esta interesante noticia llegue á los Europeos que hayan de tratar negocios en dichos paises, he creido conveniente declarar esto con alguna particularidad, pues estoy convencido por propia esperiencia, que sin la voluntad del Huong-Truong, todo lo que se convenga con el Alcalde, y los otros principales, no tiene firmeza alguna:

sucediendo lo contrario, si el citado Huong-Truong accede á la peticion, por conviccion ó interés, ó por ambas cosas juntamente.

Como en un pueblo no caben muchos Alcaldes, Tenientes ni recaudadores de tributos, y sean muchos los aspirantes á estos empleos por las utilidades anejas, resulta muchas veces que, divididos los Quan-Vien en varias parcialidades, pleiteen por diversos sujetos á un tiempo; y despues de gastar grandes cantidades, consigan por fin de los Mandarines que se divida el pueblo en tres ó cuatro partes, cada una con su Alcalde y justicia independiente, llamándose entonces los trozos separados con diversos nombres, bien el uno pueblo N. del oriente, el otro pueblo H. del occidente, del Norte ó del Sur, segun fuere la situacion respectiva. De aquí la anomalía de encontrarse pueblos bajo una misma cerca que tienen tres ó cuatro Alcaldes, por considerarse como tres ó cuatro poblaciones; otros en los que su parte anterior y posterior obedecen á una misma autoridad, cuando la intermedia ó del centro tiene la suya independiente, con su nombre diverso; que en otros esté dividido el terreno en muchas fracciones, puestas en administracion separada, conservando todos el mismo nombre antiguo, con un solo Alcalde, etc., etc.

Cuando un pueblo tiene baldíos ó tierras que no se pueden cultivar por los gastos que hay que hacer para los riegos, ó por otras razones, suelen hacer donacion de aquellos campos á algunas gentes venidas de otros pueblos, á quienes se conceden ciertas franquicias y privilegios por medio de contratos y escrituras solemnes. El pueblecito así fundado se llama *Trai* ó colonia, y cada año tiene obligacion de presentar ciertos dones á los Quan-Vien de la poblacion madre, como reconocimiento de vasallaje por el

dominio directo, además de pagar la parte de contribucion que se señala; como esta suele ser escesiva, y las otras cargas muy pesadas y molestas, la nueva colonia solo las lleva con paciencia mientras no tiene fuerzas para sostener un pleito contra el pueblo que le dió el sér. Mas luego que forma una poblacion respetable, hace las gestiones para conseguir la suspirada independencia, lo que logra al cabo, pues el dinero lo compone todo en esta tierra miserable, donde los Mandarines siempre tienen hambre canina, que nunca dice: basta. Con el discurso del tiempo la colonia suele ser mas rica que el antiguo pueblo, y aun llega á absorber todos sus vecinos hasta hacerle perder el nombre que le distinguia en la antigüedad. Sucede esto con tanta frecuencia, que si actualmente se formase un mapa topográfico de todos los pueblos del imperio, estoy seguro que antes de un siglo sería inutil aquel inmenso trabajo; porque pasado este tiempo, cuando menos, habrian desaparecido la tercera parte de las poblaciones antiguas, y formádose otras nuevas, con nombre y en terreno diferente cada una. En confirmacion de esto diré lo que yo mismo he visto en menos de siete años de permanencia en el pais, y es: que una poblacioncita que el año 1840 no tenia sino diez ó doce casas, el 47 llegaba á cincuenta; y otra que contaba aquel mismo número de vecinos en el primer año, en el segundo pasaba ya de ciento. De estos casos podria poner muchos, mas esos bastan para mi intento. En tan pocos años no es creible que la poblacion hubiera crecido tan asombrosamente; así que el aumento en estos lugares era disminucion en otros, y por causa de este flujo y reflujo de la poblacion Anamita, dije que era imposible formar un verdadero mapa topográfico.

El juez de policía ó Mandarinete de un pequeño partido que espresé arriba, se llamaba Cai-Toung, y su Teniente

Pho-Toung es tambien elegido como autoridad local por los pueblos donde ha de ejercer su cargo, y que regularmente componen reunidos de diez á doce mil almas, ó quizá mayor número. Para desempeñar las funciones de su destino, le autoriza el gobernador de la provincia dándole el documento que aprueba su eleccion, con el cual, si pasa seis años en el oficio queda inamovible, y solo puede ser destituido del empleo por orden espresa del superior del gobierno. Son tantos los que suspiran por ejercer este cargo (sin renta), son tan finos litigantes y enredadores los Anamitas, y los dichos Tuong dan tales motivos á litigios ruidosos, que raro es el que puede gozar la dignidad mas allá de tres ó cuatro años.

En las elecciones de Cai-Toung y Pho-Toung es cuando lucen en todo su esplendor la generosidad de los ricos, la astucia de los intrigantes, la política, cortesanía y elocuencia de los literatos; en fin, todas las artes que usan los viejos revolucionarios en otros paises mas civilizados, cuando en tiempos de disturbios procuran captarse el aura popular para ser nombrados jefes de faccion. Una diferencia notable se encuentra entre unos y otros ambiciosos, y es que los Europeos echan mano para entusiasmar las masas mas bien de bienes morales que materiales, como v. gr. del poderoso resorte de los derechos políticos imprescriptibles del pueblo, la salvacion de la patria, la gloria de la nacion, la paz, la fama eterna que ha de resultar á los animosos que derroquen á los tiranos y den su voto á *D. N.*, gran patriota, amigo de la igualdad y de la justicia, con otras cosas por el estilo; mientras que los pretendientes Anamitas presentan á los electores el sublime espectáculo de una docena de puercos y búfalos asados, pescados enormes en guisados apetitosos, muchas y grandes ollas colmadas de

blanca morisqueta, altos montones de buyo para mascar, y veinte ó treinta cántaras de vino de arroz caliente, del que se llenan y vacian las tazas como por encanto, al mismo tiempo que hinchen las cabezas de entusiasmo sin igual, y hacen maravillosamente espeditas las lenguas para pronunciar pomposos discursos de felicidad sibarita para lo futuro, esto es, todo el tiempo que el Toung tenga el poder en sus manos. En estas reuniones no suelen faltar algunos de chispa que vierten las gracias á montones; y cuando estos hablan, se tocan tombores ó bombos que se oyen una legua de allí, y todos los asistentes, ya demasiado alegres, descargan garrotazos sobre las tablas del piso, capaces con el estruendo que meten de hacer sordos á otros que, como los Anamitas, no tengan el tímpano de hierro colado.

En estos convites, que se celebran ya en uno, ya en otro pueblo del distrito, se tienen la juntas preparatorias, á las que se procura vengan las personas amigas y mas influyentes de la parte contraria, á las que mentidamente se muestra la amistad mas cordial; se les colma de agasajos, se les trata con grande miramiento y respeto, se elogian sus talentos no comunes, se les ofrece á ellos y á sus pueblos mil halagüeñas esperanzas y ventajas reales, repetidas veces se brinda á su salud, y se les desean muchos hijos varones y grandes riquezas; y cuando ya el vino ha obrado su mágico efecto, se les hace firmar un papel que contiene el voto futuro en favor del que hace los honores del convite. Conseguido el fin, que era comprometer á los huéspedes, se vuelve otra vez á comer y beber, á brindar, reir y murmurar, ó se juega á los naipes, con el objeto de que el huesped gane alguna cantidad respetable que nutra mas su alegría y haga su contento duradero. Al otro y siguientes dias se convida á los demás electores á otras bodas de Ca-

macho, hasta conseguir con dichos manejos la mayoría de votos. La parte contraria no se duerme ni descuida en tocar los mismos registros de convites y promesas; así es que los principales miembros de una y otra faccion, están los ocho ó quince dias antes de la eleccion definitiva siempre borrachos y ahitos de carne. El mismo dia crítico que todos se reunen para votar, se celebra el solemne acto entre los platos y los cántaros de vino; pero á pesar de lo suelta que anda la lengua, cuando la cabeza está tomada del espirituoso licor, rarísima vez se escapa á ningun concurrente alguna sátira ó palabra picante contra el contrario partido, ni menos vienen á las manos, por conservar todos, aun borrachos, bastante juicio para evitar las pendencias, y no perder la gravedad y esquisita prudencia que distingue al pueblo Anamita de cualquier otro.

Luego que se hace la eleccion se estiende el acta, y firmada por los votantes se eleva á la aprobacion del Quan-Huyen, y se pide por el interesado al gobernador de la provincia el documento para ejercer la Alcaldía. Tales pasos cuestan algunas barras de plata, y mucho mas dinero se tiene que gastar si no fué unánime la eleccion y se presenta la minoría protestando. En estas circunstancias se difiere la aprobacion de lo actuado por muchos meses, y los Mandarines reciben regalos de ambas partes contendientes, hasta que ni una ni otra tienen mas que prodigar. Yo digo lo que he visto, y me consta por ciencia cierta que en una contienda de estas entre dos gentiles, en cuyo pueblo me hallaba el año 46, gastó una parte de 400 á 500 Quan-Tienes y la otra mas de 1.000, que era casi la totalidad del caudal de su familia. Estas espensas fueron únicamente en regalos á los Mandarines, pues los gastos en convites y francachelas salieron del bolsillo de sus amigos, que forma-

ban grandes esperanzas de recobrar lo perdido con usuras, siendo de su partido el favorecido Cai-Toung ó juez político.

Me ha parecido individualizar un poco este asunto de elecciones populares de Tunquin, para que el lector considere cuán vejado debe estar este desdichado pueblo, que al fin paga aquellos enormes gastos, sin que le resulte ningun bien de que le manden los jefes de esta ó de la otra faccion, cuando ambas solo aspiran á enriquecerse robando. Por eso el infeliz pueblo Anamita siempre es pobre y miserable, aunque trabaje dia y noche para mejorar de fortuna. De esta regla general deben esceptuarse aquellos lugares donde es cristiano todo el vecindario ó la mayor parte. Aquí los misioneros, prevalidos de su influencia religiosa, unen los ánimos, amalgaman los partidos, evitan gastos supérfluos, nivelan las cargas comunales y las contribuciones del estado, haciendo mas llevadera la suerte del bajo pueblo, sin permitir la injusta opresion que contra él quiera ejercer el Quan-Vien poderoso, que desea engordar con el sudor y la sangre del desvalido.

Yo desearia que aquellos innobles filósofos que tachan al clero secular y regular de ciego partidario de las clases privilegiadas, fuesen testigos de lo que hacen los clérigos franceses y religiosos españoles, ministros de la Religion, en Tunquin y Cochinchina, en favor de la clase proletaria Anamita: quizá con el conocimiento esperimental que adquiriesen del influjo benéfico de los sacerdotes católicos en la felicidad del pueblo de estos paises bárbaros, en que no reina otra ley que el engaño, la astucia y el derecho del mas fuerte, dejarian de calumniar á la Religion y á sus ministros.

CAPITULO VI.

Del idioma y escritura de los reinos de Tunquin y Cochinchina, y de la ilustracion de ambos pueblos.

La lengua anamita, asi como la china, se puede considerar de dos modos, ó bien en la locucion, ó bien en la escritura; y tanto del uno como del otro modo, no tiene absolutamente ninguna semejanza con las lenguas europeas.

Las voces anamitas todas son monosílabas, y cada una espresa la idea correspondiente; no siendo raro que una sola encierre cuatro ó cinco, y á veces ocho ó diez significaciones, que ninguna analogía guardan entre sí. Por ejemplo: esta voz *Kí* significa escribir, enviar, admirable, tiempo, limpiar, bandera de guerra, espíritu terrestre, orar, un animal fabuloso, un palo medicinal, cierta yerba, etc. No sucede esto por la pobreza del idioma, pues realmente es abundantísimo, en particular en nombres propios de las cosas usuales y comunes, encontrándose á cada paso tres ó cuatro locuciones diversas que esplican cabalmente la misma idea, y de las que usan promíscuamente, segun se les antoja, sin añadir ni quitar elegancia al discurso. De esta multitud de voces diversas para espresar un concepto, y las diferentes significaciones que admite una voz, resulta que el estudio de esta lengua es facil á los europeos, si solo quieren hacerse entender de los Anamitas, pero muy dificultoso si se pretende hablar con elegancia, ó comprender todo lo que ellos hablan ó escriben. Esta dificultad aparece mejor si consideramos que los Anamitas cifran gran parte de la belleza del discurso en cierta redundancia de voces y de frases, de que se precian los eruditos; á esto es casi imposi-

ble se acostumbren los Europeos, ya por el mucho estudio que se requiere, ya por el genio enérgico de que nosotros nos hallamos naturalmente dotados.

De aquí tambien procede que las traducciones hechas por los Misioneros de los decretos del Rey, nunca pueden convenir entre sí, pues el que se empeña en la traduccion literal, necesariamente debe hablar con estilo desaliñado, sin elegancia, pesado y bárbaro; y por el contrario, el que quiera evitar estas faltas no puede menos que destruir el genio de la lengua, haciendo una interpretacion parafrástica en lugar de verdadera traduccion.

Además de esto, la lengua de este pais se compone de nombres sustantivos y adjetivos, sin declinacion de casos ni números; de verbos sin tiempos ni personas, y de algunas partículas, que antepuestas á los nombres forman los casos, unidas á los verbos forman los tiempos, y juntas á los nombres y los verbos componen los pronombres, los participios, los adverbios, las preposiciones, las conjunciones y las interjecciones.

La pronunciacion de las voces anamitas, y la espresion que se debe dar á los acentos musicales de la lengua, son tambien cosas muy dificultosas para los europeos; pero de estos inconvenientes no se puede tener idea cabal hasta que se emprende el estudio, y se quiere hablar algo, ni se vence la misma dificultad sino con la mucha práctica de hablar con los naturales, y una larga observacion acompañada de grande paciencia y perseverancia.

Las letras vocales de este idioma son doce, y veintiseis las consonantes; y á pesar de ser tantas estas últimas, faltan sin embargo los sonidos que dan los españoles á las letras C, D, F, J, P, R, S, X y Z. Hay ciertas consonantes que tienen alguna semejanza en el sonido, mas esto mismo es mayor

inconveniente para poder hablar bien, por causa del poco cuidado que se pone al principio en la enmienda de lo que parece pequeño defecto, y solo se ve es de mayor cuantía cuando apenas es posible enmendarlo, por el hábito ya adquirido de pronunciar viciadamente.

Los acentos musicales son seis, y todas las voces se pronuncian con alguno de ellos; en lo que es menester poner mucho cuidado, pues la mas pequeña equivocacion haria que la voz variase de sentido, quedando la frase por lo comun ininteligible. De los dichos acentos no se puede hablar aquí, porque seria cansar al lector con largas esplicaciones, inútiles al fin, sin poder oir de viva voz los ejemplos.

Aunque la lengua anamita traiga su origen de la china, sin embargo, rara vez convienen ambos idiomas en el significado de las voces, de manera que un Chino y un Anamita tienen mas dificultad de entenderse entre sí, que un francés y un español. Esto procede de que los Anamitas han variado con el tiempo el propio significado de los caracteres chinos, y dado otra inflexion á la pronunciacion, y diversos tonos musicales que los usados en el Imperio Celeste.

La escritura anamita consiste, como la china, en el uso de caracteres, que en su origen, segun la opinion de algunos, fueron geroglíficos, ó que espresaban á la vista lo mismo que querian significar; en el dia esta relacion entre la letra pintada ó escrita, y el objeto representado por ella, es nulo, y no es posible al ver una letra, conjeturar qué represente ó esprese. Sin embargo de lo dicho, en la clasificacion de los 80.000 caracteres de que dicen se compone el alfabeto chino, tienen cierto orden para estudiar ó leer los libros, que ayuda algo para no confundirse entre tan

inmensa variedad de letras entre sí distintas, y al mismo tiempo muy parecidas en los rasgos las unas á las otras. Este orden consiste en escribir al lado de la letra con que quieren espresar una cosa, otra letra diferente significativa de la materia de que aquella se compone, ó que tenga alguna relacion con lo que se habla. Por ejemplo: para significar *arca, mesa, cama,* etc., ponen al lado de aquella letra otra que espresa la voz genérica de *arbol;* para escribir las voces de *sermon, discurso, hablar, decir,* etc., se coloca inmediato al caracter que espresa la cosa, otro significativo de *boca,* etc., etc.

Este mismo orden guardan tambien los Anamitas; pero en la escritura y el lenguaje que usa el comun de la nacion, no solo dan distinto sonido á los caracteres clasificadores, ó que sirven de clave, sino tambien á cada una de las letras agregadas, que espresan los objetos de que se habla; v. gr.: *arbol* y *boca* se espresan en Tunquin con dos caracteres que leen *Cay* y *Miêng*, y los chinos leen *Moc* y *Hau,* y con la misma diversidad de sonidos y voces leen ambas naciones las demás letras, de lo que no se ponen mas ejemplos por no cansar al lector.

De aquí procede que la escritura usual anamita, y la mandarina de los Chinos tienne muy pequeñas relaciones entre sí; y por esto, ni los Anamitas que no han estudiado el idioma mandarin pueden leer la escritura de los Chinos, ni estos leer los libros ó escritos de aquellos.

Para obviar los inconvenientes que traeria al comercio entre China y el Imperio de Annam, el no entenderse las dos naciones, y poder los Anamitas leer los libros de los filósofos, y el código de las leyes chinas, hacen los literatos estudio particular de los caracteres de los Chinos, dándoles el mismo valor y significacion que tienen, aunque distinto

sonido en la pronunciacion, y con esto, ambos Imperios se pueden por escrito comunicar entre sí. Al estudio de esta escritura, que se llama lengua mandarina, se aplica la juventud Anamita con todo ahinco, para obtener las dignidades del reino, y los grados en literatura.

La lengua usual de Tunquin, no solo es comun á Cochinchina, sino tambien á los reinos de *Laos, Siam, Chiampa* y *Camboja,* sucediendo lo mismo con la referida escritura mandarina.

Siempre la tiranía, se dice, ha sido causa del embrutecimiento de los pueblos, cortando las alas al ingenio de los hombres, ó poniéndoles trabas que les sea imposible romper, ni aun con el discurso del tiempo, por causa del temor á la autoridad de hierro, que jamás se rompe ni se dobla.

Esto es lo que materialmente ha debido suceder siempre en Tunquin y Cochinchina, cuyos Soberanos, mejor que Luis XIV, han podido decir, no solo que ellos *han sido y son el Estado,* sino que su entendimiento ha debido ser la norma del de los otros, lo mismo que la voluntad, la imaginacion y las habilidades naturales ó adquiridas.

Habiendo estado desde antiguo los Monarcas de estos desgraciados paises sumergidos en la molicie, ó entregados á las conquistas de las provincias vecinas, que eran tan bárbaras como las propias, no han tenido lugar ni voluntad de instruirse en ninguno de los ramos de la actual literatura europea, y mucho menos de la griega ó romana, de las que es muy probable no hayan tenido jamás ni aun siquiera ideas remotas.

A todo esto se ha juntado otro mayor impedimento á la civilizacion y cultura del Rey y sus vasallos, cual es el haber permanecido siempre cerrados estos paises al comercio

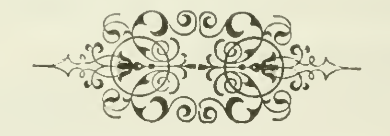
y viajeros de Europa, prohibidas tambien á los Anamitas todas las otras vias de comunicacion, pues que á ellos tampoco les era ni es lícito viajar á paises estrangeros, pena de la vida. De aquí no ha podido menos de resultar el infinito atraso en que se hallan los Tunquinos y Cochinchinos respecto de los Europeos en las ciencias, y en las artes. Aun los Chinos están en esto mucho mas adelantados, tanto porque aquel Imperio gozaba de alguna civilizacion cuando Tunquin y Cochinchina permanecian todavía en la barbárie, como porque en los tres siglos anteriores los Europeos han comunicado mucho con la China, y casi nada con los paises adyacentes, por las trabas que sus gobernantes ponian al comercio de las naciones estrangeras.

No se conoce, pues, en Tunquin, hablando como ello es, arte alguno propiamente dicho, fuera de la fabricacion de cajas de *maque*, que los Chinos estraen y venden como del *Japon*. Tambien se trabajan con bastante curiosidad objetos de cobre y hierro, aunque á este no lo saben pulimentar. El Ilmo. Sr. Lefebre asegura que hacen barcos con grande maestría, sin un solo clavo de hierro, y que sin embargo resisten á las olas mejor que los europeos, siendo de mas duracion y de mucha mayor ligereza.

La industria de criar gusanos de seda está tambien muy adelantada; no asi la fabricacion de esta materia y algodon, que siendo tan general entre los Tunquinos, nunca pueden presentar telas al comercio, de la finura, dibujo ni brillantez que los Chinos. Así es, que el gran comercio que hacen los Anamitas de aquel artículo, es solo en bruto, como casi todo otro de objetos de esportacion.

De la perfeccion de la agricultura y fomento de la cria de los peces, se tratará con toda minuciosidad mas adelante.

Si estos pueblos llegan algun dia á comunicarse íntimamente con los Europeos, no dudo que en pocos años hagan mas progresos en las ciencias, y en las artes, que en muchos siglos los Chinos. La razon en que me fundo es, que los Anamitas, no solo no desprecian á las gentes de Europa, sino que las tienen en grande veneracion, y las miran con un respeto que raya en lo supersticioso, por la elevada idea que han concebido de la virtud, valor, ciencia y prudencia que creen es general en ellos. Quiera Dios que si estos van alguna vez á Cochinchina ó Tunquin como comerciantes, viajeros ó militares, guarden tal conducta en dichos paises, que nuestra buena fama no la empañe jamás mancha alguna, antes al contrario se ennoblezca mas y mas, confirmándose los pobres Anamitas en su opinion favorable.



CAPITULO VII.

De las contribuciones directas que paga al Emperador el pueblo Anamita, y de las indirectas ó estorsiones que sufre.

Llamo aquí contribuciones directas las que se imponen sobre los campos de labranza, y lo que se exije al comercio de cabotaje en las aduanas de los rios, y en los puertos de mar al comercio esterior. En este Imperio no hay otra clase de gentes que tributen por la ley, que los labradores y comerciantes, aunque por otros conceptos todos pagan infinitas contribuciones personales y en dinero al Emperador, y á los Mandarines, que roban, despojan y sacrifican á los Anamitas, como si fueran un rebaño de ganados á merced de lobos carniceros.

Las contribuciones territoriales son muy moderadas, atendida la mucha y buena tierra que se labra ocultamente, ó sin noticia del Emperador, pero á ciencia y permision de los Mandarines. Los campos que pagan como inscritos en el catastro del superior gobierno son pocos, incultos ó infructíferos; y si todos los demás fueran verdaderamente así, nadie podria pagar los enormes tributos con que están gravados. En esto se ve claramente un juego de destreza entre el Monarca y los vasallos. Estos ocultan la mayor parte de los campos, y no pagan por ellos; mas el Emperador se venga imponiendo tales cargas sobre la tierra que le dicen se labra, que se compensa lo que pierde por allí, con lo que por aquí recibe de esceso.

Este agiotage tenebroso es un misterio casi inesplicable,

de cuya oscuridad se prevalen no solo el pueblo y el Soberano para engañarse mútuamente, sino tambien los Mandarines para enriquecerse sin gran trabajo, engañando á uno y otro. Para que el lector entienda algo de cómo sucede esto, diré primero el medio con que el pueblo oculta sus tierras, y despues el que usa el Gobierno en la imposicion de contribuciones, con la cuota que se impone, y la que verdaderamente paga cada vecino.

Los terrenos de cada pueblo se dividen en dos partes. La primera comprende los campos de realengo ó del patrimonio real, llamados en Tunquin *Ruong-Quan*, ó tierra del Rey, puesta bajo el cuidado y administracion de los Mandarines. La otra parte, mayor que la primera, abraza los campos sustraidos desde antiguo del real catastro, y que el pueblo vende á los particulares, ó los *Quan-Vien* se reparten entre sí por el tiempo que les parece.

Los campos reconocidos de realengo son, segun se dijo, pocos, ó verdaderamente infructíferos, como orillas de los rios salados, tierra salitrosa, alta ó de secano. Hay poblaciones en que estas tierras dichas son, respecto de las ocultas, como de diez á ciento. Unos pueblos ocultan solo la mitad de los campos de labranza, y otros menos, sobre lo que no se puede dar una regla cierta. Existen tambien lugares que vendieron en otros tiempos sus campos propios, y en otros nada se ha podido ocultar, ó ellos mismos lo han descubierto á los Mandarines, y por tanto pagan contribuciones enormes, viviendo en la mayor miseria.

Las ocultaciones de los campos son fáciles en este pais, porque dicen que en los tiempos pasados se perdió el verdadero catastro, cuando la guerra de la independencia con los Chinos. Puede ser verdad, mas quizá tambien no habrá existido jamás aquel importante documento. En el dia, nin-

gun Rey puede hacerlo nuevo con alguna exactitud, por los disturbios universales que esto originaria.

Todo pueblo, por pequeño que sea, tiene sin embargo para su uso privado un inventario exactísimo de los campos de su pertenencia, con la distincion de clases y calidades de tierra pingüe, media é inferior; pero el libro que contiene todo esto lo guarda el *Huong-Truong*, como ya se dijo, con tanto cuidado y diligencia, que solo pueden escudriñar el secreto, y ver el libro, los mas íntimos amigos de aquel personage, para evitar así las delaciones, gastos y calamidades consiguientes.

Como el Emperador no sabe á ciencia cierta cuántos y cuáles son los campos de labor, se vale tambien para imponer las contribuciones territoriales del censo ó estadística de la poblacion que hacen los grandes Mandarines, ó gobernadores de las provincias, de manera que cada vecino haya de pagar diez ó quince pesos en arroz y en metálico, sea el pueblo rico ó pobre, agricultor ó comerciante, de estenso ó corto vecindario. Si esta disposicion se observase con el fin y espíritu que está mandado, claro es que ganarian poco los Anamitas ocultando las tierras que labran; con este método saldrian, por el contrario, perjudicados por el esceso de poblacion en el reino. Pero aquí entra la benignidad ó política codiciosa de los Mandarines á mediar entre los súbditos y el Soberano, ilusionando á este para enriquecerse á costa de aquellos. El pueblo por su parte, ya que ve no saca mucho partido ocultando los campos, pasa mas adelante, y oculta tambien las personas tributarias, suprimiendo la mayoría de los vecinos en cada pueblo; de suerte que si el lugar tiene ciento, quedan para el Rey y los Mandarines en ocho ó diez, y algunas veces, de ochenta casas se cuentan solo tres ó cuatro, desapareciendo las demás por

arte de encantamiento. Parecerá esto increible, y mi aserto una paradoja, si todos los Misioneros no fuesen testigos de lo que digo, aducidos ya por mí algunos ejemplos de esta verdad en el capítulo segundo del presente folleto.

La contribucion por los campos y tributos de cada pueblo, el Emperador la impone, luego los *Quan-Tien* la reparten entre todos los habitantes, segun el terreno que cada uno labra, ó la riqueza que goza por el comercio ó industria, en lo que se hacen mil atropellamientos, cometiéndose injusticias escandalosas que son difíciles de esplicar, y de lo que se dirá algo mas adelante. Por ahora diré solo, que los pobres que no tienen sino una choza de paja, con un solar de dos ó tres celemines de tierra, están obligados á entregar, lo menos, un peso anual de tributo directo, pues lo que se les saca por otros repectos, importa mucho mas sin comparacion, pudiendo conjeturarse que alcanza al cincuenta por ciento de lo que gana con su trabajo en el trascurso de un año entero.

Todos los Anamitas son tan pobres, que á lo menos las tres cuartas partes de la poblacion, se privan de los frutos que sus pequeños huertos, ó sus industrias les producen á fuerza de inauditos afanes, viéndose obligados á conducirlos todos los dias á los mercados de la comarca, comprando con su importe las cosas que necesitan para su diaria subsistencia. Lo que cada persona que se dedica á este tráfico suele llevar á la plaza, importa las mas veces medio real de vellon, ó cien *Chapecas* del pais. Esto es lo que se llama comercio interior del reino, pues no se conoce otro en mas grande escala, sino en alguno que otro dueño de un barquichuelo que pasa algunos efectos de una á otra provincia. De esa miserable industria, ó apremiante necesidad para no morirse de hambre, saca con todo el Emperador un inmenso lucro

con las aduanas establecidas en todas las embocaduras de los rios, que son muchos y todos navegables. Los aduaneros que allí viven, arrendadores en pública subasta, son verdaderos publicanos, ó mas bien públicos ladrones á la vista misma de los Mandarines, que todo lo consienten para engordar con la parte que perciben del robo. Aquellos crueles empleados, á nadie, por pobre que sea, perdonan los derechos de tarifa; y lo peor es, las infinitas vejaciones que causan á los viajeros, y que estos, si son débiles ó impotentes, se ven obligados á redimir con *Chapecas* por evitar daños mas considerables.

Como entre cien pueblos de un distrito, no se concede el derecho de mercado sino á tres ó cuatro, que están á bastante distancia de los demás, resulta que los vecinos de los no agraciados deben pasar por las aduanas dichas, por ser mas facil viajar por agua que por tierra. Sin embargo, la mayoría de las gentes escojen llevar su comercio por tierra, caminando por sendas de una tercia de ancho, dando infinitos rodeos, y llegando á la plaza tarde, cansados y molidos, á pasar por las aduanas, donde saben han de perder la mitad de los efectos que sacaron de sus casas.

Acerca de los derechos que pagan los chinos, únicos estrangeros que hacen grande comercio en Tunquin y Cochinchina, no me he podido informar. Sin embargo, ha llegado á mi noticia que la mitad, lo menos, que pagan aquellos comerciantes consiste en regalos que deben hacer á los Mandarines, pues sin este paso prévio, nadie puede mover pié ni mano en todo el Imperio. Ni aun los que necesitan ir directamente al Emperador, ó enviarle escrito alguno, pueden conseguirlo, sin hacer grandes sacrificios en dinero ó cosa que lo valga en favor de muchos Mandarines, verdaderas sanguijuelas que chupan por todas partes.

Con el nombre de contribuciones indirectas, no quiero dar á entender las que pagan los Europeos á la Real hacienda por el uso de algunas cosas menos necesarias á la vida, como el vino, sal, tabaco, etc., porque en Tunquin y Cochinchina nadie puede gastar en ningun caso, ni por ningun dinero lo que está prohibido á todos, y estancado para el servicio ó comercio del Emperador con los estrangeros. Así, pues, solo pretendo hablar de un sinnúmero de tributos indirectos de los Mandarines al Rey, y de los particulares á los Mandarines, en casos y circunstancias especiales: porque debe saber el lector que este Imperio es un estanque, donde los peces grandes se comen á los medianos, y estos á los pequeños, con mas arte que lo hacen los que habitan el flúido elemento.

Primeramente, los grandes Consejeros de la Corona y los Ministros de los Supremos Tribunales de la corte, compran aquellos destinos con buena cantidad de oro, que en la toma de posesion de sus empleos deben regalar al Emperador, en testimonio de gratitud como buenos vasallos, ejemplares de amor con su augusto amo. En el aniversario de su coronacion; cuando llega á cuarenta años de edad; cuando le nace algun hijo, nieto ó cercano pariente, ó toman estado estas personas; en los dias de la defuncion de alguna de ellas, ó sus aniversarios mortuorios; en los dias de año nuevo, en la luna cuarta y en otros mil de alegría ó pésame del Monarca y su familia, tambien deben alegrarse ó entristecerse con él ó con ella, mostrando los afectos del corazon con dones mas ó menos cuantiosos, ó sacrificios de la propia hacienda, y no con palabras elocuentes, de que se hace menos caso como no las acompañen las dádivas, pues segun el universal sentir de todos los habitantes del pais, obras son amores, y no buenas razones. Como el objeto primario

del Soberano Anamita es enriquecerse á costa de sus nobles criados, nunca desprecia las ofrendas escesivas; asi se hacen mas patentes su poder y su gloria en las pruebas de afecto que recibe en esas solemnes ocasiones, soliendo mostrar su indignacion con los mezquinos que le ofrecen dones no dignos del *Hijo del Cielo*, devolviéndoles el regalo y destituyéndoles de sus empleos para escarmiento de otros menos advertidos.

Los Ministros y demás personas allegadas al Monarca son protectores natos de los Mandarines de las provincias, de los Generales del ejército y de otros funcionarios públicos, que compran tan alta proteccion, no solo con bajas adulaciones, sino con abundancia de regalos de mucha cuantía y valor. Aquellos personages tambien se casan, tienen hijos, celebran aniversarios el año nuevo, la luna cuarta y otras muchas fiestas, como el Emperador, en cuyos dias los Mandarines y empleados protejidos deben manifestar su afecto al respectivo Mecenas, para que sus destinos sean duraderos, y no se les castigue por las injusticias pasadas ó las futuras que puedan cometer. Estos forzados donativos son tan frecuentes, que absorben toda la renta ó estipendio que da el Emperador, que, segun queda dicho, es insuficiente para vivir con decoro un empleado de ese rango. Los jueces de primera y segunda instancia se ven obligados de igual modo á obtener sus empleos, y permanecer en ellos con el sacrificio del oro y plata que tributan á los gobernadores de las provincias y Ministros de la corte; y los otros pequeños Mandarines pagan á los inmediatos los gastos de estos, hasta llegar al pobre pueblo, que suple con su sudor el déficit de todos, teniéndolos, á mas de gordos, contentos con la sangre que le sacan de las venas tan hábiles cirujanos.

Cuando los grandes Mandarines no están satisfechos con

lo que reciben de sus inferiores, suelen usar de un medio facil y espedito para aplacar su hambre de plata. Con pretesto, pues, de algun aniversario por sus antepasados, convidan en aquellas ocasiones á jugar á los naipes á los riquillos, que acuden al reclamo como gorriones al trigo, deseando complacer en todo al gran Mandarin, con esperanza de medrar á su sombra, comprando disimuladamente algun honorífico y lucrativo destino. En esos juegos es una grandísima falta de repeto, y notable desvergüenza, que el inferior gane al superior, como si los inferiores pudiesen saber tanto como los superiores, doctores quizá del primer grado, y mas sábios aún por la ciencia que da el poder. Sea por esta hipócrita cortesanía, y política calculada de los Anamitas, sea por temor, respeto ú otra causa análoga, lo cierto es que los grandes Mandarines suelen en esas horas, escojidas de intento, ganar en el juego sumas muy decentes de oro, recibiendo por ello las mas humildes gracias de los perdidosos, que protestan humildemente han recibido señalada honra del muy escelente gobernador, que se bajó y descendió hasta jugar con sus humildes siervos. No siempre se gana solo esta gloria, un poco insípida á la verdad, pues estando en Tunquin, supe que el Juez interino del Huyen-Van-Ninh, haciéndose el perdidoso con el gobernador de la provincia Oriental, ganó la posesion de un rico Mandarinato por la influencia de aquel Señor, que se dignó meterse en el bolsillo unos cuantos miles de *Quan-Tienes*, ó pesetas, que el otro perdió en pocas horas.

La medicion de tierras y recuento de tributos se hacen al principio de cada trienio, segun está dispuesto por la ley, y además se repite esta operacion cuando los Mandarines sospechan que tales ó cuales pueblos ocultan alguna porcion de terreno ó número de vecinos. Estas sospechas no pueden

dejar de ser frecuentes, atendida la codicia de los Mandarines, y que ellos mismos, en el lugar de su naturaleza, suprimen lo que pueden de uno y otro, como lo hace cada hijo de vecino. Déjase, pues, entender lo que sucederá siendo mucha la hambre, y estando tan cerca el alimento de la boca, que no hay mas que alargar la mano y comer luego. Pero aquí, como en todos los casos de cometer injusticias ó imponer nuevos gravámenes al pueblo, ha de aparecer en los Mandarines la compasion de la hiena, que dicen llora sobre sus víctimas antes de devorarlas.

En estos casos, convocando el gobernador de la provincia á los Cai-Toung de tres ó cuatro distritos, y á los Ly-Truong, Pho-Truong y Khan-Thu de cuarenta ó cincuenta pueblos, de donde pretende sacar otras tantas barras de plata, les dice así, compunjido y casi lloroso: Hijos mios, ved aquí que el Emperador, nuestro misericordiosísimo Señor, está descontento conmigo y airado con vosotros, porque le ocultamos muchos campos que labrais sin pagar por ellos contribucion alguna, y centenares de vecinos que no sirven á su escelsa Magestad en los ejércitos. Yo os compadezco, y quiero que se eche tierra á todo, y no padezcais nada por lo pasado de la ira justa del *Hijo del Cielo;* mas para ponerme y poneros á cubierto en lo futuro, debeis añadir á la lista de los campos dos *Mau* por cada diez que pagais, y dos tributos enteros por otra decena de los que viven en vuestros pueblos, y nuestro poderosísimo Monarca conoce y ampara con su sombra. De este modo no se os molestará por los atrasos vencidos, y en el grande Mandarin que os habla, encontrareis siempre un protector y padre, que os tendrá de noche y de dia dentro de su corazon. Si por el contrario no escuchais las palabras de misericordia que os dirijo, me veré en el caso doloroso de enviar comisionados

que midan los campos, y cuenten los vecinos con toda escrupulosidad segun manda el Emperador, y en lo venidero debereis pagar mucho mas que yo os exijo de presente, por la grandísima compasion de mis paternales entrañas.=He dicho.

Luego que los representantes de los pueblos acaban de oir discurso tan amoroso y tierno, con cinco postraciones dan gracias infinitas al grande Mandarin, verdadero padre de la provincia, cuya compasion es incomparable, y en ella y en sus otras innumerables virtudes, casi casi se eleva al nivel del alto cielo. Despues de estos piropos, pide el que lleva la palabra dispensa para obedecer, mintiendo gratuitamente, é implorando una misericordia que saben todos bien no se les concederá sino á medias, interponiendo el argumento convincente de las cuarenta ó cincuenta barras de plata. Asi estrajudicialmente se convienen entre sí gobernantes y gobernados, evitando con esto los últimos la temida medicion y recuento, llenando el primero su bolsillo con la cantidad ajustada. Gana además el Mandarin con el Emperador fama y loor de celoso servidor y leal vasallo, pues desde entonces puede contar S. M. con dos ó tres mil pesos que paga mas la provincia por las tierras y tributos que dice el Gobernador ha descubierto con grande industria y trabajo. Todo esto que digo me consta por propia esperiencia, pues por mi mano ha pasado el dinero con que el Sr. Vicario Apostólico y el P. Vicario Provincial de la Mision, socorrieron algunas veces las cristiandades de mi partido para redimir estas vejaciones; y los otros misioneros se ven obligados á hacer lo mismo en iguales circunstancias, para que los pueblos no se arruinen con el aumento de la contribucion exijida, si la han de pagar en su totalidad.

CAPITULO VIII.

Del modo peculiar de labrar y beneficiar sus campos los Anamitas.

Todo el Imperio de Tunquin y Cochinchina se siembra enteramente, menos el gran camino que le atraviesa, y que tendrá, segun dicen, dos ó tres varas de ancho. Los comunales ó de pueblo á pueblo, apenas dan lugar á dos personas de frente, teniendo solo como tres cuartas de anchura, ó algo mas que los vallados ó pilapil de Filipinas.

Cada año se cojen dos cosechas de arroz en aquellos feraces campos, generalmente sin mas riego que el agua que cae del cielo en el tiempo de las lluvias, que son desde abril á setiembre en Cochinchina, y desde junio hasta fin de noviembre en Tunquin. En estos tiempos son tan grandes los aguaceros, que en muchas ocasiones salen los rios de madre y anegan la respectiva region, ahogándose muchos hombres y animales. Parece, segun lo que yo he observado y leido, que con dificultad se encontrará otro reino en el mundo donde llueva con tanta abundancia; lo que se puede atribuir á la mucha arboleda de los estensos montes que abrazan toda la tierra llana, á los bosques infinitos de cañas y árboles frutales que cultivan con grande cuidado los pueblos, y á dos ó tres estanques llenos de agua que hay en cada casa, y que quizá pasarán de quince millones en la estension del imperio.

Como que seis meses son de lluvia, y los seis restantes del año de sequedad contínua, claro es que en el primer tiempo, y en un pais tan llano y anegadizo, queda en grande peligro la cosecha de arroz de perderse por de-

masiada humedad, y en el segundo amenaza á los campos, tostados del sol, el mismo peligro por la causa contraria; de modo que ó no sea facil sembrar el grano en esta segunda temporada, ó no nazca y llegue á sazon, como es absolutamente necesario para poderse mantener tantos millones de hombres en tierra tan reducida. Aquí la necesidad y el natural ingenio de los Anamitas les ha inspirado el modo de evitar las calamidades á que se hallan espuestos, y con un trabajo y constancia inauditas, han vencido y sujetado á la naturaleza, hasta conseguir de ella que no sea madrastra, sino madre amorosa de innumerables hijos. Esto para mí es lo mas interesante que existe en el Imperio, digno de ser observado por sábios agricultores y naturalistas, y por los gobiernos amantes de la humanidad; pues si pudiera conseguirse que los habitantes de todos estos paises que están bajo la zona Tórrida, donde llueve con esceso, imitaran á los Tunquinos en el modo de beneficiar los campos, esta sola region del mundo produciria arroz suficiente para el comercio de todas las naciones, y sosten en años de escasez de la Europa entera. Filipinas es la primera nacion de los trópicos que duplicaría su riqueza si imitase á los tunquinos como agricultores; y por esta razon el lector no llevará á mal que yo me demore un poco en la esplicacion de lo que he visto y observado en Tunquin sobre esto, aunque temo no poder espresar mi idea con la suficiente claridad, por falta de estudios formales en la materia, y tiempo de observacion.

Es de advertir primeramente, que como los rios que bajan á la tierra llana de los montes traen tanto caudal de aguas, y descienden de mucha altura, es grande la velocidad de su curso, y con dificultad consienten diques ni

presas para que parte del agua se pueda utilizar en el riego de los campos. Los Tunquinos vencen este obstáculo haciendo sangrías á los rios en el lugar de su altura media, y desde allí guian el agua por canales estrechos y tortuosos hasta el principio de las llanuras, desde donde se reparten en todas direcciones los beneficiosos riegos. Para evitar que en las grandes avenidas rebosen las aguas sobre los bordes de los angostos canales y se aneguen los campos, tienen al principio de los diques formadas ingeniosas esclusas de cal y canto, mezclados trozos gigantescos de madera incorruptible, sujetos con estacas fuertes de lo mismo, tan bien colocado todo en su lugar respectivo, que estas obras duran muchos años sin que rezume una gota de agua. Como todos los rios cuando llegan á la llanura se mezclan con el mar, cuyas aguas esterilizarian los campos en las inundaciones, tienen formados los Tunquinos altos y gruesos paredones ó malecones de tierra en las orillas del mar y de los anchos rios, con lo que encajonada el agua no se desborda sobre los campos, aunque el nivel de aquellos sea en algunos lugares mucho mas elevado que el de estos. De trecho en trecho los dichos malecones están fabricados á modo de rampas ó suaves declives, para que haya comunicacion entre los rios y los canales de navegacion, y puedan los viajeros hacer pasar las pequeñas barcas de comercio de una á otra parte sin grande trabajo ni demora en el viaje; pues solo algunos remeros tirando con cuerdas y empujando las bancas las trasportan fácilmente al otro lado.

Cuando en tiempo de lluvias tienen los campos demasiada agua, se aprovecha la marea baja para vaciarla al mar, por esclusas hechas al intento, fabricadas con todo el arte de la hidráulica, y sobre lo cual velan los pueblos

cuidadosamente, con el intento de que los campos siempre queden con el agua suficiente para criar la segunda cosecha de arroz, pues en el tiempo de ella por lo regular llueve poquísimo. Esto hace que casi todo el año se puedan atravesar los sembrados de Tunquin con pequeñas bancas, y que desde estas se haga en muchos lugares la siega, para lo que usan unas guadañas largas, con las que cortan la mies, que otras bancas recojen de la flor del agua donde queda flotando, y la colocan en los vallados para secarla al sol. La trilla la hace cada uno en su casa, y en pequeñas porciones, segun va necesitando el grano para venderlo ó sustentarse con él. Quedando los campos despues de la siega con agua en abundancia, el semillero del arroz para el segundo plantío se hace en lugares altos, que se riegan artificialmente con poca dificultad; mas la hay al parecer insuperable para trasladar á los campos las plantas tiernas, que se doblarian por sí mismas dentro del agua, y allí se podririan siendo pequeñas; y si fuesen grandes, con el tallo duro, no echarian nueva raiz, y aun se marchitarian y perderian luego. ¿Qué hacer en este caso, para conseguir otra nueva cosecha de arroz? Hé aquí cómo los Tunquinos superan con su admirable industria todas las dificultades, que no sé las haya vencido ninguna otra nacion. Lo que voy á decir lo he visto y observado de cerca, y por eso puedo dar tan interesante noticia con toda certeza, aunque quizá con menos claridad que deseo.

Ya que los labradores han volteado la tierra con la laya y el arado, y puéstola hueca y bien preparada para trasladar á ella el semillero, que tiene como media vara de altura, hacen las siguientes operaciones. Uno de los trabajadores arranca las plantas, y con un cuchillo afilado

las va cortando á muchas juntas y reunidas en manojo las barbas ó raices delgadas laterales, dejándolas solo con el nabillo ó raiz central. Hecho esto, otra persona forma haces de muchas plantas, como mazos de esparto en Andalucía, y estos mazos atados los va colocando, unos con la raiz á la izquierda y otros á la derecha, al través de la tabla de una mesilla de menos de una tercia de ancho, que tiene sobre otra tabla mas baja un grueso manojo de paja de arroz bien seca y encendida, pero sin arrojar llamas, sino humo abundante y espeso. Subiendo el humo hácia arriba, va calentando poco á poco las plantitas del arroz en berza, y despojándolas de la humedad hasta dejar los tronquitos áridos, casi secos al parecer, duros y tiesos. Luego de concluida esta estraña maniobra, toman muchas personas cada una un manojo de plantas, y las van fijando de dos en dos en la tierra, con una presteza que asombra, asomando sobre el agua de los campos despues de sembrados, como dos dedos del estremo de la planta. Los primeros dias parece al curioso observador que aquel trabajo de los labradores es totalmente perdido; mas pasado algun tiempo van vistiéndose las plantas de hojas nuevas y cubriendo el agua con su verdor, con lo que se evita que se caliente mucho el sembrado con los rayos del sol, ni se evapore el agua con demasiada presteza, ni deje de alimentar las mieses hasta su perfecta sazon; consiguiendo los Anamitas con estos ingeniosos trabajos otra cosecha, poco menos abundante que la del tiempo de lluvia; y aun es igual la segunda á la primera, si sobre los campos llueve alguna que otra vez, ó si se les puede dar algun riego que refresque un poco el agua allí estancada.

Las tierras demasiado altas, y en que no se pueden criar las dos cosechas de arroz, suelen sembrar los Tun-

quinos maiz dos ó mas veces al año, ó interponen una siembra del arbusto llamado *Ricinus* y *Palma-Christi* por los naturalistas, y por los filipinos *Tangantangan*. El aceite que se saca de las semillas de esta planta es muy bueno para las luces, y convendria se adoptase en Filipinas en lugar del coco, pues creo que saldria mucho mas barato, y sin el mal olor que exhala el que se trae de Visayas. Aquel aceite bien purificado tiene, segun el botánico Don Mariano Lagasca, citado por el P. Blanco, grandes virtudes en la medicina; y la planta, cultivada con algun esmero en las tierras de menos valer, se debe hacer muy frondosa en Filipinas y abundantísima en frutos, como lo vemos en alguna que otra que nace espontáneamente, y sin embargo produce muchos ramos llenos de semillas perfectamente sazonadas.

Otro arbusto que cultivan los Tunquinos con mucho cuidado en los campos que no son de riego, y dentro de sus solares, es una especie de morera de hoja grande y muy delgada, escelente para la cria de gusanos de seda. La dicha planta sale, no en uno sino en muchos vástagos de la tierra, que llegan como á dos ó dos y media varas de altura. En todo el tiempo está la planta arrojando nueva hoja para alimentar diariamente los gusanos de seda, y cortadas ó segadas las varas á flor de tierra en un tiempo del año, vuelven á salir otros nuevos vástagos como el año anterior. Si el mencionado arbusto se cultivase en Filipinas con la solicitud que en Tunquin y Cochinchina, se podria aumentar inmensamente la riqueza del pais con la industria de la seda, de la que actualmente sacan los Chinos para sus fábricas grandes cargamentos del imperio Anamita. Puede que aquella seda no sea, por su color un poco amarillo, de la primera calidad que se conoce; mas

trasladada de Tunquin á Filipinas tan preciosa industria, daria una ganancia estraordinaria á los que en ella se ocupasen, pues el actual Cura Párroco de Mariquina Don Vicente Reig, me ha asegurado que él sacaba seis cosechas de gusanos cada año cuando estuvo de Capellan en el Hospicio. El dicho señor me ha mostrado una madeja de seda que conserva, fruto de su industria y curiosidad, y las hebras de aquella seda me parecieron, si no tan finas, á lo menos de color mas claro y brillante que las que vi en Tunquin.

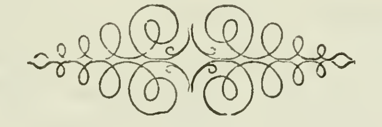
Si el superior gobierno de las Islas quisiese ensayar esta industria en grande escala, parece que deberia al principio echar mano de los Tunquinos, que están por su esperiencia mucho mas adelantados que los Filipinos en esto. Lo que ahora presenta dificultades sérias, tal vez dentro de algun tiempo se hará llano, desapareciendo aquellas del todo con el libre comercio entre ambos paises. Si esto se consigue, y vienen Tunquinos á vivir en Luzon, introducirán en esta tierra la perfeccion de su agricultura, que es casi lo único á que ellos se dedican, y no se ocuparán como los Chinos casi esclusivamente en el comercio, estrayendo el numerario de las islas, é impidiendo á los españoles pobres nacidos en Filipinas puedan buscar su vida decentemente, dedicándose al comercio por menor, monopolizado enteramente por los Sangleyes.

Si los Anamitas se empeñasen en sujetar al mar con solo murallones ó malecones de tierra, segun dije lo hacen para que no entre en las tierras de labor el agua salada, perderian casi todos los años el fruto de sus tareas, pues en los grandes huracanes que soplan con desusada furia en el golfo ancho y poco profundo de Tunquin, abriria el mar grandes brechas en aquellas blandas murallas,

y cubriria el agua salada á todo el reino en pocas horas. Para evitar daños tan inmensos como de allí resultarian á los campos y á las poblaciones, hacen los Anamitas, en la parte anterior á los dichos malecones, estensos y espesos plantíos del arbusto que en Filipinas se llama *Bacauan*, y en la botánica se conoce con el nombre de *Rizophora*. Sobre esta infinidad de arbustos arroja el golfo sus multiplicadas olas, que con el choque contínuo van perdiendo poco á poco su furia, de modo que al llegar á los caballones lamen el pié de estos con humildad y mansedumbre. No solo se consigue esto con los plantíos de *Bacauan*, sino que sobre ellos va dejando el mar depositadas sus arenas, y elevando la superficie de aquellas estensas orillas hasta donde acaban los bosques de arbustos, que es muy dentro del mar. El suelo de este en el discurso de algunos años, llega en altura al nivel del continente, y entonces los Tunquinos aprovechan los tres meses de las mareas bajas para trasladar en ese tiempo la muralla ó caballon de tierra mar adentro, y sembrar y plantar mas árboles de *Bacauan* en lugares lejanos donde antes no los habia, por estar entonces el suelo del golfo mas profundo que al presente. Esta maniobra de trasladar la muralla, se hace al mismo tiempo en todo Tunquin por los pueblos situados en la orilla del mar, que con el discurso del tiempo van quedando lejos, como sucede á uno de la provincia meridional, donde há 182 años desembarcaron los primeros Misioneros Dominicos, como en puerto de mar que era, y ahora está mas de veinte leguas dentro de los campos de labor y la misma distancia de la costa.

Los Misioneros antiguos que escribieron sobre Tunquin dicen: que la mitad del reino era mar en los tiempos antiguos; y añaden que ahora no es así por causas descono-

cidas, pero naturales, por las cuales el mar se va retirando del continente. No sé si esto está fundado en razon física solamente, pero creo mas probable, que la causa de retirarse el mar de estas tierras y dejarlas en seco, no es otra que la industria del hombre, que opone al mar los dichos impedimentos, con lo que empujándole hácia atrás, le obliga en efecto á retirarse, por causas que entonces se combinan y que yo no sé esplicar. Sea la causa la que quiera, el caso es que los Tunquinos cada dia van dando mas anchura á su reino, con lo que se hace capaz de sustentar la inmensa poblacion que contiene, y que crece al paso que lo hace la tierra.



CAPITULO IX.

De la pesca en Tunquin, y del modo de criar el pescado.

Como los *carabaos* y *bueyes* son pocos en el Imperio por el mucho trabajo de la labranza, se miran estos animales como tan preciosos por el Gobierno y los particulares, que jamás los matan sino en la celebracion de grandes festividades, y pagando por cada res muerta otro tanto de su valor, por la licencia que da al efecto el Mandarin. El pueblo, pues, de todo el Imperio no come carne en todo el discurso del año, sino que se mantiene de pescado y marisco, que abundan en el mar, en los rios y esteros, y en todos los estanques de las casas, donde los crian con mucha industria y los propagan asombrosamente.

De los camarones y cangrejos pequeños es tanto el número en diversos lugares, que se cojen á mano, que despues del inmenso consumo que se hace de ellos en el pais, se venden en salmuera muchos cargamentos á los Chinos, que los aprecian y pagan bien. El P. Fr. Bartolomé Sabuquillo, citado ya en otros lugares, dice sobre este comercio: En sola esta provincia del Sur se cargan cada año mas de 150 embarcaciones de estos cangrejos. Yo puedo añadir al dicho de aquel misionero, que viendo á unos muchachos de mi servicio que estaban con una rana atada á una cuerda pescando, tomé por diversion la caña, y luego saqué uno de los dichos animalillos; volví á la pesca, y cogí otro; y despues consecutivamente tantos, que quizá pasarian de mil en una hora, llenando de ellos un bayón ó costal como de cabida de una fanega de trigo.

Entre los muchos y esquisitos pescados que se cojen

en el mar y en aquellos caudalosos rios, hay algunos como los de España, y todos los de los mares de Filipinas. Los congrios son pocos, y pesarán de tres á cuatro libras. Hay sardinas y arenques, pero no en abundancia: no he visto anguilas grandes, pero se coje una inmensa multitud de pequeñas con la cola redonda, que se llaman Luong, y de las cuales algunas son venenosas; son muchas las tortugas enormes que se ven en los rios caudalosos, estando segun parece, por supersticion, prohibida por el Gobierno su pesca.

Los pescadores son muchísimos, y generalmente viven en sus barcos con toda su familia, que suele constar del padre, la madre, y cuatro ó seis hijos cuando menos. De ellos dice un antiguo Misionero de Tunquin: los pescadores en este reino son grandes projenitores, y solo he visto entre ellos un solo matrimonio estéril. Gran parte de ellos son cristianos, lo que se puede atribuir á la buena disposicion en que están por sus sencillas costumbres para recibir el Evangelio, y mayor roce que tienen con los Misioneros, que casi todos sus viajes los hacen por agua. Esta es una especial providencia del Señor para ayuda eficaz de la mision, casi siempre perseguida; pues como los pescadores conocen perfectamente todos los rios y lugares ocultos en estos y en las ensenadas del mar, no es dificultoso á los Ministros de la Religion escapar las mas veces de las manos de los Mandarines, por los buenos oficios de esos fervorosos y celosos cristianos. Jamás ellos temen llevar al Misionero donde quiera ir, sea de noche ó de dia, y hayan de pasar ó no por las aduanas, ó arrostrar la furia de los tifones ó las olas del mar embravecido. Como no son comerciantes, y procuran con regalos tener contentos á los aduaneros, de quienes son conocidos, pa-

san siempre sin cuidado por medio de los barcos del registro, sin que nadie se meta con ellos; y si son preguntados y examinados ligeramente, nunca se turban para responder, y deslumbran ingeniosamente á los examinadores, quienes tal vez son enemigos declarados de la Religion, y especiales y escojidos perseguidores de sus Ministros. Un petate viejo y sucio les basta para poner en seguridad al Misionero que llevan en el barco; con él le cubren y arrojan en el rincon mas despreciable, y colocando sobre el petate alguna red vieja doblada, y unos cacharros de la cocina, se paran en la aduana, y dejando el barco al cargo de la mujer, saltan en tierra, y se rien y se chanzonean un rato con los aduaneros ó esbirros del Mandarin, á quienes convidan formalmente á tomar un bocado en su casita flotante, lo que alguna vez es aceptado; y entonces oye el Misionero de la misma boca de los enemigos los planes fraguados para cojerle, y pasa algunos sustos no leves con aquel vecino tan poco grato, muy curioso por otra parte, majadero y posma por demás. En todo esto se suelen en ocasiones pasar un par de largas horas, hasta que despedidos los interlocutores, y lejos ya de la aduana ó del barco del Mandarin, sale el Misionero de su esterilla, sudando muy bien, y quizá con la ropa plagada de inmundos animalillos que estaban descontentos en el petate, y cambian con gusto de posada. Por todo esto he pasado yo, y lo mismo los demás Misioneros, no una vez sola, sin escepcion de los Sres. Obispos, que se salvan todos los dias de la persecucion arrollados como cama sucia en una esterilla mas sucia todavía, ó debajo de un monton de redes húmedas que apestan á marisco. Gracias al Señor que nos depara en los pescadores salvadores intrépidos, dignos por ello de eterna gloria en la tierra y en el cielo.

A la industria pescadora no es impedimento la profundidad ni el veloz curso de los rios, ni ser estos de frecuente pasaje para pescar en ellos. Estos obstáculos se vencen clavando de una orilla á otra, y en el medio del rio, gruesos y altísimos palos, distantes unas quince ó veinte brazas unos de otros, en diez ó quince de profundidad. Cómo clavan alli aquellos trozos enormes de madera en tal profundidad, y á pesar de la fuerza de la corriente, yo no lo sé, pero siempre que lo he visto, me he admirado mucho. Colocados ya firmes é inmobles los palos, aprovechan los pescadores la marea alta para atar á aquellos las cuerdas de unas redes anchísimas, y que llegan al profundo, y allí las dejan estendidas hasta que baja la marea; entonces van sacando las redes una á una, sirviéndose de poleas y otros instrumentos ingeniosos, siendo tanto el pescado que cojen en cada red, que llenan con él varias barcas. Algunas veces suelen romper la red alguno ó algunos tiburones que entran en ella, y se van los otros pescados por el boquete abierto. Este modo de pescar es diario y muy lucrativo; mas cuesta á los dueños de las redes, que suelen ser muchos en compañía, crecidos derechos á los Mandarines. Entre palo y palo media bastante distancia para que puedan pasar barcos anchos, y el principio de la red está á profundidad de dos ó mas brazas, con lo que no se impide á aquellos la navegacion á todas horas.

En toda la playa del mar, y en sitios donde llega la marea, hay colocados horizontalmente cestones de caña en forma de embudo, anchos por los dos estremos, estrechos por el medio y cerrados por la parte que mira al mar. La anchura de la boca será como de cuatro brazas de circunferencia por dos de largo todo el cesto. Luego que crece

la marea sube el pescado, y entra en los corrales donde están colocados los dichos cestos; y cuando aquella baja, impedidos los peces por las paredes de tierra de los corrales, que son altos como de una vara, buscan la salida entrando por la preparada cárcel, en cuyo fondo quedan aprisionados. Cada uno de los corrales, con su correspondiente ceston, es propiedad de una familia del pueblo inmediato, y con esta industria buscan su vida innumerables en Tunquin; toda la playa del mar está materialmente plagada de aquellas pequeñas posesiones, que satisfacen al comun del pago respectivo su tributo anual.

Todos los pescadores de profesion de Tunquin, á pesar de las muchas industrias que usan para pescar, no podrian dar abasto á tan inmensa poblacion, si los demás habitantes del reino no ejercieran tambien aquel oficio sin salir de sus casas. En efecto, en cada una de ellas, todo vecino de poblacion pequeña ó grande, cria sin grande trabajo mil quinientos á dos mil peces en un año, lo que ayuda maravillosamente al sustento de todos.

Para comprender esta gigantesca industria, fácil de introducir y estender en casi todas las provincias de Filipinas, hace el Tunquino las siguientes operaciones, ayudado de otros á quienes paga á su vez con el propio trabajo. Primero, excava en la tierra de su solar uno ó mas estanques cuadrados, de dos y media á tres varas de profundidad cada uno desde cuarenta á ochenta en sus lados, formadas las paredes en declive ó rampa suave. Segundo, la tierra de allí estraida se coloca, allana y aplasta no lejos del estanque, para poner sobre ella la casa ó casas, con que evitan la humedad del pais. Tercero, en los cuatro lados de los estanques siembran desde el principio cañas de la clase mas gruesa, alta y sólida, las que riegan

por algun tiempo, hasta que den sombra al estanque. Cuarta, luego que llueve algo y tienen los estanques agua, plantan cerca de ella la yerba llamada *Cancon* en Filipinas, la que va creciendo con el agua y flotando sobre ella, de manera que tambien coopera á evitar la evaporacion de aquel líquido, y que se caliente demasiado con la fuerza del sol. Esta planta, que se propaga mucho en poco tiempo, es la verdura que come comunmente el pueblo, cociendo sus tallos en agua sola, y macerándolos un poco en salsa de pescadillos en salmuera. Plantan además algunos arbustos que dan frutillas á que ciertos peces son aficionados.

Luego que el estanque está preparado para recibir el pescado, busca el dueño de la casa enjambres de pececillos de otros estanques, que se cojen facilmente á flor del agua con un cedazo ó criba de bejuco delgado, y puestos luego en una olla llena de agua, se vacian despues en el nuevo estanque, donde en un año ó en menos tiempo cada pececillo se hace grande como un brazo, y del peso de tres ó cuatro libras. Para ayudar al sustento de tanto pescado como se cria en un solo estanque, colocan los tunquinos en los declives de los cuatro lados grandes haces de paja de arroz, que humedecidos con las lluvias, se pudren poco á poco y crian gusanillos, que los peces devoran con ansia. Tambien sirven á los mismos los desperdicios de la cocina, y hasta el escremento de los búfalos que se bañan en el estanque.

Cuando hay proporcion de comunicar los estanques con los canales de riego, ó con los rios ó el mar, se puede criar con mucha mas facilidad el pescado de agua dulce ó salada, segun el local; pero entonces se toman varias precauciones para que los peces no se escapen del estan-

que por el conducto de comunicacion con el agua de fuera.

Se puede asegurar que los estanques de Tunquin y Cochinchina equivalen á otra tercera y abundante cosecha de arroz que se cojiera en toda la estension del Imperio, ó lo que es lo mismo, que el pescado que allí se coje basta con su producto para sustentar convenientemente la tercera parte de la poblacion de ambos reinos.

Además de criarse, pues, del modo dicho en todos los estanques de cada casa generalmente infinidad de peces, se reserva de toda porquería el mas profundo y el mayor de aquellos, para tomar en él el agua que se bebe, pues en todo lo que he viajado en Tunquin, no he visto una sola fuente ó manantial de agua dulce, ni he gustado en sus rios ninguna que no sea salada ó salobre en demasía. Sea por la calidad del terreno de los estanques, por las hojas que en ellos caen y allí se pudren, ó por causas que no conozco, me parece que aquellas aguas son insalubres; y tal vez por esa causa jamás se beben en su estado natural, sino con chá ó algunas hojas de árboles aromáticos, como las de *Manga, Guayabo, Sanbong,* y otras semejantes. Los Misioneros que quieren alguna vez beber agua fresca, tienen necesidad de recojer en toldas y guardar en tinajas el agua de la lluvia, purificada algun tanto con una barra de hierro candente, ó con ladrillo hecho ascua.

Esta noticia de la falta de aguas potables en Tunquin y Cochinchina es muy conveniente la tengan presente los europeos que vayan á aquellos reinos por negocios comerciales ó de otra especie, pues en el caso de ignorar esto se espondrian á enfermar, bebiendo el agua de los estanques sin ninguna preparacion. Todo esto que digo es con respecto á Tunquin, mas quizá en Cochinchina, por

ser mas angosta la tierra y estar los montes mas próximos al mar, será facil hacer la aguada para las embarcaciones estranjeras, sin necesidad de recurrir á los estanques dichos.



CAPITULO X.

De las casas de policía y de algunas costumbres de los pueblos de Tunquin y Cochinchina.

Todas las casas de los Anamitas están formadas sobre la misma tierra, y no sobre estacas ó harigues como en Filipinas. Ninguna he visto que tenga piso alto; únicamente dicen que lo tiene el Palacio del Emperador.

Siendo demasiadamente húmedo y pantanoso el terreno de este pais, como ya se ha repetido, se ven en la necesidad los Anamitas de levantar como una media vara el área sobre que han de fundar la casa, lo que ejecutan con la tierra estraida de los estanques, como se dijo en el capítulo anterior. Las materias para fabricar son en todo el reino las maderas y las cañas, alguna vez el ladrillo, y jamás la piedra, como no sea acaso en el palacio Imperial ó en las murallas de alguna fortaleza.

Preparados para cada edificio nueve ó mas postes de madera, los colocan sobre otros tantos ladrillos encima de la tierra, á lo largo y á lo ancho de ella, formando un cuadrilongo de tres postes desviados en el largo, y otros tres mas juntos en el ancho de la casa. Sobre esos nueve estribos se fijan vigas horizontales, y encima de estas y los postes se coloca el techo de cañas revestido de paja. Concluida la armazon y cubierta del edificio, se fabrican las paredes del modo siguiente. En un hoyo que hacen en tierra echan paja larga de arroz, tierra y agua, y amasan todo aquello con los pies, de lo que resulta una mezcla homogénea, un poco menos espesa que el barro de ladrillos. Mientras unos trabajadores están en aquella faena, otros

van colocando desde estribo á estribo listones de caña gruesa, horizontales y al través, encajados por los estremos en los postes ó estribos, en las vigas, en la tierra, y atados en muchos lugares con corteza de caña. Este armazon de la pared se reviste luego con la masa de tierra y paja de arroz, encajándola dos personas por dentro y por fuera en los claros de las cañas, que quedan rellenos de la dicha mezcla, formando un todo firme á modo de tabique ordinario, mas sólido quizá que este, facil de hacer, y en estremo económico. Los mas curiosos bruñen con arcilla y enjalbegan interior y esteriormente con cal de conchas aquellas paredes, y quedan las casas vistosas y curiosas mas que las de Filipinas, y no tan espuestas á los baguíos ó huracanes, ni á los incendios. Aquellas personas que temen mucho la humedad y no son tan pobres, ponen sobre el piso de la casa un entarimado bien unido, y con esto se preservan tambien de los ciempies y otras sabandijas que cria el pais con abundancia.

Generalmente cada casa de vecino acomodado en Tunquin se compone de tres ó mas edificios como el descrito arriba. El primero, que está inmediato á uno de los estanques, es la cocina; el segundo, algo desviado de aquel, es el cuarto de dormir; y el tercero y mas esterior, el que habita el dueño de la casa comunmente, y donde recibe á las visitas y trabaja en su oficio. Dentro del mismo solar tiene cada uno su huerto de hortaliza, su campito de arroz y árboles frutales, con moreras, algodonales, etc.

Aquellos grandes solares están circuidos por la parte interior de un alto vallado ó murallon de tierra, y en el declive de ambos lados hay nacidas grandes y espesas cañas, que hacen quede la casa impenetrable á la vista de los curiosos, y no de facil acceso á los ladrones. Al

esterior de las cañas, y despues del vallado de tierra, existe un foso siempre lleno de agua, y que tiene comunicacion con los estanques de aquella casa, con los de las vecinas, ó con las aguas de los campos y canales de riego. En cada solar no hay mas de una puerta ó boquete entre cañas, que se cierra de noche atando aquellas unas con otras, y quitando del foso el puente levadizo, que suele ser un tablon ancho, y mas comunmente un tronco de árbol de *Bonga*, ó una sola caña atravesada. Sustentando cada Tunquino en su casa para comerlos tres ó cuatro perros grandes como podencos, estos de noche quedan sueltos fuera de los edificios, y con sus ladridos avisan al dueño de la casa si por ventura viene de noche algun estraño. Son tan fieros estos animales como los lobos, sin duda por la vida casi salvaje en que se crian, pues en aquel campo comen, beben y duermen, y casi nunca se acercan á la casa ni nadie les hace jamás una fiesta. Yo me empeñé en domesticar á uno de aquellos perros, y pude conseguir que viniera cerca de mí á la hora de comer, mas nunca se dejó tocar por mi mano, y si esto yo lo intentaba, daba un salto para atrás, ladrándome y enseñándome los dientes con furor. Por esto es que, cuando un perro cualquiera ladra de noche, mil otros le responden ahullando, y parece cada pueblo un verdadero infierno, de manera que muchas noches el Europeo no puede casi pegar los ojos.

Escepto los pueblos grandes y de comercio, como algunos puertos y capitales de provincia, en que las casas están contíguas y forman alguna que otra calle regular, ninguna hay en las innumerables aldeas de todo el reino, en las cuales las casas están tan aisladas, que para pasar de unas á otras se camina por senderos tortuosos, como si cada pueblo fuese un intrincado laberinto, ó un conjunto

de pequeñas ciudadelas ó campos atrincherados con sus caminos cubiertos, fosos y contrafosos, y todo lo demás perteneciente á regulares fortificaciones, hechas sencilla pero artísticamente por discípulos ó mas bien maestros de Totleben. Cada pueblo tiene tambien su muralla espesa de altísimas cañas, su ancho vallado y profundo foso en circuito de las habitaciones desparramadas. Yo creo que si en uno de estos pueblos se colocara para guardarlo un solo batallon europeo de guarnicion, bastaria para defenderse de un cuerpo regular de ejército, que dificilmente forzaría la entrada, por los muchos impedimentos que tendria que vencer, y el estenso radio que deberia circunvalar. Tantos caudalosos rios, esteros y canales de navegacion como existen en este imperio; tan inmensa multitud de pueblos, regularmente fortificados por la naturaleza y por el arte; los ejércitos de que puede disponer el Emperador, y que facilmente pueden ser trasportados de una á otra parte en barcas de cincuenta y cien remeros, pequeños botes, balsas llevadas por elefantes, con la dificultad de los caminos, por los campos de arroz y la insalubridad y pobreza suma del pais, todo esto unido forma un cúmulo de dificultades de tal cuantía, en el caso de una invasion estranjera, que creo tendria un éxito desgraciado, como no contara con parte de los indígenas en su favor.

A lo dicho se agrega que los Tunquinos y Cochinchinos son naturalmente valerosos, por la vida dura y de privaciones en que están criados; por la mezcla malaya que predomina en los habitantes; y por la desesperacion en que los constituiria un ejército estranjero, que necesariamente habia de vivir saqueando los pueblos y dejándolos en la mas espantosa indigencia, pues allí no hay

mas depósito de víveres ni dinero que los almacenes y tesoros del Gobierno, existentes en la corte y en las capitales de provincia, situadas tierra adentro. En el caso, pues, que un ejército entrase en los pueblos de Tunquin, y los soldados tomasen de cada casa el poco arroz que guarda su dueño para su miserable existencia, se verian todos en el estremo conflicto, ó de morir de hambre con toda su familia, ó de hacerse soldados á sueldo del Emperador, ó partidarios temibles, bandoleros y corsarios crueles contra amigos y enemigos. Esto es muy propio del pais en caso de hambre y de revueltas, y para ello están los pueblos maravillosamente organizados por su peculiar situacion y la topografía del reino.

En los tiempos de paz y de cosechas regulares no se ve en Tunquin sino alguno que otro ratero, pues es dificultoso se reunan dos ó mas ladrones sin que luego sean cojidos por la guardia que tiene cada pueblo, y la hermandad de todos ellos en socorrerse y ampararse en caso de alarma. Estando yo una noche en un lugar de la provincia oriental hablando con los principales, oigo á lo lejos el estruendo del gran tambor del tribunal, y antes que pudiera preguntar qué cosa era aquello, todos me dejaron precipitadamente, amonestándome que me escondiera. En aquel mismo momento, á los sonidos roncos de otros cien tambores de todos los lugares á la redonda, respondieron los aullidos de un millon de perros, que parece se las apostaban á hacer callar con sus ladridos la voz de rebato de los tambores. Como una hora y media duraria aquel infernal ruido y mi sobresalto, hasta que volviendo la gente de mi casa, supe habia sido el motivo de la alarma una pequeña banca con dos ó tres remeros, y rateros al mismo tiempo, que la estaban cargando de la mies se-

gada de un campo vecino. Puede que pasaran de dos ó tres mil hombres los que salieron en persecucion de los ladrones, que viéndose cercados por todas partes, huyeron y se salvaron con la confusion y las tinieblas de la noche, pero perdiendo el fruto de su robo, y la banca propia con cuanto llevaba de su pertenencia.

Algunas veces en que pueden ser aprehendidos los ladronzuelos, suelen los dueños de lo robado presentarlos á los Mandarines, segun prescribe la ley; mas son tales los gastos para que se administre justicia, tanto el tiempo que se pierde en ir y venir de la capital á los pueblos á agitar el negocio y buscar testigos, llevarlos y traerlos, etc., que aquellos prefieren tomar la justicia por su mano, y castigar á los pobres reos con crueldades tan horribles que hace temblar su relato. Una de ellas, y la mas benigna, es una paliza de dos ó trescientos azotes al ladron; otra, cortarle con un cuchillo los tendones de ambos pies; otra, hacerle tragar un mechon de pelo hecho menudos pedazos, apretándole el garguero al tiempo de tragarlo para que aquellos fragmentos entren con agua en el canal de la respiracion; de lo que resulta una contínua y ruidosa tos, y el asma ó la tisis pulmonar consuntiva, que acaba con el paciente en dos ó tres años. Alguna vez tambien entierran vivo al que cojen en el robo, ó le dan otro género de muerte que no deje huella alguna.

Tales abusos de los pueblos ó de los particulares no manifiestan tanto la crueldad de sus autores, como la falta de justicia en las autoridades públicas, cuya apatía en castigar prontamente en estos casos obliga á los pueblos á defenderse de los ladrones de ese modo; pues de no obrar así, nadie estaría seguro del fruto de su trabajo, ó de su diaria subsistencia, que cuesta adquirirla sudores de sangre.

Ya sea por costumbre ó por tolerancia de la ley, imponen los Tribunales de los pueblos á sus vecinos, grandes castigos por culpas no tan graves, que en otros paises quedan siempre impunes, mirándolas los jueces y los particulares con suma indiferencia. Solamente citaré un delito, y la pena que se impone irremisiblemente al que le cometió, para que vea el lector ó conjeture por este ejemplo la diferencia de costumbres entre los Europeos y los Anamitas en esta materia y en otras análogas.

Como en todo pais algo civilizado, está tambien prohibida en Tunquin y Cochinchina la union marital entre los que no son esposos. Ignoro la pena que impondrá la ley á los transgresores, pero me consta que es terrible con la que es castigada la muger soltera que da el escándalo de ser madre sin estar casada. Acusada y convicta del embarazo, ninguna pena se le impone hasta que ha dado á luz á el fruto de su pecado, y queda perfectamente sana y buena de los padecimientos del parto. Entonces ella ó sus padres, y á falta de estos los abuelos, los hermanos, los tios y las demás personas de su parentela están obligadas á preparar un espléndido convite para los cuarenta ó mas principales del lugar, que consiste en un gran puerco dispuesto en diversos guisos, en un quintal ó mas de arroz blanco hecho morisqueta, un cántaro ó dos de aguardiente, frutas del tiempo, y buyo en abundancia. Todos estos gastos apenas se hacen con el caudal de una familia entera; y lo peor de todo es que de nada ha de gustar aquella, quedando hambrienta y deshonrada por delito que no ha cometido. A los ojos de muchos parecerá esto injusto, mas en Tunquin se castigan todos los parientes de la culpable, porque, segun se dice, debian haberla celado y guardado con grande

esmero para que no cometiera aquella culpa que á todos deshonraba.

Preparado el convite en el Tribunal del pueblo ó casa del Ayuntamiento, y sentados los principales á la mesa, se presenta la muger pecadora delante de todos; la hacen tender en el suelo sobre una esterilla, y el ejecutor de la justicia la da con un fuerte bejuco cincuenta azotes, que hacen saltar la sangre de la paciente con pedazos de la piel. Este castigo es por primera vez, pues en caso de recaida en el pecado, á mas de la pena dicha y el convite, á que ningun principal deja de asistir, se afeita á la reincidente la cabeza, y se la baña muy bien con agua de cal viva, para que nunca mas le nazca el pelo, lo que es una deshonra tan dolorosa como la misma muerte para las mugeres de este pais, donde los dos sexos aprecian mucho una buena cabellera, peinándosela contínuamente con mucho esmero y cuidado, teniendo gran vanidad, tanto los unos como las otras, en que su pelo sea muy negro, largo, espeso y reluciente.

Sobre la pena que se impone á las jóvenes que se desgracian del modo dicho, me sucedió en un pueblo de cristianos un caso muy particular, que prueba el rigorismo con que en Tunquin se miran aquellos deslices, cubiertos ya en cierto modo con el Sacramento del Matrimonio. Habia yo dado las bendiciones nupciales á dos esposos, casados ya segun la ley, entregada en el Tribunal la cuota prescrita, y dado el *sí* delante del *Khan-Thú* ó Procurador del pueblo. Al dia siguiente del dicho casamiento se me presentó el varon pidiéndome cartas de recomendacion para el Misionero de un partido lejano, en el que querian residir los nuevamente casados, por estar ella embarazada de tres ó cuatro meses, y temer ambos el castigo de su

falta. Yo les dí las cartas, y los dos esposos se ausentaron, y permanecieron en la apartada residencia ocho ó nueve meses, volviéndose al pueblo de su naturaleza con la prole que les habia nacido en el destierro voluntario. Ellos se me presentaron alegres y contentos, creyendo que nadie habia sospechado la traza de que se habian valido para ocultar su antiguo desliz y el consiguiente escándalo; mas no fué así, pues los principales vinieron luego á visitarme, declarándome paladinamente, pero con ambajes y palabras misteriosas, que aquel niño, por tener los ojos ya muy vivos, bien desarrollados los miembros, y largo pelo en su cabeza, debia ser de mas edad que la que era regular tuviera, si hubiera nacido á los nueve meses del matrimonio. Aunque ellos no se atrevieron á esplicarme mas claramente sus intenciones, yo conocí que eran darle á la muger la paliza de cajon, y obligarla al convite del cerdo cebado. Sobre ello, pues, les prediqué con calor, echándoles en cara su crueldad y gana de hartarse de tocino con el disfraz del cumplimiento de una ley penal, á que no estaba sujeta aquella muger por causa de infundadas sospechas. Despues de algunos dares y tomares, aparecieron aquellos severos jueces convencidos de mis razones en favor de la muger, y no la incomodaron en adelante; pero yo creo que pudo en ellos mas mi autoridad de Misionero, que las razones que les dí para que echasen tierra al negocio.

No debo pasar aquí en silencio, que ese rigorismo y quizá crueldad de los Anamitas en castigar las sobredichas culpas, sin que jamás haya esperanza de perdon, trae consigo tan felices consecuencias, que con dificultad se encontrará en el mundo un pueblo tan casto como el de Tunquin y Cochinchina. Tanto los Misioneros franceses

como los españoles se muestran grandemente admirados de ver esta pureza en las costumbres públicas, y en las conciencias privadas. En cuanto á las primeras, rarísimo es el escándalo que dan los jóvenes de ambos sexos, sean cristianos ó jentiles; y con respecto á lo segundo, todos los confesores alaban á Dios, cuando habiendo administrado el Sacramento de la Penitencia á cuatrocientas ó quinientas solteras, apenas hallan una ó dos que consintieran mentalmente en un solo pensamiento contra la pureza y castidad. Este es uno de los mayores consuelos de los Ministros del Señor, que dulcifica las mas penosas tareas en la trabajosísima administracion de estos pobres neófitos perseguidos, pero cuya inocencia y virtudes son comparables á las de los primeros que vivieron en los mas fervorosos siglos cristianos de la Iglesia.

Sea por la causa dicha, sea tambien por la suma pobreza de este pueblo, que desde que amanece hasta que anochece está siempre dedicado á penosas tareas, apenas en un pueblo de mil casas se encontrarán dos hombres que tengan mas de una muger, á pesar de que esto no sería deshonra estando permitido por la ley, y dando los grandes Mandarines el ejemplo en contrario de la general costumbre, pues tienen tres y cuatro mugeres, y el Emperador trescientas ó cuatrocientas. Las esposas ó concubinas de Minh-Manh, perseguidor de la Religion, se dice pasaban de ochocientas, de las que dejó mas de doscientos hijos. Este mal ejemplo de los ricos y poderosos no es contagioso al pueblo Anamita, como tampoco la codicia de aquellos influye mucho en los súbditos, morigerados generalmente, y contentos con lo poco que poseen; y he aquí la razon palmaria (aparte de la gracia de Dios) de que los Tunquinos y Cochinchinos sean tan afectos á la Religion

Cristiana, cuya severa moral es aplaudida por todos los infieles; de manera que jamás objetan sérias dificultades contra la fe por lo que manda obrar, sino solo contra los misterios que manda creer. Cuando pueden hacerse cargo de la no repugnancia que tiene la fe con la razon natural, y se les declaran sencillamente algunos argumentos positivos en favor del hecho de la revelacion, luego todos quieren ser cristianos; pero los mas se retraen de bautizarse por temor á la persecucion horrible, que siempre pesa y amenaza sobre la cabeza de los fieles como la terrible espada de Damocles, que si luego no hiere y mata, jamás deja de causar pavor en los débiles ánimos de los gentiles, y aun en el corazon de los cristianos y del mismo Misionero.

Jamás se ven en los pueblos del Tunquin aquellas turbas de gentes ociosas, ávidas siempre de juegos y espectáculos, de bailes y tertulias, en que muchos en otros paises gastan y desperdician largas horas del dia y de la noche. El Anamita jamás está ocioso, ni juega ni se divierte, sino los tres primeros dias del año nuevo, y alguno que otro menos solemne en lo civil, pero mas alegre y placentero para su particular individuo, y es cuando le convidan á bodas, entierros, aniversarios y otros acontecimientos semejantes, en que come sin trabajar, y se entusiasma y acalora su imaginacion con los vapores del vino que ha bebido, y el espectáculo que se presenta á sus ojos.

Lo que llama mas la atencion de cristianos y gentiles es una Misa solemne, ó una procesion de las usadas en las grandes festividades de la Iglesia, y que los Misioneros celebran, si no con pompa y esplendor como en la Europa, á lo menos con alguna decencia y gravedad religiosa. El pobre adorno de aquellos templos de caña y paja, que consiste en colgaduras de persiana, y un dosel

de seda en el humilde altar, con muchas flores de papel de colores; la imagen cercada de candeleros plateados y velas de cera; el recojimiento de los cristianos; las ceremonias magestuosas del rito latino; los cánticos sagrados, y la misma presencia del europeo con la barba hasta el pecho y revestido de los ornamentos sacerdotales... todo esto encanta de tal manera á los fieles y á los paganos, que los primeros andan con gusto tres ó cuatro dias de camino, y los segundos se afanan y humillan cuanto no es decible, para que algun cristiano los lleve á una de estas festividades, cuya vista es regularmente en lo futuro un grande estímulo para su conversion. Cuando el tiempo es de paz, ó no se persigue abiertamente la religion, el Misionero suele disimular que los infieles entren en la iglesia en festividades señaladas, como la Noche-Buena, la Semana Santa, el dia del Rosario, y otros semejantes; y entonces todos los lugares desde donde se puede percibir algo, están materialmente atestados de gentiles, que en su inmovilidad y recogimiento no se distinguen de los cristianos. Así permanecen unos y otros hasta el fin de la funcion, sin cansancio alguno, aunque aquella haya durado tres ó mas horas, y todos salgan de ella con grande hambre y sin esperanzas de encontrar alimento que llevarse á la boca. Entre las miles personas que son atraidas por el entusiasmo religioso á las iglesias, no raras veces caen tres ó cuatro desmayadas de necesidad en el mismo lugar en que están de rodillas; y socorridas por el Misionero, le informan que en dos ó mas dias no habian gustado bocado, por habérseles acabado lo poco que traian para el camino. A pesar de estos trabajos que pasan, y el temor de ser robados en el viaje ó presos por los Mandarines en la funcion, nunca los Anamitas cristianos dejan de acudir

en grandes tropeles á ella, durando despues largo tiempo en sus corazones los dulces recuerdos de lo que vieron y sintieron en aquellos espectáculos sagrados, que alimentan y nutren su imaginacion y su espíritu con sérias imágenes y nobles ideas, propias de este pueblo sencillo, juicioso y reflexivo como pocos otros.

El influjo de la Religion Cristiana se hace ya sentir de una manera notable en las costumbres privadas, y hasta en las públicas, que tienen fuerza de ley entre aquellos pueblos paganos. Antiguamente era mirada la muger con tal desprecio, que jamás una esposa podia comer en la misma mesa con su marido, sino que despues de servirle de pie como criada, ella luego comia con los hijos. Entre estos, el mayor dominaba á sus hermanos, y hasta á su misma madre; y si el padre moria, aquel era el cabeza de la casa, al cual todos quedaban sujetos. Poco á poco los Misioneros han mudado estas costumbres entre los cristianos, con sus consejos y exhortaciones, y aun los pueblos gentiles han imitado las prácticas mas razonables de la Religion, dando á la esposa y á la madre el lugar que se las debe de justicia por su dignidad. Así es que los cristianos, y los infieles que con aquellos tienen algun roce, comen juntos con sus mugeres y sus hijos, y son tutoras y curadoras de estos hasta que toman estado, si el padre muere dejándoles menores todavía, y no emancipados por el matrimonio de la patria potestad.

Son tan celosos los Anamitas de la reverencia que sus hijos les deben, que jamás se chancean con ellos familiarmente, ni les muestran con palabras ni ademanes el amor sensible que los padres en la Europa. Pregunté yo un dia á un niño de seis á ocho años: ¿Quieres tú mucho á tu padre? Viendo que el chiquillo no me entendia, dudé

si habria errado en las palabras que usé del idioma; mas el padre del muchacho me quitó la duda, haciéndome observar que su hijo no podia entenderme, porque no conocia la significacion de aquellas voces de amor, que jamás habia oido en caso semejante. En consecuencia, le preguntó, diciendo: *¿Kinh so Toi chang?* ¿Me reverencias temblando? A lo que el chico contestó luego compungido: ¡sí señor! Entonces el padre me dijo: Asi es como nosotros preguntamos á nuestros hijos si nos aman; pues de otra manera se harian soberbios y díscolos.

Favorece tanto la ley esta autoridad de los padres, que jamás reconocen abuso en ella, sino en caso muy estraordinario. Así es que, como en China, el padre puede castigar á sus hijos como quiera y aun quitarles la vida. En obsequio de la verdad, puedo añadir sin embargo, que los Anamitas, á pesar de no ser muy cariñosos, aman verdaderamente á sus hijos, y jamás los venden ni los esponen en los caminos públicos, como es ordinario en China en tiempo de necesidad. Mientras permanecí en el pais no llegó á mi noticia ningun esceso notable de autoridad paternal en esta materia; al contrario, supe con gusto que ningun hijo muere de hambre mientras sus padres tienen un bocado que partir con ellos; y lo comun es en tiempos calamitosos que la necesidad estrema mate primero á los padres que á los hijos, aunque sean de pecho. Por otra parte, estas pobres gentes son naturalmente compasivas y misericordiosas con los pobres; y cuando estos mueren á centenares de hambre por los caminos y las plazas ó mercados, es porque todos los demás se hallan casi en idéntico caso, ó les amenaza de cerca la misma terrible catástrofe, y temen con razon que dando parte de lo que les sobra en aquel dia, al siguiente ó al tercero ellos tambien

morirán sin remedio, por la miserable hacienda de que disponen. Escepcion de esta regla son alguno que otro riquillo de la comarca, que tiene fama de opulento, si todo su caudal puede ascender á tres ó cuatrocientos pesos. Sucederá quizá que algunos tengan mucha mayor suma que la dicha; pero debiendo ser esta de plata ú oro, á que son tan aficionados los Mandarines y los ladrones, aquel dinero deberá permanecer oculto siete estados debajo de tierra, como suele decirse, para que sus dueños no lo pierdan todo en una hora, lo que sería muy facil les sucediese por una calumnia cualquiera, á que luego dan asenso los Mandarines, si tienen esperanza de ver pagado bien el trabajo del proceso judicial, que luego forman con una actividad incansable, y en el que se verifica siempre la fábula del lobo y el cordero, subiendo el agua hácia arriba por su propio peso, y cometiendo el que no habia nacido culpas que no tienen remision.

Por temor á estas injusticias escandalosas, será por ventura verdad la opinion comun de que en el Imperio Anamita existe abundancia grande de oro y plata escondida en las entrañas de la tierra; y por eso en años de buenas cosechas de arroz, en que entran rios de preciosos metales, luego desaparecen de la circulacion, sin que nadie sepa á dónde van á parar; pues lo que se compra de los estrangeros, es todo de muy poco interés, y de mucho precio lo que se les vende á dinero contante. En el trienio de 44, 45 y 46, tuve la curiosidad de tomar datos sobre los champanes chinos que fueron á Tunquin á cargar arroz limpio; y en un solo puerto llamado *Hoa-Phaong*, supe entraron mas de trescientos. Computando que un barco con otro estrajese quinientos quintales, á medio peso el quintal, resultarian mas de sesenta mil pesos, introduci-

dos en una sola parte de la provincia Oriental. Entonces noté efectivamente la mucha plata que circulaba, y por cuya razon en los tres meses de la venta de arroz se compraba una barra de quince pesos por cuarenta y cinco *Quam-Tien,* ó atados de *Chapecas*. En los otros puertos de la provincia Meridional, y de *Ha-Noi,* debió ser mucho mas considerable la estraccion de grano é introduccion de plata; mas pasado algun tiempo, aquella desaparecia casi en su totalidad, y por consiguiente valia una barra de plata de setenta y cinco á ochenta *Quam-Tien*, en lo que algunos hacian un agiotage sobradamente lucrativo.

Antiguamente el dinero manual en Tunquin y Cochinchina consistia en monedillas circulares, agujereadas por el centro y llamadas *Doung-Tien* en el pais, á las que los Europeos conocen en China con el nombre de *Chapecas*. Aquellas eran mas pequeñas que estas, y solo pasaban entre los Anamitas. Sin embargo de su ninguna estraccion, desaparecia aquella moneda á los pocos meses de fabricada por el Gobierno en grandes cantidades, y entregadas á la circulacion. El Emperador Minh-Manh, dicen, supo ó sospechó que muchos de sus súbditos enterraban cuantas *Chapecas* caian en sus manos. En consecuencia, mandó reformar esta moneda, que era antes de bronce, fabricándola de zinc, con mezcla de plomo y estaño; siendo tan fragil la materia, y sujeta á facil descomposicion si la entierran, ha desaparecido desde entonces el antiguo abuso, y las consiguientes calamidades. ¿Quién sabe si semejante reforma en los cuartos sería conveniente en Filipinas, en donde, si no se entierra la moneda de bronce, es sin embargo mas facil y menos molesto guardarla que lo sería fabricándola con los otros metales que entran en la composicion de las *Chapecas* de Minh-Manh?

CAPITULO XI.

Del personal de los Anamitas, y del carácter peculiar de este pueblo.

Los Tunquinos son de buen talle y disposicion, pues si no igualan en blancura á los Chinos, tienen mejores ojos que estos, y mas regulares narices que los Indios naturales de Filipinas, de Siam, y demás reinos adyacentes. El vestido, tanto de los hombres como de las mugeres, es mas decente que el de las naciones contiguas, pues consiste en los dos sexos en unos anchos calzones, largos hasta el tobillo; una especie de esclavina con cuello abrochado, y mangas, que llegan y pasan de la muñeca, y un largo pañuelo arrollado en la cabeza á modo de turbante. Generalmente siempre trabajan los hombres y las mugeres totalmente vestidos, escepto en tiempo de grandes calores, que aquellos se quedan con solo un *bajaque* semejante al usado en Filipinas, aunque sean niños todavía en la infancia. Jamás, ni aun á los de menos años, los he visto totalmente desnudos, ni se advierte nunca en las mugeres que se descubran parte del pecho ni del cuello, aun en el tiempo de mayor calor, y á presencia de su íntima familia. Tanto los hombres como las mugeres van descalzos de pie y pierna por los caminos, y solo algunos principales usan para la casa una especie de sandalia, que deja todo el pie descubierto, escepto la planta; pues aquel calzado es solo una suela de piel de carabao, ó una tablilla sujeta con un lazo de cuerda, en que se mete un dedo del pie, y queda fija. Como los hombres tienen poca barba, y muchos son totalmente lampiños, se equivocarian en algunas ocasio-

nes los dos sexos, si las mugeres no hubiesen adoptado como distintivo del suyo un cinturon de tela azul, del que ceñido el cuerpo penden los cabos largos hasta cerca del suelo, y anchos de cuatro dedos. Tambien es distinto el modo de sentarse el hombre y la muger, porque aquel lo hace con las piernas cruzadas debajo de las asentaderas como los turcos, y aquella echando ambos pies á un lado, como las mugeres en las iglesias de Andalucía. Ellos como ellas tienen el pelo largo y suelto estando en casa, escepto cuando hace mucho calor, que se lo anudan sobre la coronilla; siendo tambien diverso en este caso el nudo que hace el varon del que hace la muger, sobre lo que nunca se equivocan, porque sería materia de burla y aun de séria reprension. Los sombreros, que todos usan indistintamente, son tejidos de paja, y cónicos como los *salacots* en Filipinas; pero mucho mas grandes que estos, pues regularmente los de Tunquin tienen nueve pies de circunferencia, de modo que resguardan perfectamente del sol y de la lluvia. Para preservarse de esta, tambien usan unos capotones de hojas, bien largos y cerrados, con cuyo vestido se pueden recibir todo un dia las aguas que caen á torrentes sin que al cuerpo le toque una gota, fuera de los pies, que van desnudos, recojida la ropa hasta hasta la rodilla, sin que esto baste en algunas ocasiones por la inundacion de los caminos, que sube hasta media vara y aun mas todavía.

Es propio de todo Tunquino y Cochinchino llevar siempre el abanico en la mano, y algunos lo usan tan disforme que les sirve de baston, pudiendo matar á un perro, y quizá á un hombre, de un abanicazo. Estos cuando se abren cojen lo menos una braza de terreno, y así para hacerse aire ponen el pie del abanico en el suelo, y mue-

ven hácia la cara una ó dos costillas ó varetas solamente, y esto medio cerrado, pues no puede servirse de él de otro modo el que lo lleva. Estos de los grandes abanicos son Mandarines, ó principales que aspiran á aquel rango, siquiera sea en esto. En los ratos de ociosidad y calor, y cuando están comiendo las personas que tienen criados, se hacen abanicar por estos, que están de pie y con suma reverencia, y ellos sentados ó medio echados, con grande prosopopeya y magestad, como pequeños príncipes, perezosos é indolentes. Nada de esto lo manda ó lo permite el amo de casa porque verdaderamente sea perezoso, y le falten fuerzas ó ánimo para servirse á sí mismo, sino por el genio ostentoso de la nacion, que en todo procura una imagen de señorío y magnificencia, aun en las acciones mas insignificantes de la vida. Como este á mi ver es el carácter peculiar de todo Anamita, procuraré darlo á conocer con observaciones que he hecho repetidas veces, y en diversos casos, y que haré notar al lector con la claridad y brevedad que me sean posibles.

Los Tunquinos y Cochinchinos no son habladores y charlatanes como los Chinos, pero tampoco son naturalmente taciturnos, ni torpes en discurrir lo que quieren dar á entender, ó comprender pronto lo que se les dice. Sin embargo, son pesadísimos en la conversacion, por lo despacio con que preguntan y responden, sobre todo en dias de ceremonia, que visitan á sus superiores por etiqueta y buen parecer. En estos casos se halla el Misionero muchos dias del año; y con algunas visitas que reciba de estas, queda fatigado para largo tiempo, por tener que aguantar y aun poner buena cara á aquellos posmas, en su hablar impertinente y machacon, que prueban la paciencia á un banco de herrador, dispensándome el modo de espresarme.

Suponga el lector que es un dia de fiesta, en que el Misionero está cansado de la Misa que acaba de cantar, y mas todavía por la mala noche que pasó dedicado á las faenas del confesonario. Entonces, cuando apenas le dan tiempo de tomar un corto desayuno, le avisan que están aguardando los principales de diversas cristiandades para visitarle. Despedir en aquel caso á aquellas gentes, ni lo permiten los intereses de la Religion, ni el genio Anamita, que se ofende mas de una falta de atencion, que de un agravio considerable, hecho á sabiendas. Sale pues el Misionero, y se sienta sobre una mesa baja, con las piernas cruzadas, aunque los nervios y los huesos duros no se lo consientan sin mucho dolor é incomodidad. A su frente ve seis ó siete hombres de pie, que muy despacio se despojan del turbante, de la bolsa del tabaco y buyo que cada uno lleva al hombro, del pañuelo de la mano, y del abanico. Todo esto lo pone cada cual á su lado derecho, y el que lleva la palabra dice, mirando al Padre y echando un minuto en cada palabra: *Xin Phep Lay Cha:* Pedimos licencia para reverenciar al Padre. *U*, responde este, pronunciando aquel monosílabo de asentimiento lo mas despacio, con la cara mas halagüeña y mas formal que puede. Entonces, todos á una y á compás, se llevan las manos cruzadas á la frente, luego al pecho, y despues, sin descruzarlas, doblan el cuerpo, se hincan de rodillas, postran la cabeza en el suelo, y se levantan todos al mismo tiempo, pero muy despacio, y con grandísima gravedad y mesura. Esta ceremonia, que se llama *Lay*, la repiten tres veces al simple Misionero europeo, y cinco al grande Mandarin ó al Obispo. Nosotros les dispensamos de una ó dos postraciones, con repugnancia suya; pero jamás los Mandarines lo hacen así por no degradarse con sus inferiores.

Concluidas las postraciones, el Misionero dirije la palabra á este y á aquel, mientras toman buyo, que trae el catequista, y que ellos no osan comerlo entonces sino á fuerza de repetidas instancias. Todo lo que se habla durante aquella visita se podria escribir en un papel de cigarro; sin embargo, se invierte en la sesion media hora larga, sin dejar de hablar el Misionero y sus visitantes. Es verdad que estos, antes de responder, lo piensan primero mucho, escupen despacio, y de cuando en cuando se rascan, y miran al techo y al Padre, y van sacando lás palabras del pecho con tanto tiento, como si fueran huevos de un hondo canasto. Lo peor del cuento es, que el Misionero necesita de todo su cuidado y atencion para ir atando palabra con palabra, cláusula con cláusula, y un período con otro, pues de lo contrario se queda en ayunas de la respuesta, y necesita comenzar por el principio. Cuando ya está bien cubierto el espediente por el largo tiempo que ha durado, y se conoce que no quedará ofendida la visita, se la despide con algun honesto achaque, pues aquellas gentes se estarian allí gustosas hasta la hora de comer. Antes de salir de la pieza de recibo, han de volver á hacer todos otras tres reverencias, recojer los chismes del suelo, arrodillarse, y besar la mano al Padre, hasta que por fin se van, pero de medio lado, y sin dar la espalda. Ya fuera, se calzan las sandalias que dejaron en la puerta, mientras otros se las quitan para entrar, y dar al Misionero otro tabardillo, y luego otro, y otro, hasta que todos acaban; lo que suele ser, á las once de la mañana, ó mas tarde, desde las seis de la misma. Al principio sufre el Misionero lo que no es decible en dias semejantes, mas á fuerza de ejercicio va adquiriendo paciencia, ó la va aumentando, de tal modo, que en dos ó tres años de práctica

queda mas blando que un vendo, y pueden pasar sobre él carretas y carretones, sin que el genio europeo vuelva á levantar la cabeza.

Para acabar de comprender el caracter Anamita, diré aquí que la mayor solemnidad de un acto cualquiera consiste, en el sentir de aquellas gentes, en la gravedad ó en el mucho tiempo que se invierte, por hacerse todo muy despacio y con infinita prosopopeya en los movimientos, meneos, pasos y ceremonias. Los Misioneros tienen que amoldarse á todo, pena de ser notados de ligeros de cabeza, y perder totalmente el prestigio. En esto, mas que en otras cosas, es necesario observar el precepto del Apostol, de hacerse todo para todos, y hasta posma con los Anamitas, para ganarlos á todos á la fe de Cristo.

De aquí es, que las procesiones del Rosario en los domingos primeros del mes, duraban en mi iglesia una hora justa, cuando la carrera era como de unos doscientos veinte pasos alrededor del pequeño templo, y esto sin parar de andar nunca; de manera que cada persona daba cuatro pasos solos en cada minuto. En un entierro pomposo se suelen echar cinco ó seis horas desde la casa del difunto hasta la fosa, si esta dista de aquella diez ó doce minutos de un paso regular. Si la familia que costea la funcion mortuoria es algo rica, ó está bien emparentada, no rara vez gasta en estos casos quinientos ó mil pesos en las espensas del entierro, y en el convite suntuoso, al que se sientan en ocasiones dos y tres mil personas de aquella provincia y de las contíguas. Es verdad que cada convidado contribuye á los gastos con un buen regalo ó cuota fija en dinero, segun la costumbre ó la categoría de la familia obsequiada. Algunas veces un Mandarin pobre, á quien se le murió su padre ó su madre, despues de todos los gas-

tos del entierro, queda rico con aquellas ofrendas ó regalos de los amigos. Una cosa en que se echa el resto de la magnificencia anamita, es el catafalco altísimo sobre el que va el difunto encerrado en una caja de tablones de molave de dos ó tres pulgadas de grueso. Todo aquel armatoste apenas pueden cargarlo treinta hombres forzudos, y encima de la caja se coloca una taza llena de agua hasta los bordes, de la cual no se ha de derramar una sola gota si ha de tener magestad la funcion: sucediendo así, se da un grande premio á los cargadores, y son meritorios para otros casos análogos. Cada uno de estos lleva dos palitos, y todos los tocan á una, y dan un pasito mesurado; al cabo de uno ó dos minutos, resuenan otra vez los palitos, y dan otro paso á compás, y así consecutivamente caminan, tocando el instrumento y alargando los pies adelante, hasta que por fin llegan á la fosa, no por otra razon, sino porque todo acaba en este mundo y llega á su término, aun aquella procesion que parecia al principio eterna al Europeo, que creia observar no se movia nunca de un sitio, engañando á sus ojos lo imperceptible y delicado del movimiento.

Ni el estupendo catafalco, ni el eterno movimiento grave, magestuoso y sublime, ni la infinidad de gentes tiesas, sérias como estátuas y vestidas de blanco, que caminan á los lados de la lúgubre procesion, parecerian cosa notable al ojo observador del Anamita, si no se le presentase el soberbio espectáculo de diez ó doce carabaos enteros y asados, llevados delante del difunto cada uno en sus andas correspondientes, y veinte ó treinta puercos gordos, tambien tostados por el fuego, afeitado el pellejo y preparados para hacerlos tasajo, y comerlos con regocijo vuelta la procesion á la casa mortuoria. Tambien en

estas ocasiones es condicion indispensable una ruidosísima música de *batintines* de cobre, grandes como cribas, tambores gigantescos, semejantes á la popa de un bergantin, con dos pieles de carabao por parches, que caminan sobre ruedas y se tocan de tiempo en tiempo con una porra rellena de algodon y forrada de cuero, pero gruesa como la cabeza de un hombre. El sonido grave del dicho bombo semeja á un cañonazo de á ochenta, y se oye cuando menos un par de leguas á la redonda. Este es el instrumento mas sonoro y agradable al oido de un Anamita; y el pueblo que tiene mayor tambor, atrae con él mas gentío á sus funciones. Uno de estos se habia de tocar en una procesion religiosa á que yo asistí de Preste, mas el dia antes ignoraba yo tal circunstancia, y menos sabia quién era el tamborilero. La noche anterior se me presentó un cristiano principal del pueblo, pidiéndome unos *anteojos de Europa*, con la circunstancia de que fueran *de color verde*. Yo se los di luego, creyendo que á su vista le dañarian los rayos del sol. Cuando salió la procesion á las seis de la mañana del otro dia, vi los numerosos espectadores cristianos é infieles, que habian concurrido de la comarca, y el orden verdaderamente solemne de la procesion. En esto estaba yo pensando, cuando he aquí que oigo de repente un tremendo tamborilazo que me dejó admirado y estupefacto por demás. Con aquella novedad, naturalmente alargüé la vista adelante hácia el lugar donde estaba el bombo, y ví al que lo tocaba, *que calados los anteojos verdes* miraba con gravedad á una y otra parte, sin duda para que los rayos del sol naciente, dando en los vidrios, reflejasen en la vista de los espectadores, como sucedia en efecto. Concluida la procesion, pregunté al tamborilero si necesitaba los anteojos para atinar al par-

che del tambor, y me confesó ingenuanente, que no era corto de vista, y que me habia pedido únicamente los anteojos verdes para dar mas realce á la fiesta, llevando en los ojos aquellos cristales europeos, que no era fácil pudieran usarlos los otros pueblos del circuito, principalmente los gentiles.

En las procesiones de los ídolos, y aun en los grandes entierros, se suelen llevar caballos y elefantes por ostentacion, y cuando no pueden verdaderos, los llevan de papel, como en las mogigangas ó carnestolendas de Europa. Para concluir este capítulo, quiero trascribir aquí el solemne entierro del Ilmo. Sr. Obispo de Adra, amigo íntimo del Emperador Gia-Laong, bisabuelo del Soberano actual de Tunquin y Cochinchina. La pompa de aquel entierro fué real en todo, escepto que los objetos del culto católico reemplazaron al pagano, por las circunstancias especiales de la persona. Sobre la dicha funcion se esplica así un Misionero francés que se halló presente.

«El Rey, y el Príncipe en particular, comprendieron »toda la grandeza de la pérdida que habian tenido, dando »ruidosos testimonios de la pena que sentian, por los ho»nores estraordinarios ofrecidos á su memoria. El cuerpo, »trasladado á *Doung-Nai*, estuvo espuesto dos meses ente»ros en una sala episcopal. Todo este tiempo rezaban allí »dos veces al dia los cristianos públicamente, y se celebró »la santa Misa en la vecina iglesia, donde se cantó el oficio »mortuorio y muchos funerales, con una pompa que hizo »grande impresion en los paganos. Esta magnificencia de »nuestras ceremonias, hizo tambien desaparecer en muchos »las prevenciones que tenian contra los cristianos por re»husar tomar parte en el culto supersticioso de los proge»nitores.

»Los funerales tuvieron lugar en la noche del 16 de »diciembre, con grande magnificencia, no vista hasta en»tonces en la Cochinchina respecto á ningun particular. El »Rey habia encargado al Príncipe su hijo el convoy, que se »puso en marcha á los dos de la madrugada. Envuelto el »féretro en soberbio damasco, y encajado en un cuadrado »de dos gradas, cada una con veinticinco cirios encendidos, »estaba colocado sobre unas hermosas andas de cerca de »veinte piés de largo, llevado el todo por ochenta hombres »escojidos. Un baldaquino bordado de oro le cubria, y una »grande cruz de faroles, artísticamente dispuesta, iba á »la cabeza del convoy. Tras de la cruz seguian seis nichos »bien esculpidos, puestos sobre andas, y llevado cada uno »por cuatro hombres. En el primero estaban escritas cuatro »grandes letras de oro, que significaban: *Al Soberano Se»ñor del Cielo*. El segundo incluia la imagen de S. Pablo; »el tercero la de San Pedro; el cuarto el Angel Custodio, y »el quinto á la Santísima Virgen. En seguida venia un es»tandarte de damasco, como de quince piés de altura, donde »estaban bordados en oro los títulos que habian dado al »ilustre difunto los Reyes de Francia y de Cochinchina, con »los que le pertenecian en calidad de Obispo. La cruz y la »mitra estaban en el sesto nicho, llevado cerca del féretro. »Una numerosa juventud cristiana, con los catequistas mas »respetables de cada iglesia, acompañaba en dos hileras á »los nichos, llevando cada persona su cirio encendido en la »mano. Toda la guardia del Rey, compuesta de mas de »doce mil hombres, sin contar la del Príncipe su hijo, »estaba sobre las armas, ordenada sobre dos líneas, con los »cañones de campaña á la cabeza, y ciento veinte elefan»tes, con su escolta y banderolas, marchaban á los dos »lados. Tambores, trompetas, música militar cochinchina y

»cambojana, cohetes, fuegos de artificio, etc., etc., tampo-
»co faltaban en abundancia. Mas de doscientos faroles de
»diferentes formas, además de un número prodigioso de
»hachas de viento y de cirios, hacian resplandecer esta
»marcha lúgubre; y mas de cuarenta mil hombres, tanto
»cristianos como paganos, acompañaban el convoy: el Rey
»se hallaba allí con todos los Mandarines de diferentes
»cuerpos, y su misma madre, su hermana, la reina, las
»concubinas y sus hijos, con las damas de la corte, que
»todos acompañaron al difunto hasta la tumba. El Rey hizo
»además llevar despues del féretro, los cinco estandartes
»que le acompañaban siempre á la guerra, y los Mandari-
»nes miraron esta señal de honor como la mas estraordina-
»ria que fué concedida á la memoria del grande Obispo.»

Vea aquí el lector el genio anamita y pasion que le embelesa en la breve descripcion de estas funciones, á que todos son aficionadísimos, principalmente si se hace todo *cho nghiem trang*, como ellos dicen, ó sea con la gravedad, compostura, flema asiática, etc., etc., que en este Imperio y no en otro alguno se ven.

Es de advertir finalmente, que como acuden á los entierros todos los individuos de la familia del difunto, y es no solo piedad sino gala el llorar á voces, cada uno de los parientes las va dando tan grandes, que todos ellos aturden y ensordecen el tímpano mejor templado. Una muestra de estos lamentos la presencié yo en un pueblo de cristianos, en el entierro de un joven, cuyo cadáver era acompañado al sepulcro por sus padres, hermanos y parentela. El difunto se llamaba *Tu*, y el padre sollozando decia: «¡Ay, ay,
»hijo mio *Tu!* Tú eras el báculo de mi vejez, el amparo de
»tu madre, el sosten de tus hermanos, y la sombra benéfica
»de nuestra casa! ¿Quién, sin quebrársele el corazon podrá

»acordarse de tu hermosa presencia, de tu ánimo miseri-
»cordioso, y de tus diez mil otras virtudes?... Yo me acuer-
»do que por la mañana y noche rezabas el Rosario, y nunca
»te dormias cuando alababas á la Señora Madre de Dios.
»Ella te lleve al Paraiso ¡hijo mio! y alcance del Señor del
»Cielo que yo te vea á sus pies. Luego sin tomar respira-
»cion añadia: ¡Ay, hijo mio *Tu!* ¿Te acuerdas cuando es-
»tando yo enfermo y desganado, me ponias la taza de mo-
»risqueta debajo de la barba, y me decias llorando: ¡comed,
»padre mio! para que no muramos todos con vos? ¡Ay! ¡yo
»vi entonces caer una lágrima tuya dentro de la taza, y
»comí morisqueta, y viví, porque Dios miró tus lágrimas y
»oyó tus oraciones! ¡Ay, ay, hijo mio *Tu!!!*» Cansado el
padre callaba un poco, y se podia oir entonces la voz tem-
blona de la madre, que decia mil y mil cosas por el estilo
del padre, y que eran capaces de mover á sentimiento á las
mismas piedras. Los hermanos y lós otros parientes acom-
pañaban aquel duelo con su llanto y con sus voces, de
manera que muchas veces nada se podia comprender de
las lamentaciones. Entre esta naturalidad y sencillez, hay
muchas veces fingimiento y arte estudiado; aunque en el
caso que digo del difunto *Tu*, todo el dolor me pareció sin-
cero, y su espresion verdadera y sublime, como que aquella
nacia del fondo de los corazones heridos y lastimados con
la pérdida irreparable que habian sufrido.

Es de tal género la seriedad y compostura que com-
place á los Anamitas en sus funciones, particularmente re-
ligiosas, que los Europeos facilmente se equivocan á los
principios, sin saber á qué atenerse en esto, hasta que son
aleccionados por la esperiencia.

Antes del primer sermon que yo prediqué en Tunquin,
encomendé á un catequista anciano que me observase en

aquella ocasion, para corregirme en lo que pudiese ser defectuoso. Prediqué, pues, mi sermon como se usa en Europa, y quedé un poco contento, creyendo que lo habia hecho medianamente en pronunciacion y gesticulacion. Pero pronto me bajó la vanidad mi catequista, diciéndome: que lo habia hecho *xau lam*, pésimamente. Yo me espanté de aquella censura tan seca y rigorosa; pues habiendo el mismo catequista aprobado anteriormente mi sermon escrito, y creyendo yo que habia pronunciado todas sus cláusulas y palabras con mucha claridad y sin ninguna turbacion, no podia sospechar en qué habia pecado tan gravemente. Por tanto le pregunté: si por ventura le parecia no me habia entendido el auditorio, ó quizá habria sido yo largo en el sermon (que duró mas de media hora). Todo lo contrario, me respondió. El primer defecto del discurso consistió en que fué dicho precipitadamente, pues deberia haberse invertido en él mas de una hora para dar lugar al auditorio á que pensase y rumiase despacio las razones que estaba oyendo. El segundo defecto, añadió, fué verdaderamente escandaloso, pues que el sermon fué dicho moviendo las manos, los brazos y la cabeza el predicador, á modo de comediante. Admirado yo de lo que oia le dije: que predicara él algo delante de mí para que yo pudiera comprender del todo su censura, y el buen modo de predicar en Tunquin. Entonces mi catequista se puso en pié; tomó un pañuelo entre las dos manos cruzadas para que quedaran perfectamente inmobles sobre el pecho; en seguida dijo muy despacio una cláusula del sermon, y calló por un minuto ó dos, y fué prosiguiendo así, inmoble y tieso como una estaca, sin menear pié ni mano, y con la vista baja, y sobradamente modesta y vergonzosa, á mi parecer. A pesar de no parecerme aquello bien, yo volví á recitar un pedazo

de mi sermon imitando en todo á mi preceptor, quedando él contento con mi primer ensayo. Despues, y en mucho tiempo de predicacion, me costaba gran trabajo tener las manos quedas, aprisionadas y sin movimiento alguno; pero me fuí haciendo con la práctica, y convenciéndome al mismo tiempo de que aquel debia ser el verdadero modo de predicar á los Anamitas, que escuchan atentamente, pero con la cabeza baja; no siendo raro ver salir de sus ojos y rodar por sus mejillas abundantes lágrimas, que limpian con disimulo, sin que se oiga un sollozo, un ay, ni á una sola persona que escupa, tosa ni gargajee. Esto que digo lo he observado, tanto respecto de auditorios y concursos de cristianos, como de gentiles, que vienen á nuestras funciones de Iglesia; lo que quizá mas que ninguna otra cosa, hará conocer al lector la gravedad de pensamientos, y la decencia y mesura esterior de los habitantes del Imperio Anamita.



CAPITULO XII.

De los matrimonios de los Anamitas, y prácticas en ellos observadas.

En Tunquin, como en Cochinchina, no tiene, segun las leyes del reino, fuerza alguna el contrato matrimonial para obligar en el foro esterno, si no está autorizado por los funcionarios públicos diputados para esto en cada poblacion, quienes son los alcaldes pedáneos y los receptores de las contribuciones. Delante de estos tales se presentan los contrayentes, acompañados de sus padres ó tutores, y declarando se toman por marido y muger, quedan casados. Los derechos que se pagan al comun del pueblo, se acercan á cuatro reales de plata, ó diez de vellon. A esta última ceremonia matrimonial, preceden ciertas prácticas curiosas, observadas en todo el Imperio al tiempo de contraer los esponsales, si los que pretenden casarse están en edad nubil, pues muchas veces desposan los padres á sus hijos cuando se hallan en la infancia, en la niñez, y aun antes del nacimiento, pero condicionalmente en este caso, como se deja entender.

Lo mas ordinario en esta materia es la práctica general de otros paises, esto es, que el hijo entrado ya en la pubertad, manifieste á sus padres sus deseos de contraer con fulana, á quien corteja. Si los padres no son gustosos de aquel enlace, regularmente es imposible al hijo obtener la mano de su escojida, á no ser que el amor de los dos sea tan fuerte y poderoso, que venza á fuerza de tiempo y constancia todos los impedimentos. Esto sucede con frecuencia, pues los Anamitas están dotados de gran teson y energía

en sus propósitos tocante á las afecciones del alma. Yo he sido testigo en muchas ocasiones de esta gran firmeza de ánimo, tanto en el uno como en el otro sexo, respecto á sus amores recíprocos, que duran algunas veces años enteros, y hacen á ambos jóvenes mártires de su pasion, con la que, robustecidos y armados, arrostran todo género de castigos y malos tratamientos, sin que por ellos pueda jamás ser vencida su pasion amorosa. Cuando la muger cede á repetidas instancias, y por el grande temor á sus padres contrae con otra persona que no es de su gusto, jamás se puede esperar paz de semejante matrimonio, sino disturbios incesantes, hondos aborrecimientos de parte de la muger, y una resistencia tan enérgica á todos los gustos del marido, que este, apurado ya su sufrimiento, y perdida toda esperanza de vencer á su consorte, se ve obligado á darla carta de repudio, si es pagana, ó á pedir al Señor Obispo anule su matrimonio, si es cristiana.

Del abuso de la autoridad paternal en los casos dichos, se originan muchas desazones y guerras perpétuas en las familias, y no menos quebraderos de cabeza para el juez eclesiástico y para los demás europeos de la mision, pues los segundos han de formar los procesos judiciales, y dar su parecer en ellos, y los primeros sentenciar definitivamente, en causas siempre difíciles de averiguar, y mas en un pais infiel, y entre contínuas persecuciones. La práctica en estos casos es, que los Sres. Vicarios Apostólicos comisionen á un Misionero europeo para el examen de los actores y de los reos, y las declaraciones de los testigos; todo segun manda el derecho antiguo y las declaraciones de la Silla Apostólica, que se observan en los paises infieles, donde no está promulgado el Concilio Tridentino.

Concluido el espediente, y elevado al Juez, este lo pasa

al Sr. Obispo Coadjutor y á todos los Misioneros, para que cada uno juzgue (aparte de los otros) lo que crea deba providenciarse en aquella causa, anotando en su parecer motivado lo que por ventura haya de examinarse aún. Vistos de nuevo por el Vicario Apostólico y su Coadjutor los autos y pareceres, promulga aquel la sentencia, que se publica en dia festivo, á presencia de los fieles reunidos en la iglesia de la respectiva cristiandad, y generalmente es obedecida y acatada por todos. Si despues de tantos pasos dados, el Vicario Apostólico tiene dudas sobre la sentencia que debe dar en aquella causa espinosa, las manifiesta á la Santa Sede, y aguarda la decision definitiva, por conducto de la Congregacion de *Propaganda Fide*. Las dudas que sobre matrimonios y otras innumerables materias se elevan á Roma cada año de la Mision de Tunquin, y de todas las demás del orbe católico, deben ser muchos millares sin duda; lo que es un penosísimo trabajo para las sagradas Congregaciones de la ciudad Santa, quienes, á pesar de todo, jamás exijen derecho alguno por sus pareceres, sentencias ni dispensas, lo que se espresa terminantemente en semejantes rescriptos, recibidos por los Misioneros, en los que se anota la prohibicion de recibir ó dar retribucion alguna bajo pena de escomunion. Mas dejo esto á la consideracion de los que ignorantemente calumnian de interesada á la Curia romana, y paso á mi asunto, del que me he estraviado un poco.

Si los padres del que se quiere casar son gustosos en que lo haga con la que ha escojido, envian á los padres de ella alguna persona amiga de las dos partes, para que indirectamente esplore el terreno, y vea si aquella familia recibirá favorablemente la proposicion que se la debe hacer, concerniente al asunto.

Recibida la respuesta afirmativa, se dan los primeros

pasos oficiales para el contrato matrimonial, con la ceremonia del *Hoi giau cau*, ó de ofrecer el buyo, que es del modo siguiente. Los padres del joven (si los tiene), ó los hermanos mayores, ó los parientes mas cercanos, preparan algun regalo de comida y bebida, y una salvilla que contiene unos bocados de buyo preparado para mascarlo, y en compañía del pretendiente se dirijen á la casa de ella, y ofrecen su don con toda la etiqueta acostumbrada, tratando en seguida del negocio á que han venido. Accediendo los padres de la muchacha á la peticion, toman todos un bocado de buyo, y mientras se prepara la comida para ambas familias, sale la hija de la casa, sola y sin persona alguna que la acompañe, y va á ofrecer tambien el buyo á cada uno de sus parientes que viven en el lugar; con esta ceremonia les avisa su futuro casamiento, y de la obligacion en que quedan de regalarla en aquel dia lo que sea de costumbre, segun la categoría de las personas. Concluida la comida, los padres del novio se despiden, pero él queda por lo regular en la casa de su desposada, para servir á los padres de ella por dos ó mas años, sin recibir en todo este tiempo mas estipendio por su jornal que la simple comida; sin embargo, se anota por ambas partes lo que debiera en otro caso ganar aquel joven por su trabajo, para los efectos que se dirán despues. Si en todo aquel tiempo que trascurre, los padres de la novia, ó riñen con los del novio, ó ven que este no les acomoda para yerno, pueden despedirle de la casa y desbaratar lo hecho; mas entonces se les obliga á devolver el importe de los regalos que han recibido en los dias de año nuevo, en el dia cuarto de la luna cuarta, y en todos aquellos que celebraron honras por sus abuelos difuntos, á mas de la satisfaccion en dinero del justo jornal del trabajo del pretendiente desdeñado. Todo esto

importa una suma bastante crecida, y la dificultad de la restitucion suele ser un gravísimo impedimento para rescindir el contrato, aunque no se quiera proseguir en él, y la jóven se oponga con todas sus fuerzas á su realizacion, por haber cobrado aversion á su pretendiente, á quien conoce mejor con el trato, ó porque ya estaba aficionada á otro desde el principio. Sea como fuere, lo regular es que se obligue á la muchacha á aceptar por marido al que aborrece, y los mismos que habian de procurar su felicidad futura, la lanzan, por la codicia ó anterior imprevision, en el perpétuo infortunio, causa no rara de la desesperacion y el suicidio.

Se suelen tambien apresurar los casamientos antes de concluir el tiempo de prueba, cuando alguno de los parientes de ambas partes enferma de gravedad, y se teme que muera pronto, porque si asi sucede, ninguno de la familia se puede casar hasta que pase el *Giu-Tang*, ó los dias de luto, que suelen durar dos, tres ó mas años, segun la proximidad del parentesco. En estas críticas circunstancias, y en que uno de los dos acaso de manera ninguna se quiere casar, ruega el padre, llora la madre, aconseja la misma persona enferma, aunque esté ya en la agonía, y muerta esta última aún no se desiste por eso del casamiento, si no se ha llorado todavía al difunto *levantando el grito en alto*, segun es costumbre en la region. Si por fin la persona renuente consiente en su enlace, este se celebra con toda la prisa posible, y verificado en el mismo dia, luego se da la señal de llorar, y comienza el luto desde aquella hora, aunque hayan pasado muchas de la muerte, y el cadáver esté medio corrompido, abandonado por la familia, ocupada en el otro negocio, si no mas interesante, mas urgente sin duda.

Hecho ya el casamiento civil, en circunstancias comunes entregan los padres del marido á los de su esposa el dinero que se convino entre ambas partes, como si se tratara de una bestia que se vende. Esta idea de venta está espresa en las palabras del mismo contrato matrimonial, pues no se dice solo que los padres entregan á su hija al matrimonio, cosa que lo espresa la palabra anamita *Gá*, sino que á esta se junta la voz *Bán*, que significa vender, y así dicen: *Gá ban*, entregan vendiendo ó por venta. El dinero que se da es mucho, si se atiende á la pobreza del pais, y equivale en Filipinas á cincuenta ó cien pesos en personas comunes, y es pago, dicen, de los trabajos de los padres de la muchacha en educarla y mantenerla desde su niñez.

Despues del convite en casa de la esposa, costeado por los padres del esposo, estos hacen el *Lay* á los padres de ella, y vase á vivir á la casa de su marido, acompañada en aquella hora por todos sus parientes y amigas. La primera visita que hace la recien casada, entrando en casa de sus suegros, es á la cocina, para adorar con humildes *Lay* ó reverencias al espíritu tutelar, que creen existe en el trípode de barro sobre el cual se asienta la olla. Ese espíritu se llama *Vua Bép*, ó rey de la cocina, y á él pide la esposa postrada, y con la cabeza en tierra, se digne concederla favor y ayuda para cocinar bien y dar gusto á su marido. Concluida esta ceremonia religiosa, la nueva casada hace tambien el *Lay* á sus suegros, y entonces se perfecciona el contrato, y ella y su esposo son reputados por legítimos consortes en todo el pueblo. En aquellos dias solemnes de la boda, regalan á la esposa sus parientes y amigos, lo que se apunta con cuidado, para irlo pagando cuando se casen los hijos de aquellos. No solo en los casamientos, sino en los entierros y en otros acontecimientos graves de la vida,

es comun entre los Anamitas esta práctica laudable de regalar, y de volver otro tanto que se recibió en iguales casos; cosa que une grandemente á unas familias con otras, y hace que los bienes de todos sean en cierto modo comunes á los demás. Tan hermosa costumbre, observada inviolablemente entre los gentiles, se guarda del mismo modo entre los cristianos, porque este *comunismo social* no destruye, antes anuda y afirma los lazos con que deben estar unidos todos los hombres entre sí en el destierro de la vida. Cuando nuestros padres no estaban tan civilizados, como dicen lo estamos nosotros ahora, se acostumbraban entre todas las familias españolas estos regalos de amor y de política en diversos dias del año, y en algunas principales festividades de la religion; y los que se hallaban en alguna grave necesidad, eran socorridos generosamente por sus amigos y conocidos, pero sin título de limosna, que humilla en cierto modo al que la recibe, sino con el nombre de fineza ó regalo, ó cuando mas de préstamo sin interés. Así sucedia entonces, en tiempo motejado de oscurantismo: ahora con la civilizacion moderna sucede todo lo contrario, y el egoismo vil ha reemplazado á la conmiseracion, y á los dulces sentimientos que inspira la humanidad y aprueba la Religion cristiana. La sociedad moderna ya no visita ni regala sino pedacitos de papel, que llaman tarjetas, y que para nada sirven, aunque estén impresas con lujo. Lo mas particular del caso es, que las personas que se dicen mas civilizadas, por mas avanzadas en ciertas ideas mal llamadas liberales, y que se agradan con la utopia del comunismo y socialismo modernos, son las que han inventado ó propagado en la sociedad europea la fria política de las tarjetas, y se rien de las prácticas de sus abuelos, que eran verdaderos comunistas en el sano sentido de estas palabras, cuya

significacion no puede ser otra que el socorrer cada uno de los hombres á los otros, poniendo en práctica con todos las obras de misericordia, como que todos somos prójimos y hermanos, hijos de un mismo padre que es Dios, y herederos de una misma gloria, que es la bienaventuranza del cielo. Séame lícito preguntar: los que dicen quieren llegar á un término dado, ¿lo conseguirán jamás tomando el camino opuesto? Pero yo me aparto tambien demasiado de mi objeto principal, y así vuelvo á él, rogando al lector disimule mi digresion, quizá demasiado importuna.

Segun las leyes del Imperio Anamita, los que no hacen las ceremonias dichas arriba en sus casamientos, no son reputados por legítimos consortes. El que quiera tomar segunda muger puede hacerlo, por permision de la ley; mas solo la primer esposa se considera como verdadera, llamándose las demás *Vo-Mon*, que quiere decir muger pequeña, ó concubina. La segunda esposa y las demás que siguen á la primera, son como sus criadas, á quienes aquella puede azotar y castigar de otros modos, si no la guardan la reverencia debida, ó no la obedecen en todo lo que las manda. Solo cuando la legítima ó primera muger no tiene hijos, y sí la concubina, suele esta despreciar á aquella, como lo hacia Agar con Sara; pues en Tunquin, como en Judea, el ser estéril la muger se mira como grande afrenta, y un género de terrible maldicion. Hay ley que da por nulo el matrimonio entre primos carnales, hijos de hermanos ó de hermanas; y con los hijos de los hermanos llega el impedimento hasta tantos grados ó mas que prescribe la Iglesia, lo que no sucede respecto á los hijos de las hermanas, entre los que no existe tal impedimento. Tambien es inválido el matrimonio con la cuñada, muger del hermano, y con tios y tias, hermanos del padre y madre; y tambien con la madre y la hija,

aun muerta una de las dos; pero puede cualquiera casarse con dos hermanas, muerta ó no la primera que tomó por esposa. Los hijos adoptivos y los legítimos, de ninguna manera se pueden casar, aunque los primeros estén emancipados, pues los considera siempre la ley como hermanos carnales de los segundos. Muchas veces se toleran y disimulan estos casamientos, pero si los transgresores son delatados al Juez, infaliblemente los castigará y obligará al divorcio.

Al marido le es siempre lícito dar libelo de repudio á cuantas mugeres quiera, pero la muger jamás puede repudiar á su consorte; de suerte que aun espelida por él de su casa, sin el libelo de repudio no la habilita la ley para casarse con otro; y si lo hace incurre en pena de muerte, como no sea perdonada por su legítimo esposo. Esto es lo mas comun suceda, cuando no pueden hacer vida maridable, y hay empeños y regalos de parte de la familia de la muger infiel, que ya estaba separada de su marido. Este entonces, perdonándola, la repudia oficialmente, y ella queda en libertad de casarse con otro. La práctica del repudio formal consiste solo en un papel firmado por el marido, y presentado por la esposa á los principales del pueblo ante quienes se celebró el matrimonio, con lo que deshacen lo hecho los mismos que lo hicieron.

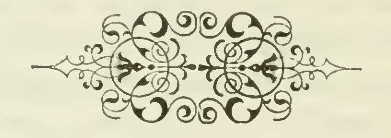
Cuando dos personas intentan casarse, lo primero que procuran ambas averiguar, es si el año, el mes, el dia, ó la hora en que nacieron tienen simpatía ó antipatía. Si sucede lo segundo de ninguna manera se casan, porque juzgan que se han de llevar mal en el matrimonio, aunque ahora se amen mucho. Esta supersticion la fundan en los nombres usados para distinguir los años, los meses, los dias y las horas. Tales nombres son como siguen: año, mes, dia y

hora del *Gato*, del *Búfalo*, del *Tigre*, del *Raton*, del *Dragon*, de la *Culebra*, del *Caballo*, de la *Cabra*, del *Mono*, del *Perro*, del *Puerco*, y de la *Gallina*. Ahora bien, si el varon ha nacido en el año del *Gato* y la muger en el del *Raton*, es claro, dicen, que no se pueden casar, pues que el *Raton* y el *Gato* jamás han hecho buenas migas. Por el contrario, si uno nació en el año, mes, dia ú hora del *Puerco* y otro en el de la *Gallina*, será conveniente el enlace matrimonial, porque la *Gallina* y el *Puerco* nunca riñen, cuando buscan juntos los desperdicios en un muladar, y alguna vez se espulgan el uno al otro. Tan grosera supersticion de los infieles es burlada por los cristianos, que tambien evitan en sus casamientos todo lo demás usado por aquellos, si no es lícito ó indiferente segun la religion.

En el imperio Anamita puede el Vicario Apostólico, autorizado por Su Santidad, dispensar en la disparidad de cultos bajo ciertas condiciones. Mas esto rara vez se hace sino en caso de gravísima necesidad, no quedando totalmente libre la parte cristiana de incurrir en supersticiones de resulta de estos enlaces, siendo todos los infieles tan dados á ellas en las mas indiferentes circunstancias de la vida. Sin embargo de esto, la persona cristiana que lícita ó ilícitamente se casa civilmente con pagano, siempre, tarde ó temprano, atrae á su consorte al conocimiento de la religion y al bautismo, educando al mismo tiempo á sus hijos en las prácticas de la fe verdadera. Entre algunos otros casos que pudiera citar sobre este proselitismo religioso, diré solamente el de un Mandarin de guerra, que casado con cuatro ó cinco mugeres infieles, á todas las obligaba á aprender el catecismo, y á rezar mañana y noche el Rosario, y otras devociones acostumbradas en las cristiandades.

El Señor, que sabe sacar bien del mal, hace tambien

ordinariamente que una infeliz joven cristiana que por el amor á un pagano deja á sus padres y á su pueblo, y marcha con aquel á vivir entre los infieles, logre poco á poco introducir en aquel pueblo de gentiles el conocimiento del verdadero Dios, de cuyos principios se forma con el tiempo una nueva cristiandad, donde no habia esperanzas pudiese existir, por la imposibilidad de predicar allí el Evangelio.



CAPITULO XIII.

De los usos de la vida privada de los Anamitas, de sus alimentos y vestidos, con el precio de estas cosas.

Ninguna persona está ociosa regularmente en los pueblos de Tunquin, como no sea alguno que otro rico que pasa con sus iguales una que otra hora del dia ó de la noche en jugar al gallo ó á los naipes, y en borracheras. Estos dos vicios del juego y del vino no dejan de ser comunes en el pais, respecto de los que gozan de algunas comodidades de la vida con lo que les rinden sus tierras, sus comercios, ó algunas industrias, no siempre de buen género. Las otras personas pobres que forman la inmensa mayoría del Imperio, se dedican á diversos trabajos, mas ó menos molestos, pero sin descanso ni interrupcion. En una familia privada, el marido labra la tierra de pan llevar con el arado, la laya y el azadon; siembra y cuida del pequeño huerto, del que en todo el discurso del año coje diversos géneros de hortalizas á fuerza de abonos incesantes; fabrica su casa y sus instrumentos de labor, usando para ello de un grande cuchillo, como los indios de Filipinas; ó ejerce algun arte ú oficio con que ayuda al sustento de su familia.

La mujer Anamita trabaja tanto ó mas que su marido, dentro y fuera de casa. Ella cuida de los gusanos de seda, é hila esta y el algodon; teje las telas de ambas materias, las tiñe y las prepara hasta dejarlas dispuestas para el comercio, ó para vestidos de la familia, que ella corta y cose con mucha paciencia y alguna curiosidad. Ella muele el arroz y lo limpia; prepara con él la morisqueta, y quizá

las dos comidas diarias; y con arroz destila en su alambique de barro escelente ron para el comercio, y el orujo lo muele con la lechuga de los rios, llamada en Filipinas *Quiapo,* y le sirve esa mezcla para mantener cerdos, que venden en los mercados. Cuando el marido trabaja los campos, su esposa le ayuda en aquellas faenas penosas, arando, cavando y trasplantando palay, sufriendo el sol, el agua, el hambre y la sed, con la constancia y paciencia de las personas mas robustas del otro sexo.

Cuando los muchachos son ya un poco crecidos aprenden las letras chinas y la moral de Confucio, estudiando de noche y de dia los caractéres trabajosos de los libros, en lo que ejercitan por años enteros la memoria, fijando en ella las figuras estravagantes de sus 80.000 letras, las sentencias del filósofo, y el pulso de la mano derecha, que apoyándose en el puño, copia con el pincel y graba con sumo trabajo sobre papel de Japon, la infinidad de rasgos menudos y semejantes entre sí que entran en la composicion de los caractéres. Si en la casa estudian tres ó cuatro muchachos, todos están juntos en una pieza reducida; y como es costumbre el estudiar á voces, arman tal estruendo y algarabía, que las primeras veces es totalmente insufrible aquel ruido al oido de los Europeos. Estos débiles muchachos, lo mismo usan del pincel que del escardillo, y unas veces dejan el libro para atizar la olla, y otras para bañar al carabao, ó mecer al pequeño hermanito que yace en la hamaca de caña, pendiente por cuatro cabos del techo.

Las jóvenes doncellas tejen, lavan y cosen con su madre, ó aran la tierra, cavan, siembran y plantan con su padre; pero mas comunmente se ejercitan en el comercio, llevando sobre su cabeza al mercado el chicubite ó espuer-

ta con arroz, pollos, huevos y hortaliza, que allí venden, para comprar otras cosas que traen de retorno. Como ni en Tunquin ni Cochinchina estropean los Anamitas los pies de sus hijas, como hacen los Chinos, aquellas doncellas, cargadas con grande peso, pueden caminar descalzas de pie y pierna seis y siete leguas de ida y vuelta al mercado, con mas facilidad que una europea camina paseando por el tiempo de una hora. La grande inocencia y simplicidad de estas pobres muchachas, y el natural recato de todas, las guarda en los caminos y entre la bulla de la feria, sin desgracia ni pérdida del pudor. A esto ayuda mucho el terrible castigo que las aguarda, si se olvidan de la vergüenza, y son madres antes que casadas, segun se dijo en el capítulo anterior.

Las mujeres de Tunquin que tienen niños de pecho, ni los atormentan con la bárbara faja de Europa, ni los atosigan de leche cuando lloran para acallarlos, como hacen las Españolas con sus hijos, cuya digestion interrumpen muchas veces al dia, llenando sus débiles estómagos de nuevo alimento, cuando el anterior no está digerido aún. Las Tunquinas acostumbran á sus tiernos infantes á tomar el pecho solo tres ó cuatro veces al dia, y en horas fijas, y entonces los dejan mamar por largo tiempo hasta que ellos se sacian y se quedan dormidos. Conseguido esto los colocan en la hamaca, cubriéndolos en invierno de alguna ropa, mas dejándolos en verano totalmente en cueros. Si cuando el niño despierta, llora, le dejan llorar cuanto quiere, sin ir á visitarlo ni acariciarlo de ningun modo, con lo que pronto calla y se duerme de nuevo, ó levanta los piececitos, y se entretiene jugando con ellos, hasta que llega la hora de tomar otra vez el pecho, y entonces con la hambre chupa la leche con gusto y le hace

provecho. Cuando el niño va adquiriendo fuerzas, y está espuesto á arrojarse de la hamaca, ya no le acuestan en ella, sino sobre una esterilla tendida en el suelo, sin almohada ni cubierta alguna. Que se salga ó no de la esterilla, y gatee por toda la habitacion, nadie hace caso de ello; y si se pone en pie y se cae, ninguno se acerca á callar sus lamentos, sino que él solito se consuela como puede, pues regularmente no se ha hecho daño en la caida. Asi cayendo y levantando, llorando y riendo, va creciendo el muchacho, hasta que fuertes ya por la edad los músculos y los huesos, él se pone en pie de su voluntad, da algunos pasitos, luego anda mas de prisa, corre, juega y se divierte. Entonces, y no antes, le destetan, lo que ya es muy facil en aquella edad, por tener ya completa la caja de los dientes, y apetecer su estómago alimentos sólidos. Por eso es raro el niño que anda bien antes de los dos años, ni que deje de mamar antes de esa edad. Sin duda por este género de educacion no se ven en Tunquin los niños raquíticos y endebles, como muchos en Europa, sino rollizos de carnes, fuertes de músculos, y perfectamente formados de los pies á la cabeza. Por eso tambien acaso, tanto los hombres como las mujeres de este pais son rectos, de cuerpo gallardo, de movimientos fáciles y graciosos, mucho mas que en la Europa; no pudiéndose encontrar en Tunquin ni Cochinchina persona alguna estevada, zamba, cargada de hombros ó jorobada, de pecho mal configurado, saliente de caderas ni de vientre, ni con algun otro defecto notable. Alguno que otro que lo tiene, entre muchos millares de hombres perfectos, salió asi del vientre de su madre, y esto regularmente no puede enmendarlo el arte quirúrjico, ni aun en paises mas adelantados que estos. Tampoco se notan en el Imperio Anamita los muchos

nacimientos monstruosos que en la Europa; lo que á mi ver debe consistir, en que la mujer Tunquina y Cochinchina, por sus ocupaciones menos sedentarias, está mejor formada que las Europeas esterior é interiormente; y quizás tambien, en que uno y otro sexo son por sus costumbres mas moderados y juiciosos en sus apetitos y pasiones. Por mi absoluta ignorancia en la medicina, dejo á los profesores de esta ciencia la solucion á las cuestiones que he tocado, pues creo que meditando sobre ellas podrian dar algunos consejos á las madres Europeas, para que procuraran enmendar en sus hijos los defectos que ven en otros, arreglando su cariño maternal á las leyes naturales de la recta razon. Es lástima que aventajando los Europeos en el talento y en las ciencias á los habitantes de las otras partes del mundo, sean en el cuerpo menos perfectos que los demás. Si la cabeza del Europeo está mejor organizada, y es naturalmente mas hermosa que la de los otros hombres, sin duda que los miembros de aquel tendrian la misma belleza relativa, si no lo impidieran las preocupaciones en la crianza de aquellos preciosos niños, á quienes cargan las madres de mantillas y aprietan con fajas durante mucho tiempo, sin que puedan sus miembros tiernecitos desarrollarse entonces, ni adquirir despues lo que han perdido, ó enmendarse lo que ya está viciado para siempre.

Tampoco á las niñas y doncellas las obligan á usar el corsé de Europa, ni ningun otro instrumento ó ropage incómodo, con que se desfigura y afea el cuerpo de las mugeres y adquiere ciertos vicios de conformacion que despues necesariamente influyen mucho, cuando deban ser madres, en la obra maestra de la naturaleza, en la formacion del feto, del parto y de la afluencia de la leche á los

pechos para la crianza del niño. Las Anamitas usan toda la vida un vestido, á la par que holgado y cómodo, decente y agraciado, con el que viven sanas y robustas, y paren sus hijos sin gran dolor, y los crian á sus pechos con muy ligera incomodidad, llegando á la última hora de su vida sin haber esperimentado otras enfermedades que las comunes al otro sexo, por causa de la pobreza y falta de alimento, por la demasiada fatiga en las faenas del campo, y la natural insalubridad del pais. A esto se junta la falta de abrigo, de limpieza y de medicinas cuando padecen sus pequeños males, que se agravan por todo ello; y son víctimas prematuras de la muerte, por no poder cuidarse con el esmero que conviniera.

Ya dije anteriormente cuál era en su figura el vestido de los Anamitas, y ahora añado. que si es enteramente de seda costará poco mas ó menos ocho ó diez reales vellon, y la mitad si es de algodon, usado por el pueblo. El color mas general del vestido tunquino es el de pasa ó castaña para diario, y telas de algodon; y el encarnado, azul ó verde, para el vestido de seda que usan muchos los dias de gala, y en sus fiestas y visitas de etiqueta. El color blanco, ó mas bien ceniciento, es el propio para los dias de luto, acompañar los entierros, y asistir á los aniversarios por los progenitores; pero entonces la tela está solo hilvanada, y con las hilachas colgando en las orillas ó estremidades.

Ya sea por la pobreza, ó por la poca aprension de las gentes de este pais, ello es que no solo comen los cuadrúpedos, aves y peces que se acostumbran en la Europa, sino tambien todo animal y vicho que anda, trepa, nada y vuela en los cuatro elementos. Sobre esto se esplica perfectamente un antiguo Misionero de Santo Domingo, muy

conocedor de las costumbres anamitas. «Los Tunquinos, »dice, tienen buen diente en comer, y mejor estómago en »digerir; los peces los suelen comer crudos, y á veces »mueren entre sus dientes. La carne del mismo modo, »pues un búfalo que matan, ó él se muere, con tostarle un »poco, que apenas basta para chamuscarle el pelo, le tie- »nen por suficientemente asado para comer su carne sin »perdonar la piel; y no es por pereza, sino porque dicen »ser la piel el bocado mas gustoso. Cualquier animal que »se muera, aunque sea de peste, de rabia, ó mordido de »alguna víbora, no le perdonan, y sin escrúpulo alguno, »tostado ó salcochado le comen, porque es su opinion, »que cosa que pasa por el fuego no tiene veneno. Comen »gatos, perros, ratones, todo género de culebras (á estas »las quitan la piel), hormigas y sus huevos, gusanos de »seda, otros diversos géneros de insectos, y casi toda es- »pecie de sabandijas.»

El perro es un bocado tan esquisito para el gusto de los Tunquinos, que regularmente forma el plato regalado en las bodas y otros festines de los pobres, cuya posibilidad no alcanza á matar un carabao, una vaca, ó un cerdo mediano.

En un convite que se celebró cerca de mi casa, y al que estaba invitado el pueblo entero, tuve yo la curiosidad de presenciar los preparativos, y vi la inmensa hoguera de paja de arroz donde tostaron un carabao, dos vacas, unos cuantos cerdos, y desplumaron algunas docenas de gallinas. Concluidas estas operaciones la emprendieron con el carabao cuarenta ó cincuenta hombres, y despues de lavar y destripar el animal, todos con cuchillo en mano, comenzaron los unos á desollarlo, y los otros á hacer rajitas del pellejo, que puestas en pequeños platos

parecian montoncitos de hilo blanco, desperdicios de telar casero. Con las pieles del carabao y las vacas se llenaron centenares de platos; y millares tal vez con la carne de aquellos animales, y de los cerdos, aves y pescados, unos guisados de un modo y otros de otro, pero cada plato con su color diverso, en que entraban los mas vivos del arco iris, y otro centenar, con la combinacion de aquellos mas ó menos apagados. Toda aquella inmensidad de platitos se fueron colocando en mesillas cuadradas, de una cuarta de altura, ocupándolas despues cuatro personas, sentada cada cual sobre una esterilla en uno de los lados. Como solo habria doscientas mesas, y pasaban de dos mil seiscientos los convidados, duró el convite cuatro ó seis horas, remudándose los unos á los otros, hasta que todos quedaron satisfechos de morisqueta, carne, pescado y frutas, con uno ó dos tragos de vino cada persona, y su bocado de buyo para finalizar.

La comida ordinaria del pueblo en todos los dias, es: por la mañana á las cinco, una tacilla de agua caliente, cocida con algunos granos de arroz deshecho.

A las nueve de la mañana es la verdadera comida, que consiste en morisqueta, ó arroz cocido sin sal, la hortaliza de los estanques (llamada *Cancon* en Filipinas), salcochada con agua sola, un poco de salmuera de pescadillos, que se dice *Nuóc-Mam*, donde mojan el *Cancon*, y media onza ó una de pescado guisado ó en escabeche para cada persona.

A las seis de la tarde hacen la segunda comida, que consta de los mismos platos que la anterior; y este es el alimento que toman diariamente, no solo los pobres, sino las personas del estado medio en todo Tunquin y Cochinchina; escepto, como ya he repetido varias veces, en algunas festividades del año, y cuando son convidados á

entierros, aniversarios y casamientos, que prueban todos la carne. La de puerco, la de gallina, los huevos, las mejores hortalizas y frutas, son alimentos de los ricos, en union del *Cancon* salcochado, el pescado y el *Nuoc-Man*, que todos usan indistintamente.

En ningun pueblo de Tunquin hay públicas carnicerías como en España, pues está prohibido matar vacas y carabaos, que guardan para la labranza. Esta prohibicion la dispensan los Mandarines en favor de los ricos, quienes llevan á aquellos de derecho por la licencia de matar un carabao, poco menos que vale el animal; es verdad que si se concede el permiso para la muerte de uno, por viejo y enfermo, matan otros dos ó tres de contrabando y ocultamente, y entonces los criados del Europeo alcanzan por favor algunas libras de carne, que salcochándola diariamente, y poniéndola de noche al sereno, se guarda hasta quince dias sin corrupcion, y con ella se hace una cosa que tiene semejanza con el puchero español; mas la memoria de la patria hace que aquel bodrio parezca al Misionero un alimento esquisito, cien veces mas sabroso que la famosa olla podrida acostumbrada en otro tiempo.

Así como es un regalo para los Filipinos la langosta, tambien lo es para los Anamitas un género de gusanos, abundantísimos hácia las dos temporadas de San Juan y San Andrés. Entonces suelen estar los arroces en grano, y subiendo la marea por muchas partes, recoje de los sembrados estos animalillos, y cuando baja los va dejando á montones en las bocas de los rios, donde millares de personas los cojen en grandes talegas á modo de red espesa, y los venden á buen precio. Estos gusanos se llaman en el pais *Cai-Ruoi*, y son de color blanquizco, blandos al tacto, y algo semejantes á los ciempies pequeños. Se co-

men fritos, guisados, rebozados con huevos, y de mil y mil maneras á cual mas apetitosas. «Yo confieso, dice un »Misionero del siglo pasado, que cuando los ví la primera »vez me causaron tanto asco, que no podia estar donde »otros los comian; pero ya con el tiempo y costumbre me »saben lindamente, y entre los pescados regalados que se »presentan al rey, es esta gentecilla. Todos los que se es»capan de los talegones dichos, se van por el rio abajo, »y son alimento de peces; y si algunos llegan al mar, lo »mismo es tocar al agua salada que reventar y morir.»

En esto de los alimentos estravagantes usados en Tunquin y no en España, los Misioneros se acostumbran á muchos de ellos, y les saben bien, como á la carne de gatos y perros, ranas, y otros semejantes. A otros, sin embargo, no se puede jamás hacer el estómago de un Europeo. Uno de estos es la carne del gato de algalia, de la que á mí me regalaron una vez, y pensé reventar con el primer bocado que tomé, porque el olor y gusto del almizcle se introdujeron en lo mas profundo de mis entrañas, y me causaron terribles ansias por algun tiempo. Mis muchachos y otras gentes despacharon con gusto, y en breves instantes, toda la carne del animal, que cuando vivo era tan grande como un podenco.

El precio de los alimentos comunes en Tunquin es generalmente como sigue, reducida la moneda del pais á reales de vellon.

Un quintal de arroz limpio......	De 10	á	15	*rs. vn.*
Un cerdo de seis arrobas........	60	á	80	
Un perro de arroba y media....			20	
Una arroba de pescado..........	6	á	10	
Un carabao para carne..........	80	á	100	
Una vaca id......................	66	á	80	

Dice el Ilmo. Lefebre, Vicario Apostólico de Cochinchina, que en aquella parte del Imperio, por haber mas comercio y abundar el dinero, son mas baratos los alimentos; y que allí una persona rica puede comer bien gastando al mes cinco duros, sobrándole algo de uno á las demás personas del comun del pueblo para subsistir sin miseria.



CAPITULO XIV.

Religion y supersticiones de los Anamitas.

La religion de los Tunquinos es la misma que la de los Chinos, y consiste en la veneracion á los ídolos, que llaman *But*, en el culto de los progenitores, y en muchas opiniones filosóficas de los literatos que siguen á su Maestro Confucio, con el nombre en Tunquin de *Oung-Khoun-Tu*.

El culto de los ídolos, á quienes hay dedicados muchos templos en Tunquin y Cochinchina, debió ser general antiguamente para todos los habitantes, y parece que los Reyes protejieron con grande empeño la devocion popular; esto se conoce en la grandeza de los templos dedicados á aquel culto, en la multitud de tales edificios, en la riqueza con que están adornados interiormente, y en la dotacion de muchos campos para la decente manutencion de los ministros del culto, conocidos con el nombre de *Thay-But*, ó *Bonzos*, como los llaman los Europeos. «Dícese, en efecto, que en »los siglos anteriores, cuando Tunquin estaba bajo la domi»nacion de la China, uno de sus Emperadores, llamado »*Minh-De*, recibió la estátua de cierto hombre célebre en »la India, llamado *Pho* ó *Phat;* y creyendo que sus vasa»llos serian felices venerando á aquel, en su concepto santo »varon, que tenia fama de muy milagroso, mandó edificar»le en todos los pueblos de sus estados templos ó pagodas, »dotándolas con bienes sobrados para mantener con holgu»ra á los que quisieran dedicarse al servicio del ídolo, en »quien el Emperador tenia puesta toda su confianza. Muy »pocos, sin embargo, se presentaron voluntariamente á

»pretender la vida solitaria, que obligaba á sus secuaces á
»perpétua castidad, á muchos rezos diurnos y nocturnos, y
»á la total abstinencia de toda clase de carnes y pescados;
»como que el santon indiano pertenecia á una secta filosó-
»fica, cuyo principal dogma era la metempsícosis ó trans-
»migracion de las almas. Viendo el Autócrata del Imperio
»Celeste que sus vasallos eran poco devotos del nuevo cul-
»to, dedicó á él á todos los reos del Imperio, conmutándoles
»la pena de sus delitos en el servicio voluntario de las pa-
»godas ya construidas. Todos los malhechores de que esta-
»ban llenas las cárceles, aceptaron con gusto la vida menos
»penosa con que se les brindaba, y formaron muchas comu-
»nidades de monjes, muy fervorosos al principio, y obser-
»vantes de las reglas que el Emperador les impuso. Menos
»pesadas en efecto eran aquellas prácticas monacales, que
»las cargas y las cadenas, con los otros tormentos y priva-
»ciones, que habian sufrido en las cárceles y en los presidios.
»Sin embargo, deseando todos gozar su libertad sin traba
»alguna, se escaparon de las pagodas, y abandonaron el
»ídolo y la vida eremítica. Furioso el Emperador con la no-
»ticia, mandó buscar por todas partes á los apóstatas, y
»haciendo justicia de algunos, volvió á los otros al servicio
»antiguo; pero mandando que se les rayese á navaja el pelo
»de la cabeza, y sujetándolos al toque de campana de la
»pagoda, que debian hacerla sonar de dos en dos horas,
»con el fin que no les fuese facil escaparse de nuevo, ó si lo
»hacian, fuesen luego conocidos y presos.»

Este, segun las historias de China, es el origen del culto de los ídolos en aquel Imperio y en el Tunquin; y este el honorífico principio de los Bonzos, á quienes muchos charlatanes de la Europa, dichos filósofos, comparan con los anacoretas y monjes de la Religion Católica, quienes con su

vida austera, su encierro voluntario, sus virtudes eminentes en todo género, y principalmente con su incansable aplicacion al estudio, han edificado al mundo, roturado los campos, civilizado los pueblos, y enseñado gratuitamente todas las ciencias sagradas y profanas, de que ahora tanto se abusa por los semi-doctos y semi-sábios que quieren aparecer omniscios y reformadores de la Europa, destruyendo en ella cuanto de grande nos legaron nuestros padres en todos los ramos del saber, de la cultura y de la piedad.

De los innumerables Bonzos que han llenado los templos en China y en el Imperio de Annam, ni un solo escrito se ha publicado para adelantar las ciencias ó las artes; ninguna institucion benéfica en bien de la humanidad ha sido dada á luz por tantos hombres dedicados á las meditaciones religiosas; y si han escrito algo, ha sido para acrecentar las tinieblas de los pueblos, inventando ídolos nuevos, de quienes cuentan estupendas maravillas para llamar la atencion de las gentes, y atraer con insulsas fábulas las limosnas de los ignorantes y demasiado crédulos, que actualmente solo lo son algunas viejas. Fuera de los mismos Bonzos que lo profesan, ni una sola persona en Tunquin cree el dogma de la metempsícosis, ni las otras muchas cosas que enseñan aquellos fanáticos sobre su religion, que debiera, segun ellos, ser por todos observada; y escepto, como he dicho, alguna vieja que visita las pagodas y enciende á los ídolos pedacitos de caña untados con alquitrán, nadie va á aquellos lugares ni hace caso del Bonzo, que es la persona mas despreciable del pueblo. Algunos de estos, viendo que la Religion Cristiana todo lo invade con sus creencias, han querido imitar en ocasiones la predicacion de los Misioneros y las ceremonias del culto cristiano. La novedad atraia al principio algunas gentes á estas necias pantomimas, pero

pronto todos abandonaban á aquellos farsantes, que no sabian otra cosa que declamar contra los cristianos, calumniando con el Rey á los Misioneros, de que sacaban á los enfermos los ojos para enviarlos á la Europa y hacer medicinas con ellos; que *Phat* era hermano mayor de Cristo, pero que por sus maldades lo arrojó del cielo, y viendo que en la tierra no se enmendaba, lo mandó crucificar, etc. Todas estas tonterías las oyen ahora los Tunquinos con sumo desprecio, tanto porque las verdaderas ideas y prácticas de la Religion Cristiana han cundido ya mucho entre los mismos infieles, como á causa de la suma ignorancia de los Bonzos, que se meten á predicadores sin saber esplicar las poquísimas ideas que son capaces de concebir. Por esto es que cuando un cristiano les pregunta delante de los infieles la razon del culto de los ídolos, los deja parados y sin respuesta, siendo entonces objeto de burla aquel pobre diablo que la echaba de maestro. Con algunos de ellos he hablado yo, y no han podido darme razon alguna plausible de sus creencias, esquivando toda disputa sobre religion, y confesándome paladinamente que el horror á la miseria los tenia en las pagodas. Otra causa mas poderosa que la dicha lleva á los mas á aquellos lugares, y es, como he dicho, el temor al castigo por los crímenes que han cometido en lejanas tierras, de donde vinieron al templo del ídolo, que los ampara bajo su sombra con el disfraz de la cabeza rapada, y el respeto que inspira la ley hácia estos lugares dedicados á los ídolos. No solo en ellos hay personas del sexo masculino, sino tambien del femenino, cuya ocupacion es servir á los Bonzos, y rezar, pasando cuentas, la siguiente oracion: *Nam Mo Di Da Phat*, cuya significacion es oculta, y quizás ellos no la entiendan.

Entre los innumerables ídolos, fuera de *Phat*, que se

veneran en las pagodas de Tunquin, existen estátuas con los nombres siguientes: *Muc-Mni*, *Fhay*, *Cuc*, *Bàn-Cò*, *Laong-Tú*, *Ngaoc-Ngoàng*. Cada uno de estos principales ídolos tiene en los libros chinos su historia, y en los mismos libros su refutacion. Mas siendo todo esto muy largo y poco interesante, paso á otra cosa por no cansar al lector.

Además de las pagodas, llamadas *Chua* en la lengua del pais, hay otras casas religiosas dedicadas al espíritu tutelar de cada pueblo: esas casas, á modo de oratorios ó ermitas, tienen el nombre de *Nha-Nghe*, y los espíritus tutelares se llaman *Chua* (señor) y *Than* (espíritu), porque suponen que los tales son los señores de los pueblos, sus protectores y patronos. A estos, y no á los ídolos de la pagoda, acuden todos en las necesidades públicas, como en las faltas de la lluvia, las inundaciones, la peste, la hambre, la guerra, etc.

Estos pretendidos espíritus algunas veces fueron hombres célebres en la virtud ó en el vicio, que vivieron en el pueblo ó en la comarca. Por eso se ven muchos *Nha-Nghe* dedicados á famosos salteadores de caminos, á asesinos crueles, á facinerosos y malvados de otras clases, que fueron descuartizados por horrendos crímenes; á revolucionarios y revolvedores de pueblo, que dieron mucho que hacer al Gobierno para acabar con ellos, no solo los que existieron en los antiguos tiempos, sino en nuestros mismos dias. Algunos pueblos gentiles tambien han querido levantar altares á Misioneros europeos, que acabaron su vida dando insigne ejemplo de paciencia, entre los terribles tormentos que sufrieron durante la persecucion de Minh-Manh. Todos los que presenciaron aquella invicta paciencia de los confesores de Cristo, se asombraron de tanto ánimo, y se creyeron felices

si elevaban á espíritus tutelares de sus poblaciones á héroes tan valientes y esforzados; costando mucho trabajo á los Vicarios Apostólicos desengañar á aquellas gentes ilusas de su fanática locura.

La casa ó pequeño templo dedicado al espíritu tutelar, suele tener una sola imagen, y á veces ninguna. Si allí se venera á algun hombre, su estátua le representa; si algun animal irracional, tambien ocupa el altarillo la figura del bruto, esculpida groseramente en piedra ó madera. En las festividades con que los pueblos celebran pomposamente á estos génios ó espíritus, ofrecen delante de la estátua aquellas cosas de que gustaban los héroes del culto cuando vivian en el mundo. En cierto pueblo que tiene al tigre por su tutelar y custodio, le sacrifican cada año un hombre; este, se dice, le toman de los pasajeros descuidados que viajan por las cercanías, y al que le toca tal desgracia le sustentan regaladamente para que engorde, y sea digno de ser ofrecido á su feroz patron. En otro lugar de la provincia meridional es tutelar el perro, á quien ofrecen el dia de su fiesta cierta cosa indigna de nombrarse y que dejan las gentes por los caminos, ó la depositan en lugares escusados; pero en fin, tal tutelar es digno de semejante sacrificio: de materia tan sucia llenan una preciosa taza de barro de china, y tapada con papel dorado, y puesta sobre ricas andas, la lleva el pueblo en procesion hasta la ermita del patron. Digno es de risa, si no de admiracion y de indignacion suma, el ver con la gravedad que miles de criaturas racionales pasean por todas partes, entre músicas y fuegos artificiales, suciedad tan asquerosa, y puesta sobre el altar la ofrecen con sus acostumbradas reverencias al canino custodio, y quemando perfumes (que á la verdad son bien necesarios), y postrados en tierra, ruegan humildemente á su tutelar

vigile incesantemente por el bien del pueblo dedicado á su servicio.

Cuando algunos filósofos han enseñado sériamente que los hombres debian seguir el culto de sus padres, quisiera yo me respondieran: ¿Si ellos, filósofos y todo, ofrecerian tambien al sucio perro aquel sucísimo manjar, aunque fuera en la preciosa taza de barro de china? Si responden afirmativamente, yo los confesaré por dignos de ser hermanos mayores y sacrificadores en la citada funcion de Tunquin.

El tercer objeto del culto general de los Anamitas son los abuelos, y á ellos se dedican ciertos oratorios llamados *Micu*. Estos son de dos clases; los unos fundados por los Reyes y otros soberanos de su dinastía, ó grandes letrados, hábiles generales, ministros y favoritos. Estos *Micu* son públicos, y no pocos de mucha riqueza en su fábrica y adornos. De algunos de ellos cuida el mismo Monarca, y todos los años ofrece sus sacrificios personalmente y á sus espensas, y los grandes Mandarines son los sacrificadores. En las provincias lejanas de la capital en que hay algun *Micu* de los dichos, comisiona el soberano á algun grande personaje de la corte, para que le represente en los dias destinados á la funcion y sacrificio. A tales fiestas reales deben concurrir los magnates, el ejército, y las cabezas ó alcaldes de pueblos, con las principalías; de manera que si algunos de ellos son cristianos, quedan muy espuestos, y en ocasion próxima de ser implicados en las supersticiones, pues se les obliga á ellas con todo género de temor.

La otra clase de *Micu*, ó templo de los abuelos, solo la tienen algunas familias nobles, ó que presumen de tales, para su culto privado, donde en ciertos y ciertos dias se reunen todos los individuos descendientes de los mismos

abuelos, para ofrecerles oblaciones delante de una tablilla, colocada en su correspondiente altar, adornado de pebetes odoríferos, cercado de platos de carne y de morisqueta, todo preparado como para un convite.

Como todos creen que en las letras escritas sobre la tablilla reside el espíritu ó espíritus de sus antepasados, se honra la pieza consagrada á tales oblaciones con el nombre de *Nha-Té-Tu* ó *Nha-Tu-Dang*, que significa casa de oracion. Esta casa no sirve para la habitacion ordinaria, sino para las funciones y ofertas que toda aquella familia hace una que otra vez al año á su tronco ó primer abuelo.

A la tablilla se la llama con el nombre de *Than-Vi*, que significa trono ó asiento del espíritu. En el dia de oblacion se le ofrecen aquellos manjares, y dicen que el espíritu percibe de ellos los miasmas y olores mas delicados, con que se alegra y regocija. Suponiéndolo así el gefe de la casa, aprovecha tan buena coyuntura para pedirle al abuelo proteja y ampare á aquellos sus descendientes, y les conceda buenas cosechas, larga vida, muchos hijos, y las infinitas virtudes de que en su vida mortal estuvo adornado. Muchas veces el sacrificador y los participantes no ignoran que el tal su abuelo era un solemne perillan, lleno de todo género de vicios, y que los bienes que les dejó fueron fruto de sus usuras y rapiñas. Sin embargo, á tanto llega la ignorancia y necia credulidad de estas gentes, que veneran como á santo el espíritu de aquel hombre perverso, y confian que tiene poder para hacerlos ricos, porque él lo fué, y dejó sus muchos nietos en buena posicion social.

Es tal el fanatismo de estas familias algo ricas por su primer gefe y abuelo, y tal el apego que tienen á las dichas supersticiones usadas con las malhadadas tablillas, que cuando la Santa Sede las condenó y prohibió su culto, innumera-

bles familias de China y de Tunquin dejaron la Religion, mas bien que abandonar sus groseros errores. Algunos ilustres Jesuitas, guiados de un celo santo por la salud de las almas, pero mal informados sobre el culto de los abuelos, que creyeron político y no religioso, permitieron á los primeros cristianos de China y Tunquin el uso de las tablillas y otras prácticas semejantes. Mas luego que habló la Sede Apostólica condenaron lo que habian permitido, como verdaderos hijos de la Iglesia, que nunca han cedido á otros en amor, reverencia, obediencia y sumision á los derechos del Vicario de Cristo. Su celo les engañó en permitir lo que era supersticioso, no juzgándolo por tal; mas por ventura ¿no permitia *Cephas* á los primeros neófitos del judaismo las ceremonias legales abrogadas por Cristo, creyendo que aún les era lícita tal práctica, por las circunstancias especiales de la nacion, sumamente apegada á sus antiguas costumbres religiosas? San Pablo, es verdad, reprendió á *Cephas* por su conducta, y le convenció de su engaño; mas si se admiran los SS. Padres de la valentía de Pablo, no menos se edifican con la docilidad y humildad de Pedro, que sin replicar una sola palabra suscribe el primero al dictamen de su colega en el apostolado.

La conducta de los PP. de la Compañía de Jesus ha sido amargamente censurada por los filósofos impíos, que corrompiendo con sus infernales escritos la moral y las creencias del catolicismo, echaban en cara á los hombres apostólicos de la Compañía sus laxas permisiones en China, calumniando á toda aquella venerable congregacion por el celo quizá escesivo de alguno de sus miembros, que creyó defender lo lícito y laudable, y lo que era entonces segun el dictamen de su conciencia. Amenazando ya de cerca á los Jesuitas su general esterminio, fraguado por los filósofos en

sus infernales clubs, otros de sus compañeros asestaron sus envenenados tiros contra las demás corporaciones, que deseaban tambien ver destruidas, y atribuyeron á la envidia y malevolencia de Misioneros de otras religiones, á sus disputas con los Jesuitas sobre las permisiones de China, la prohibicion de la Religion Cristiana en aquel Imperio. Es lástima ver á *Chateaubriand*, unido en esta falsa opinion con los impíos, defender indirectamente los ritos condenados por la Silla Apostólica, y alabar con los *Voltaire* á los PP. de la Compañía por su política, como ellos la llaman, zahiriendo al mismo tiempo á los religiosos de contraria opinion, como ignorantes y faltos de instruccion y de talento. LAS PALABRAS IMPRUDENTES DEL CÉLEBRE VIZCONDE, son como siguen: «Los Jesuitas usaron de gran discrecion en su »conducta, y mostraron un conocimiento profundo del cora»zon humano. Respetaron los usos de los Chinos, y se con»formaron con ellos en cuanto no iban contra las leyes evan»gélicas. Por todos lados se les opusieron obstáculos. Pronto »corrompió la envidia, dice Mr. Voltaire, los frutos de su »sabiduría, y ese espíritu de inquietud y de oposicion con »que son mirados en Europa la instruccion y los talentos, »trastornó los designios mas grandes.» (*Genio del Cristianismo*, 4.ª part., lib. 4, cap. 3.)

Los PP. de la Compañía de Jesus despreciarán semejantes elogios del corifeo de la impiedad, y del otro abogado de mejor fe, pero que frecuentemente yerra cuando se mete á *teólogo* controversista, siendo su vocacion la de *poeta*. Tanto el uno como el otro deberian estar informados: *Que la Compañía jamás ha aspirado á conseguir ningun bien, ni aun la salvacion del mundo, por el camino del mal;* y lo sería, y muy grande, permitir á los Cristianos como lícito, lo que la Iglesia condena como supersticioso y malo.

Ya se ha dicho arriba que los Jesuitas no permitieron á los Chinos ciertas prácticas por espíritu maquiavélico, de hacer muchos prosélitos y creyentes con medios ilícitos y reprobados, sino que *permitieron aquellas cosas porque las creyeron indiferentes en la fe y en la moral, no habiendo aún sentenciado las disputas quien solo tiene autoridad divina para ello, esto es, la Silla Apostólica.*

Me he demorado un poco tratando de las tablillas dedicadas á los progenitores, porque conviene que el mundo sepa la verdad en un asunto tan involucrado por los filósofos, cuyo empeño decidido ha sido, y es, dividir las corporaciones religiosas entre sí, por todos los medios imaginables, para acabar con ellas sucesivamente, ya que no les era posible destruirlas á todas de un solo golpe. Puesto esto en claro, paso á tratar de las otras supersticiones de los Anamitas.

Como Tunquin y Cochinchina mendigan sus creencias religiosas de la China, asi tambien los literatos de estos reinos como los de aquel Imperio, no conocen otro Dios á quien adorar, á quien temer, ni en quien esperar, sino el filósofo Confucio, al que tienen por santo y algo mas, y á quien piden todo género de felicidades y dichas, principalmente buen ingenio, grande memoria, y el ascenso en sus grados, con las dignidades que á los literatos se confieren; cosas todas que de ninguna manera pertenecen al honor político debido á aquel insigne filósofo, sino á un culto verdaderamente religioso y casi divino, que la Iglesia Católica niega á los Santos y aun á la misma Madre de Dios, invocando á aquellos y á esta solo como á intercesores y abogados, cuyo empeño delante del Señor es de gran valía y eficacia para que consigamos los bienes temporales ó espirituales de que tenemos necesidad durante nuestra mortal vida.

No así piden los letrados al filósofo, llamado por ellos santísimo, sino que directamente le invocan; y de él solo, y no de otro Señor mas alto y poderoso, esperan recibir aquello que desean, no para ser virtuosos en esta vida, y despues conseguir otra mejor, sino para ser sábios, nobles y ricos mientras vivan, sin pensar en lo que vendrá despues de la muerte, ya que su maestro ni una palabra se dignó enseñarles sobre si habia ó no vida futura.

Estos literatos Anamitas, segun lo que yo he leido y observado, son unos perfectos ateos en toda la estension de la palabra, y observantísimos de las máximas de Epicuro, sin haber leido nunca á ese filósofo. Es verdad que en su trato y conversacion son corteses con sus iguales, y respetuosos con sus superiores, y siempre tienen en la boca muchas máximas morales que han aprendido en sus libros. Todo esto, sin embargo, es una esterior cultura y bonito oropel, que no puede deslumbrar á un ojo observador, cuidadoso algun tanto de tomar datos verídicos sobre la vida privada de tan notables gentes, que ocupan todos los destinos en el Imperio, desde el almohadon ministerial al lado del Monarca, hasta la esterilla pintada del Alcalde de aldea.

Estos pequeños filósofos, á pesar de sus máximas laudables, son orgullosísimos, codiciosos por demás, sumamente embusteros y trapalones, iracundos y envidiosos, pleitistas y pendencieros, y entregados del todo á los vicios de la carne. En la soberbia son fariseos, y saduceos en la incredulidad; sirenas en la dulzura con que atraen, y cocodrilos en la fuerza con que devoran. Estos son los mayores enemigos de la Religion Cristiana, porque su doctrina humilla sus entendimientos, y los preceptos de la moral evangélica ponen freno á sus desbocadas pasiones. Aunque no creen sino lo que está en sus libros, son de bastante elástica con-

ciencia para dar culto con el Emperador á los espíritus tutelares, porque mas alto que sus creencias están los planes de su ambicion. En los libros de Confucio se condena toda idolatría, y los que adoran ídolos son motejados de hombres rústicos y montaraces; tal doctrina del maestro nada empero importa á sus hipócritas discípulos, que hacen sus postraciones delante de las estátuas de los dioses del Monarca, y les ofrecen dones y plegarias como las gentes mas ignorantes del pueblo. ¿Qué mas? Poco tiempo antes que yo llegase á Tunquin, arrojó el mar á las playas una ballena muerta y ya corrompida. Viendo los Mandarines animal tan monstruoso, no conocido en el pais, consultaron al Emperador el caso, y aguardaron la respuesta. Esta fué, que de todas las provincias limítrofes acudieran al sitio donde yacia el cadáver los Mandarines y empleados, y ofrecieran ellos y los pueblos dones dignos de tan grande espíritu, como debia ser el de una bestia tan disforme, á la que se daria solemne sepultura, en todo igual á la que el ceremonial prescribe en las exequias reales. Muchos de los cristianos padecieron lo que no es decible por resistirse á obedecer tan sacrílego mandato del estúpido Monarca; pero de los Mandarines, que son todos doctores y licenciados, ni uno solo rehusó adorar á la bestia, y ofrecerle comida, incienso y oraciones.

Esta es la civilizacion que inspira la moral de Confucio, puesta en parangon por algunos con la moral cristiana. Aquella jamás hará á los hombres, como esta, verdaderos sábios y virtuosos hasta la heroicidad, pero siempre será mirada por los filósofos impíos y corrompidos de la Europa con mejores ojos, porque estos sábios y los literatos Chinos, no tienen mas ley que su conveniencia, ni temen otra cosa que el castigo material, ó cosa que se le parezca.

En este pais se conocen magos, hechiceros y hechiceras, adivinos, astrólogos, pitonisas, y otras muchas gentes de este jaez; siendo los que ejercitan semejantes artes insignes embusteros, que se prevalen de la credulidad de muchos para sacarles el dinero con infinitas trápalas, trampantojos y engaños casi á las claras. El deseo natural de curar pronto los que padecen dolencias y enfermedades; el afecto y aun la pasion decidida que á todos aqueja de riquezas y dignidades, que no pueden adquirir por medios naturales y con la industria propia, junto á alguna que otra casualidad que hace consiga uno entre mil el objeto de su deseo por los medios (al parecer) usados del mágico ó adivino, todo esto, unido al amor entusiasta á todo lo maravilloso, que forma el caracter de los pueblos poco civilizados, hace que los Anamitas consulten todos los dias á aquellos maestros del error: y aunque mil veces se miren engañados y pobres con los gastos que han debido hacer durante los conjuros en mantener espléndidamente al falso profeta, en obedecerle en las cosas costosas que manda, y en retribuirle por su trabajo, que ningun efecto tuvo, nada de esto retrae de consultarle otras mil veces, y creer sin titubear cuanto dice aquel bribon, sin dudar de ello en lo mas mínimo, aunque sea un disparate de marca. Aquellos oráculos siempre son infalibles en sus asertos; y si no cumplen lo que prometieron, de ninguna manera consiste en la ciencia falaz del embaucador, sino en la estrella consultada, que ha variado de curso; en el dragon, que en su cueva subterránea, dando un esperezo, mudó de lugar; en que el enfermo tomó tal alimento que tiene virtud para destruir el conjuro; ó en otra cosa semejante á las dichas, de que son fáciles inventores estos embusteros de profesion.

Los magos y hechiceros, llamados *Thay-Phu-Thuy*, no

son permitidos por la ley del Imperio; pero esto es como otras muchas cosas que se prohiben, y por eso mismo los pueblos mas las aprecian. Se cuentan de esos pícaros redomados mil patrañas y embustes, que regularmente ellos inventan para asombrar la imaginacion de las gentes, y ser por ellas temidos. Ya forman ciertos hombrecillos de paja, que animados con un soplo diabólico reciben vida y movimiento, y sumisos á la voz del hechicero, entran en las casas y las pegan fuego, ahogan los niños, ponen locas á las personas grandes y á los carabaos, echan los diablos dentro de los cuerpos, roban los dineros escondidos, y causan en las doncellas obscenos amores, y entre los que se quieren infernales ódios, etc., etc. Todos estos admirables pero temibles efectos del poder del *Thay-Phu-Thuy*, él mismo los neutraliza y anula con el influjo de ciertas palabras que pronuncia, ciertas oblaciones que hace á otros espíritus benéficos que le están sujetos, y ciertas medicinas que vende, ó bebidas que él mismo propina á los enfermos. Si se oye á los infieles hablar de la potestad asombrosa de los hechiceros, y el que escucha es un poco crédulo y aficionado á lo maravilloso, no puede menos que temblar de pies á cabeza, espeluznársele los cabellos, y sentir un frio horroroso dentro de los huesos, como si mil diablos le rebulleran á él mismo dentro del cuerpo. Lo mas particular y gracioso del cuento es que todas esas virtudes las pierden los hombrecillos y sus amos con los cristianos, y con mas razon con los Sacerdotes europeos. Es cosa conocida que luego que un gentil recibe el bautismo cesan las persecuciones de los hechiceros, porque dicen que contra aquel hombre no tienen poder los espíritus diabólicos. No sé la verdad que esto tenga, pero lo cierto es que algunos se convierten á la Religion Cristiana por huir de los hechiceros, y no fal-

tan de estos quienes abrazan tambien la misma Religion viendo la ineficacia de sus conjuros, ó quizá mejor, conociendo la verdad de la fe, y la mentira de la malvada ciencia que estudiaron.

Si los astrólogos no son tan temidos en Tunquin como los hechiceros, son mas estimados, pues de su ciencia se esperan grandes riquezas guardadas, segun dicen, por un dragon que mora en las entrañas de la tierra. Si el que los consulta da sepultura á su padre ó á otra persona de la familia dirigiendo la cabeza del difunto directamènte á la puerta de la cueva del dragon, no puede menos de llenarse de oro y plata, poner un clavo á la rueda de la fortuna, que antes quizá le era adversa y desde ahora favorable. El astrólogo Tunquino conoce por la hora en que nació el consultante, la estrella que rije sus destinos en este mundo: y con ciertas maniobras que hace en su favor, le cambia aquella estrella mal intencionada, dándole otra mejor que le haga sobremanera afortunado. Para buscar la entrada al palacio del dragon encantado, se vale el astrólogo de un instrumento como brújula, que contiene una aguja imantada, cercada de muchos signos y caracteres misteriosos, símbolos ó emblemas de las estrellas, planetas y constelaciones del cielo, y de todo lo que esconde la tierra en sus entrañas. Armado de la aguja de marear y de su estupenda ciencia, señala á los que quieren huir de la adversa fortuna el lugar de la fosa, midiendo con grandísimo cuidado el sitio donde ha de yacer el difunto, ó á donde ha de ser trasladado, esto es, en el punto fijo, igualmente distante de los cuatro vientos, dando la espalda á la estrella *N.*, enemiga declarada, y el rostro á la estrella *P.*, amiga y protectora. Si aquel campo del enterramiento no es propio de la familia, esta lo debe comprar, cueste lo que costare; y si de ninguna ma-

nera lo quiere vender, se aprovecha una noche tenebrosa, y se mete á escondidas en el lugar designado al difunto, formando precipitadamente sobre la tierra la tumba de ladrillo, que luego aparece por la mañana á los ojos estupefactos del dueño de la heredad. Este naturalmente se enfada y maldice la obra, pero al fin tiene que conformarse y tener paciencia, porque la ley no condena tales usurpaciones de lo ageno, siendo, segun el astrólogo, absolutamente necesario aquel lugar para la quietud del difunto.

Los adivinos son tambien muy apreciados, y tenidos como profetas, á quienes todos acuden en sus enfermedades y casos árduos, para que les digan y adviertan las causas de aquella cuita, y el medio de escapar de tal trabajo. Los adivinos generalmente son ciegos en cuanto al cuerpo, pero tienen, segun dicen, una vista tan penetrante en su interior, que con ella conocen todas las causas ocultas de las enfermedades y penas, viendo claramente los misterios del alma, escudriñando los abismos del corazon, penetrando lo mas oculto de las entrañas, y teniendo ciencia infalible de la virtud de las plantas medicinales, del sitio de los tesoros, y de otras infinitas cosas.

Las encantadoras y hechiceras tienen igual ciencia y poder sobre los espíritus, que los que ejercen aquel arte en el otro sexo. Ellas y ellos dan culto al diablo, adorándole y ofreciéndole pebetes, postraciones y oraciones delante de un altarillo que tienen en sus casas, dedicado al infernal espíritu, á quien invocan con el nombre de *Chua*, ó Señor. Los dias que destinan á sus impías ceremonias son el primero y décimoquinto de cada luna. Cuando el que está enfermo llama á alguna de estas pitonisas, ellas acuden, y el modo de curarle es: comer, beber, cantar y danzar delante del enfermo, haciendo mil muecas y contorsiones al son de

unas sonajas, que hacen ellas resonar entre sus manos, y un tamboril que toca un muchacho. Esta música estrepitosa, que dura dia y noche, no solo aturde y atolondra al paciente sobre manera, sino tambien á toda la vecindad, de la que muchos acuden al espectáculo, y se quedan allí horas enteras mirando y oyendo con tanta boca abierta. Cuando á ella le parece se agita con furor, se retuerce los brazos, echa espuma por la boca, canta con voz ronca y sepulcral, y desencajando los ojos finje que ve alguna sobrenatural aparicion, que la desmaya y la hace caer en tierra como verdaderamente espirituada, entre convulsiones horribles. Luego que vuelve de su parasismo natural ó artificial, dice la hechicera que se le ha aparecido tal difunto, y que la ha mandado componga para el enfermo cierta medicina, con la cual sanará. Compuesto luego el brebaje sobrenatural, lo toma el doliente con mucha fe, por lo cual no es estraño que alguno que otro cure por la fuerza de la imaginacion, y la eficacia del medicamento conocido de antemano por la pitonisa.

Además de todas esas gentas engañadoras, que viven holgadamente á costa del crédulo pueblo Anamita, se conocen otros muchos maestros del error, cada uno con su propio nombre y oficio diferente, de los cuales si se quisiera tratar, aunque fuera en compendio, se gastaria mucho tiempo y papel, y quedarian fastidiados los lectores. Esto solo que he apuntado basta para dar una idea de las espesas tinieblas que aún palpa la ciega gentilidad en Tunquin y Cochinchina, por no haberse podido propagar en estos reinos, como conviniera, la clara y espléndida luz de nuestra santa Religion.

CAPITULO XV.

Introduccion, propagacion y persecuciones de la Religion Cristiana en el Imperio Anamita.

Desde que la ilustre nacion portuguesa, por sus proezas en favor del Emperador de la China, consiguió de este el terreno de *Macao* para fundar en él una ciudad comerciante, no aspiraron solo los portugueses á buscar riquezas temporales con su contratacion, como otras naciones europeas, sino tambien, y con mayor anhelo, procuraron difundir entre las naciones idólatras, de las cuales se hallaban rodeados, las luces de la Religion verdadera, de que ellos estaban alumbrados; pero en esto emplearon su conato con tan incansable constancia y con un celo tan grande, que por él merecieron en China y en las naciones adyacentes que la fe católica fuese conocida por los cristianos y los paganos de estos paises con el nombre de *fe de los Portugueses: Hoa Lang Dao*. Desde entonces la Religion de Cristo, que comenzaba á civilizar con su benéfico influjo la mitad de los habitantes del mundo, religion de los Portugueses se llamó, y hasta la actualidad así se llama por los fieles perseguidos, y por los Reyes y los jueces sus perseguidores, cuando aquellos son presentados delante de estos para hacerlos apostatar de la Religion del Crucificado, con azotes, con otros tormentos, y con la misma muerte. *Yo no piso la imagen de mi Señor: yo no abandono la fe de Cristo*, dice el mártir. *Pues morirás, porque te empeñas en seguir esa falsa ley de los Portugueses,* repone el juez. *Acepto morir por esa causa,* es la contestacion del

primero; é inclina su cabeza, que cae á tierra cortada luego por el verdugo. ¡Gloria, pues, á la nacion lusitana, como prudente, como valiente, y sobre todo como católica y apostólica en su fe y en su celo; y gloria tambien por el renombre precioso que ha sabido adquirirse, y que conserva, como corona imperecedera, á la faz de todo el mundo!

De Lisboa, metrópoli de la nacion portuguesa, salió San Francisco Javier para conquistar con la suave palabra del Evangelio la India y el *Japon;* y de una colonia portuguesa de *Macao* salieron tambien sus hermanos para ser los primeros apóstoles en el Tunquin y la Cochinchina. El cruel Emperador Taicosama los habia desterrado de sus dominios, á donde no podian volver por entonces por no acrecentar con su presencia el odio del tirano contra la fe que bárbaramente perseguia; mas hé aquí que Dios no quiso permaneciesen ociosos sus valientes soldados, sin esgrimir en otras batallas y contra los mismos enemigos la poderosa espada de su predicacion. Ellos se hallaban en *Macao* irresolutos sobre lo que debian hacer, cuando el Señor, en cuyas manos están los corazones de los reyes, movió á Minh-Tho, Monarca de Tunquin, á llamar á aquellos varones apostólicos, para que evangelizasen en su reino con omnímoda libertad. Alegres y gozosos, no esperaron los PP. de la Compañía nueva embajada, sino que luego se pusieron en camino, y sanos y salvos aportaron á Tunquin el mismo dia del Patriarca San José del año 1634.

Con tanto gusto fueron recibidos de los Anamitas los predicadores de la nueva fe, y escuchada con tanta docilidad su doctrina, que en menos de veinte años tenian ya bautizados mas de doscientos mil habitantes, y millones

en perspectiva, que sin duda hubieran convertido al cristianismo con la misma facilidad, si no fueran tan pocos los operarios para la inmensa mies que tenian delante, ya madura y en sazon.

Viendo los RR. PP. Jesuitas que la Compañía no podia enviarles de Europa tantos operarios como aquella mision necesitaba, representaron á la Santidad de Inocencio X enviase á Tunquin y Cochinchina algunos Obispos, que ordenasen de sacerdotes sugetos aptos de los nuevos cristianos, que les ayudasen en tan trabajoso ministerio, y de este modo se fuese formando poco á poco un clero indígena que proveyese á las necesidades religiosas, mas graves y mas pesadas en lo futuro. Alegraron mucho estas noticias al Sumo Pontífice, á los Cardenales y demás prelados, y aprobada la idea propuesta por los celosos Misioneros, se nombraron tres Obispos que gobernasen la mision de la China, las dos de Cochinchina y Tunquin, como delegados del Papa y Vicarios Apostólicos. Como en todos los negocios grandes de la Religion, ocurrieron tambien en este obstáculos y dificultades por algunos años, que felizmente fueron vencidos con el favor del Rey Cristianísimo y la firmeza del Papa Alejandro VII. Entonces fueron consagrados los Sres. Franceses Francisco de Palu, con el título de Obispo de Heliópolis, Vicario Apostólico de Tunquin y de las cinco provincias de China mas cercanas á aquel reino; Pedro de la Mothe Lambert, Obispo de Berito y Vicario Apostólico de Cochinchina, de Laos, y otras cinco provincias de China; é Ignacio Cotolendi, con el título de Obispo de Metelópolis y Vicario Apostólico de Nanquin, con las restantes provincias de aquel Imperio. Muerto por los trabajos del largo viaje el Obispo de Metelópolis, y siendo á los otros dos Señores imposible en-

trar en las provincias que el Pontífice les habia encomendado, por las guerras civiles de China y las persecuciones ya vigentes en Tunquin, fue comisionado por ellos Francisco Deydier, presbítero francés, de santa vida, para que entrando en el último reino de donde habian sido arrojados todos los Misioneros, cuidase de aquella Iglesia viuda, como Vicario general del Ilmo. Palu. El celoso Misionero, usando de grande prudencia, pudo permanecer en el pais por muchos años; y elegido despues Vicario Apostólico de Tunquin, fundó la Mision de los señores Franceses, que en la mitad de este reino, y en toda la Cochinchina, tantos frutos opimos han dado en la Iglesia con su celo, su piedad y demás esclarecidas virtudes, y con la sangre que generosa y abundantemente han derramado.

Viendo y conociendo por larga esperiencia los Vicarios Apostólicos las gravísimas dificultades que se ofrecian para proveer de útiles Misioneros á Tunquin y Cochinchina, creyeron que en un campo tan abundante podian tomar parte los religiosos españoles de las Islas Filipinas, que estando tan vecinas á Tunquin, les era facil pasar á aquel reino y á Cochinchina, como ya habian ido á la China y al Japon. Sobre esto gestionaron repetidas veces con los prelados de las religiones existentes en las islas, con el gobernador de las mismas y la Real Audiencia, hasta conseguir sus deseos. Mi sagrada orden de Predicadores respondió presurosa al llamamiento de los delegados del Papa, y los hijos del Patriarca San Francisco, y algunos PP. Recoletos, tambien tomaron parte en los trabajos apostólicos, con el mismo fin de la gloria de Dios y salvacion de las almas.

Los PP. Dominicos entraron en Tunquin el dia 7 de julio de 1676, y en aquel reino han permanecido hasta la

fecha, dando el glorioso ejemplo á todo el mundo de la mayor abnegacion en medio de los trabajos, de la mas sana doctrina tocante á la fe y á las costumbres, del celo mas laborioso en la predicacion de la fe, y de la exacta observancia de la vida monástica y pobreza evangélica, que siempre han guardado en aquel pais bárbaro, sin género alguno de relajacion ni dispensa. Por eso sin duda ha bendecido el Señor sus tareas, concediéndoles muchas veces la gracia del martirio; y la Silla Apostólica los ha encontrado idóneos para encomendarles en perpetuidad la mitad del Tunquin, que han partido con los señores franceses de la mision *ad exteros*, dignísimos de llevar este nombre, que con todo género de virtudes han hecho célebre en el mundo entero.

En la aciaga destruccion de la Sagrada Compañía de Jesus, los Misioneros franceses y españoles heredaron con las cristiandades de los hijos de S. Ignacio su esquisita prudencia en el gobierno de la mision, que en sus presbíteros indígenas, catequistas y estudiantes es modelo acabado y perfecto, digno de la imitacion de las otras misiones católicas estendidas por todo el orbe.

Cuando los dos Dominicos españoles Fr. Juan de la Cruz y Fr. Juan de Arjona llegaron á la mision, solo encontraron al Sr. Deydier, Pro-Vicario Apostólico, á dos PP. Jesuitas, y á algunos Presbíteros Tunquinos ordenados en *Siam*. A los dos meses llegó otro religioso de la provincia del Santísimo Rosario, llamado Fr. Dionisio Morales: mas á los tres años de mision este último y el P. Arjona fueron presos por los Mandarines por causa de religion, y despues de haber pasado muchos trabajos en las cárceles, cargados de cangas y cadenas, fueron entregados á otros peores enemigos de la fe católica, cual lo eran entonces los holandeses, los cuales

aceptaron la odiosa comision de sacarlos del reino, como lo hicieron, llevándolos cruelmente tratados á *Batavia* y de allí á *Amsterdam*. El año 1680 recibió el P. Cruz un escelente compañero, llamado Fr. Raimundo Zezoli, italiano de nacion, religioso ejemplar en su vida, y de singular erudicion, que á poco fué hecho por Su Santidad Vicario Apostólico con el título de Obispo Olonense, siéndolo .despues tambien el venerable P. Cruz con el título de Obispo Nimierense. Estos dos celosos Misioneros, en diez años que evangelizaron en la provincia Meridional, edificaron 70 iglesias, y bautizaron mas de 18.000 infieles. Recibiendo despues el socorro de otros religiosos de Manila se fué estendiendo mas y mas la cristiandad, de modo que el año 1701 contaban ya los Dominicos sobre 20.000 almas, fruto de sus sudores apostólicos; y cuarenta y nueve años despues, esto es, el año 1750, ya tenian á su cargo 60.000 cristianos en el Vicariato Oriental del Tunquin, que pocos años despues quedó fijo en ellos, por resolucion de la Sagrada Congregacion de *Propaganda Fide*, dada en 1.° de agosto de 1757; cuya resolucion fué aprobada por la Silla Apostólica, dando noticia de ello al Rey Católico para su satisfaccion, pues sus religiosos súbditos habian merecido tan señalada prueba de confianza, que redundaba en no pequeña gloria de la nacion española.

Posteriormente, habiendo recibido un aumento considerable la mision de Dominicos, Ntro. Smo. P. Pio IX, á instancias del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Gerónimo Hermosilla, actual Vicario Apostólico, por su breve de 5 de setiembre de 1848, desmembrando la provincia Hung-Jen, y la mayor parte de la llamada Meridional inferior (alias Nam-Dinh), formó de las dichas provincias un nuevo Vicariato, independiente del Oriental, con título de Vicariato Central,

bajo la direccion y cuidado de los mismos religiosos Dominicos Españoles, hijos de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, instituyendo primer Vicario Apostólico del nuevo Vicariato Central al Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Domingo Martí, por cuya prematura y sensible muerte sucedió en dicho cargo y dignidad el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. José María Diaz Sanjurjo.

Al par que los Dominics Españoles trabajaban tambien los señores Franceses en la salvacion de las almas con incansable anhelo; y en uno y otro vicariato predicaban con su celo acostumbrado los PP. de la Compañía de Jesus en Tunquin, y algunos PP. Franciscos y Recoletos, en los distritos que los Vicarios Apostólicos les tenian señalados en este reino y Cochinchina.

La primera persecucion que padeció el cristianismo en Tunquin fué antes de la entrada de los Dominicos, y la segunda á los tres años de su permanencia en el reino, como ya se ha dicho. La tercera por el año de 1696, y un edicto del Rey contra la Religion Cristiana atrajo las mayores desgracias sobre los fieles; pero los Gobernadores de casi todas las provincias dulcificaron mucho en la ejecucion las órdenes del Rey, y la tormenta fué pasajera, como no era de esperar. En la cuarta persecucion general, que comenzó el año 1719, prohibida otra vez la ley de Dios, mandó el Rey destruir y arruinar todas las iglesias, y buscar con mucha diligencia á los Misioneros para desterrarlos. Esta pena se impuso al Sr. Obispo Aurense, Vicario Apostólico de Tunquin, al Sr. Obispo Basilitano, su coadjutor, y á Mr. Guisain, todos tres de nacion francesa; habiéndoles antes echado por tierra la hermosa iglesia que tenian en la misma corte, y confiscádoles todos los bienes propios y de la mision. En el distrito de los religiosos de Santo Domingo todas las

iglesias fueron destruidas, y solo se pudo conservar la de un pueblo llamado *Ke-Sat;* sucediendo lo propio en los otros distritos de Jesuitas, Franceses y Recoletos. De los cristianos puestos bajo el cuidado de los Dominicos, fueron presos en un solo año trescientos y cuatro, atormentados cruelmente, y confesada por ellos la fe con gran valor y constancia, fueron herrados en la frente con las cuatro letras que quieren decir en nuestro idioma, *Profesor de la ley de los portugueses.* Otros once cristianos, de ellos siete mugeres, padecieron el año 1717 los mismos tormentos que los anteriores.

Habiendo llegado á Manila las noticias de la persecucion de Tunquin en los años anteriores, en el de 1719 arribó á este reino el navío *Ntra. Sra. de Loreto,* mandado por el general D. Francisco de Echevesti, que venia enviado del gobernador de Filipinas, el mariscal de campo Don Fernando Manuel de Bustillos Bustamante y Rueda, con una embajada al Rey de Tunquin. Dicho navío tuvo tan mal suceso en la barra del rio, donde regularmente entran todas las embarcaciones estrangeras, que aun asistido por pilotos prácticos del pais y por algunos ingleses, encalló en los bancos de arena, perdiéndose el casco y algunos quintales de azufre, pero pudiéndose salvar todo lo demás que contenia, inclusa la artillería, que se sacó á los tres dias de la pérdida. La embajada no la admitió el Rey, porque nunca estos soberbios Monarcas se han dignado dejarse ver de los enviados Europeos, pero sí se recibieron los regalos que remitia el gobernador de las Islas; y el Rey, desentendiéndose de la libertad de nuestra Religion que se pedia, concedió lo respectivo á la contratacion, *mandando que se señalase sitio en la ribera del rio, á eleccion de los españoles, donde pudiesen edificar casas y*

factoría para la mayor facilidad del comercio entre las Filipinas y aquel reino, sobre lo que les dió cédula Real.

Los primeros dias que estuvieron los Españoles en una isla de arena procurando salvar el cargamento del buque, fueron muy visitados de los Tunquinos, que les saquearon muy bien las bolsas, dice un historiador de las Misiones, porque como no tenian entonces monedas de la tierra, por una cosa que valia dos cuartos, les llevaban medio real de plata.

«El general Echevesti, prosigue el mismo historiador »citado, regaló á la Mision de Santo Domingo, en su nom»bre y en el de D. Pedro Gonzalez del Rivero y Quijano, »vecino de Manila, una imagen muy hermosa de Nuestra »Señora del Rosario, con rostro, manos y niño de marfil, »ricamente vestida, y adornada de algunas joyas muy »preciosas. Asimismo dió de limosna ciento setenta pe»sos, para que se edificase una iglesia con el título y ad»vocacion de San Luis, rey de Francia, en memoria del »Príncipe nuestro Señor D. Luis Fernando, primero de »este nombre, para que con esta memoria nos consolemos »los Misioneros que aquí estamos empleados en el minis»terio apostólico, á espensas de nuestro Rey y Señor el »Catolicísimo Rey de España. El general y toda su gente »española se han portado como buenos católicos, lo que »ha sido de mucha edificacion, así para los cristianos co»mo para los gentiles de este reino.»

»A los 13 de agosto del mismo año, el Ilmo. Señor »Obispo Niceno, D. Fr. Tomás Sextri, consagró al Ilmo. »Sr. Obispo Nimeriense, D. Fr. Juan de Santa Cruz (era »el primer Misionero Dominico), Vicario Apostólico de »Tunquin. Celebróse esta funcion en la iglesia del pueblo »de *Trung-Linh,* que por ser todo de cristianos y no estar

»muy distante de la barra donde se hallaban mantenidos »los Españoles, quiso asistir á ella el general con algunos »oficiales del navío, lo que fué de grandísimo consuelo »para los Misioneros de nuestro hábito, que todos siete »asistimos, y para los cristianos que asistieron, que fue- »ron mas de tres mil. Hízose una solemnísima procesion »con la nueva imagen de Ntra. Señora del Rosario, co- »mo se pudiera hacer en un pueblo de católicos de Euro- »pa, derramando los Españoles muchas lágrimas de gozo »y devocion, lo que á los principios contristó mucho á los »cristianos Tunquinos, juzgando que estas demostraciones »de los Españoles nacian de tristeza y sentimiento por ha- »llarse en tierra estraña, y sin embarcacion para restituir- »se á la propia; pero luego que se les dió á entender el »motivo de las lágrimas de los Españoles, muchos Tunqui- »nos les acompañaron en el llanto con grande ternura y de- »vocion. Acabada la procesion se celebró la consagracion, »siendo padrino el general Echevesti; y si no se hizo todo »con toda pompa como pudiera hacerse en una ciudad de »España, á lo menos con mucha devocion y consuelo de »estos pobres cristianos.»

La iglesia de San Luis se fundó despues en el pueblo de *Ke-Sát,* y en ella se colocó la imagen de Ntra. Señora del Rosario, de que se hizo ya mencion.

Vuelto el general á las Islas en un champan chino, no tuvo luego efecto el tratado de comercio, por la muerte desgraciada del gobernador de Filipinas; ni parece que despues se haya vuelto á tocar este negocio por el Gobierno español, quizá por otras atenciones de mayor cuantía.

En el mismo año de 1719 fueron muertos por los piratas en el golfo de Tunquin dos Religiosos Recoletos que iban á aquella mision, enviados por la Sagrada Congrega-

cion de la *Propaganda*, escapando casi milagrosamente un tercero, llamado el P. Marcelo, de nacion milanés, que debió luego volverse á Manila á consecuencia de las muchas y crueles heridas que recibió, y que le inutilizaron para el ministerio de las misiones.

Despues de la ida de los españoles se mitigó un poco la persecucion en Tunquin, y no obstante de permanecer fijo en las puertas del Palacio Real el decreto prohibitivo, pudieron los Misioneros administrar ocultamente y con algun sosiego por varios meses, hasta que un estudiante cristiano vuelto loco, y creyéndose santo y escojido por Dios para soberano de aquel reino, comenzó á predicar por todas partes una doctrina inventada por él, en la que mezclaba las máximas de la Religion Cristiana con las del filósofo Confucio, añadiendo: «que el Rey de Tunquin, como ageno de la ley »santa y adorador de ídolos, debia ser destronado para que »él le sucediese, con lo que sería feliz y virtuoso el pais.»

A pesar que aquel pobre diablo estaba evidentemente loco, mucha gente novelera, viendo su vida austera y penitente, comenzó á seguir al nuevo profeta, que apenas comia, dormia ni sosegaba, entrando en las casas de los Mandarines, y en la misma corte real, donde por último fué preso. Este negocio, digno solo de ser juzgado por el superior de una casa de Orates, se tomó muy sériamente por los supremos Tribunales de la capital, que mandando cortar la cabeza al predicante y á otros tres compañeros, y ambas manos á muchos cristianos y gentiles que le habian recibido en sus casas, dispusieron tambien que el dia de la ejecucion de la sentencia fuese el pregonero publicando: «que los que »siguiesen la falsa ley de los portugueses serian de aquella »suerte castigados.» Esta voz corrió por todo el reino, y atemorizó mucho á los cristianos, que por todas partes se

veian perseguidos, sin poder recibir los sacramentos, robada su hacienda por los satélites de los tribunales, por muchos infieles y apóstatas, que en todos los pueblos saqueaban las casas de los fieles, dejando perder estos sus bienes sin resistencia por no ser acusados y presos.

El Tribunal real, cuyos consejeros eran todos capitales enemigos de la Religion cristiana, dió el dia 8 de diciembre del año 1721 un decreto mas rigoroso que todos los anteriores, «prohibiendo nuestra santa Ley, y ofreciendo pre»mios á los que acusaren á los cristianos, descubriesen el »paradero de los Europeos y de sus fautores, las iglesias que »existieran aún, los libros ornamentos y cosas del cul»to, etc., etc.» A poco de salir aquel decreto fué preso un catequista de los Dominicos, que habia trabajado con gran celo enta la mision hasta la edad de 70 años y habiendo confesado la fe delante de los Mandarines, estos le cargaron de cadenas noche y dia: pero el venerable anciano mostró gran valor en medio de sus trabajos, predicando contínuamente la ley de Dios, hasta que rendida la naturaleza cayó enfermo, y á poco tiempo acabó su vida de virtudes, coronada con un fin tan santo.

En todas las persecuciones dichas ningun cristiano habia sido todavía decapitado en Tunquin por la santa fe, ni acabó con muerte violenta, aunque muchos rindieron su vida á consecuencia de los azotes y de los malos tratamientos sufridos en las cárceles. No así sucedió en Cochinchina, donde el cristianismo naciente fué perseguido en las mismas épocas que en el otro reino, pero con mayor encarnizamiento y crueldad. Una de estas bárbaras persecuciones tuvo lugar en los últimos años del siglo XVII, bajo el reinado de Minh-Vuong, que habia subido al trono en 1692. Durante seis años contínuos la madre y abuelo del joven Rey le im-

pidieron con súplicas dejarse llevar de su ódio contra los cristianos; pero desde 1698 ya no pudieron detener á aquella bestia feroz en sus instintos de destruccion y sangre. Al principio de esta persecucion solo ejercieron los Mandarines algunas vejaciones contra un cristiano particular; mas á los dos años la persecucion se hizo general, y como en Tunquin, fueron destruidas todas las iglesias, saqueados los bienes de la mision, molestados los fieles, y perseguidos con mucho encarnizamiento. El 15 de marzo fueron presos varios cristianos y cuatro Misioneros, dos de estos Mr. Langlois y Caponi, de las misiones *ad exteros*, el P. Candone y el P. Belmonte. Otros dos á los pocos dias fueron cojidos, Mr. Semmenat, francés tambien, y el P. Fonseca, sacerdote chino, natural de *Macao*.

De los cristianos presos, siete perseveraron en la fe, que confesaron con mucho valor delante del mismo Rey y del supremo Tribunal, y de ellos eran tres mugeres y cuatro hombres. Estos fueron condenados á morir de hambre, y aquellas á perder las estremidades de los dedos y las orejas, que debia cortárselas el verdugo. Dos de estas heroinas sufrieron el tormento con grande alegría: la tercera, habiendo sido perdonada por consideracion á un oficial de su familia que asistia á la ejecucion, se retiró llorando de dolor, de no haber sido digna de sufrir por Jesucristo.

Los cuatro cristianos primeros mártires de Cochinchina, eran: Pablo So, distinguido y hábil médico, que él mismo se habia ofrecido á los perseguidores; Tadeo Oven, catequista de Mr. Langlois; Antonio Ky, catequista del P. Pelisoon, Jesuita; y Vicente Don, cristiano particular. Estos distinguidos atletas de la religion, encerrados en la cabaña donde debian morir de hambre en testimonio de la fe católica que profesaban, eran objeto de la admiracion universal. «Ha-

»blaban, dice un testigo ocular, de las penas que sufrian y
»de los bienes que aguardaban en la otra vida, de una ma-
»nera tan edificante, que los infieles se sentian llevados á
»abrazar su misma religion, y los cristianos á participar de
»sus sufrimientos para acabar la vida con ellos. Cuando se
»les preguntaba ¿qué cosa les hacia sufrir mas? respondian:
»que estaban atormentados de una sed ardiente, y un fuego
»secreto que les devoraba las entrañas. Se les vió tambien
»alguna vez echarse sobre la arena boca abajo para buscar
»alguna humedad que templase un poco la sed y el ardor
»que los consumia. Los soldados que los guardaban les de-
»cian: ¡ah, pobres gentes! ¿por qué morir así? Nosotros vi-
»vimos en una isla de la ribera, y el agua nos rodea por to-
»das partes; pisad vuestras imágenes, y el agua estará á
»vuestra disposicion. Pero los confesores, dando un lánguido
»suspiro, lo acompañaron con estas palabras: ¡Ay! no nos
»es permitido aceptar el agua al precio que quereis vendér-
»nosla. ¡Es mejor morir de sed, que ofender á aquel Señor
»que nos ha criado de la nada y ha muerto por nosotros!
»Pasados doce y trece dias de su encierro, se vieron sus
»ojos oscurecerse poco á poco; sus lenguas áridas perma-
»necer como pegadas al paladar; sus brazos quedarse in-
»mobles; y apoderarse de sus cuerpos una debilidad tan
»grande, que no podian tenerse de pie ni sentados. Al dé-
»cimoquinto dia, el mas debil de complexion durmió el sue-
»ño de los justos para ir á recibir la corona que su fe y su
»constancia le habian merecido. Al dia siguiente y al ter-
»cero, otros dos dejaron tambien este valle de lágrimas para
»reposar en Dios, por cuyo amor tanto habian sufrido. El
»último, que era mas robusto, y que con discursos animaba
»á los otros á la paciencia, no murió hasta el 18, y en ese
»dia quedó abismado en una paz profunda, de la que no

»salió sino para ir al cielo, como piadosamente se puede »creer. De otros tres cristianos, detenidos en el mismo tiem»po, dos tuvieron la desgracia de apostatar despues de ha»ber confesado gloriosamente la fe, y al otro le cortaron »la cabeza.»

De los seis Misioneros que fueron presos anteriormente, tres murieron en la carcel, á saber: el Sr. Langlois, el P. Candone y el P. Belmonte; los otros tres fueron puestos en libertad en 1704, despues de haber sufrido tormentos de que no se puede dar una justa idea. Otros tres Misioneros franceses, los Sres. Feret, Gouges y Destruchy, fueron descubiertos hácia la fiesta de Pascua de 1700, y puestos en cadenas, donde el Sr. Feret murió el 12 de junio siguiente. Los otros dos fueron encerrados por algun tiempo en la prision donde se encontraban otros cristianos condenados como los anteriores á morir de hambre, debiendo los Europeos sufrir el mismo suplicio; pero habiendo reflexionado el Mandarin que las leyes del reino no imponian este género de muerte mas que á los indígenas, hizo salir á los Misioneros para enviarlos á los hierros y la canga en su primitiva prision. Aquellos cristianos, condenados al horrible suplicio del hambre, lo sufrieron con un valor verdaderamente heróico. Se cita entre ellos una muger, que murió en su prision despues de 46 dias enteros de un martirio semejante. Tales fueron los principales hechos de esta persecucion, que duró hasta 1704, época en la que los Misioneros fueron puestos en libertad.

Durante muchos años la mision de Cochinchina gozó de alguna paz y tranquilidad, mientras su hermana en el Tunquin sufria mayores trabajos que anteriormente, á causa del furor del Rey contra los Europeos; porque dos buques ingleses perseguidos como contrabandistas por las galeras

reales se defendieron de ellas á cañonazos, echando una á pique con toda su gente, y obligando á las demás á volver roas y huir con grande cobardía. Entendiendo el Rey que los ingleses eran tambien cristianos, y que les habian vendido el cobre (este fue el contrabando) algunos cristianos de la mision, mandó perseguir á todos de nuevo, y de resultas de estas órdenes, muchos fueron cojidos y cruelmente atormentados. Por el mes de mayo de 1722, y á poco del suceso con los ingleses, el Consejo Real publicó un edicto en que mandaba á los gobernadores de todas las provincias: «que por escrito diesen fe, cada uno separadamente, si en »su provincia todavía permanecia la cristiandad, ó no; y se »amonestaba que si en adelante en algun lugar se hallase »quien siguiera la ley de los cristianos, examinada la verdad »se procediera, haciendo juicio rigoroso contra el superior del »distrito.» Esto es lo que en suma contenia dicho decreto, y de aquí se puede conocer el grande odio del Rey y de sus Ministros contra la Religion Cristiana, y los esfuerzos que hacian para esterminarla del reino. Todo esto causaba grande miedo á los cristianos, que rehusaban recibir á los Misioneros en sus casas, y estos se veian obligados á evitar la persecucion personal huyendo de rio en rio en pequeñas bancas, donde sufrian todo género de calamidades, sin poder decir Misa ni administrar á los fieles, que estaban todo este tiempo como ovejas sin pastores.

Llegó á su colmo la consternacion de todos, cuando se supo que habian sido presos dos PP. Jesuitas cerca de los confines del reino por la parte de China, y que ellos, sus criados y catequistas, habian entrado cargados de cangas y cadenas en las cárceles de la corte á últimos de setiembre. Todo esto era verdad, pues el Señor habia determinado que la sagrada Compañía de Jesus, que habia

plantado la primera en el campo frondoso de Tunquin la verdadera fe, le regase tambien la primera con su sangre, como tanto tiempo lo habia bañado con su sudor, para que cada dia diese mayores y mas sazonados frutos.

Mas de un año estuvieron presos los venerables confesores de Cristo, juntamente con sus catequistas y discípulos, y otros tres cristianos particulares, dos de ellos de la mision de los Dominicos, y naturales del pueblo de *Ke-Sat*. Todos ellos, en número de once personas, fueron vejados y martirizados cruelmente, hasta que uno de los venerables Padres, cansado de los trabajos anteriores y los presentes, rindió su espíritu en manos de su Divino Maestro, antes que los Mandarines concluyesen la causa y diesen la sentencia. Finalmente, á 11 de octubre de 1723 aquella fué leida á los presos, y puesta en ejecucion en el mismo dia, degollado el Misionero con sus neófitos, ya valientes y esforzados campeones, como soldados viejos del campo del Señor de los ejércitos. El acto solemne del martirio fué del modo siguiente, segun un historiador de aquel tiempo.

«El dia 11 de octubre muy de mañana los sacaron »á todos de la cárcel. Unos cargadores llevaban en una »tarimilla de caña al P. Francisco María Buchareli, atadas »las manos atrás y los pies con grillos; los demás todos »iban por su pie. Conducian tambien una gran tropa de »ladrones y otros reos para ser ajusticiados, y todos iban »escoltados de muchas compañías de soldados armados, y »con los alfanges desnudos. Les llevaron atados hasta las »puertas del palacio, donde estaba el Tribunal ocupado »por un Mandarin de letras, que notificaba la sentencia á »cada uno. Cuando llegó á leer la del Padre y los cristia»nos condenados á degüello, dijo en alta voz delante de

»todos: *Injusticia es la que se hace á estos pobres cristia-*
»*nos, pues no tienen delito alguno que merezca sentencia*
»*de muerte;* y luego añadia clavando en ellos la vista:
»*Hijos, yo tengo misericordia de vosotros, pero no puedo*
»*remediarlo, pues es mandato del Rey, y así paciencia.*
»Aquel mismo dia otros Mandarines pios y señoras de pa-
»lacio presentaron memoriales al Rey, pidiendo no dego-
»llase al Padre europeo ni á los cristianos, pues nunca
»se habia hecho tal cosa en Tunquin, ni el ser cristiano
»era pecado tan grave que mereciese la muerte. El Rey
»dicen que estuvo tan duro y obstinado, que á todos res-
»pondia: *Lo que está sentenciado y determinado se ejecute,*
»*y no mas.* Sin embargo, todo el dia estuvieron detenidos
»en las puertas del palacio, esperando los Mandarines el
»perdon del Rey hasta muy por la tarde; y viendo que
»ya no tenia remedio, los llevaron á todos al lugar del
»suplicio, que estaba fuera de la corte. Llegados allí ataron
»y maniataron á cada uno de los que habian de ser dego-
»llados á un palo ó estaca hincada en tierra, y puesta en
»forma de cruz. Luego fueron ejecutando las sentencias.
»Primero azotaron á muchos facinerosos y malos; despues
»cortaron las manos á otros muchos ladrones. A una muger
»que habia muerto á su marido la echaron á un elefante,
»y luego la hizo pedazos; á otros dieron garrote, apre-
»tándoles con dos palos la garganta; y lo último fué el
»degüello. Al P. Jesuita y á los cristianos degollaron
»juntamente con algunos ladrones gentiles, sentenciados
»tambien á este castigo. El dicho Padre y los fieles sus
»compañeros padecieron constantemente con mucha fe y
»fortaleza. A este espectáculo terrible concurrieron innu-
»merables gentes, y entre ellas muchísimos cristianos de
»diversas partes, que lloraban amargamente sin poder re-

»tener las lágrimas. Inmediatamente de ejecutado el supli-
»cio, toda aquella multitud de fieles que se hallaba allí
»presente, sin temor ni miedo alguno corrieron á los már-
»tires, y entrando intrépidamente en el cerco que forma-
»ban las tropas, unos con paños, otros con papeles, y
»otros con sus propios vestidos, empaparon y recojieron
»toda la sangre de aquellos siervos de Dios, muertos por
»la fe, y sus reliquias se repartieron despues por todas
»partes entre los cristianos esparcidos por el reino. Aque-
»lla noche vinieron otros muchos á besar los pies de los
»mártires, y les dieron sepultura, poniendo á cada uno
»en su caja ó ataud de madera, que ya habian prevenido
»para todos.»

»Luego que acabaron con esta funcion se vieron dos
»Mandarines de la casa real, que á caballo corrian á mas
»no poder, hasta que llegaron al lugar del suplicio, y
»viendo que ya estaban degollados los cristianos, se vol-
»vieron sin decir cosa alguna. Se discurrió que dichos
»Mandarines traian la orden del Rey con el perdon de los
»mártires. Tambien se decia que el Rey se arrepintió del
»hecho, y no quiso al otro dia salir con las galeras á di-
»vertirse por los rios, como tenia proyectado, y á las na-
»ves y al ejército que le habian de acompañar, los despi-
»dió con mal humor. Algunos decian, que la causa por
»que el Rey no se partió, fué por el *cometa* que entonces
»apareció, lo cual le puso gran miedo.»

El intento del tirano en degollar al Padre y á los cristianos fue el aterrar á la gente, para que no siguiese la santa ley de Dios; y los Padres todos entendieron que los cristianos Tunquinos, al ver derramar sangre y degollar por la fe de Jesucristo, quedarian confundidos y llenos de temor, y muchos desertarian de la fe. «Mas por la miseri-

»cordia de Dios ha sucedido lo contrario, dice un Misionero
»de aquel tiempo, pues los cristianos no solamente no se
»aterraron, antes bien han quedado mas animosos y mas
»confirmados en la fe; no solamente no se ha visto cris-
»tiano alguno que la haya dejado, por oir que han dego-
»llado al Padre Jesuita y á los demás, sino que muchos
»dicen á los Misioneros: que despues que han visto y saben
»que en Tunquin han degollado y derramado sangre por
»nuestro Señor Jesucristo, están mas animosos y confir-
»mados en la verdad de la ley santa de Dios. Lo que hemos
»esperimentado es, que despues de estos martirios todos
»los Padres salimos á administrar con mas libertad que
»antes; y los cristianos, ya mas animosos, nos ocurren y
»reciben en sus casas, y administramos con grande con-
»curso de fieles fervorosos, y de infieles que se convierten
»muchos á nuestra santa fe, y es tambien mas crecido el
»número de apóstatas que se reducen á penitencia. Sea
»Dios nuestro Señor por eternos siglos alabado, pues ya
»se dignó de regar la tierra de Tunquin con sangre de
»mártires, que será para fructificar mas en beneficio de
»las almas.»

Antes de concluir el año estuvo en peligro de ser cojido por los infieles el Sr. Sextri, Dominico y Vicario Apostólico de la Mision; mas pudo escapar, permaneciendo toda una noche en un rastrojo de arroz, cubierto de un grande monton de paja mojada. Al otro dia bien tarde, que fué sacado de alli por los cristianos, estaba el buen Señor casi tullido de la frialdad, y costó mucho trabajo que volviese á adquirir el uso de las piernas.

Por el mes de diciembre se ahogaron dos religiosos Agustinos Descalzos y un catequista que venian á la Mision, enviados por la sagrada Congregacion de *Propagan-*

da Fide; lo que causó grandísima pena á todos los Misioneros, lastimados todavía por la catástrofe de los mismos PP. Recoletos, que no hacia cuatro años perdieron otros dos de sus hermanos asesinados por los piratas, como se dijo arriba.

Muy pronto se conoció que la sangre de los mártires era semilla de cristianos en Tunquin, como lo habia sido en Roma, segun Tertuliano, pues muchísimos gentiles se convertian al cristianismo en todo el reino, donde poco á poco fué reinando la paz, aplacándose el furor del Rey, y desentendiéndose los Mandarines del negocio de la religion. Muchos de aquellos altos personages, si no la favorecian abiertamente, desestimaban las delaciones de los enemigos de los cristianos, que por esta razon perdieron todo temor y cuidado, profesando públicamente la santa fe, y practicando á presencia de todos las cosas que manda la Iglesia.

Esta tranquilidad parcial era turbada de cuando en cuando por los enemigos de los cristianos, ó mas bien por los amigos de sus bienes, que podian siempre tomarles con cualquier pretesto, porque en aquellos dias no estaba la religion permitida, no habiéndose revocado los decretos contra ella; sin embargo de esto, las iglesias todas se volvieron á levantar, como las residencias de los Misioneros, que no eran ya necesitados á salir de sus casas sino por causa de la administracion de las cristiandades.

Proseguia todo en este estado á ciencia y paciencia de los gobernadores de las provincias, pero no del Rey ni de sus consejeros inmediatos, que informados por un perverso Bonzo, llamado Thay-Tinh, de lo que pasaba, y que las leyes contra los fieles habian caido en desuso,

mas enfurecidos que nunca, creyendo ver vilipendiada la autoridad real, dieron nuevos decretos en confirmacion de los antiguos, conminando con terribles penas á los Misioneros Europeos é indígenas, á los catequistas y simples cristianos, á sus fautores y receptores, y á los Mandarines y Ministros de justicia. En consecuencia de estas órdenes rigurosas, ya los grandes Mandarines de las provincias, lejos de permitir á los cristianos sus prácticas religiosas, se vieron obligados á perseguir ellos mismos abiertamente á los que tanto el Rey odiaba, y autorizaron á los ministros de la curia á vejar á las cristiandades con incesantes registros. Asi, pues, sucedió que los mismos fieles se vieron compelidos por el miedo á destruir otra vez sus iglesias y demás casas de religion, y todos los Misioneros tuvieron que andar como antes, errantes por los rios y esteros, pasando infinitos trabajos, de los cuales solo puede tener idea el mismo que los esperimenta. En 1736 tomó nueva fuerza tan bárbara y molesta persecucion, de tal suerte que el dia 12 de enero del año siguiente, cuatro nuevos Jesuitas testificaron con su sangre la verdad de la santa doctrina que habian venido á predicar á estos pueblos. En el poco tiempo que he tenido á mi disposicion para escribir esta memoria, no he podido encontrar los nombres de estos nuevos confesores de la fe, lo que es de doble sentimiento para mí, tanto por la gloria que pudiera resultarles con los que tengan la paciencia de leer mi desaliñado escrito, como por el afecto que profeso á la sagrada Compañía de Jesus, cuyos individuos particulares los considero como hermanos mios, hijos de mi misma madre, como unido á ellos con idénticos lazos de fe, religion y de ministerio.

Durante esta fiera borrasca, la navecilla de la Iglesia

Anamita parecia en grande peligro de zozobrar, y los PP. Misioneros, tanto Franceses como Españoles, se vieron precisados á permanecer ocultos hasta el año 1737, en que los enemigos dejaron de perseguir, para hacerlo despues con mas furor. Asi sucedió en efecto, pues en el mismo año, el perverso sacerdote de los ídolos Thay-Tinh, acompañado de una tropa de esbirros, sorprendió al celoso Dominico y V. P. Fr. Francisco Gil de Federich el dia 3 de agosto, á poco de decir Misa, y despues de bien atado lo llevó á la corte. Estando gravemente enfermo y sumamente débil el santo Misionero, sin compasion á su estado, dispusieron los Mandarines fuese cargado de grillos, y dejado sobre el desnudo suelo en la cárcel de los facinerosos. De allí lo trasladaron á la llamada Oriental, en la que permaneció siete años, sufriendo el dolor de las llagas que le causó en las piernas el contínuo roce de los hierros é incomodidad del cepo en que frecuentemente le ponian. Desde el dia de su prision hasta el año de 43 fué el siervo de Dios presentado á los tribunales ocho veces, y en todas ellas confesó la fe católica con grande valor é intrepidez, sin dar jamás muestras de temor á las amenazas que le hacian si no pisaba la cruz ó blasfemaba de las santas imágenes. Durante esos años los cristianos consiguieron muchas veces visitar al santo sacerdote, sobornando á sus guardias con dinero, de modo que pudo oir de confesion á 8123 personas, y bautizar á 63 adultos y á 41 párvulos.

Como todos los demás Misioneros se hallaba perseguido otro religioso de Sto. Domingo, llamado el P. Fr. Mateo Alonso Liciniana. Este apostólico varon trabajaba incansable en el ministerio en la parte superior de la provincia meridional con muchísimo fruto; y andando por los rios,

montes y caminos escusados, consolaba á los fieles, administraba á los enfermos, confesaba á los penitentes, sin temor á penas ni fatigas de ninguna clase. Seis meses vivió siempre en barcos, ya de mercaderes, ya de pescadores. Dos veces fue cojido y robado, pero las dos pudo escaparse con el favor de los cristianos. La tercera fue definitivamente preso, estando diciendo Misa en el dia 29 de noviembre de 1743. Los perseguidores le sorprendieron tan repentinamente, que solo tuvo lugar de consumir la *Hostia* ya consagrada, mas no el *Sanguis*, que fue vertido por los satélites de la iniquidad con la prisa de prender al Misionero aborrecido que dos veces habia burlado su furia; en esta, que habia llegado aquella á su colmo, asieron al Padre de los cabellos, le despedazaron los vestidos y le arrojaron al suelo, le hirieron en la cabeza, le golpearon tan cruelmente, que le acometió un fuerte dolor de costado, poniéndole en peligro próximo de morir, sin que se oyesen de su boca durante tan feroces tratamientos otras palabras que: *¡Jesus, María!* á quienes se encomendaba con todo su corazon. El dia 11 de diciembre fue llevado á la cárcel de la Corte y puesto en el cepo, quitándole antes los grillos que traia y poniéndole otros mas pesados. Durante cinco meses fue dos veces presentado al Tribunal, donde predicó heróicamente nuestra santa fe, esplicando con grande claridad y valentía los misterios de la redencion, y la obediencia que se debia á Dios contra las cosas injustas que pudieran mandar los reyes de la tierra, en cuyo caso no serian ministros del cielo.

Este luminoso razonamiento acerca del legítimo poder del gefe del Estado y obediencia que se le debe, fue oido con desdén por los Mandarines de la Corte de Tunquin, lo que no es estraño sucediera, cuando los exaltados re-

galistas y los sectarios entusiastas de la soberanía del pueblo en la Europa cristiana, tambien atribuyen al Monarca ó á las Cortes la infalibilidad y la omnipotencia en los decretos del uno y en las leyes de las otras, desconociendo asi el oríjen de toda potestad, y la concatenacion que debe haber entre las cosas que manda el hombre como Ministro de Dios, con las que manda aquel Señor, Rey de los Reyes y superior de los que dominan.

Pasados cinco meses de su prision, fue trasladado el confesor de la fe á la cárcel Oriental, donde estaba su venerable compañero el P. Fr. Francisco, recibiendo los dos con esto un grande consuelo, que aligeró en mucho el peso de sus cadenas. En los siete meses que estuvieron juntos, el nuevo preso ayudó al antiguo en sus faenas apostólicas, bautizando á 20 adultos y á 33 párvulos, y administrando el Sacramento de la Penitencia á 620 personas. «Inescrutables son los juicios del Altísimo, dice »sobre esto un Misionero, y arrebata la admiracion el raro »modo de que el Señor se valió para consolar á los opri»midos cristianos de la Corte en tiempo de persecucion y »escasez de ministros.»

El dia 22 de enero de 1745, fue el último de las desgracias, y el primero de la felicidad de los confesores de Cristo. «La víspera, dice el ya citado historiador, se re»conciliaron mútuamente, celebraron ambos la santa Misa, »y se despidieron de los presos, guardias y alcaide, repar»tiendo á todos sus limosnas; á las ocho de la mañana del »siguiente dia 22 los sacaron de la cárcel amarrados, y »los condujeron hasta las puertas del real palacio. Se acer»có el magistrado del rey, y preguntó al P. Fr. Francis»co: *¿Tú eres el maestro de la ley portuguesa, llamado Fran»cisco, que predicaste esa ley?* El Padre contestó que *sí;* y

»añadió el magistrado: *Pues el Rey te manda matar.* Y »despues al otro: *¿Tú te llamas Mateo?* Y respondiendo »que *sí,* añadió: *porque has venido á predicar la ley »portuguesa en este reino, el Rey te manda matar.* »Luego les leyeron las sentencias, que decian: *Porque »es maestro de la ley portuguesa se condena á Fran- »cisco, estranjero, á la de degüello, por unanimidad »de votos. Porque es maestro de la ley portuguesa fue »condenado Mateo á cárcel perpétua; ahora se le condena »á degüello.*

»Pasado el medio dia fueron conducidos al lugar del »suplicio, siguiéndoles gran multitud de gente con lloros »y gemidos, de la que las tres partes eran cristianos. Allí »predicaron otra vez las verdades de la fe, respondiendo »con valor y energía á los cargos que se les hacian de ha- »ber venido á predicar contra la voluntad del Rey. Des- »pues se postraron para tener un rato de oracion, y se »volvieron á absolver. Enviaron recados á sus bienhecho- »res, y mandaron dar una sarta de monedas á cada uno de »los verdugos. Llegada la hora, uno de los satélites dijo »al P. Fr. Francisco: *Padre, yo te venero mucho; no me »atreviera á esto si no fuera mandado: te suplico que te ar- »rimes al palo para amarrarte.* Y el Padre dijo: *Haced lo »que querais, que estoy indiferente.* Con esto amarraron á »los dos, y el P. Fr. Mateo esclamó diciendo: *todavía te- »nemos que padecer algo, aunque poco tiempo nos resta.* »Les rompieron las cadenas, saliendo mucha sangre de un »pie del P. Fr. Francisco, pero no se inmutó: y exhor- »tando á los fieles á que rezasen el *Credo,* se acercaron »estos, besaron los cordeles con que estaban atados, y les »tomaron el Crucifijo de las manos; y dada que fue la se- »ñal, les cortaron los verdugos la cabeza de un solo gol-

»pe, y en un mismo momento volaron sus dichosas almas »á recibir el premio de tantos trabajos.

»Al punto esclamaron los cristianos diciendo: *¡ay, Pa-»dres! ¡ay, Maestros!* y se arrojaron á los cadáveres y los »besaron. Unos cojian los vestidos, otros los cordeles, »otros el madero, otros paños mojados en la sangre, y »otros los cabellos; teniéndose todos por dichosos en guar-»dar cualquiera cosa de los venerables mártires por reli-»quia. Ya no tenian miedo á los palos que repartian los »ministriles: y aunque es costumbre en aquellos reinos, »ejecutado el golpe, huir todos los presentes, temerosos »de que las almas de los ajusticiados se metan en sus »cuerpos, nadie huyó en esta ocasion, quedándose todos »muy suspensos viendo con admiracion los cuerpos sin »vida. Un hechicero arrebató la cabeza del P. Fr. Mateo, »pero se la quitaron muy pronto los cristianos, y guar-»dándola aquella noche con la del P. Fr. Francisco, la »unieron con los cuerpos, que recojieron al dia siguiente »y enterraron en *Luc-Thúy*, en la misma casa donde se »verificó la prision. De allí á tres dias llegó el Ilmo. Señor »Don Fr. Hilario de Jesus, Vicario Apostólico, se abrió »por su mandato el sepulcro, y á peticion de los princi-»pales del pueblo se celebraron las exequias de los már-»tires, besándoles todos á porfía los pies, sin percibirse »ninguna corrupcion, antes se notó alguna fragancia, mas »que natural, en la sangre recojida en los pañuelos. Con-»cluido aquel acto piadoso se colocaron los ataudes en la »iglesia junto al altar de Nuestra Señora del Rosario.»

Siguió la persecucion en los mismos términos los años posteriores, y los PP. Misioneros permanecieron como antes ocultos y fugitivos. Sin embargo de su prudencia y reserva, muchas veces se vieron en peligro próximo de

ser cogidos, principalmente desde el año 1770, en que en todo el reino se renovó la persecucion contra el cristianismo. Entonces fueron presos otros dos religiosos Predicadores, y sentenciados á degüello. El uno era natural de Játiva, en el reino de Valencia, y se llamaba Fr. Vicente de Castañeda; el segundo era Tunquino, llamado Fr. Vicente Liem de la Paz, que se habia educado y concluido sus estudios en el Colegio de S. Juan de Letrán de Manila, y profesó solemnemente en el convento de Santo Domingo de la misma ciudad. Despues de infinitos trabajos y molestias, que los dos siervos de Dios sufrieron aherrojados en las públicas cárceles por el dilatado tiempo de cerca de tres años, fueron degollados últimamente por la fe de Jesucristo que predicaban, y premiada en el cielo su constancia heróica.

Despues de estos esclarecidos martirios, el regente de Tunquin, encolerizado terriblemente por los informes que recibió sobre las señaladas muestras de respeto dadas por los cristianos hácia personas que él habia condenado como criminales, determinó tomar las medidas mas severas contra los que se burlaban, segun le parecia, de su autoridad y persona, y publicó un edicto contra la Religion Cristiana. En cumplimiento de semejantes órdenes, los Mandarines hicieron padecer á los fieles toda clase de vejaciones, y destruyeron las iglesias que quedaban, los colegios, y las otras habitaciones de los Misioneros. De dos Clérigos Tunquinos arrestados en 1774, el uno pudo escaparse una noche, y el otro fué puesto en libertad, pero pagando los cristianos la enorme cantidad de 800 pesos.

La persecucion se habia calmado un poco en 1776, pero tomó nuevo incremento el año siguiente. Un nuevo edicto se dió á luz, especialmente contra los Misioneros

Europeos, poniendo á precio sus cabezas. El 29 de enero de 1777, un virtuoso catequista llamado Manuel Trieu, que habia seguido al V. P. Liem, fue, como su maestro, decapitado por la fe en la ciudad real, despues de haber sufrido con heróica constancia los tormentos de azotes, cangas, cadenas, y los otros de una larga prision.

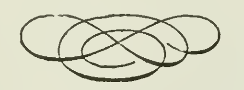
Un P. Dominico, varios catequistas de estos y de los Jesuitas, y muchos cristianos de una y otra mision, fueron presos en los siguientes años hasta el de 81; entonces se les dió á todos libertad mediante algunas cantidades mas ó menos crecidas, y la tolerancia del Gobierno, turbado con las guerras civiles movidas en Cochinchina y Tunquin por los hermanos *Tay-Son.*

En los años anteriores, la mision de Cochinchina no pudo hacer grandes progresos en la propagacion del cristianismo, por las contínuas guerras en aquellas provincias, disputadas incesantemente por los Reyes de Tunquin á los de Cochinchina, y por estos á los de *Camboja*, *Siam* y *Chiampa.*

Los Misioneros Franciscanos y Clérigos Franceses, con algunos otros individuos de diversos órdenes regulares enviados por la *Propaganda,* trabajaban allí con grande fervor y celo verdaderamente apostólico; unas veces perseguidos y otras tolerados, siempre permanecieron en el reino, aunque algunas veces en pequeño número, suficiente solo para la administracion de las cristiandades, mas diseminadas allí que en el vecino reino. Segun parece, contábanse en aquella mision, hermana de la de Tunquin, mas de 10.000 cristianos cuando comenzaron las guerras de los Tay-Son en el último tercio del siglo XVIII. Durante estas guerras, que duraron el largo espacio de 30 años, ambas misiones fueron aflijidas con calamidades

de todo género; mas ni en una ni en otra se derramó la sangre de los Misioneros ni de los cristianos por causa de la Religion.

Este estado de la Iglesia Anamita, próspero si se compara á las terribles vicisitudes por que habia pasado, se creyó sería mejor cada dia reinando Gia-Laong, que debia sus estados á la Francia por la mediacion del insigne Obispo de Adra, consolador, protector y mas que padre del victorioso Rey en los antiguos dias de sus desgracias. Ambas misiones creyeron ver en este Monarca un nuevo *Constantino,* pero desgraciadamente no sucedió como se esperaba, pues si es cierto que toleró y no persiguió á la Iglesia en sus dias, pero tampoco autorizó esta tolerancia con ley alguna, como pudo y debió hacerlo cuando se declaró fundador del Imperio, siquiera en justo agradecimiento á la memoria del Obispo su amigo, al que tanto apreció en vida y honró en muerte. Cuando este soberano estaba cerca de concluir sus dias, aconsejó al Príncipe su hijo y heredero, que tolerase como él al cristianismo en su futuro reinado, y jamás aspirase á la triste gloria de perseguidor de los que habian sido siempre sus mas leales vasallos, modelos de fidelidad. Cómo cumplió el hijo con los sanos y prudentes consejos de su padre moribundo, lo verá el lector con admiracion y espanto en el capítulo y párrafos siguientes.



CAPITULO XVI.

Síguese tratando de las vicisitudes de la Religion Cristiana en el Imperio Anamita.

En el capítulo anterior se habrán informado los lectores de las dolorosas pruebas por que pasó la Iglesia Anamita en Tunquin y Cochinchina, desde su introduccion en aquellos reinos. Si tales persecuciones no fueron tan sangrientas y universales como en el Japon, esto se debe atribuir, en primer lugar á los juicios inescrutables del Altísimo, que no debemos escudriñar con una curiosidad culpable; y en segundo lugar, al caracter mas humano y tolerante de los mandarines Anamitas, y de los infieles de esos reinos, quienes generalmente nunca molestan á los cristianos por odio á la fe que profesan, sino por temor al Rey, ó por ambicion y codicia. Los Bonzos de Tunquin y Cochinchina, tampoco en estos reinos han tenido la preponderancia que en el Japon, y por tanto su celo religioso ha sido impotente para influir en los paganos contra los cristianos, como hubiera sucedido si estos fanáticos fueran ricos y numerosos, austeros y penitentes, como consta de la historia lo eran en Japon, donde las persecuciones suscitadas por ellos conmovian á los gobernantes y gobernados, con la perseverancia y teson que solo pueden encontrarse en cuerpos colegiados, que obran con una sola voluntad y un fin comun.

A pesar de todas estas cosas desfavorables á los tiranos Reyes Anamitas, ellos hicieron todo lo posible para concluir con la Religion Cristiana, y mas que todos sus predecesores se empeñó en ello con toda la fuerza de su voluntad el emperador *Minh-Manh*, que reunió en su persona la astucia

de los Julianos con la crueldad de los Diocleeianos y Galerios. Inmerecido fué el odio del monarca Anamita contra los cristianos, que habian sido los mejores soldados de su padre, por quien derramaron abundantemente su sangre en los campos de batalla, escudando con sus cuerpos al príncipe, que muchas veces se halló en inminente peligro de ser cojido y muerto con todos los individuos de su familia. De nada de esto se acordó *Minh-Manh* cuando subió al trono: esos mismos servicios de los cristianos, y los mas grandes que debia su casa á los Misioneros Franceses, por quienes él mismo reinaba, le espoleaban contínuamente á deshacerse luego de los estrangeros, cuyo influjo en el pueblo le hacia sombra, y la nacion á que pertenecian le causaba temor. Juntábase á esto que él fue elejido por su padre á la sucesion del reino contra los derechos de un hijo de su hermano mayor, el príncipe *Canh*, quien mientras vivió fué muy querido de los cristianos, en cuya ley se educó, aunque no recibió el bautismo sino en la hora de la muerte. *Minh-Manh* al ascender al trono por sola la voluntad de su padre, y contra las antiguas costumbres, creyó ineptamente y sin razon alguna, que los Misioneros y los cristianos buscarian una ocasion con el tiempo para elevar al trono al hijo de su hermano con ayuda de la Francia; y sobre esta suposicion gratuita, fundó el ódio y rencor mortal contra la religion verdadera, que duraron en su pecho hasta el último dia de su vida. La tenacidad con que en toda ella persiguió el cristianismo solo se puede comparar á la del bárbaro *Taicosama*, Emperador del Japon, tirano de funesta memoria en los anales de la Iglesia, que á fuerza de constancia y ferocidad inauditas, y derramando á torrentes la sangre de los Misioneros y de los cristianos, concluyó con ellos en su Imperio, despoblándolo al mismo tiempo de sus mas útiles y leales

vasallos. No desde el principio imitó *Minh-Manh* la conducta fiera de aquel terrible Emperador, pues le pareció saldria mas facilmente con su empresa atrayendo á los Misioneros europeos á la Corte con un pretesto plausible, lo que conseguido, le daba ocasion de deshacerse de ellos de un solo golpe, sin ruidos , ni escándalos. El acabar despues con la Iglesia viuda y abandonada, le pareció cosa de menos trabajo, y cuestion de solo tiempo.

Al principio de su reinado llegó á Cochinchina Mr. Chaigneau, oficial francés, que habia permanecido muchos años en el pais al servicio de *Gia-Laong,* y que volvia al reino nombrado cónsul por Luis XVIII, que deseaba continuar con el hijo la antigua amistad de la Francia con el padre. *Minh-Manh* recibió bien al enviado del Rey Cristianísimo, que venia revestido con el título de Embajador, aceptó los regalos, y pareció satisfecho con el honor de que la Francia le daba tan señalada prueba. A pesar de esta política, prohibió la entrada en su Imperio á los estrangeros, á quienes asignó un solo punto para su comercio, donde él pudiera vigilarlos; y siempre que hallaba ocasion hacia grandes elogios de los soberanos del Japon, que habian llegado á esterminar el cristianismo de sus estados, poniendo cruces en los caminos públicos para que los transeuntes las pisasen.

El año 1824 echó el Emperador á sus antiguos servidores MM. Chaigneau y Vannier, y no quiso recibir la embajada ni los regalos de Luis XVIII, que traia el capitan de Bogainville. Habiendo sido advertido que con el Embajador habia venido un Misionero francés, que se habia introducido en el pais, ordenó al Gobernador de aquella provincia «ejerciese la mayor vigilancia con los navíos franceses que »llegasen despues al puerto, á fin de impedir el desembar- »que de ministros de la Religion; entonces se quitó en parte

»la máscara que ocultaba su odio feroz al cristianismo, ase-»gurando en aquel rescripto, que la Religion Cristiana era una »religion perversa, que corrompia la integridad del corazon »y del espíritu del hombre.» El Gobernador, para adular al Príncipe, traspasó las órdenes recibidas, prohibió á los cristianos el ejercicio de su culto, y ordenó algunas prisiones sobre el caso. Estas fueron las primeras alarmas sérias de los Misioneros, cuya vida fue despues tan precaria en todo el Imperio.

Minh-Manh, que habia sufrido ya por seis años si-guiesen gran porcion de sus súbditos aún la Religion Cristiana, que él aborrecia, en el año 1826 hizo que un grande Mandarin, acabado de llegar de China, presentase un memorial al Supremo Consejo, pidiendo *fuese prohibida la Religion Cristiana, como perversa y opuesta á la ley natural; que todo lo destruye y pervierte; falsa y contraria á la verdadera religion. Ella*, prosigue el esponente, *seduce al pueblo, y abusa de su simplicidad; y empleando el medio de los suplicios del infierno asusta á los débiles, y con el gozo de las delicias del cielo, atrae á los demás. Ella ha llegado al punto de publicar un calendario particular, y tiene tribunales particulares para juzgar los hechos* (habla del Tribunal de la penitencia). El Mandarin terminaba su largo memorial, proponiendo diversos castigos, y hasta la pena de muerte contra los Europeos, contra los Presbíteros y catequistas indígenas, y contra aquellos (dice) *que emplean discursos seductores con que corrompen una multitud de mugeres imbéciles y sin pudor, ó que arrancan los ojos de los enfermos*. Tal era la gravedad de los delitos achacados á los acusados. Por este tiempo solo habia en Tunquin ocho Europeos, los cuatro Dominicos Españoles, y los otros cuatro Presbíteros Franceses de la

Mision *ad exteros*. La Cochinchina estaba casi abandonada, por haberse presentado en la corte, ignorante de las intenciones del Emperador, cuatro misioneros, los Señores Taberd, Jacard, Gagelin, y el P. Odorico, Franciscano, como intérpretes que el Monarca queria tener á su lado. Uno de los principales Mandarines del reino, llamado *Thong-Coung*, conociendo á poco las perversas ideas de Minh-Manh contra la Religion, y el lazo que habia tendido á los Misioneros, se presentó intrépidamente al Soberano, representándole con energía *los servicios hechos á su reino por Monseñor el Obispo de Adra y la Francia, y la ingratitud que cometia con su conducta actual, persiguiendo á los Misioneros y al cristianismo.* Esta generosa conducta hizo alguna impresion en el Emperador, que permitió á los Misioneros marchar á sus distritos, reteniendo solo en su poder á Mr. Jacard.

En los diez años que llevaba de reinado Minh-Manh, habian sufrido los cristianos de ambos reinos infinitas vejaciones por una persecucion sorda y cruel, autorizada con el ódio público del príncipe, y con instrucciones secretas á los gobernadores de las provincias. En el mes de setiembre de 1830, declaró el astuto perseguidor mas abiertamente su ódio reconcentrado contra la religion, ensañándose su rabia en tres cristianos de *Moug-Phu*, que rehusando apostatar de su santa creencia, fueron sentenciados por el Tribunal Supremo á unos cuantos centenares de golpes de bejuco, á llevar la canga por un mes, espuesta la cabeza al sol, y á destierro perpétuo. El uno de ellos murió durante la crueldad de estos suplicios, y es considerado como el primer martir de esta larga persecucion. No contento el tirano con dar á su injusta sentencia la mayor publicidad posible en la capital, envió copias á todos los Mandarines del Im-

perio, con orden de juzgar en el mismo sentido los procesos de los cristianos que posteriormente fuesen presentados en juicio. Esta orden llevó la consternacion á todas partes, y autorizó á los Mandarines, ávidos de dinero, para enriquecerse á espensas de los cristianos. En consecuencia del ódio del Emperador, secundado por los Mandarines, tanto en Tunquin como en Cochinchina, muchos presbíteros indígenas, catequistas y simples fieles fueron azotados, puestos en la canga, y maltratados con mas ó menos violencia. Oigamos sobre esto á Mr. Ritord, entonces Misionero en Tunquin, y despues Vicario Apostólico de la parte occidental de aquel reino. Este Señor escribia así á Europa en el año de 1831. "La sazon de los mártires y confesores principia »aquí, decia. S. M. el Rey de Cochinchina y de Tunquin »acaba de aprobar desde el fondo de su harem una sen»tencia que pronostica grandes cosas en el porvenir. Un »cristiano, gefe de un pueblo, acaba de ser condenado á »muerte, y otro á destierro en las montañas. Catorce ó quin»ce soldados cristianos son sentenciados á trabajos forza»dos. Cien otros hombres de la misma fe deben sufrir cada »uno cien palos, y deberán llevar por un mes la canga, con »la cabeza descubierta y espuesta al sol; y cien mugeres »cristianas serán azotadas con cien golpes de bejuco.» Todo esto era cierto, y Mr. Jacard, que habia sido tambien condenado á muerte, escribia á Francia por el mismo tiempo: "*El tribunal habia pronunciado tambien contra mí la pena »de muerte, pero el buen Dios no me ha juzgado digno »de sufrirla por su santo nombre. S. M. el Rey me ha »hecho la gracia de conmutarme aquella pena en trabajos »forzados, determinándose á usar conmigo de este rasgo »de clemencia por la razon de que yo no soy sino un »bárbaro, que nada he hecho contrario á las leyes, sino*

»que vine únicamente á este pais para ganar mi vida en-»gañando al público con la predicacion de una religion »falsa.» En consecuencia de la modificacion de la sentencia, se obligó á este ilustre confesor á residir en la Corte régia, y á ocuparse en la traduccion de periódicos ingleses durante mucho tiempo. Entre tanto tradujo en lengua Anamita una obra del antiguo y viejo Testamento, y tuvo la santa libertad de presentarla al mismo Rey. Este la tomó en sus manos, la leyó, y mandó sacar una copia; mas antes que estuviese concluida, el gobernador de la provincia mandó venir al futuro martir delante de sí, queriendo obligarle á quemar aquellos libros con sus mismas manos. Mr. Jacard le respondió negativamente con una grandeza de alma que profundamente le conmovió, y le inspiró una grande veneracion por los Sacerdotes cristianos. A pesar de esto, otra vez quiso el mismo Mandarin obligar al generoso confesor á tan impía obediencia, y rehusando segunda vez obedecer, fué desde entonces incomunicado del trato de los fieles, poniendo cerca de él una guardia que le celase con rigor.

El 31 de diciembre del citado año, varios soldados que rehusaron dar el libelo de apostasía, fueron azotados con grande violencia y crueldad; y el mismo dia de la Epifanía del siguiente año, *Minh-Manh* publicó su famoso edicto general de persecucion. En él se renuevan las antiguas calumnias divulgadas contra los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia, y reproducidas en el célebre Memorial antes citado. Allí se ordena obligar á todos los cristianos á la apostasía, haciéndoles pisar la cruz, con la destruccion de Iglesias y de casas religiosas. Una orden secreta, como apéndice de la anterior, prescribia espiar en particular á los sacerdotes, catequistas, y generalmente á todos aquellos que podian propagar la enseñanza cristiana con su predicacion.

Espantosos estragos causó este infernal edicto en toda la Iglesia Anamita, conmovida ya muchos años antes con gravísimos temores y calamidades. Sin embargo los cristianos, destruidas sus iglesias, sin culto público, y privados en gran parte de la recepcion secreta de los Sacramentos, permanecieron inmobles en la fe, como peñascos batidos por las olas en un furioso huracán. El 25 de junio un Presbítero Tunquino llamado *Pedro Tui*, fué preso por los paganos cuando estaba administrando el Sacramento de la Estrema-Uncion á un enfermo, y el 11 de octubre tuvo la gloria de morir decapitado por la causa de nuestro Señor Jesucristo. Inmediatamente de esta ejecucion, algunos confesores, precedentemente puestos en libertad, fueron nuevamente encarcelados y oprimidos con la canga y las cadenas.

Horribles calamidades de hambres, pestes y guerras civiles llenaban todo el Imperio de un cabo á otro en estos funestos dias, y el Soberano prescribió ayunos, perdonó parte de los tributos, é hizo una especie de confesion pública de sus defectos, como acostumbran en estos casos los Monarcas de China. Sin embargo, en nada dispensó de los decretos dados en contra de la religion, cuya persecucion bárbara era la causa principal, si no la única, de los males que se esperimentaban. Esta guerra impía se hacia de dia en dia mas sangrienta. Todo el Imperio estaba trastornado, y los cristianos sufrian vejaciones inauditas; los Misioneros retirados en cavernas, en los lugares mas retirados, y en banquillas por los rios y esteros, aguardaban en todo momento, resignados en la voluntad de Dios, la hora de dar testimonio con su sangre de la fe de Jesucristo. Las esperanzas, los gozos y los temores de todos estos varones Apostólicos los espone uno de ellos

en las siguientes palabras, escritas por la fiesta de Navidad de aquel año. «Aquí, dice Mr. Putord, en el silencio »de mis pensamientos solitarios, felizmente vienen á mi »memoria los hermosos cánticos de otro tiempo, las bellas »ceremonias, y los elocuentes sermones de estos dias so-»lemnes se presentan á mi espíritu con una dulzura inefa-»ble, pero mezclada al mismo tiempo de grande amargura »y tristeza; mas luego el pensamiento de Jesus pobre y »abandonado en el pesebre de Belén, me consuela gran-»demente. Esta consideracion hace que el hombre débil »se resuelva á todo, pues si nuestro buen Maestro sufrió »tanto por nosotros, justo es que suframos cualquiera co-»sa por él. En medio de mis miserias, yo tengo la fortuna »de poder adorar bien cerca al buen Jesus, que todas las »mañanas desciende á mi cabaña y nace de nuevo sobre »un altar de bambú, tan pobre como el pesebre. Algunos »Anamitas, sencillos como los pastores, le ofrecen sus »devociones; y un pobre Misionero, que no es rey ni »mago, pero que ha venido de lejas tierras, le ofrece »el sacrificio de su vida, en el tiempo y de la manera que »le agrade terminarla.» Mientras los otros Misioneros gozaban con Mr. Ritord las dulzuras que sabe Dios conceder á los que padecen por su nombre, Mr. Taberd, Obispo de Isaurópolis, acompañado de algunos Misioneros franceses, se huyó secretamente, y se refugió en los reinos de *Siam* y de *Camboja;* pero el P. Odorico se entregó al Mandarin de *Doung-Nai*, y entre cadenas fué conducido á la corte. Tambien Mr. Gagelin se entregó él mismo á los ministros de la tiranía, por temor de comprometer inútilmente á los cristianos en cuya casa se habia refugiado; y luego se le hizo partir para *Hué,* donde llegó el dia 23 de agosto de 1833, con una canga muy ligera que conservó hasta

el dia de su muerte. Los primeros dias Mr. Jacard y el P. Odorico podian alguna que otra vez visitar al nuevo preso, pues ellos gozaban de cierta libertad; mas desde el 11 de octubre fué guardado con centinelas de vista, y el 17 del mismo mes llevado al patíbulo, donde ahorcado acabó su preciosa vida, yendo á descansar de los trabajos de la tierra en el seno de Dios. El cuerpo del venerable mártir fué exhumado por orden de Minh-Manh, que temia no resucitase.

El 23 del dicho mes, otra ilustre víctima cayó bajo la cuchilla de los verdugos. *Paulo-Doï-Boung,* capitan de los guardias del Emperador, fué el nuevo martir, que negándose con invencible constancia á pisar el signo de la redencion, padeció terribles tormentos con otros seis soldados de su cuerpo, por el largo tiempo de un año y siete meses. Uno de sus compañeros sucumbió gloriosamente, oprimido con el peso de los suplicios, y los otros permanecieron igualmente firmes en la confesion de la fe; mas el heróico capitan escedió á todos en magnanimidad, hasta el dia en que fué degollado sobre el pavimento de la iglesia del mismo pueblo que le vió nacer.

El mismo dia otro confesor de Jesucristo llamado *Miguel Kenon,* emparentado con la familia de Boung, fué conducido á la presencia de Minh-Manh, donde confesó valerosamente la católica creencia, por la que murió algunos dias despues con los cinco compañeros del atleta Paulo, su amigo y pariente.

Mr. Jacard y el P. Odorico esperaban entre tanto con santa ansiedad el momento próximo en que ellos tambien debian ofrecer su vida en holocausto en esta multiplicada hecatombe de la persecucion religiosa. Bien pronto, en efecto, fueron ambos condenados á muerte; mas por em-

peño de la reina madre, aquella pena les fué conmutada en perpétua prision en la fortaleza de *Ai-Lao,* situada en la parte del reino de *Laos,* sujeta á la Cochinchina. Los dos Misioneros partieron de *Thu-Xuan* para su destierro, á donde arribaron el dia 12 de diciembre de 1833, sufriendo en los diez dias que duró la jornada muchas privaciones y las mas crueles fatigas; lo que con tanta mas razon debia suceder, cuanto que el impío perseguidor habia prescrito al comandante del fuerte: *que nadie los visitase ni socorriese hasta que muriesen de hambre.* El Mandarin, mas humano que su amo feroz, no ejecutó esta sentencia á la letra, é hizo por los confesores cuanto pudo sin comprometerse. A pesar de esto, aquella prision mal sana fué para ellos un verdadero martirio, que terminó los dias del P. Odorico, muriendo lleno de resignacion y paciencia en brazos de su compañero el 25 de mayo de 1835. Mr. Jacard, acabado por los trabajos y enfermedad, parecia le habia de seguir muy pronto en el eterno descanso, al que ya tenia mas de un título; mas Nuestro Señor queria añadir á su corona la aureola del martirio propiamente dicho, justificando así los heróicos deseos de su madre, que escribió al saber la prision de su hijo: «*¡Oh qué feliz noticia! ¡Qué honor para nuestra familia,* »*contar entre sus miembros un mártir!*» El dia mas feliz todavía, en que aquella sublime cristiana supo que el sacrificio estaba en fin consumado, se estremeció, y sintió su corazon de madre traspasado con la espada que penetró el de María; mas al mismo tiempo su alma generosa se conmovió de gozo. Tranquila y feliz, mas bien que resignada en medio de su dolor, se arrodilló luego al pié de los altares, y delante de Jesucristo crucificado, derramó su alma en mil acciones de gracias por

el inmenso beneficio que le habia concedido aquel divino Señor.

De *Ai-Lao* fué trasladado Mr. Jacard á otra fortaleza llamada *Cam-Ló,* donde se ocupó por mandado de Minh-Manh en copiar cartas geográficas, en traducir papeles europeos, y enseñar la lengua francesa á algunos jóvenes del pais. En estas ocupaciones permaneció hasta el año 1838; en el mes de marzo de ese año fué trasladado á la capital de la provincia de *Quang-Tri,* y en ella nueve veces le examinaron y azotaron, recibiendo cada vez cinco azotes con bejuco. Aunque la sangre saltaba á cada golpe, el mártir no arrojó un grito ni dejó escapar un solo suspiro. Como persistia confesando valerosamente la fe, últimamente fué condenado á muerte, cuya sentencia se puso en ejecucion el 21 de setiembre del mismo año, muriendo en compañía de un estudiante Cochinchino, llamado Tomás Thien, que un mes antes habia sido preso y horriblemente torturado por la fe; quien, sin embargo, en medio de los tormentos, y hasta entregar su alma á Dios, no podia contener los sentimientos de contento y gozo de que su corazon estaba inundado.

Volviendo al año 1835, de donde nos ha desviado la conclusion del martirio de Mr. Jacard, la persecucion que habia amainado un poco, pronto se renovó mas violenta en consecuencia de la prision de Mr. Marchand, Misionero francés, cojido por los rebeldes de Cochinchina y prisionero con ellos por las tropas reales en la toma de *Gia-Dinh.* Cuando el ejército tomó por asalto esta fortaleza, pasó á cuchillo á toda la guarnicion, á escepcion de cuatro principales rebeldes, de un joven, hijo del gefe principal de la insurreccion, y de Mr. Marchand. Todos sabian que el Misionero habia sido llevado por fuerza entre los revolucio-

narios, y habia permanecido entre ellos en calidad de preso, y aherrojado además entre cadenas para que no se pudiese evadir. El Mandarin, sin embargo, que tomó la plaza, quiso hacer mas ruidosa su victoria, contando al Sacerdote estrangero en el número de los principales cabecillas; cosa que agradó mucho á Minh-Manh, para humillar mas y mas la religion, y tener mejor pretesto para acabar con ella en sus estados. El Misionero tan atrozmente calumniado fué, pues, encerrado en una jaula, y llevado á *Hué*, donde el consejo supremo le condenó luego al horrendo suplicio de los traidores; y á fin de hacer confesar al pretendido reo el crimen que siempre negó, se le hizo comparecer á juicio en la noche del 17 de setiembre de 1835. Allí, con unas tenazas enrojecidas al fuego, le quemaron ambos muslos, persistiendo él, á pesar de los dolores, en la confesion de la verdad. Negó constantemente haber contribuido jamás á la revolucion, y afirmó, como era, que fué conducido por fuerza á *Gia-Dinh*. El 19 se le interrogó de nuevo, pero sin torturarle, y se le puso otra vez en la jaula hasta el dia 30 de noviembre, que salió para el suplicio. Mr. Marchand y los gefes prisioneros con él fueron sacados de las jaulas, atados á unas parihuelas, y conducidos cerca del palacio á la vista del Emperador, y á una señal de este se prepararon los verdugos para darles el tormento.

Hasta entonces la persecucion no habia ofrecido una escena tan horrible como la presente, cuyos detalles han sido conservados por un catequista, testigo ocular del espectáculo. «Cuando los presos, dice, llegaron al lugar del suplicio, los »pasaron á la casa de la tortura, y allí los detuvieron. Apenas el Misionero apercibió el fuego donde se enrojecian los »hierros que habian quemado sus carnes, aún no cicatri»zadas, un movimiento de horror le conmovió todo, y al

»estremecimiento involuntario de su cuerpo se separó un
»poco el paño que le cubria, dejando patente la carne blanca
»de sus espaldas, cuya vista escitó la risa del populacho.
»Entonces los verdugos le agarraron y estendieron fuerte-
»mente las piernas, y á una señal del Mandarin criminal,
»que asistia en el interior de la pieza, otros cinco ejecutores
»cojieron cinco gruesas tenazas candentes, cada una de pie
»y medio de largo, mordiendo con ellas las carnes de los
»muslos y las piernas en lugares diferentes. Al instante un
»agudo grito de dolor se escapó de la boca del paciente. *¡Oi*
»*Cha Oi!*... literalmente: *¡Oh, Padre, Oh!*... y se vieron
»elevarse columnas de humo fétido que salian de los partes
»abrasadas. Durante largo tiempo detuvieron los hierros so-
»bre las carnes, que se consumian mas y mas, hasta que se
»apagaron y enfriaron, y el humo cesó; entonces los qui-
»taron, y volvieron á meterlos otra vez en el fuego, con el
»fin de enrojecerlos para la segunda cuestion. De miedo que
»los verdugos no se dejasen sorprender por un movimiento
»de piedad, soldados armados de azotes estaban detrás de
»cada uno, preparados á castigarlos. En cuanto al popula-
»cho que habia atraido la novedad del espectáculo, la ma-
»yor parte mezcló sus gritos y acentos de dolor con los del
»paciente, mientras que otros le insultaban, llamándole por
»mofa: *Padre de la Religion de Jesus*, con otras voces de
»burla y escarnio. Despues del tormento, el Mandarin diri-
»gió al martir la pregunta: *¿Por qué en la Religion de*
»*Jesus arrancan los ojos á los moribundos?* El Misionero
»recojiendo sus fuerzas respondió: *Eso no es así, ni jamás*
»*ha sucedido cosa semejante;* y esplicó el Sacramento de
»la Extremauncion, que habia dado ocasion á esta calum-
»nia, publicada en el edicto Real de la persecucion. Si-
»guió la segunda série de tormentos, igual á la primera;

»y cuando los hierros estuvieron de nuevo apagados, fué »hecha esta otra pregunta: *¿Por qué los esposos se pre- »sentan al sacerdote en el altar? Los esposos*, respondió »el martir, *vienen al ministro de Dios á que reconozca »su alianza, y atraiga sobre ellos, con la bendicion nup- »cial, las gracias celestiales.* Pasando los verdugos otra »vez á los tormentos, que completaron quince grandes y »profundas quemaduras, el Mandarin volvió á preguntar: »*¿Qué pan encantado es aquel que se da á los que han »confesado, de suerte que se mantienen firmísimos en la »religion? No es nada de pan lo que se les da*, respondió »el paciente, *sino el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo »encarnado, que viene para sustento del alma.*

»Despues de torturados, tanto los reos políticos como »Mr. Marchand, se les presentó como es costumbre la úl- »tima comida, en la que el confesor rehusó tomar parte. »En seguida se les despojó de sus vestidos, se les puso »una mordaza en la boca, se les ató de nuevo sobre las »parihuelas que habian servido para traerlos de la prision, »y se pusieron en marcha para el lugar de la ejecucion. »Este se hallaba situado á una legua de distancia de la »Corte, cerca de la cristiandad de *Tho-Duc*. Los patíbulos, »en forma de cruz, habian sido preparados para cada pa- »ciente, y allí los amarraron. Dos verdugos armados de »cuchillos se situan á los costados de cada una de las víc- »timas; luego un redoble de tambores se hace oir; cesa »este, y los ejecutores de la justicia, asegurando con una »mano los pechos del paciente, los cortan de un solo gol- »pe, cayendo á tierra girones de pie y medio de largos.... »El catequista, teniendo sus ojos fijos en el Misionero, no »le vió hacer ningun movimiento. Los verdugos agarran »por detrás dos enormes pedazos de carne de la espalda,

»que de dos tajos son cortados..... el paciente se ajita, y »pone su vista en el cielo..... se desciende á los muslos, »y dos gruesos trozos de ellos caen al golpe del hierro..... »Entonces la naturaleza estenuada sucumbe; la cabeza se »inclina, y el alma del confesor sube al cielo. Cuando aca»bó de morir se prosiguió aún la carnicería. Uno de los »verdugos le corta la cabeza, y divide el cuerpo en cuatro »trozos. La cabeza, puesta en una vasija llena de cal, y »metida en una caja, fue llevada por las provincias y es»puesta á la vista de la gente por algun tiempo; en segui»da fue molida y arrojada al mar, como el cuerpo lo habia »sido despues de la ejecucion.»

Este suceso atroz atrajo sobre los cristianos nuevos rigores de parte de Minh-Manh, que publicó el 30 de enero de 1836 un cuarto edicto proscribiendo la Religion cristiana, é imponiendo la pena de muerte contra todos los Europeos introducidos en el reino, contra sus receptores, autoridades locales y Mandarines que los tolerasen. En este edicto, á fin de inspirar mas horror contra los cristianos, no se avergonzó el tirano de calumniarlos, afirmando *que el venerable mártir habia confesado aquellas cosas que él á presencia de todos impugnó con inalterable constancia. Tambien confesó,* dice Minh-Manh, *lo del pan confeccionado con ingredientes encantados, y que de los ojos de los muertos, mezclados con incienso, se servian para la medicina.*

A estos Misioneros muertos por la fe, debe unirse Mr. Cornay, que dió su vida por Jesucristo, y que fue inmolado por Minh-Manh en el momento que su delicada salud le obligaba á volver á Francia. Bella y graciosa víctima, flor preciosa cortada de su tallo, que trasplantada al Paraiso tendrá una lozanía eterna, y llenará á la Iglesia de deli-

cioso olor de santidad. Preso el 20 de junio de 1837 en la aldea de *Bang-No,* donde estaba refugiado, fue cargado con la canga, y colocado en medio de los soldados mientras se registraba la poblacion. Al otro dia el Mandarin militar que le habia preso, quiso dar una grande importancia á su captura, y lo hizo poner en una jaula como criminal de estado, culpable de complot con los rebeldes. Esta acusacion, tan falsa como la imputada á Mr. Marchand, no fue sin embargo en uno y otro caso sino un nuevo pretesto para desfogar el odio contra la fe, por la cual ambos murieron.

El 22 de junio Mr. Cornay fue llevado en la jaula por el camino real á la Corte, escoltado de otros diez confesores cristianos, cada uno cargado con su canga, y de 300 soldados que le precedian y seguian en esta marcha verdaderamente triunfal. Llegado á la capital, y habiéndole de atar y trasladar á otra jaula, pidió licencia al Mandarin para escribir á su familia, lo que le fue concedido, y en su carta dice entre otras cosas lo siguiente: «Yo escribo »estos renglones delante de todo el mundo, que admira la »manera de escribir de los Europeos..... En cuanto á mis »demás ocupaciones, yo rezo el Oficio divino, medito, me »entrego á la voluntad de Dios, y le ruego me perdone mis »pecados, y me dé fuerzas para sufrir pacientemente, con »la gracia de confesar su santo nombre delante de los in»fieles.» Otra vez obtuvo licencia para escribir segunda carta, y en ella espresa así sus generosos sentimientos y su tierna caridad. «Mi sangre ya ha corrido en los tor»mentos, y debe correr aún dos ó tres veces antes que me »corten los cuatro miembros y la cabeza. La pena que »sentireis me hace derramar muchas lágrimas; mas pen»sando que cuando recibais esta carta estaré delante de

»Dios intercediendo por vosotros, me consuela por mí y »por vosotros. No lloreis, pues, que el dia de mi muerte »será el mas feliz de mi vida, poniendo fin á mis penas, y »dando principio á mi bienaventuranza. Mis tormentos no »son absolutamente crueles, pues no se me azota segunda »vez hasta que están curadas mis primeras heridas. Yo no »seré punzado ni atenaceado como Mr. Marchand; y supo- »niendo me corten los cuatro miembros, cuatro hombres »lo harán al mismo tiempo, y un quinto me cortará la ca- »beza. Consolaos, pues; en poco todo será terminado, y »yo os aguardaré en el cielo.»

En 29 de agosto Mr. Cornay sufrió una nueva cuestion, tan dolorosa como las anteriores, y el 20 de setiembre llegó el momento solemne de la salida para el suplicio, que se verificó á las dos de la tarde. Cuando estuvo en aquel lugar lo sacaron de la jaula, le quitaron las cadenas, estendieron bajo sus pies esteras y una vieja alfombra de altar, y se prepararon para la ejecucion. La sentencia real prescribia, que el mártir sería cortado en trozos, mas no se ejecutó con todo su rigor. La cabeza fue separada primero de un golpe, y en seguida los miembros y el cuerpo fueron hechos pedazos. Entonces sucedió una cosa horrible, cuya narracion la oí de boca del Ilmo. Sr. Ritord, Vicario Apostólico de las misiones francesas en Tunquin. Es comun opinion de los Anamitas que el hígado es el oríjen del valor del hombre; y entre aquellas gentes tambien está muy propagada la supersticiosa creencia, que comiendo un cobarde el hígado de un valiente, infaliblemente adquiere su esfuerzo y valentía. Entre el populacho, pues, que habia admirado sobremanera la constancia en padecer y serenidad en los tormentos del joven Mr. Cornay, muchos deseaban alcanzar su valor y forta-

leza, virtudes que creian conseguir adquiriendo con industria y poseyendo el hígado de aquel héroe tan señalado. Varios, pues, intentaban robarlo, arrebatándolo del cadáver luego que fuese abierto por el verdugo. Cuando llegó este caso, uno de los codiciosos fue mas diligente y atrevido que los demás, y cojiendo apresuradamente aquella entraña con sus manos, echó á correr cuanto podia para su casa, por temor que otros le quitaran su tesoro. Muchos en efecto le siguieron con aquella intencion, y corriendo mas que él, por fin le alcanzaron; pero en balde fue el trabajo que se dieron en la carrera, pues cuando llegaron al ladron acababa este de tragarse y devorar el último bocado, y no habia quedado de la presa disputada ni el mas mínimo resto.

Algunas semanas despues de la muerte de Mr. Cornay, un catequista Tunquino llamado *Francisco Javier Cân*, le siguió en la gloriosa carrera del martirio. Preso el 20 de abril de 1836, puesto en la canga y azotado, como se usa en los Tribunales anamitas, fue ahorcado el 30 de noviembre de 1837. Otros cristianos murieron del mismo modo por la fe en el mismo año.

Hasta aquí ha presenciado el lector escenas horrorosas de la persecucion en Cochinchina, donde los señores Franceses dieron con su sangre hermosos testimonios de la fe católica que predicaban. En la otra Mision de Tunquin, y en la de los PP. Dominicos Españoles, los demás Misioneros fueron tambien héroes en la misma santa causa, por la que, como en Cochinchina, ofrecieron su vida Europeos é indígenas, maestros y discípulos, sacerdotes y simples fieles.

En los años pasados los Mandarines de Tunquin fueron, como el Emperador, dando disposiciones cada dia mas

alarmantes contra la Religion, afligiendo á los pobres cristianos con toda clase de penalidades, teniendo estos que ocultarse para sus piadosos ejercicios, y entregarse los Misioneros á una vida clandestina y fugitiva, viendo de contínuo la espada del perseguidor amenazar sobre sus cabezas. Con estos sufrimientos y humillaciones, con empeños y cuantiosas sumas de plata pudo, sin embargo, aquella desdichada Iglesia evadir mas terribles golpes; y la codicia é interés de los mismos Mandarines les obligaron á dar parte al Emperador repetidas veces de que en sus provincias todos le obedecian, y que los Misioneros Europeos ya se habian vuelto á Europa. De este modo se aplacaba el tirano, y en esta esclavitud y opresion permanecieron las misiones, sin esperimentar otras funestas consecuencias de la persecucion desde el año 1826 hasta mediado el 38, en que acabó de desatarse todo el furor de la tiranía, por una causa en otras circunstancias insignificante.

Por aquellos dias fué preso un catequista de la Mision de los Dominicos, que llevaba cartas de un Sacerdote secular para los Ilmos. Sres. D. Fr. Ignacio Delgado, Vicario Apostólico, D. Fr. Domingo Henares, Obispo Coadjutor, y para los M. RR. PP. Vicario Provincial y Pro-Vicario de la Orden, Fr. José Fernandez y Fr. Gerónimo Hermosilla, con otros dos Padres indígenas. Aquellas cartas fueron presentadas al Mandarin gobernador de la provincia meridional, llamado *Trinh-Quang-Kanh,* grande perseguidor de los cristianos, pero que no habiendo podido cojer á los Misioneros que estaban en su provincia, habia mentido muchas veces al Emperador asegurándole que todos aquellos se habian vuelto á Europa. Cuando este Mandarin tuvo las cartas en su poder, y se

enteró del contenido, luego, sin meditar ni reflexionar las consecuencias, envió por espreso aquellos escritos al Emperador, dándole parte de la permanencia de aquellos Europeos en el distrito de su mando, contra tantas reales órdenes que prohibian el permitirlo. El Emperador, que estaba muy lejos de encontrarse con tal novedad, bramó de furor, viéndose engañado por un sugeto en quien tenia puesta toda su confianza, y su resolucion fué la deposicion del gobernador y de otros varios Mandarines de la provincia, á todos los cuales privaba de sus títulos y privilegios, conminándoles además con la misma pena que debian sufrir los Misioneros, si dentro de un mes no presentaban arrestados á los siete que constaban por las cartas malhadadas, y para cuya prision se concedian al depuesto gobernador ocho mil hombres de tropas regladas; como si los siete pobres Misioneros compusieran un ejército formidable, contra el cual debiera entrar en batalla el del Emperador, so pena de perder sus ricos estados.

Por deposicion de *Trinh-Quang-Kanh,* vino á la provincia otro enemigo de los cristianos llamado *Le-Van-Duc,* quien se posesionó del nuevo empleo el dia 2 de junio de 1838. Antes de esta fecha ya estaba toda la provincia meridional en combustion, y muchas partidas de soldados iban destacadas de pueblo en pueblo, robando á los cristianos cuanto podian, y buscando con ánsia á los Misioneros. Llegando el 27 de mayo un cuerpo de 300 hombres al lugar de *Kien-Lao,* fueron allí sorprendidos los dos ancianos Obispos, y el R. P. Fr. Romualdo Jimeno (despues Coadjutor de la Mision, y ahora dignísimo Obispo de Zebú, en estas Islas). Consternados los cristianos de la poblacion con invasion tan repentina,

procuraron de todos modos salvar á sus Padres y Maestros de la temida catástrofe; pero todo en vano, pues el Ilmo. Sr. Vicario Apostólico fué preso el dia 29 de mayo, y su Coadjutor el 9 de junio. El P. Romualdo, como joven que era, pudo caminar por su pié, y andando entre lodazales y esteros escapó de los soldados y esbirros, pasando infinitos trabajos.

Cuando prendieron al venerable Sr. Vicario Apostólico, los soldados inmediatamente le ataron las manos, y con grande gritería, algazara y toque de tambores, lo llevaron al tribunal del inmediato pueblo. En el camino para la capital le metieron en una jaula, poco mas de una vara de alto, pero larga y ancha como una cama regular. El dia 31 de mayo llegó el venerable Señor á la capital de la provincia, llamada *Vi-Hoang,* escoltado de 400 hombres, y como maestro principal de la religion, honrado con dos grandes quitasoles, que usan los Mandarines en sus viajes, y llevaban dos ministriles á los lados de la jaula. A la fama de tan célebre prision habia acudido á *Vi-Hoang* un inmenso gentío, llorando amargamente los cristianos la pérdida irreparable de su primer Pastor, que cerca de cincuenta años los habia doctrinado con su santa palabra, y una vida esclarecida con todo género de virtudes. Tambien salieron á recibirle todos los grandes Mandarines, con dos mil hombres de tropas vestidas de gala.

En la primera audiencia, y en las demás que siguieron, fue examinado el venerable preso sobre su doctrina, años de predicacion en el reino, viajes por las provincias y los pueblos, y otras mil cosas, muchas de ellas impertinentes. A todo respondió el prudente Señor lacónicamente, por el ningun fruto que esperaba de aquellos conjurados y encarnizados enemigos de la Religion, á los que

muchas veces para deslumbrarlos les contestaba en lengua española, nombrándoles los pueblos de la Península y de Filipinas por donde habia pasado hasta venir á la mision. Con esto los Mandarines se fastidiaron hasta no mas, teniendo que repetir y escribir nombres tan revesados, dificultosísimos de pronunciar para ellos, y no molestaron mas al preso, dando cuenta al Emperador de que no entendian las respuestas del Vicario Apostólico, porque con la vejez estaba sordo y torpe; y el 11 de junio le sentenciaron á ser degollado públicamente por el verdugo, segun la ley de *Minh-Manh* contra la Religion, dada en el año 16 de su reinado. Esta sentencia fue enviada tambien al Monarca, quien mandó volviesen de nuevo á examinar al venerable Pastor: lo que hecho por los Mandarines sin resultado alguno, confirmaron la sentencia anterior, y pidieron su aprobacion de nuevo.

Entretanto el venerable anciano yacia en su jaula, padeciendo de sus enfermedades crónicas, del mal alimento, y de otros muchos trabajos é incomodidades; con lo que agravándose sus dolencias, sin permitírsele ser visitado del médico ni tomar medicina alguna, fue atacado de mortales vómitos y diarrea, y el dia 21 de julio exhaló con grande tranquilidad y sosiego el último suspiro en manos del Señor, que sin duda le concederia el eterno premio, debido á sus heróicas virtudes y muchos trabajos. Asi murió el venerable é Ilmo. Sr. D. Fr. Clemente Ignacio Delgado, á los 75 años, 7 meses y 19 dias de su edad, y 44 años de Obispado en la Mision dominicana. El mismo dia en que espiró le sacaron los Mandarines al lugar del suplicio, y el verdugo dejó trunco el cuerpo, cortándole la cabeza, que arrojada á un caudaloso rio, lleno de peces carnívoros que han devorado hombres enteros, cayó á

los tres meses en la red de un pescador cristiano, conservándola el Señor todo ese tiempo incorrupta en el fondo de las aguas.

Aumentada sobre manera la furia de la persecucion, ya no habia rincon, rio ni escondite seguro para los desgraciados Misioneros en la provincia meridional; por eso los M. RR. PP. Hermosilla y Jimeno se trasladaron á la oriental, mas el Ilmo. Sr. D. Fr. Domingo Henares no pudo hacerlo, por el impedimento de las grandes olas del mar, y vendido traidoramente por un principal infiel, fue preso con su catequista el 9 de junio del referido año. Metido en la jaula, y llevado á la capital de la provincia, tuvo el mismo solemne recibimiento que su íntimo amigo y compañero, el venerable Delgado, y como él, fue examinado en juicio repetidas veces, respondiendo á todo con grande valor y magnanimidad, juntamente con la prudencia y sagacidad que su amigo, juzgándosele tambien reo de muerte, como principal maestro y predicador de la Religion Cristiana. Consultada al Emperador aquella sentencia, y la dada contra el catequista Do-Van-Chieu, se aprobó en todas sus partes, y fue puesta en ejecucion el dia 25 de junio de 1838. A las nueve de la mañana de ese memorable dia, leyeron los Mandarines al maestro y discípulo las sentencias de ser ambos degollados; y al uno en la jaula, y al otro cargado con la canga y las cadenas, los sacaron al patíbulo escoltados de mil hombres, y de un gentío inmenso, que estaba admirado sobre manera del estraordinario gozo que manifestaban los confesores de Cristo. Delante de los dos iban soldados que llevaban en alto la sentencia respectiva de cada uno, para que todos las viesen; lo que no pareciendo suficiente á la publicidad que se intentaba y terror que se queria inspirar al pueblo, el

Mandarin principal de los que iban con la tropa, levantaba de cuando en cuando la voz desde el elefante en que iba sentado, y clamaba con una bocina lo siguiente, mirando á las cuatro partes del mundo, cuando las nombraba. «A »todos los que estais al *Oriente,* todos los que estais al »*Poniente,* todos los que estais al *Mediodía,* y todos los »que estais al *Septentrion,* sabed: que este hombre es Eu»ropeo, que ha venido á enseñar á las gentes las cosas de »la Religion falsa de Jesucristo, por lo que el Rey manda »que se le corte la cabeza. Ninguno siga mas aquella re»ligion, no sea que muera tambien del mismo modo.» La carrera fue larga, porque iban muy despacio, y dieron vuelta á la ciudad, en cuyas afueras viven muchos infieles y cristianos; y así llegaron al lugar del martirio cerca de la una de la tarde. Allí les leyeron otra vez las sentencias, publicó por último el Mandarin de guerra desde su elefante el bando conminatorio, y arrodillado el catequista, y encomendándose á Dios, á una señal del Mandarin de justicia le cortó el verdugo la cabeza al tercer golpe, delante de su venerable maestro, y su alma subió al cielo á recibir el premio de sus virtudes, y de la generosa constancia en confesar la fe verdadera.

Luego los soldados descompusieron la jaula, y amarrando fuertemente los brazos al venerable Sr. Domingo, le colocaron en tierra sobre la misma esterilla que habia usado en su reducida prision. Su Señoría, viendo llegada la hora que tanto habia ansiado toda su vida, se arrodilló, ofreciendo al Señor con grande fervor su cuerpo y su alma, y descargando el verdugo un fiero golpe sobre su inocente cuello, le cortó del todo la cabeza, abismándose luego su espíritu en el mar inmenso de la gloria eterna. Tenia el venerable mártir cuando dió su vida por la fe 71

años y cerca de 8 meses, y mas de 37 de Obispo coadjutor del Tunquin Oriental.

Entre las cartas de la familia del V. D. Fr. Domingo Henares, escritas á este Señor desde Granada y conservadas en la Mision de Tunquin, he leido varias de un su hermano, escribano de aquella ciudad, en que noticiaba al futuro mártir el nacimiento de una sobrina suya, como nacida del matrimonio del dicho su hermano. No se sabe la respuesta á esta primera carta, mas se ve por las sucesivas el grande anhelo por el martirio que llenaba el alma del santo Obispo, pues pedia á su hermano encarecidamente, que luego que supiese hablar la niña la hiciese aprender de memoria una oracion que enviaba, y que todos los dias aquella debia recitar con grande afecto. El hermano de Granada decia al de Tunquin en otra carta posterior, que su sobrinita, entonces de dos años, ya sabia la oracion, y la habia dicho delante de unas monjas, y todos los dias la rezaba con mucha devocion. La dicha sobrina se sabe que despues fué monja dominica en Granada, y quizá vivirá todavía; mas se ignoraba la oracion que decia diariamente por su tio de Tunquin, hasta que revolviendo otros papeles, encontré varios ejemplares de la dicha oracion, de los cuales copio uno, que conservo en mi poder, y que debe ser el original del enviado para la niña, por tener menos enmiendas que los otros. La citada oracion dice así literalmente. «Dulcísimo Jesus mio, Pa»dre de mi alma y de mi corazon; por vuestra sagrada »Pasion, y por los méritos é intercesion de la Virgen »María, vuestra Santísima Madre, os suplico mireis con »ojos de piedad, y libreis de todo mal al Obispo Fr. Do»mingo mi tio; concededle vuestro divino amor, para que »os ame mucho, y se emplee debidamente hasta la muerte

»en las obras de vuestro santo servicio; y si ha de ser »para mayor honra y gloria vuestra, concededle la gracia »de derramar su sangre y dar su vida por vuestro amor, »en testimonio de vuestra santa fe. Amen.»

Leyendo esto no se puede menos que reflexionar sobre las virtudes que por medio de la inocente niña pedia á Dios aquel escelente Obispo, y la gracia del martirio por que suspiraba. Aquellas virtudes resplandecieron en efecto en el santo Prelado, siempre en grado heróico, como testifican los Misioneros franceses y españoles que le conocieron y trataron; y el martirio, y el derramamiento de toda la sangre por la fe de Jesucristo, lo acaba de presenciar el lector. ¿No deberemos, pues, sacar la consecuencia de tales precedentes, que la oracion inocente de los niños es de mucho agrado y valía delante del *Señor de la majestad, que gusta de hablar, como él asegura, con los pobrecitos y los pequeñuelos?*

Un año hacia que el V. P. Vicario Provincial de los Dominicos, Fr. José Fernandez, llevaba de padecer una enfermedad grave, cuando informado de lo que pasaba, y no atreviéndose nadie á darle acojida en aquellas terribles circunstancias, se vió necesitado á pasar á la mision de los Señores Franceses, en compañía de un Sacerdote secular indígena, llamado el P. Pedro Tuan. Muy bien fueron recibidos los huéspedes en aquel distrito; mas como en ninguno se hallaba seguridad, y los Misioneros podian decir con su divino Maestro, *que las zorras tenian sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, mas que ellos no encontraban donde reclinar la cabeza*, sucedió que tuvieron que refugiarse en casa de un gentil, que antes habia cumplido con los PP. Franceses como hombre honrado, recibiendo de ellos en compensacion grandes favores y

pruebas de amistad. Este pagano los trató muy bien los primeros dias, pero instigado sin duda como Judas del demonio de la codicia, con engaño y traicion los puso él mismo en las manos de los Mandarines perseguidores, el 18 de junio de 1838. Amarrado el V. P. Fernandez con cadenas dentro de la jaula, y su socio en los trabajos cargado con una pesada canga, los llevaron de la provincia de *Ninh-Bin* á la de *Nam-Dinh*, ó Meridional, donde con los mismos preparativos ostentosos que los Señores Obispos fueron recibidos en la capital el 22 del dicho junio. Presentados en el Tribunal confesaron ambos presos con mucho valor la fe católica que predicaban, añadiendo el P. Fernandez, «que solo para dar á conocer »á los pueblos de Tunquin esa fe sacrosanta habia pasado »á este reino del de España; que en esto se habia ocupado »por largos años, corriendo por todos los pueblos y visi»tando muchas casas, convirtiendo con la sagrada pala»bra multitud de hombres y mugeres.»

A las preguntas que podian comprometer á cristiandades, ó fieles en particular, se negó del todo á responder, como habian hecho los dos venerables Obispos. Entonces los nuevos presos fueron careados en el Tribunal con los Sres. Ignacio, Henares, y catequista Chieu, alegrándose sobre manera los cinco confesores de estar padeciendo juntos por la misma sagrada causa, esperando todos idéntico premio del Señor de misericordia, que uniéndolos en la tierra con los lazos de la misma caridad, les concedia que permaneciesen tambien unidos en la muerte temporal y en la vida eterna. El P. Tuan, como sus dignísimos Prelados y venerable Fernandez, estuvo firmísimo en la confesion de la fe, á pesar de la canga, las cadenas, la hambre, y otros tormentos, que Mandari-

nes y soldados le hicieron sufrir para que pisase la cruz en señal de apostasía. Viendo los Jueces del superior Tribunal de la provincia la firmeza incontrastable de los dos confesores, los condenaron á ser degollados; cuya sentencia, confirmada por el Emperador, se puso en ejecucion respecto del venerable Vicario Provincial el dia 24 de julio. El venerable sacerdote Pedro Tuan, consumido de los trabajos de la cárcel, habia muerto en ella el dia 15 del mismo mes, abandonado de todos, y sin mas auxilio en aquella hora terrible que la confianza y valor que el Señor le dispensaba, llevándolo á gozar de su presencia en premio de su probada fidelidad.

El venerable P. Fr. José Fernandez, metido en su estrecha jaula, y baldado de medio cuerpo, fue el dia de su martirio presentado por última vez en el Tribunal, donde el Mandarin superior, despues de leerle la sentencia, le dijo: *Ahora te se debe cortar la cabeza, mas si quieres pasar por encima de la cruz, te se dará libertad para que te vuelvas á Europa. No quiero pasar por encima de la cruz,* respondió con mucho ánimo el esforzado confesor: *si quereis cortarme la cabeza, cortadla.* Dada esta respuesta fué el venerable Padre sacado al lugar del patíbulo con la misma ostentacion de tropas, elefantes, pregones, etc., mencionados ya; y medio postrado, por no poderse hincar de rodillas, de un solo golpe de sable cortóle el verdugo la cabeza, desatando su alma para volar luego al cielo, como piadosamente se puede creer. Concluyó el venerable Padre su gloriosa carrera teniendo 64 años, y 73 su compañero D. Pedro Tuan.

Preso por un pagano en la provincia Oriental, ó *Hai-Duong*, el P. Fr. Vicente Yen, religioso Dominico indígena, y presentado á juicio en aquella capital, el grande

Mandarin, que no queria derramar la sangre de los cristianos, le propuso delante de los otros jueces «que dijese »era médico y no sacerdote, y se le perdonaria, pues de »lo contrario, él se veria obligado á dar parte al Rey, y »moriria sin remedio. *No, yo no soy médico, respondió el »venerable Yen, sino que soy sacerdote, y me ocupo en »ofrecer sacrificios á Dios, y en predicar la religion de Je»sucristo. Yo moriré con mucho gusto por esta causa.*» Negándose con incontrastable firmeza á mentir ó pisar la cruz, el Gobernador, absteniéndose de sentenciar al preso, dió cuenta al Rey de todo, pidiéndole permiso para remitir á aquel á la provincia Meridional, pues que era natural de ella. Burlándose sin duda el tirano de los *escrúpulos* del Gobernador, él mismo dió la sentencia de muerte contra el invicto confesor de la fe, disponiendo que se pusiese luego en ejecucion lo que mandaba. Esta orden llegó á la capital de la provincia el dia 30 de junio, y en el mismo dia fué notificada al venerable Yen, de lo que se alegró mucho, porque hacia largo tiempo que no deseaba otro fin mas dichoso que este. Se admiraban los Mandarines de verle tan alegre porque iba á morir, pudiendo haberse librado con solo pisar la cruz, ó fingir que era médico, cosas ambas para ellos de muy poca entidad; pero el valeroso confesor de Jesucristo, como verdadero hijo de Santo Domingo, les decia la causa de su contento, y de no haber redimido su vida por tan detestables medios, predicándoles con esta ocasion las verdades de nuestra religion santa. A las nueve de la mañana del mismo dia 30 salió el fervoroso sacerdote para el patíbulo, y era de grande admiracion á los Mandarines, á las tropas, y al inmenso concurso que le rodeaba, ver la serenidad y alegría que resplandecian en el rostro de aquel venerable an-

ciano, al caminar para el suplicio por su pie, cargado con la pesada canga, como el divino Salvador llevó en otro tiempo la cruz hasta la cima del Calvario. Luego que llegó al lugar destinado para el martirio, le quitaron la canga, y el Mandarin dispuso se colocara sobre una esterilla ó petate un colchoncito de algodon que sirviese al Padre en testimonio de honor y de algun descanso en aquella hora de su muerte; encima de tan blando asiento se arrodilló el mártir, se encomendó á Dios, y doblando el cuello, le fue por el verdugo cortada la cabeza de un solo golpe, rubricando con su sangre la fe que habia enseñado, yendo su alma á recibir en el cielo el premio que habia merecido. Los cristianos é infieles inmediatamente recojieron toda su sangre y vestidos, á cual mas podia, viéndolo los Mandarines, que á nadie incomodaron por ello. Todo concluido mandó el Gobernador coser al cuerpo la cabeza, y entregarlo todo á los cristianos para que lo enterrasen á su gusto, de lo que estos se alegraron mucho, y recojieron aquellos venerables restos en una caja que tenian preparada. Padeció el santo confesor siendo de edad de 73 años, en la capital de la provincia oriental, llamada *Hai-Duong*.

Presos los venerables Sres. Obispos, y llegada tan fatal nueva á oidos de un Sacerdote secular, anciano, de la Mision de los Dominicos, llamado el *P. Bernardo Due*, que estaba escondido en un lugar de cristianos de la provincia meridional, fué tal el deseo de padecer por Jesucristo que sintió en su corazon, que se empeñó en que los soldados, de que todo estaba lleno, le cojieran, dando gritos desde la casa donde se hallaba, y diciendo: *Yo soy maestro de la Religion; que vengan los Mandarines á prenderme.* Con esto los pobres cristianos que le hospedaban temian mucho, y juzgando aquel santo fervor del digno Sacerdote

consecuencia de la debilidad de su juicio, por la avanzada edad de 83 años, procuraban acallarle con grande ahinco, pero él sosegadamente les respondia: *que habia dado palabra al Ilmo. Vicario Apostólico D. Fr. Ignacio Delgado, de que si los Mandarines prendiesen á Su Señoría, él le seguiria para morir juntamente con él por la Religion.* Viendo los asustados fieles que ningunas razones bastaban para hacerle callar, no habia quien se atreviese á tenerle oculto en su casa; y llevándole al campo, lo pusieron en la choza de un leproso, por si de este modo conseguian imponerle silencio sin ellos comprometerse. Allí tambien incesantemente daba las voces acostumbradas, que oidas por los soldados entraron en la choza para informarse qué era aquello. El P. Bernardo, luego que vió delante de sí á sus enemigos, aprovechó tan buena ocasion, y les dijo: *El que quiera prender á un maestro de la Religion, aquí estoy yo.* Los satélites de la tiranía, que no buscaban otra cosa, inmediatamente le prendieron, y le presentaron al Mandarin depuesto, Trinh-Quang-Khanh, que estaba en el pueblo mas cercano, el cual mandó que le llevasen á la capital de la provincia. Luego que llegó le pusieron la canga, y le presentaron en el tribunal, donde confesó la fe con toda firmeza; y por mas esfuerzos que hicieron los Mandarines para que pisara la cruz, ofreciéndole la libertad, jamás pudieron conseguirlo. Esto sucedió el dia 3 de junio.

El dia 7 del mismo mes, el religioso Dominico y P. *Fr. Domingo Hanh,* sabiendo las pesquisas que hacian para prenderle en el pueblo que le ocultaba, huyó por unos campos en busca de otro refugio mas seguro; mas allí fué preso por unos infieles que se hallaban apostados en su camino, y entregándole á los Mandarines mas cercanos, estos le pusieron la canga y lo llevaron á la capital de la provincia

meridional. En una de las puertas por donde habian de entrar tenian puesto en el suelo un santo Cristo para que pasase por encima el venerable preso; mas este mandó quitarle, asegurando con grande espíritu: *que de otro modo, aunque le hiciesen pedazos no pasaria, pues de ningun modo, ni podia ni queria cometer tan horrendo crimen*. Los infames conductores se vieron, pues, precisados á obedecer á su cautivo, y quitaron la sagrada efigie, con lo que aquel traspasó el umbral con paso firme. Los dos venerables presos confesaron repetidas veces la verdad de la Religion de Jesucristo delante de los Mandarines perseguidores, quienes al venerable Hanh azotaron en ó dos tres ocasiones, y le atormentaron con grande crueldad, esperanzados quizá en que, si este pisaba la cruz, su anciano compañero seguiria tan funesto ejemplo. Cuando últimamente se convencieron que nada adelantaban en sus planes de impiedad, condenaron á muerte á los dos santos Sacerdotes, cuya sentencia fué confirmada por el Emperador el 12 de julio, y llevada á efecto el 1.° de agosto. Esta sentencia era doblemente inícua respecto al P. Dué, que segun las leyes no debia ser muerto por ningun delito, por pasar de 80 años, siendo castigados los ancianos de edad tan avanzada con encierro perpétuo, caso que el delito que cometiesen mereciese la última pena. El P. Dué, pues, no debia morir, pero bastaba que fuese cristiano para atropellar contra él todas las leyes, y privarle bárbaramente de todos los privilegios que estas le concedian, siendo el primer infractor el Soberano, por el odio que ardia en su pecho contra la Religion.

Del Tribunal superior, donde oyeron con alegría los dos confesores la sentencia de ser decapitados, salieron á las nueve de la mañana al lugar del suplicio, llevados en medio de inmenso gentío que todo lo obstruia. Cuando se acer-

caron al lugar destinado, el P. Hanh levantando la voz clamó á su venerable compañero, diciéndole: «Ya estamos »cerca; ahora debemos clamar mucho á Dios, y obtendre»mos lo que deseamos.» Asi lo hicieron ambos con grande fervor luego que les quitaron las cangas y cadenas, y les amarraron fuertemente los brazos. Leidas las sentencias, y estando el venerable Dué sentado por la suma debilidad de sus piernas, y arrodillado su compañero, á la señal del Mandarin hicieron los verdugos su oficio, y de un golpe instantáneo cayeron las cabezas de los mártires al suelo, terminando ambos su gloriosa carrera en el eterno descanso. Al punto los cristianos, delante de los Mandarines, recojieron á porfía cuanta sangre pudieron, y despues rescataron con dinero los restos sagrados, que enterraron con el debido honor. Fué martirizado el V. P. Fr. Domingo Hanh siendo de 66 años de edad.

Preso por predicar la santa ley de Dios el catequista *José Uyen*, de 63 años, y profeso en la venerable Orden Tercera de Sto. Domingo, padeció en la cárcel con indecible constancia innumerables tormentos, ya de azotes cruelísimos, ya del peso de una grande canga, ya tambien de sed y hambre, y de la debilidad consiguiente, sin poder ser vencido nunca por los Mandarines, empeñados en que pisase la cruz y apostatase de la religion que habia predicado. Desde el 29 de mayo en que fué preso hasta el 3 de julio de 1858, pudo sufrir el venerable catequista todos estos géneros de martirios; mas entreteniéndose en los últimos dias los crueles carceleros en darle vueltas al rededor del cuello con la canga, se le formaron grandes llagas que derramaban mucha sangre, con lo que postrada últimamente la naturaleza sucumbió; y aquella alma santa dejó la flaca carne para volar al cielo, donde creemos habrá sido

premiada con la corona y aureola del martirio, ganada generosamente en la tierra, pues vertió la sangre de su cuerpo por la fe del Divino Redentor.

El dia 1.° de agosto del citado año de 38, fué preso por astucia de los Mandarines y traicion de dos malos cristianos, el *P. José Vien*, sacerdote secular de la mision de Santo Domingo, que fué causa inocente de la furia de la persecucion en Tunquin, escribiendo las cartas á los europeos, que como se ha dicho ya, fueron cojidas y remitidas al Emperador por Trinh-Quang-Khanh. Como el depuesto gobernador tenia grandes deseos de que cayese en sus manos aquel sacerdote, se alegró mucho con su captura, lo mismo que el Emperador, que hizo con esta ocasion varios ascensos á empleos lucrativos en sujetos enemigos de la religion, y regaló 300 *Quan-Tien* á los soldados que habian hecho aquella prision, célebre por muchos conceptos.

Como aquella se verificó en la provincia Septentrional, cerca de la de *Hung-Yen*, le llevaron á esta, y sus Mandarines le examinaron y sentenciaron á muerte segun los vigentes edictos contra la religion. El dia 12 de agosto fué confirmada por el Emperador la sentencia judicial, y puesta en ejecucion el 21 del citado mes, con la misma ostentacion de parte de los Mandarines, é idéntica firmeza que los otros mártires, la del actual esclarecido confesor de Cristo. Murió degollado el P. José Vien á los 53 años de edad, y su cuerpo fué enterrado por los cristianos con religioso aparato en el solar de la iglesia de *Tien-Chu*, pueblo de su naturaleza.

El dia 29 de junio sitiaron los Mandarines el pueblo de *Ke-Mot*, de la provincia Septentrional, por haber llegado á su noticia que allí se ocultaba el *R. P. Fr. Pedro Tu*, religioso indígena, de la sagrada orden de Predicadores. Aquel

dia no lo pudieron prender, mas cojieron en el pueblo muchos libros y ornamentos sagrados, los soldados cometieron multitud de vejaciones con los pobres cristianos, que por redimirlas, y no pisar la cruz, á que los obligaban, gastaron no pequeñas sumas de dinero. Al otro dia 30, no solo fué cojido el venerable P. Tu, sino tambien el virtuoso cristiano, principal, de mas de 70 años, llamado *José Canh*, tercero de Santo Domingo, dos catequistas, *Francisco Mau* y *Domingo Uy*, y tres particulares cristianos del pueblo, *Tomás De*, *Agustin Moi*, y *Esteban Vinh*.

Preso el benemérito sacerdote, el Mandarin en cuyo poder cayó, pidió á los cristianos por su libertad seis barras de plata, ó 90 pesos, que ellos hubieran entregado con gusto; mas el venerable Ministro del Señor, que deseaba padecer el martirio con grandes ánsias, dijo á sus perseguidores: *Cuando aún no me habíais preso, podria buscar esa cantidad; pero ahora, ni puedo ni quiero. Dios ya me ha concedido que tenga el gran mérito de padecer, y estoy contento. No tengo plata para daros; llevadme inmediatamente al gran Mandarin.* Viendo que no conseguian lo que deseaban le pusieron la canga, y le condujeron á la capital de la provincia, llamada *Sanh-Ninh-Tai*. A la entrada de la ciudad pusieron un Crucifijo para que pasase por encima, y al llegar les dijo: *Llegará la noche y aún no habre bajado de este asiento* (en que lo llevaban) *si no quitan el santo Cristo.* Viendo en el carácter firme del santo confesor que cumpliria su palabra, quitaron de allí el Crucifijo.

Fué mucho lo que padeció el venerable P. Tu desde que le prendieron hasta el dia en que tuvo la dicha de derramar su sangre por la confesion de la fe.

Fué presentado varias veces en el tribunal para que pisase la imagen de Jesus Crucificado, y cruelmente atormen-

tado, despues de haber despreciado las promesas y las amenazas. Pero todo era en vano contra aquel pecho incontrastable, pues cuanto mas se empeñaban los enemigos en doblarle á la apostasía, tanto mas se esforzaba en predicarles las verdades eternas, aun estando cargado de cadenas y con una pesada canga al cuello, asegurando y protestando *que moriria gustosísimo por la religion de Jesucristo, como única y verdadera.*

El venerable anciano José Canh, cuando le mandaron en el tribunal de orden del Rey pisar la cruz, se arrodilló al pie de ella, la abrazó, se puso á rezar, y con gran fervor predicó á los Mandarines la verdad de nuestra santa Religion, esplicándoles quién era Jesucristo, á qué habia venido al mundo y cómo habia muerto en la cruz por redimirnos del pecado. Por último, les dijo *que de ningun modo podia obedecer al Rey en lo que le mandaban, y que estaba dispuesto á morir antes que cometer tal pecado.* Viendo los Mandarines la disposicion del venerable viejo, y que en vano se cansaban, mandaron á Domingo Uy, de 28 años de edad, que pasase por encima de la cruz; pero tambien se puso á predicar con gran fervor, manifestándoles con claridad que no podia obedecer. Llegada sucesivamente su vez á los otros cuatro, á todos unánimes los hallaron dispuestos á morir antes que acceder á tan horrendo sacrilegio.

Cuando se dió parte al Emperador de la prision de estos siete valerosos atletas de la fe, confirmó luego el tirano la sentencia de muerte que habian dado los Mandarines contra los venerables siervos de Dios Fr. Pedro Tu y José Canh; y como bestia fiera que no se hartaba de sangre, mandó tambien fuesen ahorcados, mas adelante, los otros cinco confesores, á quienes el tribunal de la provincia no habia condenado á la pena capital, sino á otras mas benignas.

Luego que llegó la real orden dicha, se reunieron otra vez los Mandarines, é hicieron lo posible para que los presos cristianos diesen el libelo de apostasía pisando la cruz; mas el venerable P. Tu se mostró, como antes, firme como una roca, animando á los demás para que tambien lo estuviesen, hasta tener la dicha de morir confesando la religion de Jesucristo; y predicaba á los Mandarines: *que se debia obedecer primero á Dios que al Rey.* Viendo los jueces tal firmeza en los siete, mandaron meterlos en los calabozos con cangas muy pesadas; y además á los venerables Tu y Canh les pusieron cadenas, que ellos, con muchísimo trabajo, injurias y desprecios, sufrieron con grande alegría y accion de gracias. El alcaide de la cárcel era bastante humano y compasivo, y dándole algun regalillo permitia que las gentes les visitasen. Con esta ocasion recibian muchas limosnas y *el venerable P. Tu predicaba á los cristianos que estuviesen firmes en la fe, y á los paganos que la recibiesen.* En ese tiempo confesó en la cárcel á unas 60 personas, teniendo tambien él mismo el gozo de recibir el Sacramento de la Penitencia, habiendo sido visitado por un sacerdote llamado el P. Khuong, confesándose ambos en esta ocasion. Cuando aquel Padre entró en la cárcel le dijo el alcaide: *Porque sé que eres sacerdote te dejo entrar ahora, pues siendo sacerdote no me causarás daño.* El mismo venerable P. Tu confesó repetidas veces á los demás futuros mártires, cuando les permitian juntarse; con lo que todos recibian grande consuelo y fortaleza de la sangre de Cristo, cuyos méritos Dios aplicaba sobre sus almas por la virtud del Sacramento.

Debiendo los Mandarines cumplir con la voluntad del Emperador, ya que no se atrevian á seguir los justos dictámenes de la propia razon y conciencia, señalaron el dia

5 de setiembre para decapitar á los dos mas condecorados presos, aguardando la orden del tirano para ahorcar á los cinco restantes. Cuando los venerables Fr. Pedro Tu y José Canh supieron habia llegado el dia de su sacrificio, se llenaron de un gozo inefable. El primero repartió algunas limosnas á los demás presos; principalmente á sus cinco compañeros y confesores de nuestra santa Religion, que quedaban afligidos porque no tenian la dicha de morir en compañía de su venerable maestro. Tambien dió cinco *Quan-Tien* á los verdugos que habian de ejecutar la sentencia, se puso el hábito de la Orden, y abrazado con una cruz de madera, que era todo su consuelo en la cárcel, puesto en oracion esperaba la hora deseada. El venerable viejo Canh tambien se vistió de blanco, como religioso Tercero, muy contento porque iba á morir por la fe. Cuando los Mandarines vieron asi vestido al P. Tu, se admiraron mucho, y le preguntaron: *¿qué significaba aquello?* á que respondió: *Este vestido blanco representa la limpieza y castidad, que nosotros apreciamos mucho: esta es mi cruz; el Rey me manda que la pise, y me perdonará para que viva, pero yo no quiero hacerlo, y por consiguiente moriré por esta cruz, hecha de dos palos, para tenerla presente y llevarla cuando vaya á morir*. Los Mandarines le concedieron que fuese al martirio con el santo hábito, y con la cruz.

Despues de esta sesion edificante, les sacaron de la cárcel para el patíbulo, al que iban rezando las Letanías de los Santos y dando muy contentos gracias á Dios porque les concedia la dicha de morir por su santísimo Nombre. Al venerable Tu le llevaban sentado sobre unas angarillas, amarrado con cadenas, y el venerable Canh iba por su pié, con una canga muy pesada; siendo ambos la admiracion de todos los Mandarines, y de un inmenso concurso de cristianos é infieles.

Luego que llegaron al lugar del suplicio, quitaron el hábito y cadenas al santo Sacerdote, que manso como una oveja se dejó amarrar fuertemente los brazos, lo mismo que hicieron con el venerable Canh, despues de haberles quitado la canga. Arrodillados los dos campeones de la fe, y encomendándose á Dios, recibieron sobre sus cuellos el golpe del alfange, que separando sus cabezas, dejó á sus almas libres para volar al cielo. Los cristianos é infieles recojieron la sangre, y la cruz un Mandarin para entregarla al R. P. Fr. Gerónimo Hermosilla, entonces superior interino de la Mision, y despues hasta el dia presente dignísimo y prudentísimo Vicario Apostólico del Tunquin Oriental. Sobre quién llevaria el cuerpo y cabeza del venerable Fr. Pedro Tu, hubo gran contienda entre muchos pueblos cristianos, en que tuvo que intervenir el gobernador de la provincia. Rescatadas despues con dinero aquellas preciosas reliquias, fueron enterradas en la cristiandad de *Nghia-Vu*, y el cuerpo y cabeza del venerable José Canh en la iglesia destruida de su pueblo.

Como la historia de los cinco compañeros de los venerables Tu y Canh, es una breve, pero poderosa apología de la gracia del Señor, que escoje los esforzados atletas de la religion donde le parece, aun de las clases mas bajas de la sociedad, para que, como los Apóstoles, pobres, ignorantes y débiles, triunfen de la riqueza, de la sabiduría y de la fortaleza del mundo, me dispensará el lector entre en algunos pormenores acerca de los sucesos de estos cinco mártires, en cuya narracion, sin embargo, procuraré ser muy breve.

Tomás Uy era catequista del venerable P. Tu, y el dia antes que fuesen cojidos, y cuando iban ambos á esconderse en la covacha que tenian dispuesta, aquel dijo á este

que se escondiera, que él se quedaria afuera por centinela; añadiendo con grande espíritu: *aunque los Mandarines vengan á registrar esto, y me prendan por Padre, sufriré y callaré, para que así pueda el Padre librarse y cuidar de sus ovejuelas: yo estoy dispuesto á padecer, si el Señor asi lo ordena; únicamente siento los trabajos que sobrevengan á los cristianos.* Despues, como se ha dicho, el maestro y el discípulo fueron entregados á traicion, y puestos en manos de los Mandarines.

Tomás De era sastre de profesion, del pueblo sitiado; y sabiendo que á todos los cristianos que salian al campo los obligaban á pisar la cruz, se estuvo quieto en su casa hasta que oyó venian los soldados á registrarla; dándose pues por preso, y tambien por muerto, por la firme resolucion que tenia de no pisar la cruz por ningun motivo, llamó á su muger, y con grande entereza y gravedad la dijo: *Toma á los hijos y márchate con ellos á casa de los abuelos; procurad trabajar como gentes de bien; servid y adorad al Señor del cielo. Yo, en esta batalla en que voy á entrar, únicamente espero en la gracia del Señor, y estoy resuelto á seguir al Padre. Yo no volveré mas; si os compadeceis de mí, orad para que se me concedan fuerzas para seguir al Padre, y nada mas.* Dicho esto se entregó en manos de los soldados, quienes le llevaron á la presencia del Mandarin, y habiéndole este propuesto que pisase la cruz, no quiso obedecer.

Agustin Moi y *Esteban Vinh,* pobres jornaleros, natural el primero de la provincia Oriental, de unos 31 años de edad, y el segundo de la provincia Meridional, y como de 25 años, se hallaban tambien en el pueblo sitiado, y salieron al campo con la demás gente á la voz del pregon; mas como no quisiesen pisar la cruz, se les puso la canga

al cuello, y fueron llevados á las cárceles de la capital de la provincia.

Francisco Mau era tambien catequista de los Dominicos, y se hallaba cuidando de una casa de la orden vecina al pueblo sitiado. Se acercó á donde estaban los Mandarines para informarse por sus ojos de lo que pasaba; y siendo conocido, le quisieron obligar á la apostasía, á lo que él se negó con grande resolucion. Presentado pues á los grandes Mandarines que estaban examinando al venerable P. Tu, y preguntado por aquellos ¿quién era? respondió sin titubear: *era uno de los principales discípulos del Padre*. Este, que oyó tal respuesta, sintió algun tanto hubiese cerrado con ella el catequista su rescate por los cristianos. Bien conocia el venerable Mau las intenciones del Padre; mas lleno de un fervoroso deseo de padecer por Cristo se acercó á él, y con humildad le dijo: *os pido, Padre, que tengais misericordia y me reconozcais por hijo, para que asi padezca juntamente con vos*. Tales palabras no pudieron menos de tranquilizar al venerable Padre sobre el particular, considerando cuán diferentes son los juicios de los hombres de los de Dios, y que el Espíritu Santo se comunica á quienes es servido.

Conocidos ya del lector los cinco venerables presos, entre con ellos y considérelos en una audiencia de los Mandarines, en cuyo tribunal estaban patentes diversos géneros de instrumentos de suplicio, como azotes, tenazas, y otros de grande crueldad. El P. Tu, que vivia aún, y era el gefe de todos los cristianos, sin temor á ningun género de martirio habia rehusado pisar la cruz, despreciando halagos y amenazas; separado, pues, por el Mandarin á un lado, le dirigió la palabra al catequista Domingo Uy, y con mucha dulzura y agasajo le dijo: *El Pa-*

dre ya está aferrado en su opinion; mas tú, muchacho de poca edad y joven hermoso, ¿para qué has de escuchar y seguir al Padre? Vamos, hijo, pisa la cruz, y te daré libertad para que te vuelvas á casa á hacer medicinas con que ganes de comer. El catequista respondió: *Con respeto saludo á la muy alta persona del Rey y á los tres Mandarines. Desde que yo fuí concebido en el vientre de mi madre, recibí dones y gracias del Señor del cielo: despues de haberme dado á luz mi madre, recibí nuevos favores de aquel Señor; ahora ya soy grande, y no tengo la osadía de abandonarle. Pisando la cruz pierdo la amistad del Señor, que me crió y dió el sér; ofendo además á los padres que me engendraron, pues me enseñaron y encargaron que observase la religion hasta la muerte. Item: ofendo á mi Padre sacerdote, que me ha alimentado é instruido en la religion de mi Señor para servirle y adorarle.* A esto el Mandarin sin alterarse le dijo: *Hijo, hablas bien, pero mira que tu Señor está allá arriba en el cielo, y esto es un madero* (señalando la cruz); *písalo, pues, y te daré libertad para que te vuelvas.* A lo que el venerable catequista respondió: *Pido al gran Mandarin que examine esto que voy á decir: mi Señor está en el cielo, y esto de aqui es un verdadero madero, pero es cosa de mi Señor, para adorarle y darle culto. Pongo por ejemplo: mis padres ya murieron, y sus almas están en otra parte; solo quedan aqui los cuerpos, y el Mandarin me manda que tome los huesos de mis padres y los conculque; ¿hay razon alguna para que yo pueda ejecutar semejante cosa? Pues ¿cuánta menos razon habrá para que yo pueda pisar y negar al Señor del cielo, que es el Criador de cielos y tierra?* A lo que el Mandarin dijo: *¿No te atreves á eso, pues te se cortará la cabeza.* A esto el invicto confesor de Cristo,

dando un salto de alegría y un gran grito, respondió: *Estoy dispuesto.*

Mandado este separar á fuera, el mismo gran Mandarin se dirigió al otro catequista, Francisco Javier Mau, con las espresiones siguientes: *Tienes bella presencia; pisa pues la cruz, y si quieres ser Mandarin, yo representaré á la Corte por ti; y si quieres volverte á casa á ser médico, tambien puedes.* El generoso confesor respondió luego: *No me atrevo á pisar la cruz.* Entonces tres ó cuatro ministros del tribunal le abrazaron, movidos de una falsa compasion, y llevándole hácia donde estaba el Crucifijo y demás objetos de la religion, le decian: *Anda por encima, no sea que el gran Mandarin te mate.* A lo que el venerable catequista respondió: *Es el Señor del cielo infinitamente apreciable; no, yo no me atrevo á pisarle.* A esto el Mandarin dijo: *Está bueno.* No habiendo conseguido nada contra el venerable Canh, á quien tambien solicitó á la apostasía, y el que hizo con acciones y palabras una magnífica apología de la Religion, se dirigió á los otros tres cristianos, *Tomás De, Agustin Moy* y *Esteban Vinh,* y les mandó pisar la cruz, á lo que ellos se resistieron, respondiendo todos como los catequistas Uy y Mau.

Los tres grandes Mandarines del Tribunal dieron parte al Emperador del resultado de esta célebre audiencia, y de las anteriores, y emanó de la Corte la sentencia de decapitacion contra los V. Tú y Canh, que tambien fue ejecutada como se ha dicho arriba.

Muy doloroso fue esto para los cinco venerables y futuros mártires, viendo frustradas sus esperanzas de subir al cielo en compañía de su amado Padre y Maestro, y debiendo quedar en la tierra por un tiempo indefinido, espuestos á nuevos y mas terribles combates, en los cuales

no sabian si serian vencedores ó vencidos. Estando, pues, en esta afliccion, se dignó el Señor consolarles con el suceso siguiente. En la tercera noche despues del martirio del P. Tú, les pareció que pasaba por junto al sitio donde ellos estaban dicho venerable, y que con voz clara é inteligible les decia: *No teneis por qué estar tan tristes y afligidos, pues la palma del martirio la conseguireis con el favor de Dios; pero todavía tardará, porque es preciso que hagais méritos.* Consolados y reanimados sus espíritus con este glorioso anuncio, entablaron desde aquel dia tal método de vida pura y ejemplar, cual corresponde á los mas esforzados confesores de Jesucristo, y públicos profesores de su fe; procurando, segun el encargo del Apostol y las palabras del venerable Tú, hacer cada dia mas cierta su vocacion y eleccion por medio de las buenas obras. «No se les ha vuelto á ver, dicen testigos oculares (segun »una carta del M. R. P. Fr. Domingo Martí, Vicario Pro»vincial que era entonces de la mision), señal alguna de »tristeza en sus semblantes en mas de un año de prision, »que fue todo el resto de su vida; ni los trabajos ni mise»rias de la carcel, ni las vejaciones de los carceleros y »soldados fueron suficientes á impacientarlos; lo único de »que alguna vez se lamentaban, prosigue el mismo Padre, »era de que Dios los trataba con mucha suavidad, y ape»nas les daba á gustar el caliz de su Pasion: esto lo atri»buian ellos á sus propios pecados, juzgándose indignos »é incapaces de sufrir una pequeña parte de lo que pade»cieron los antiguos mártires, y aun los novísimos de la »provincia Meridional. Preguntábales cierto dia el cate»quista colector de estas cortas noticias: *¿Cómo se halla»ban entre las molestias y penalidades de la carcel?* Y res»pondiendo el venerable Mau con gracejo y jovialidad,

»dijo: *Solo falta que nos traigan un pabellon que nos »defienda de los mosquitos, y un muchacho con un abanico »que nos haga viento.*

»Estos ínclitos varones, no contentos con todo lo que »habian sufrido y se les hacia sufrir por Cristo, añadian »ayunos y otras mortificaciones voluntarias, distribuyendo »á los pobres gran parte de las limosnas que á ellos se »les hacian. Admirados y edificados tanto los cristianos »como los gentiles, corrian al olor de sus buenas obras á »dar gloria á Dios, compungiéndose los unos de sus cul-»pas, que despues confesaban á los sacerdotes, y abju-»rando los otros sus errores y abrazando nuestra santa »Religion, recibiendo las aguas del Bautismo. Me pasmo »de admiracion al contemplar la sublimidad del juicio di-»vino, y la sabiduría y suavidad con que ordena y dispone »las cosas en favor de sus escojidos. Una carcel de Tun-»quin, antesala del infierno por la perversidad y desespe-»racion de sus moradores, en donde no se profieren otras »palabras que de abominacion y blasfemia, es ahora con-»vertida en cátedra de la verdad y escuela del cristianis-»mo, donde resuenan de contínuo las alabanzas de Dios, »y se publica y ensalza la gloria de su Santísima Madre; »y todo esto bajo la férula y á la vista de los mismos ene-»migos y furiosos perseguidores de la religion. ¿Qué dire-»mos á esto?.... Que son incomprensibles los designios del »Altísimo; que á su tiempo todas las cosas conspiran al »triunfo de la verdad; y que la generalidad del pueblo »Tunquino, y aun muchísimos de sus Mandarines, no son »enemigos de nuestra santa fe. Hay no pocos de estos que »positivamente la aprecian; y si tal vez, dominados de la »concupiscencia, que es raiz de todos los males, no se re-»suelven á abrazarla, sienten á lo menos el que se la per-

»siga, y claman contra la ciega crueldad del Rey y de sus »Ministros. Otros, aunque la persiguen, se conoce patentemente que lo hacen como por ceremonia, por no atraer »sobre sí la ira del tirano.»

En una carta que escribió el V. Francisco Javier Mau, cerca de un año despues que estaban en la carcel, dice así al P. Fr. Pedro Tuan, religioso Anamita. «Es razon que »nosotros los hijos, cuando nos presentamos al gran Man»darin, demos parte al Padre de todo lo ocurrido. Prime»ramente, el dia 19 del mes de agosto tuvimos aviso de »que el Mandarin grande nos llamaba. Cuando fuimos allá »ya estaban puestas en el suelo la estátua del Señor con la »cruz á cuestas, y un Crucificado con dos estampas de »Ntra. Sra. del Rosario y una cruz. Cuando nosotros hu»bimos ya entrado, el Mandarin grande nos dijo: *Todo »este tiempo habeis estado detenidos en la carcel con gran»dísimo trabajo; ahora, pues, pasad por encima de esas co»sas, y os daré libertad para volveros. ¿A qué os re»solveis?* Yo respondí en nombre de todos diciendo: *Saludo »con respeto al gran Mandarin. Yo propongo adorar á un »solo Dios, que es el Señor que crió el cielo y la tierra y »todas las cosas, y tambien mi alma y cuerpo; yo propongo »primero morir que pecar y ofender á mi Señor. El gran »Mandarin disponga que me corten la cabeza, ó me maten »de cualquier modo; yo obedezco y acepto.* Al momento el »Gobernador mandó á los soldados que me cojieran de la »canga y me sacaran á fuera, y hecho esto, preguntó al »*Oung-Uy,* el cual respondió lo mismo. Despues preguntó »á *Chu-De,* quien dijo en lengua sínico-anamita lo mismo »que habíamos respondido nosotros, y el gran Mandarin »dijo: *Este muchacho estudió idioma sínico-anamita tal »cual.* Despues preguntó al *Danh-Vinh,* y tambien respon-

»dió lo mismo. Despues preguntó á *Danh-Moi*, quien tam-
»bien respondió lo mismo; y el gran Mandarin ordenó
»á los soldados que los cargaran y los pasaran por encima
»de la cruz, cojiendo una vara y dándoles con ella golpes
»en las piernas. Danh-Moi esclamó diciendo: *Señor mio,*
»*libradme; yo entrego mi alma y cuerpo en manos de mi*
»*Señor*. Cuando llegaban ya hácia la cruz ordenó el gran
»Mandarin que los dejaran, y dijo: *Basta, volvedlos á la*
»*carcel*. En esta ocasion estaba allí otro preso que oyó á
»los dos Mandarines hablar entre sí de esta manera: *A*
»*estos hombres no se les puede perdonar; se les brinda con*
»*el perdon, y ellos no le aceptan*. Estas son las noticias que
»hay de nosotros.

»En la misma carta piden al P. Tuan que les per-
»done todas las faltas que en la carcel cometen contra la
»observancia de algunas abstinencias, y demás cons-
»tituciones de la Tercera Orden de penitencia de Santo
»Domingo, en la que eran novicios; y hacen la profesion
»por escrito en la misma carcel, ya que no podian hacerla
»de palabra, cuya letra es como sigue. *Item: nosotros*
»*cinco somos novicios de la Tercera Orden, y en los dias*
»2.°, 4.°, 6.° *y* 7.° *de la semana, algunas veces podemos*
»*observar el ayuno, y á veces dejamos uno ó dos dias, y á*
»*veces no observamos ni el ayuno, ni la abstinencia de la*
»*carne. Pedimos, pues, al Padre que estienda su larga*
»*y liberal mano para perdonar á estos sus hijos. Item: nos-*
»*otros pedimos profesar la observancia de la regla y esta-*
»*tutos de la dicha Tercera Orden, y pedimos al Padre que*
»*nos conceda el profesar así, lo mismo que si profesásemos*
»*en su presencia, para gloria y alabanza de Dios Nuestro*
»*Señor Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Noso-*
»*tros, Francisco, Domingo, Tomás, Agustin y Esteban, en*

»*presencia del P. Tuan, que hace las veces del Prelado de*
»*la Orden de Penitencia de Santo Domingo,* Vaong (era el
»Vicario Provincial Hermosilla), *nosotros prometemos y*
»*queremos vivir y observar las costumbres y leyes de la Or-*
»*den Tercera de Santo Domingo hasta la muerte.*

»En otra carta del mismo catequista Mau, escrita por
»el mes de noviembre al referido P. Tuan, le dice lo si-
»guiente desde la carcel: *Los que ya recibieron el Sacra-*
»*mento del Bautismo* (de los facinerosos de la prision) *son*
»*por todos* 14 *hombres, y saben ya muchísimas oraciones:*
»*seis de ellos ya saben el rezo cotidiano y el de los dias de*
»*fiesta; los otros ocho saben menos, pero aun actualmente*
»*estudian todos. El dia* 23 *de noviembre á medio dia vino*
»*decreto del Rey; y de aquellos nuevos cristianos, cuatro*
»*fueron sacados para el patíbulo; los tres habian recibido*
»*el Bautismo tres dias antes, y el otro acababa yo de bau-*
»*tizarlo cuando le sacaron. Al ir por el camino (segun oigo*
»*decir á la gente), iban siempre rezando en voz alta y cla-*
»*ra; y al llegar al lugar del suplicio rezaron del mismo*
»*modo la oracion de la recomendacion del alma, por lo que*
»*el Mandarin dispuso que los pusieran todos juntos en un*
»*lugar, separados de otros gentiles, que en aquella ocasion*
»*fueron tambien ajusticiados.*»

En la misma carta trata el venerable preso de otra audiencia que tuvieron de los Mandarines, en que se les invitó con el perdon si pisaban la cruz, á lo que todos se negaron. Llamado segunda vez el santo catequista, é instado mucho por los Mandarines á que obedeciese al Rey, escribe las palabras siguientes: *Entonces el Señor me ayudó, y dió fuerzas, y respondí diciendo: Saludo con reverencia al gran Mandarin. Yo propongo adorar y dar culto á un solo Dios, principio y origen de todas las cosas;*

Padre sobre todos los padres del género humano, y tambien Padre comun de todas las cosas; Rey sobre todos los Reyes; Señor sobre todos los Señores; Señor nobilísimo sobre todas las cosas, y no hay ninguna que sea comparable á él. Quiero mas morir que pecar y ofender mas á este mi Señor. Entonces el Mandarin indignado me riñó diciendo: *Esta gente, ¿qué come para embobarse tanto? ¡No se compadecen de sus padres! ¿Quién te engendró y sacó al mundo?* Entonces yo respondí: *Mi Señor crió á mis padres, que me engendraron; pero esto tambien procede de mi Señor, que me concedió el poder ser hombre.* Despues el Mandarin preguntó al *Chu-De*, y el Señor le iluminó para que respondiera y confesara: *Que el Altísimo Señor del cielo es el Criador del cielo y tierra, del género humano, y de todas las cosas.* Dicho esto, el gran Mandarin se enfadó mucho y le riñó con aspereza diciendo: *¿Qué, es vuestro Señor este madero?* (señalaba al santo Cristo). Entonces el *Chu-De* preguntó al gran Mandarin: *¿Dónde está el principio y raiz del ídolo A-Ba-Lan? Si el Señor Mandarin me corta la cabeza, yo veré la cara de mi Señor, arriba, en el cielo, con placer y alegría, que no tendrá fin.* Al momento se encendió en ira el gobernador, y mandó á los soldados que lo amarraran para azotarlo, mas poco despues él mismo dijo: *¿Para qué? ¿Para ensuciar el azote?* En seguida llamó al notario y le dijo: *escribe á la Corte, para que los lleven al patíbulo, y nos libremos ya de ellos.*

Una última carta se recibió sobre los presos, que escribió el catequista Chan que los visitaba, y en ella se lee lo siguiente. «El dia 18 de diciembre por la noche llegó el »decreto del Rey, en el cual se mandaba el último supli»cio de sofocacion contra los cinco que estaban presos por

»la fe. El Mandarin Bo-Chinh (es el Superintendente de
»los tributos), cuando vió dicho decreto se compadeció mu-
»chísimo de ellos, y á la mañana del dia siguiente pasó á
»la cárcel, mandó al alcaide que los trajera á su presencia,
»y les dijo: Ha llegado el decreto del Rey, y vosotros te-
»neis que morir hoy mismo. Yo me compadezco de vosotros
»porque sois jóvenes, y no teneis ningun pecado: morir
»porque os habeis aferrado con esceso en vuestra ne-
»cedad, es cosa que me da muchísima compasion. Ea, andad
»por encima del Crucifijo, que yo diferiré la ejecucion de
»dicho decreto, representaré, y sin duda el Rey os perdo-
»nará; no sea que matándoos quedeis perdidos. Los cinco
»venerables confesores respondieron en esta ocasion lo mis-
»mo que en las anteriores, y pidieron al Mandarin que se
»ejecutara lo que el decreto mandaba. El Mandarin otra
»vez les dijo: Pasad siquiera por encima de los pies del Cru-
»cifijo, y se os perdonará; mas ellos contestaron lo mismo.
»El Mandarin otra vez les dijo: Si no quereis pasar por
»encima de los pies del Crucifijo, no paseis, yo convengo
»en ello, mas por lo menos dad una vuelta al rededor de él,
»y tambien os perdono. Todo en vano, pues por mucho de-
»seo que tuviese el Mandarin de perdonarles, mayor le
»tenian ellos de morir por la fe de Jesucristo: y asi el cate-
»quista Mau, en nombre de todos, le respondió: *Hace mu-*
»*cho tiempo que nosotros deseamos sufrir la muerte por*
»*la Religion, como el sediento desea la bebida, y ahora*
»*por fin lo conseguimos. Pedimos, pues, al gran Manda-*
»*rin se ejecute lo que el decreto ordena.* Desesperanzado
»ya el gran Mandarin de poder de algun modo seducirlos,
»les dijo como por despedida: El morir vosotros, de voso-
»tros mismos proviene; no os quejeis ni lamenteis diciendo
»que el gran Mandarin no ha tenido misericordia. Dicho

»esto se volvió, y al momento escribió la sentencia que de-
»bia ponerse en la tablilla, y llevarla delante de ellos, con-
»cebida en estos términos. *Malhechores que siguen la*
»*Religion de Jesus; mucho tiempo han sido amonestados, y*
»*correjidos por dos ó tres veces, y no quisieron pasar*
»*por encima de la cruz; al punto sean llevados á estran-*
»*gular* (ahogar, tirando algunos hombres de una cuerda).
»Efectivamente, los sacaron al punto para el patíbulo, y
»como era tan celebrada la fama de estos venerables confe-
»sores de Cristo, al momento corrió la voz, y se llenó la
»carrera de un inmenso gentío de todas clases y condicio-
»nes. Iba nuestro famoso catequista Mau con la mayor bizar-
»ría, rebosándole el gozo interior de su alma, diciendo á
»todós que se iba al cielo, y despidiéndose de ellos con es-
»presiones de júbilo y santa edificacion. Los otros cuatro
»iban sumamente modestos y recojidos, con las manos jun-
»tas y levantadas ante el pecho, rezando con mucha devo-
»cion. En fin, unos y otros iban á su modo, testificando la
»verdad y santidad de su Religion. Llegados al lugar del
»suplicio, rezaron con grande espíritu y fervor las oracio-
»nes de la recomendacion del alma, é invocando sin cesar
»el dulcísimo Nombre de Jesus, fueron ajusticiados por
»sofocacion, segun la sentencia, como á las doce del dia
»19 de diciembre de 1839. Inmediatamente se agolparon á
»porfía, no tan solo los cristianos sino tambien los gentiles,
»á recojer cada cual su reliquia. Ropas que usaron, sogas
»con que fueron atados, y aun creo que algunas cangas
»que llevaron en vida, todo lo recojieron y repartieron; y
»aun se temió que hubiese ruidos y sucediesen nuevos tra-
»bajos por los muchos pueblos que pretendian sus venera-
»bles cuerpos; pero nada sucedió, á Dios gracias, y si bien
»no todos los cuerpos fueron trasladados y sepultados en

»donde nuestro P. Vicario habia ordenado, á lo menos to-
»dos descansan entre los cristianos, y así se dejarán por
»ahora, ya por evitar disturbios, y ya porque los tales cris-
»tianos son en algun modo acreedores á conservarlos, por
»los peligrosos esfuerzos que hicieron para sacarlos del in-
»fame lugar del suplicio.»



CAPITULO XVII.

Concluye la historia de las persecuciones de la Iglesia Anamita, hasta los últimos martirios de estos dias, y fin de la obra.

Viuda ya la Mision de los PP. Dominicos por la muerte violenta de sus Pastores, lo quedó tambien la de los Señores Franceses por la defuncion de su Vicario Apostólico el Ilmo. Obispo Castoriense D. José María Pelagio Havard, anciano y venerable Señor, que por una especial proteccion de Dios habia sido guardado entre tantos trabajos, pero que últimamente sucumbió lleno de pena, por el acrecentamiento de tantos males, y las fatigas y privaciones de una vida contínuamente errante y sin sosiego. MM. Candath y Vialle tuvieron la misma suerte que el Vicario Apostólico; otros mas felices espiraron en los suplicios, entre los que descuella el Ilmo. Mr. Pedro Domoulin Borie, tambien Francés de nacion, que nombrado Coadjutor y Obispo de Acanto, aún no habia recibido la consagracion episcopal. Entregado por un cristiano traidor que le habia dado asilo en su casa, fué preso y llevado á la cárcel, donde se hallaban ya dos Presbíteros Anamitas, y otros muchos Confesores. *Pedro Tu*, su discípulo y catequista, habiendo sabido su prision, le salió al encuentro, y demostró con su aficion al futuro mártir que tomaba parte en sus cadenas, como lo hizo en efecto, siendo preso y encerrado en la misma cárcel por los Mandarines. Todos juntos pasaban allí los dias de su cautividad cantando himnos y salmos, y Monseñor Borie llamaba siempre la atencion de los paganos por su alta estatura, y la dulzura y bondad de su trato, que llenaban á todos de admira-

cion. Cuando antes de ser preso fué sorprendido por los soldados, él se puso en pié, y les dijo como el Salvador: *¿A quién buscais?....* Entonces hubo entre aquellos un instante de hesitacion á la vista de aquella figura magestuosa y de aquella estatura tan estraordinaria en su pais. Cuando cargado de hierros entraban las gentes á visitarle por curiosidad, aprovechaba el Confesor aquellas ocasiones para anunciar libremente al pueblo la palabra de vida eterna: lo hacia esto con tanta bondad, y tal gozo animaba siempre su semblante, que oyéndole los paganos quedaban siempre conmovidos, y se decian los unos á los otros: *Este maestro ciertamente que enseña la Religion con todas las veras de su alma; si él pudiera instruirnos despacio, abrazaríamos con gusto su doctrina.* Los cristianos tambien en tropel le visitaban para testificarle su amor y su dolor, y los Mandarines mismos le trataban con una atencion especial. El futuro mártir no pensaba sino en sus cristianos, y sobre todo en aquellos entre los cuales habia sido preso, por cuya causa no descansó hasta que obtuvo de los Mandarines que no les molestasen por lo pasado.

Habiendo sido examinado primeramente por un Mandarin de inferior categoría, fué azotado, segun exijen las leyes, cuyo tormento, aquella y otras veces, le soportó el Ilmo. Borie con grande constancia y resignacion. A su ejemplo, su discípulo Pedro Tu sufrió del mismo modo rigurosas torturas, sin ninguna muestra de debilidad. Aquel ilustre Confesor, en medio de los tormentos con que fue probado, dió admirables documentos de desconfianza propia, así como de valor. *Yo soy de carne y hueso como los demás* (respondió á los Mandarines que le preguntaban si sentia el dolor de los terribles azotes que descargaban sobre él), *mas esto nada importa; y antes y despues de la tor-*

tura, estoy igualmente contento. Otra vez el Mandarin, maravillado de la constancia con que, inmoble, se dejaba golpear de la vara, le dijo: *Suponiendo que vayais á la Corte, debeis saber que allí está encendido un grande fuego, y preparadas tenazas caldeadas, con las que vuestras carnes serán arrancadas á pedazos. ¿Podreis vos sobrellevar este tormento?* El mártir le respondió: *Cuando el Rey lo mande, obedeceré; pero no oso presumir nada de mí mismo de antemano.* El 24 de noviembre de 1838, la sentencia de muerte dada por los Mandarines fué ratificada por el Soberano, y se advirtió á los prisioneros se preparasen para la ejecucion, que debia ser el mismo dia. Monseñor Borie debia ser degollado; los dos venerables Presbíteros Anamitas, *Vicente Diem* y *Pedro Khoa,* ahogados con cordeles; *Pedro Tu* y otro *Confesor* deberian esperar en la cárcel el momento de su muerte, que se difirió por entonces.

El suplicio de los dos Presbíteros Anamitas concluyó pronto; pero el del Ilmo. Borie fué espantoso y lleno de horror. El ejecutor medio borracho no sabia lo que se hacia; el primer sablazo lo descargó en la oreja del mártir, y descendió la cuchilla hasta la quijada; el segundo cayó sobre la espaldilla y tornó hácia el cuello, mas no separó la cabeza del tronco. A esta vista el Mandarin criminal retrocedió espantado y conmovido: por fin, fueron menester siete golpes para acabar esta obra de sangre, durante la cual el santo sacerdote no arrojó un grito, ni tan solo un ¡ay! En castigo de su bárbara torpeza, el verdugo fué condenado á recibir cuarenta azotes con el bejuco. Concluida la ejecucion, cristianos y paganos, Mandarines y soldados se arrojaron á porfía sobre los despojos, y se los disputaron como un tesoro: algunos fieles reclamaron y obtuvieron la permision de darle honrosa sepultura.

En lo que faltaba de año y en el siguiente, fueron muertos por la fe muchos otros sacerdotes, catequistas y cristianos de los Vicariatos de los Franceses en Tunquin y en Cochinchina. Entre tantos siervos de Dios (y por no tener datos á la vista) solo puedo recordar los nombres gloriosos de *Mr. Delamothe*, sacerdote europeo; *Tomás Thi*, *Andrés Doung*, *Pedro Koang* y *Santiago Nam*, Misioneros indígenas, dos principales cristianos, llamados *Antonio Dinh* y *Miguel Cúi*, con los catequistas *Pablo Van-Mi*, *Pedro Van-Duong*, y *Pedro Van-Truat*. Estos tres últimos estuvieron presos desde junio del año 37 al 18 de diciembre del año 1838, en que gloriosamente dieron su vida por la verdad de la religion.

En el año de 39 rompen la brillante marcha del escuadron de los mártires en la mision dominicana, los ilustres soldados del ejército imperial terreno y de la Milicia celestial llamados *Agustin Huy*, *Nicolás The* y *Domingo Dat*. Desde que en el mes de abril del año 1833 obligó Trinh-Quang-Khanh con horribles tormentos á muchos soldados cristianos á pisar la cruz, los tres dichos atletas de la Religion se resistieron con grande fortaleza á obedecer el impío precepto del Mandarin, y por mucho tiempo despreciaron generosamente sus halagüeñas promesas, lo mismo que las amenazas, y mil géneros de tormentos que sufrieron. No contento el tirano con azotarlos cruelísimamente en diferentes ocasiones, mandó que por el espacio de un mes los sacasen todos los dias á la puerta de la ciudad, con la cabeza *rapada* y una grande *canga* al cuello, para que los ardores del sol les tostasen, sufriendo las picaduras de las moscas y mosquitos, y, lo que les era mas sensible, los insultos y perversas insinuaciones de sus camaradas y compañeros de armas, que instigados del demonio, de su propia malicia, y

tambien de los grandes Mandarines, no dejaron de tentarlos todo aquel tiempo. No fueron estos solos los peligrosos combates que por Cristo y su fe hubieron de sostener: en los mismos tribunales les insultaron, maltrataron, y atentaron seducirles infinidad de veces; pero en vano, pues fortalecidos y defendidos de la divina gracia como de un muro sólido é inespugnable, no pudo vencerlos ninguno de sus adversarios. Sus propias mugeres é hijos, parientes y amigos se presentaron mas de una vez en la carcel, á fin de apartarles de su santo propósito, lo que al fin ¡ ó dolor! consiguieron, despues de tantas batallas ganadas, y conseguidos tan esclarecidos triunfos. ¿Quién, á vista de este ejemplo terrible de debilidad humana, podrá confiar jamás en sus propias fuerzas? ¡Qué golpe tan terrible para los cristianos! ¡Qué escándalo para los flacos! ¡Qué afliccion para los fuertes! ¡Qué triunfo para la gentilidad! ¡Y qué dolor tan profundo para toda la santa Iglesia! Mas el Señor, que tal vez por oculta soberbia de sus valientes soldados les habia dejado caer en tan horroroso abismo, quizá para nuestro escarmiento, otra vez los alumbró y fortificó con su divina gracia, para que viesen el precipicio en que habian sido derrocados, y se levantasen con mas fuerzas para vencer definitivamente la temerosa batalla contra el infierno.

Horrorizados los tres compañeros infelices de su terrible crimen le lloraron amargamente, y al tercero y cuarto dia se presentaron impávidos delante del fiero Trinh-Quang-Khanh, confesando con arrepentimiento su pecado, y dispuestos de nuevo á derramar por Jesucristo hasta la última gota de su sangre. El Mandarin, que temia verse vencido en nueva lid, despreció sus protestas, y llamando á los principales de los pueblos de su naturaleza, ordenó que se los

llevasen, y no les permitiesen volver á incomodarle, pues sin duda estaban ya locos rematados.

Sensible y dolorosa disposicion fue esta para los arrepentidos soldados, pues que no solamente se les arrebataba con esto la palma del martirio, sino, lo que les era mas intolerable, quedaba aún en pie el escándalo de su apostasía, y el desdoro en cierto modo de la religion cristiana. Amargo sobre manera y terrible era el dolor de sus corazones; y no permitiéndoles reposo ni sosiego el celo de la gloria de Dios, determinaron pasar á la misma corte del Emperador, para protestar delante de él de la violencia que se les hacia, y declarar á la faz del mundo su firme adhesion y permanencia en la religion cristiana. Aprobado este santo propósito por algunos PP. Misioneros, principalmente por el virtuoso Ilmo. Sr. Obispo de Cebú, entonces existente en Tunquin, y reparadas y confortadas sus almas con la recepcion de los Santos Sacramentos, partieron para la Cochinchina *Agustin Huy* y *Nicolás The*, quedándose *Domingo Dat* en su patria, por no poder acompañarlos entonces, mas remitiendo con ellos su profesion de fe por escrito. A principios del mes de junio del año 39, llegaron á la Corte los dos ilustres mensajeros del nombre del Señor, y practicaron á su placer cuanto habian proyectado, con asombro y admiracion del tirano perseguidor, y de los Mandarines del supremo tribunal. Bramando de furor el Monarca Anamita y los sátrapas de su consejo, luego sentenciaron á los dos confesores presentes á ser entregados á los verdugos, para que en la playa del mar les partiesen con grandes segures los cuerpos por los lomos, y los arrojasen al agua, *para que así,* dice el decreto imperial, *se pueda conocer con toda claridad, y sirva á todos de escarmiento.* Concluida la sentencia, dis-

poniendo que *Trinh-Quang-Khanh* esplorase con toda claridad la voluntad de *Domingo Dat*, y comunicase el resultado al Soberano, para obrar segun él fuese.

La disposicion sangrienta del Emperador fue luego ejecutada en los venerables *Agustin Huy* y *Nicolás The*, á mediados del mes de julio, volando sus dichosas almas al cielo á recibir la palma y corona, debida á sus muchos y muy gloriosos triunfos. Aunque la sentencia era como queda espresada, segun cartas del Ilmo. Coadjutor de Cochinchina se llevó á efecto de diverso modo, pues cortadas primero las cabezas, los hicieron cuartos y los arrojaron al mar.

El V. Domingo Dat supo muy luego el martirio que se preparaba á sus santos compañeros, y las órdenes que se daban al Gobernador, concernientes á su persona. Todo el tiempo anterior se habia empleado en orar por el feliz éxito de la gran empresa comun, y en arreglar los negocios de su casa, como quien esperaba la muerte. Cuando supo por otro compañero suyo que le iban á llamar á la capital de la provincia, se ocultó con intencion de prepararse á la batalla: al anochecer, pues, del dia que llegaron los soldados á su pueblo, se escapó en busca de un P. Misionero, y habiendo recibido el Sacramento de la Penitencia, volvió á su casa por la madrugada para tomar ropa limpia y asistir al santo sacrificio de la Misa, en la que habia de recibir la sagrada Comunion. Creyendo su muger que se iba para no volverlo á ver mas, le tomó con ternura la mano, y toda anegada en lágrimas le dijo: *Señor, ¿con que os resolveis á dejarme, y tambien á esta inocente niña?* (era el único fruto de su matrimonio). Palabras fueron estas que traspasaron el sensible corazon de tan buen esposo y cariñoso padre como lo era Domin-

go Dat, quien no mudado, pero sí conmovido, la consoló con piadosas reflexiones, y luego la dijo: *De aquí á un rato baja á la hija á la casa de Nhien-Quang para que yo la pueda ver un poquito mas;* y dicho esto tomó su ropa, y se fué á asistir á la última Misa que habia de oir en este mundo, y recibir la sagrada Eucaristía, como viático de la vida eterna. Confortado ya el soldado de Jesucristo con el divino pan, fue á visitar á sus parientes y amigos, acariciar á su querida hija contra su pecho, y á consolar á su afligida esposa. Despues se presentó el intrépido héroe á los soldados que habian venido á prenderle, y en su compañía pasó á la casa comun del pueblo, donde encontró á los principales, y á una inmensa multitud de gentes que habian venido á despedir á su paisano. Entrando allí saludó con la reverencia del pais á todos, despidiéndose de ellos, y pidiéndoles le encomendasen á Dios; en seguida dijo á los principales: *Mi patria, hija y muger dejo al arbitrio de la Divina Providencia, y pido al pueblo que tenga misericordia de mi muger y de mi hija.* Dicho esto hizo otra profunda reverencia, y se fue con los soldados. Sus parientes, amigos, y todos los que habian concurrido á la despedida, lloraban enternecidos; solo el martir, elevado sobre todos los afectos de la carne y sangre, salió de su patria con serenidad y alegría, diciendo: *Mis dos hermanos ya consiguieron las delicias celestiales, pero* Dat *aún está impedido, y no las ha conseguido todavía.* Dicho esto se armó con la señal de la cruz, y sacando el Rosario lo fue rezando por el camino con mucha devocion. Al pasar por el Phu halló algunos soldados, sus antiguos camaradas, los cuales, movidos de veneracion hácia un hombre que sabian caminaba para el martirio, inclinaron todos con respeto su cabeza; pero el venerable martir rehusó

aquella demostracion con civil urbanidad y cristiana modestia, diciendo: *No me atrevo á aceptar ese obsequio;* á lo que ellos respondieron: *Id, señor, en paz y acordaos de nosotros.* Llegado á la metrópoli de la provincia, y presentado en el tribunal de los Mandarines, rehusó con fortaleza pisar la cruz, como se lo mandaban, por lo cual dieron parte al Emperador, el cual lo sentenció luego á ser estrangulado.

El dia 18 de julio salió pues el generoso confesor para el suplicio. Llegado al lugar destinado halló una estera fina estendida en el suelo por una piadosa muger, y sobre ella se arrodilló, prosiguiendo sus oraciones. Poco despues vinieron los verdugos, y quitándole la canga, y tendiéndolo en tierra con los brazos abiertos en forma de cruz, se los amarraron fuertemente á dos estacas clavadas en el suelo, luego le ataron igualmente los pies á otra, quedando así el cuerpo bien asegurado. Dispuesto en esta forma le pusieron al cuello una cuerda larga formada en lazo, de cuyas opuestas estremidades, dada la señal por el Presidente, tiraron á un tiempo seis hombres; pero no se sabe cómo se enredó la cuerda, que aunque tres veces tiraron con todas sus fuerzas, no lo pudieron acabar de sofocar. Advirtiendo esto un soldado llamado Tu, que aunque infiel se habia compadecido mucho de los trabajos que padeció el venerable martir en la carcel, y le habia ayudado á soportarlos, sirviéndole en lo que podia, corrió á componer la cuerda para que no padeciera tanto, y despues le dijo:

Ya os he compuesto la cuerda; id ahora en paz, y acordaos de mí. A esto el paciente, mas atento á la salud espiritual de su bienhechor que á los tormentos que él sufria, le respondió: *Os pido, Señor, que os convirtais y abraceis mi religion.* Al acabar estas palabras tiraron otra

vez los verdugos, y quedó sofocado luego, subiendo su dichosa alma triunfante á la gloria. Ahogado ya del todo, el Mandarin presidente dijo á los verdugos: *Ese hace milagros: no ha muerto, no; es menester retorcerle bien el cuello;* ellos obedecieron, hasta que quedó convencido el Mandarin que estaba muerto á su satisfaccion. Los habitantes de *Punhai*, solícitos en honrar á su santo paisano, alcanzaron, no sin gastos, su venerable cuerpo, y lo enterraron con pompa en la casa de su hermano mayor.

En el mes de mayo de 1839 fué preso por los emisarios de Trinh-Quang-Khanh un celoso sacerdote, religioso de Santo Domingo, natural tambien del pueblo de *Phu-Nhai*, como los tres soldados de quienes se acaba de compendiar la historia.

Llevándolo delante de los grandes Mandarines, y no queriendo pisar la cruz ni decir el paradero del M. R. P. Fr. Gerónimo Hermosilla, fue en esta primer audiencia golpeado veinte veces con el bejuco, y otras noventa en distinto dia, en que le hicieron no solamente saltar la sangre en abundancia, sino á pedazos la carne de todo su cuerpo. Estos crueles suplicios los sufrió el santo sacerdote con heróica paciencia; pero quedó tan desfallecido, que ni podia comer ni beber. No le dió mucho tiempo para restablecerse el bárbaro tirano, pues á los dos dias volvió á azotarle con mas ferocidad aún, usando los verdugos de bejucos emplomados, con los que añadieron heridas sobre heridas y llagas sobre llagas. Arrojaba el colérico Mandarin fuego por los ojos y furias por la boca; mas el santo martir protestaba siempre: *Que jamás consentiria en abandonar su religion.* Volvió pues el gobernador á mandarle administrar otros veinte azotes, que cayendo, no ya sobre la carne sino sobre los huesos, puédese considerar el terrible dolor que causarian al

paciente, quien amenazado con mas atroces suplicios, estuvo siempre inmoble en la fe, sostenido por la divina gracia. Á los pocos dias, y sin estar todavía cicatrizadas sus llagas, recibió el siervo de Dios otros veinte azotes con grande efusion de sangre, é inducido á que pisase la cruz y se le perdonaria luego, respondió con intrepidez: *Si me matan, que me maten; de ningun modo yo pasaré por encima de la cruz.* Tan terminante y valerosa respuesta no la dejó el fiero Trinh-Quang-Khanh impune, sino que le mandó dar otros treinta azotes, acompañados de improperios, y fue en el acto encerrado en la carcel de los condenados á muerte. No dejándole aún en la carcel los emisarios del gobernador en paz, el santo martir les dijo: *El Padre (esto es, yo) no es ningun niño para que se le tiente así siempre; ya ha dicho que no pasa por la cruz; aténganse á eso, y acábese la causa.*

Entre tanto fué preso el R. P. Fr. Domingo Xuyen ó Doan el dia 18 de agosto, cuando se revestia para el santo sacrificio de la Misa. Presentado á los Mandarines y preguntado quién era, respondió sin titubear: *Yo soy Xuyen, Sacerdote de la Religion.* Convidado con la libertad si daba alguna plata que le pedian, repuso: *Si el Mandarin me perdona, me hará favor, y si me lleva preso, aguantaré; yo en verdad solo tengo mi cuerpo vacío, sin bienes algunos que poder dar.* Empeñándose poco despues en rescatarle los principales del pueblo de *Ha-Linh,* el venerable Padre les dijo: *Pídoles á ustedes que traten de la indemnidad del pueblo con ese dinero; en cuanto á mí, déjenme al arbitrio de la Divina Providencia, y no hay por qué estar solícitos. Dios ha obrado conmigo esta gran misericordia; por lo tanto no hay que tratar de mi libertad con dinero, porque será perderlo inutilmente y oponerse á la voluntad de Dios.*

Presentado el P. Xuyen al tribunal de Trinh-Quang-Khanh, despues de haber pasado un dia sin comer por orden del bárbaro gobernador, este le dijo: *Es usted hombre de buen aspecto, ¿cómo ha llegado á tanta demencia?*

A estas preguntas, y á otras que le hicieron, acompañadas de terribles amenazas, respondió el confesor de la fe lo que debia con suma prudencia, pero con grande miedo y temor de la parte flaca.

Instado, pues, otra vez por el impío Mandarin á pisar el Crucifijo, el venerable Padre, juntando las manos ante el pecho, y derramando copiosas lágrimas, hizo una profunda reverencia al divino Redentor crucificado, y respondió: *Si el Mandarin se compadece, me hará favor, y si me corta la cabeza, lo sufriré; eso de pasar por encima de él, no me atrevo.* Compadecidos los soldados, y viendo su peligro, le exhortaban diciendo: *Señor, pasad por el Crucifijo, no sea que murais y quedeis perdido;* pero el venerable Padre, confortado de lo alto, respondió: *Si muero, que muera.* Ardiendo aquí en ira el cruel gobernador dijo: *Sacadlo de ahí y matadlo á azotes; ¿para qué dejar con vida á esta gente tan dementada?* Dada esta bárbara orden, lo sacaron los verdugos con grande algazara, y arrojándolo en tierra, lo amarraron de pies y manos á tres estacas clavadas en el suelo, segun costumbre; pero le estiraron los crueles tan fuertemente los pies y brazos, que se le descoyuntaron algun tanto los huesos. Dispuestos en esta forma comenzaron los verdugos su carnicería, y entre los chasquidos del azote se oia la triste voz del paciente mártir que clamaba sin cesar: *¡Jesus! ¡María! ¡Señor mio, socorredme!.... ¡amparadme!....* Voces capaces de enternecer á cualquier corazon humano, pero que solo servian para mas encender la ira del feroz Mandarin, que contestaba á

ellas diciendo: *Dadle de firme;* lo que ejecutaron en términos que vino á perder totalmente, no solo el habla sino hasta el movimiento, de suerte que lo daban por muerto ya. Entonces mandó el furioso Trinh-Quang-Khanh cesar el tormento, y que lo desataran para que fuera á hacerle el *Lay*, como se acostumbra; pero el venerable Padre quedó tendido en el suelo sin poder levantarse, ni aun hablar, por lo cual lo cargaron los soldados, y lo llevaron á la cárcel. A los siete dias, y cuando el cuerpo del mártir estaba aún cubierto de profundas llagas frescas, fué presentado otra vez al tribunal para que pisara el Crucifijo, y respondió: *Que viva ó muera, de ningun modo yo abandono la Religion del Señor del cielo, ni paso por encima de la imagen de aquel que todo lo crió: yo prefiero morir para vivir con mi Señor por los siglos de los siglos, á escuchar á los Mandarines para conseguir vivir ahora por algun tiempo y despues morir eternamente.* Al llegar aquí ya no pudo sufrir mas el soberbio gobernador, y dirijiendo la palabra á sus ministros, dijo lleno de ira é indignacion: *¿A qué escuchar mas á este mentecato? Por cuanto él ha sido ya hechizado hace mucho tiempo, no se le puede amonestar.* Aquellos obedecieron al momento; á los treinta terribles azotes se aplacó la ira del tirano, y mandó cesara el suplicio, remitiendo al santo confesor al Mandarin de justicia para que le formara el proceso.

Pocos dias despues se presentó un malvado denunciando al venerable Padre como mayordomo del Señor Vicario Apostólico, y glorioso mártir, D. Fr. Ignacio Delgado, añadiendo, que cuantos bienes tenia este Señor habian ido á parar en manos del actual preso. Dicho Mandarin de justicia, que por su avaricia insaciable ha sido famoso entre todos sus compañeros, creyó ver abierta una

mina de donde pudiese sacar oro y plata á montones. Examinó al siervo de Dios, y negando éste tuviese en su poder ó en el de otras personas dinero alguno, dijo el avariento ministro: *Este villano tiene hígado (es valiente)*, y ordenó á los verdugos que caldearan las tenazas al fuego para quemarle con ellas las carnes destrozadas por los azotes. Este horrendo suplicio lo sufrió el santo mártir con heróico valor, viendo humear por mucho tiempo aquellas partes de su cuerpo que mordian las enrojecidas tenazas, sin que el Mandarin consiguiese lo que pretendia, ni viese dar al paciente la menor muestra de flaqueza. Viendo su impotencia el tirano redobló el tormento, mandando á los verdugos que no calentaran las tenazas, sino que con ellas frias pellizcaran al reo y le arrancaran á pedazos la carne: este tormento cruel y diabólico no bastó á rendir las fuerzas del espíritu, pero sí las del cuerpo del generoso mártir, pues perdió totalmente el sentido, quedando como muerto entre las manos de aquellos bárbaros.

Preguntando á los pocos dias Trinh-Quang-Khanh por el preso, el capitan de la guardia le respondió que se le estaban pudriendo ya las carnes, de suerte que no se podia sufrir el hedor que despedia, aun á mucha distancia, porque el Mandarin de justicia, añadió, *nuevamente lo ha atormentado con tenazas*. El gobernador se admiró de esto, aunque como los lobos no se muerden los unos á los otros, dejó el negocio así, disponiendo solo fuese curado el preso: ya, pues, no le atormentaron mas, y el 25 de octubre remitieron la causa á la Corte, cuya sentencia de muerte vino confirmada el 26 de noviembre, y aquel mismo dia puesta en ejecucion.

Los venerables PP. Fr. Tomás Dú y Fr. Domingo Tu-

yen, reunidos anteriormente en la cárcel, salieron tambien ambos juntos para el patíbulo con inefable gozo de sus almas. Llegados al lugar del suplicio, y arrodillados sobre una estera, estuvieron los dos santos compañeros en oracion, mientras los verdugos degollaban á siete facinerosos. Despues siguió el venerable P. Dú, cuya cabeza fué cortada de un solo golpe. No tuvo tanto acierto el ministro de justicia con el venerable P. Tuyen, á quien del primer golpe solo le hirió de gravedad: invocó entonces el paciente mártir el dulcísimo Nombre de Jesus, y el verdugo le dijo: *Señor, tened paciencia; ha sido yerro mio;* y repitiendo los tajos acabó de cortarle la cabeza, y abrió paso franco á su dichosa alma para entrar triunfante en la gloria, á donde le habia precedido su compañero. La sangre de los venerables mártires fué recojida con santa emulacion por los cristianos, y sus cuerpos yacen actualmente en el pueblo de *Luc-Thuy*.

Debiendo yo por las circunstancias especiales de esta obra, y por la premura con que se pide su impresion, ser muy breve en lo que me queda que decir acerca del estado de la Religion en el Imperio Anamita, se contentará el lector con saber los nombres de los mártires que restan hasta el dia, con algunas circunstancias mas notables de sus suplicios.

El venerable catequista llamado Agustin Dien, de la Mision Dominicana, fué preso en el mes de noviembre de 1839; y otro catequista tambien, llamado Tomás Toan, cayó en manos de los soldados en 16 de diciembre del citado año: estos dos, antes fuertes atletas de la Religion, por respetos humanos y propia debilidad pisaron la cruz. Pero arrepentidos pronto de un crimen tan enorme, resistieron despues á mil horribles suplicios, con los que fué

tentada su paciencia y acrisolada su virtud, muriendo el primero degollado, y el segundo de hambre, en el año 1840.

El venerable Padre y religioso Dominico Anamita Fr. José Hien, preso en 20 de diciembre de 1839 por nuestra sagrada Religion, sufrió por dos veces en el tribunal tan terribles azotes, que despues sus carnes se corrompian y caian á pedazos. Este santo mártir, con sus eficaces exhortaciones y los Sacramentos que administró á los dos venerables catequistas anteriores, caidos en la apostasía, fué mucha causa de la invencible fortaleza que despues manifestaron y martirio que consiguieron. El venerable Hien, si no fué compañero de aquellos en el pecado, lo fué en la corona de mártir, que recibió el dia 9 de mayo del año de 1840, en que fué degollado por la confesion de nuestra santa fe católica.

El religioso Dominico y venerable P. Fr. Domingo Trach, tambien natural de Tunquin, fué preso el dia 10 de abril de 1840, estando enfermo de tisis consuntiva, y siendo de una complexion muy debil, entonces casi extenuada. Azotado cruelísimamente el dia 5 de mayo por tres feroces verdugos, que le dieron 42 golpes de bejuco, y sufrido otros muchos tormentos de hambre, sed, azotes é inauditas violencias, que no pudieron conmover jamás su ánimo, últimamente el 18 de setiembre murió degollado, subiendo luego su alma al cielo para gozar de Dios eternamente.

La Mision de los Señores Franceses en el Tunquin, entre otros mártires que tuvo en el año de 1839, contó tambien á los ilustres y venerables Sacerdotes Andrés Lac y Pedro Thi, que murieron degollados por la fe el dia 20 de diciembre del referido año.

El 10 de julio de 1840 otros dos nuevos confesores, presos desde el año 38, regaron con su sangre el campo floreciente de aquella santa mision. Estos dos últimos mártires sufrieron grandes trabajos en su dilatada cárcel, hasta el dia arriba dicho, en que fueron degollados. El uno de estos esforzados campeones era catequista del Sr. Borie, santo mártir de quien ya se ha hecho mencion, y el otro cristiano particular, y médico; siendo el nombre del primero Pedro Tu, y el del segundo Antonio Nam.

Muchos de los venerables mártires que padecieron por la fe en Cochinchina y Tunquin durante los años 38, 39 y 40, no me ha sido dable mencionarlos en este escrito por faltarme noticias sobre ellos, y no tratar yo de intento de tan ilustres héroes; me basta hacer notar al lector lo horrendo de tan fiera persecucion, que no concluyó ni disminuyó algun tanto sino con la vida del tirano Minh-Manh. En ese año memorable de 1841 murió el perseguidor, y en el mismo dia de su muerte recibió la Iglesia viuda Anamita al Ilmo. Sr. Retord, Obispo consagrado en Manila, con otros cuatro Misioneros Europeos, uno Español, y tres Franceses. Al mismo tiempo que aquella desolada Iglesia abrazaba á uno de sus pastores, la Mision de Santo Domingo tuvo una alegría imponderable con la consagracion del Vicario Apostólico y su Coadjutor, que recibieron los M. RR. PP., firmísimos atletas de la fe, D. Fr. Gerónimo Hermosilla y D. Fr. Romualdo Gimeno, Misioneros de la nacion Española.

Con tantos acontecimientos deseados, y sin duda porque el Señor oyó misericordiosamente las voces, y vió las lágrimas de los perseguidos cristianos, y de todos los católicos allende los mares, lo cierto es que desde ese año Tunquin y Cochinchina gozaron por largo tiempo de paz,

ó siquiera de alguna bonanza en la deshecha tempestad que acababa de pasar sobre ambos reinos. Muchos sacerdotes franceses fueron presos en los años siguientes; pero se les dió libertad por las vivas reclamaciones de su nacion, que intervino en el negocio de la persecucion con fuerzas navales, y obligó á la tiranía á ser algo mas circunspecta en su furor, devolviendo á la Francia cinco de sus hijos, aherrojados en las cárceles, y ya condenados á muerte. Como esta no fue generosidad sino temor, se puede decir que la persecucion no cesó, sino que estuvo vigente en todo el reinado de Thieû-Tri, aunque solapada y tímida, como en los primeros años de Minh-Manh. Todos los crueles edictos anteriores estaban vigentes, y ninguno se habia revocado por el nuevo Rey; por esto, pues, muchísimos cristianos fueron presos, y azotados por no querer pisar la cruz, y condenados por los Mandarines á otros géneros de tormentos, como á destierro en provincias lejanas, y á ser soldados. El *P. José Truc* y el *P. Fr. Domingo Dat*, sacerdotes de la Mision de Santo Domingo; el *P. Tomás Nguyen* y otro llamado *Khanh,* de la Mision francesa de Tunquin, con el célebre catequista *Nhan,* fueron cojidos y presentados en la capital de la provincia Meridional, y allí azotados y encarcelados; mas no siendo Gobernador el terrible *Trinh-Quang-Khanh*, aquellas causas se siguieron con poco calor, y ninguno de los presos consiguió la palma del martirio, aunque algunos de ellos habian sido condenados á muerte, y estaba esta sentencia aprobada por los tribunales superiores de la Corte.

La prision el año 1845 del Ilmo. *Sr. Lefebre* á poco de la muerte de *Thieu-Tri,* y de la exaltacion de *Tu-Duc*, su hijo, que actualmente reina, conmovió á toda la Iglesia Anamita, y todos creyeron que se volverian á ensangren-

tar ambos reinos; pero el jóven Emperador se contentó con enviar á Singapur á aquel Ilmo., reclamado por la Francia con sus buques de guerra.

Todo, pues, iba de bien en mejor en Tunquin y Cochinchina, cuando un acontecimiento ruidoso vino á turbar al Emperador y á sus Ministros, heridos en lo mas vivo de su amor propio é intereses de cuantía, por las naves francesas que destruyeron la escuadra Anamita bajo los mismos fuegos de los fuertes de *Turon*. Esto sucedió al principio de 1847; y el Emperador Cochinchino bramó de furor al saber la terrible catástrofe de sus naves, unas incendiadas y otras echadas á pique por la *Gloriosa* y la *Victoriosa*, mandadas por el Vice-Almirante Mr. Lapier. Este, despues de una pérdida tan grande como habia causado al Emperador Anamita, le habia enviado á decir por medio de sus Mandarines: que si se proponia perseguir á los Misioneros franceses como *Minh-Manh* su abuelo, él volveria otra vez á *Turon*, y tomaria mas ruidosa venganza. Desgraciadamente no pudo ejecutar Mr. Lapier sus amenazas, pues intentando ir al reino de Corea, donde tambien estaba perseguida la religion, sus naves dieron en unos bajos, y ambas se perdieron, salvándose empero la tripulacion y artillería, con ayuda de buques ingleses que volaron al lugar del infortunio.

En aquellos dias, y tal vez queriéndose aprovechar los ingleses de la desgracia ocurrida á los franceses, pretendieron hacer un tratado de comercio con Cochinchina, para lo que fué á *Turon Sir Davis*, Gobernador de Hong-Kong, con un vapor y una fragata de guerra. Parece que la embajada que llevaba el inglés para el Emperador Anamita no fué recibida por este, pues si aquel soberano estaba mal con los franceses que le destruyeron su escuadra,

mas receloso debia estar con los ingleses, por las guerras desastrosas contra China, y por el poder colosal de su marina, existente en el cercano puerto de Singapur, como perpétua amenaza contra los estados vecinos, principalmente contra el suyo. El Emperador Anamita mostró, pues, en aquella ocasion el desvío acostumbrado hácia todas las naciones cristianas, inclusa la Inglaterra, y el Gobernador de Hong-Kong se volvió á aquella plaza sin fruto alguno de su viaje.

Ya sea por la dicha embajada inglesa, ó por otras vias, pronto llegó á noticia del Emperador Anamita la pérdida de las naves francesas, con lo que envalentonado, no teniendo por entonces que temer, dió rienda suelta á su ira, prohibiendo de nuevo la religion cristiana, y dando nuevo vigor á los decretos de su abuelo, disponiendo *que luego que fuese cojido algun Misionero europeo ó indígena fuesen degollados, sin necesidad de que aguardasen los Mandarines de la Corte la confirmacion de las sentencias.* ¡Oh! si desde entonces acá hubiera aparecido en Tunquin ó Cochinchina otro Trinh-Quang-Kanh, que secundase en su furor de persecucion á Tu-Duc y á sus primeros Ministros, las llagas, aún no cicatrizadas, de la Iglesia Anamita se hubieran renovado con mayor crueldad, y la sangre hubiera corrido á torrentes. Sin embargo que ninguno de los Mandarines quiso imitar al *Daciano* de la provincia Meridional, que los Misioneros habian aprendido á guardar mejor sus personas, y que los cristianos, ya soldados viejos en estas batallas, estaban mas animosos y resueltos, y ayudaban con celo mas inteligente á sus Ministros á esquivar la furia de algunos Mandarines, de ninguna manera se pudo evitar mucha efusion de sangre de cristianos y catequistas, en azotes y otros tormentos que sufrieron, la pérdida de gran parte de la ha-

cienda de los fieles particulares y del comun de las Misiones, y que los venerables confesores de Cristo, *Mr. Sufler* y *Mr. Bertrand*, franceses de nacion, fuesen degollados, con dos *Sacerdotes Anamitas*, desde el año 1848 hasta el de 56, en que tambien sufrieron la misma pena por la fe *otros dos venerables sacerdotes indígenas*, y un tercero, llamado *Pedro Tinh*, el 9 de abril del año pasado de 1857.

Una de las cosas en que mas se ha empeñado la iniquidad del Emperador y de los Mandarines en estos últimos años, no ha sido solo en regar las misiones con sangre, sino principalmente destruirlas con industria diabólica, obligando á los niños cristianos á frecuentar las escuelas de la superstición, para que aquellas plantas tiernas de la Iglesia adquieran en el campo del error una sávia venenosa y mortífera, que las aje, las marchite y las pierda para siempre. Claro está que cuanto mas el astuto Emperador procurara descristianizar á la Iglesia, y destruirla por sus fundamentos con este sistema infernal, con tanto mas cuidado debian velar los Misioneros en neutralizar los planes del impío, arrojando de los pueblos cristianos á los ministros de la iniquidad, lobos vestidos de piel de oveja, que *con el disfraz de erudicion en las letras sínico-anamitas, solo intentaban pervertir la juventud cristiana*. Así sucedió en efecto; y he aquí la causa de haberse acrecentado la persecucion, que ha acabado de trastornar la provincia Meridional de Tunquin, donde existen mas de 150.000 cristianos, y en la que ha sido víctima de su fervoroso celo el esclarecido martir Español y Vicario Apostólico del Tunquin Central D. Fr. José María Diaz Sanjurjo, Obispo de Platea. La causa de su prision fué el haber mandado aquel Señor á los cristianos, que poco á poco fuesen dejando sus hijos de asistir á las escuelas que regentaban cuatro maestros de letras sínico-

anamitas, que imbuian á los muchachos en principios supersticiosos. Los cristianos obedecieron, y los muchachos fueron desertando de las aulas hasta dejarlas vacías. Aunque se hizo esto paulatinamente y no de un golpe, no dejaron de conocer los maestros de escuela de dónde procedia el tiro contra ellos. Viéndose sin discípulos abandonaron los pueblos cristianos, pero fué para presentarse al Mandarin de justicia, y delatarle la residencia del Sr. Vicario Apostólico, del Ilmo. Coadjutor, y de otros sacerdotes Europeos. Luego que el Mandarin recibió el memorial, lo puso en manos del gobernador de la provincia, que parece no es sanguinario, y recibió ocultamente regalos del venerable Sr. Diaz, á quien habia prometido su disimulo, y aun proteccion, y que le avisaria con tiempo cuando hubiera peligro. El gobernador, pues, no hizo caso al principio de la delacion infame de su compañero instado por los maestros de escuela; pero por último se vió precisado á obrar, por temor quizá al Emperador; y sin avisar nada al futuro martir mandó tropas á sitiar el pueblo en que residia, y otro de las inmediaciones. El P. Vicario Provincial de la mision, cuando oyó la noticia, instó repetidas veces á su Pastor á que saliera del pueblo y se pusiera en salvo; mas confiado el Ilmo. Diaz en la palabra del gobernador, y suponiendo falsas las voces de sitio, ó mas bien, queriendo el Señor cumplir los deseos de su siervo, que no pedia ni ansiaba otra cosa con mas veras que el martirio... lo cierto es que rehusó salir del lugar de su residencia, cuando cercado ya el pueblo le buscaban de casa en casa. En la que últimamente entró á instigaciones de un catequista que le acompañaba, estaba seguro de las pesquisas, porque habia sido registrada; en aquella hora llegó tambien orden del gobernador que se levantase el sitio del lugar, y los soldados se aprestaban á salir y volverse

á la capital, prendiendo al delator en lugar del Vicario Apostólico. Dispuesto asi todo tan favorablemente, he aquí que este Señor abandona la casa de su refugio, y á vista de los soldados procura como esconderse entre unas plantas que allí estaban sembradas, y luego se sienta bajo un árbol, donde permanece tranquilo. Lleno de susto el catequista ruega encarecidamente al venerable Señor que entre en la casa: mas el Vicario Apostólico le manda que se retire y le deje. En esto le ven los soldados, se avisan unos á otros, y en el mismo momento todos acuden, y se oye una confusa gritería y un alboroto desconcertado, que como chispa eléctrica se estiende por todas partes, y no cesa en una hora. Los esbirros del traidor que capitaneaba la chusma se arrojan sobre el Prelado, que ni huye ni hace resistencia; y como si el pectoral les estorbara llevar á cabo su maldad, se lo quitan del pecho, y le atan fuertemente con las cuerdas que traian preparadas. Así maniatado le presentan al comandante de la tropa, pero este respetó la nobleza, y admiró la alegría del Venerable preso, y mandó desatarle, entrando ambos en una amistosa conversacion, que continuaron hasta el rio, distante como un cuarto de legua. Entretanto que S. Ilma. caminaba al barco, toda la chusma entró al saqueo en la casa del santo Pastor, que, como Cristo, se entregaba á la muerte por sus ovejas. En aquel lugar y en las casas vecinas todo fué robado, con los libros y papeles de la correspondencia del Venerable Obispo, y hasta el dinero que pocos dias antes habia recibido para el socorro de la mision, y que estaba guardado en un lugar oculto.

El modo estraño con que el Sr. Diaz Sanjurjo se dejó prender, siendo un sugeto tan sereno, esperto, ágil, y de una prudencia consumada, admira á todos cuantos lo oyen; y sus compañeros de mision no pueden menos de

atribuirlo á instinto sobrenatural, ó á una especial mocion del Espíritu Santo. Este venerable Señor, que cuando entró en Tunquin era de una grande robustez, de alta y erguida estatura y de hermosa presencia, llevó á la mision un espíritu verdaderamente Apostólico; pero el celo de la honra de Dios, que ardia en su pecho como un volcan, el amor del Señor que le abrasaba de dia y de noche, y la oracion y la penitencia, que hermanaba siempre con el cumplimiento exactísimo de los deberes de su estado, le habian estenuado de tal suerte, sin enfermedad alguna, que segun el testimonio de dos Misioneros con quienes he hablado recientemente, no constaba el siervo de Dios en sus últimos dias sino de los huesos, los nervios salientes, y la piel; la pintura ó retrato que me hicieron de tan venerable persona, parece una copia de la que dejó escrita Santa Teresa de Jesus del admirable héroe de la penitencia San Pedro de Alcántara: sin que el retrato esterior de la austeridad desdijese de las otras virtudes, que todas resplandecian en grado eminente en el nuevo mártir, cuya pérdida es llorada amargamente por los Misioneros Españoles y Franceses.

Dejando ya esta pequeña digresion, paso á la historia. Del lugar de la prision fué llevado el venerable Sr. Diaz al *Tuan-Phu* mas cercano, donde se le formó causa conforme á las leyes vigentes del Imperio contra la Religion católica. Por no alargarme demasiado pasaré en silencio las declaraciones de algunos testigos idólatras, que no son otra cosa que un conjunto de ridículas estravagancias, y me limitaré á lo mas importante de este suceso segun lo refiere el Ilmo. Sr. D. Fr. Melchor García Sampedro en carta de 22 de febrero de este año.

El alcalde de Buichu dió la siguiente declaracion ante

los jueces. «Soy, dijo, natural del lugar de Bui, y junto con »otras varias personas de dicho lugar creemos y seguimos »la Religion de Jesus: teníamos iglesia para el culto, y casa »para el Misionero; pero cuando S. M. espidió Real orden »prohibiendo rigurosamente dicha Religion, se destruyó »todo, mas despues á hurtadillas volvimos á hacer nueva »iglesia y casa. Años há llegó á dicho pueblo el maestro »An (1), y permaneció allí algunos dias predicando dicha »Religion, y despues marchó sin que yo sepa á dónde: »finalmente, el 19 de esta luna llegó otra vez junto con »cinco ó tres discípulos, cuyos nombres ignoro; ellos »continuaron su viaje, y él entró en la iglesia con ánimo »de celebrar las funciones. Antes de tener lugar á hacer »nada, fué sitiado y cojido por la tropa. En la misma oca»sion fuí tambien cojido yo. Al presente estoy dispuesto á »morir antes que pisar la cruz.»

Esta es la declaracion de dicho alcalde.

Sentencia pronunciada contra el venerable Sr. Diaz por el gran Mandarin del distrito.

«Yo Nguyentan, junto con los grandes Mandarines »del crimen y de hacienda, en atencion á que la falsa Re»ligion del que dicen Jesus está severamente proscrita, y »bajo las mas graves penas prohibida por nuestras leyes, »y que á pesar de esto, este Europeo, maestro de dicha »secta, ha tenido la osadía de introducirse en nuestro rei»no con el fin siniestro de presentar lo falso como verda»dero, y seducir á los vasallos incautos de V. M., cojido

---

(1) Este era el nombre del venerable Señor en lengua anamita.

»por las tropas confesó de plano su delito; pero permane-
»ce aferrado en su error, y prefiere morir antes que pisar
»la cruz. Tan horrendo crimen aunque tuviera cien bocas
»no podria negarle; en atencion á todo esto, juzgamos y
»sentenciamos que se le corte la cabeza á dicho reo, que
»se tire al alto para que todo el mundo la vea, y luego
»sea arrojada al rio; y así conocerán todos que las órde-
»nes Reales tienen vigor y fuerza, son acatadas y obede-
»cidas. En cuanto al alcalde de Buichu sentenciamos, que
»por cuanto su descuido fué la causa de levantar iglesia
»y casa, y que el Europeo pudiera entrar en dicho pue-
»blo, sea condenado como receptor de gente proscrita,
»que sufra el castigo de cien bastonazos, sea depuesto de
»su dignidad y vaya á destierro perpétuo, sin que le sufra-
»gue gracia Real alguna. Tanto la iglesia como las cosas
»del Misionero sean confiscadas, y recojidos en esta capi-
»tal los libros, ornamentos, etc., etc., sea todo quemado
»públicamente.=Los vecinos de dicho pueblo que han
»sido seducidos á seguir tal secta, el Toparca cuidará de
»instruirlos en nuestra religion, y hacer que se aparten del
»error y sigan la verdad.=El teniente alcalde mayor sea
»depuesto, y sufra cien bastonadas.

»*Premios.* El comandante del sitio, y los gefes que con
»tanta lealtad y destreza sitiaron, etc., sean todos agra-
»ciados con un grado mas. El alcalde mayor, cuya con-
»cienzuda vigilancia descubrió tal reo, sea promovido á
»la dignidad Báho; los soldados que cojieron al Europeo
»reciban segun las órdenes vigentes 300 onzas de plata,
»y el primero que cojió al reo, llamado Dinhvantien, sea
»premiado con la charretera de oficial, y contado el mas
»digno. Tanto del Prefecto como de sus dependientes no
»juzgamos conveniente hacer mencion de ellos; todo lo

»que humildemente elevamos al conocimiento de V. M., y
»esperamos merezca vuestra Real aprobacion.»

Sentencia Real.

«Año 10 del reinado de Tudúc, 6.° dia 7 el Decano
»Quocdung y el Mandarin Phan Huyoinh por mandado de
»S. M. remitimos la sentencia Real de la causa instruida
»por el gobernador de la provincia Namdinh, con fecha
»dia 4 del mes 5.° de este año.

»Prohibiendo nuestras leyes con todo rigor la falsa
»Religion del que llaman Jesus, y habiendo tenido ese
»Europeo José An, maestro principal de ella, la osadía de
»entrar en nuestros dominios á seducir nuestros vasallos
»que la sigan, y siendo reo confeso y convicto, ordenamos
»y mandamos que tan luego como se reciba nuestra Real
»orden, se le corte la cabeza, y se arroje al alto para ge-
»neral escarmiento de otros, y despues al rio, para arran-
»car de una vez la raiz de tantos males. En lo demás
»confirma la sentencia de este tribunal, y añade nuevos
»premios al gobernador y á los dos grandes Mandarines.
»En cuanto al P. Trac, dice, señalo otros seis meses de
»término para que irremisiblemente sea cojido; todo lo
»que será obedecido y cumplido puntualmente.=Siguen
»las firmas, etc.»

Hallándose el venerable preso en la carcel cargado de cadenas, y próximo á salir para el lugar del martirio, aún pudo consolar á los hermanos con la siguiente carta.

† J. M. J.=«Carísimos Señores y hermanos mios:
»salud y gracia.=Este pecador, *vinctus in Domino*, salu-
»da y se despide de todos hasta la Gloria. Perdon les pido

»de todos los disgustos y ofensas. Este cepo y cadenas »son regalados adornos llevados por Jesus. Mi alma rebo»sa en alegría, esperando que mi sangre se derrame, y »unida con la que nuestro amable Redentor vertió en el »Calvario, purifique todas mis iniquidades. Confio me »ayudarán con fervorosas oraciones á conseguir el don de »fortaleza y perseverancia final. Supongo que pocos dias »me restan, pero entre estos leopardos-sanguijuelas se »hacen muy largos los dias. ¡Ojalá sean el purgatorio de »mis pecados! Escribo con una rajita de caña en la hoja »de un libro, y no puedo alargar esta. Mi declaracion no »compromete á nadie, y la verdad queda salva. Hay mu»cho empeño en cojer al *P. Trac* (Religioso Anamita de »Santo Domingo). Me prometian salvar la vida de ambos »si le hiciera presentarse; y me ví comprometido para evi»tar sus preguntas sin ofender la verdad: gracias al Se»ñor ya salí del apuro, y ahora, si me preguntan, les res»pondo *ad Ephesios*. Al Señor Tricomiense recomiendo »los muchachos; y concluye: el Tu tiene especial mérito »por no querer dejarme hasta que fuí preso. Adios, ami»gos, por última vez. Cárcel de *Nam-Dinh* y mayo 28 de »57.=*Fr. José María.*»

Esta carta está inserta en otra del entonces Coadjutor y ahora dignísimo Vicario Apostólico del Tunquin Central, el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Melchor García Sampedro, quien despues de lamentarse de la prision del V. Sr. Diaz, y pintar al vivo el grande temor de los cristianos, unos dispersos, otros ocultos, y todos llenos de terror pánico, de las desgraciadas noticias de *la total destruccion de la hermosa iglesia de Bui-Chu, de la de Luc-Thuy, Phu-Nhai, del Hospicio de la Santa Infancia, de un Beaterio, del Colegio de la lengua Latina, del de Moral, etc., etc.*, pro-

sigue de este modo: «Saben los Mandarines que los cris-
»tianos, á ejemplo del divino Jesus, deben dar, y dan la
»capa al que quiere quitarles la túnica; y por lo mismo,
»dejando ese medio, se valieron en la presente ocasion
»del de obligarles á pisar la cruz..... Uno de los tres Man-
»darines grandes dió orden para que inmediatamente sa-
»lieran algunos oficiales de la tropa, y pusieran la imagen
»de nuestro Divino Jesus en las puertas de la ciudad, y
»que cuantos entrasen, sin distincion alguna, pisaran ¡qué
»dolor! la imagen de su Criador. Esta orden fue cumplida,
»y no solo los cristianos, sino muchos infieles se horrori-
»zaban de tamaño crimen, y no se atrevian á entrar ni
»salir. Lo mismo mandó practicar á la puerta del cuartel;
»y de este modo nadie podia visitar al preso. No contento
»el demonio con esto, aún les sugirió otro ardid para lle-
»nar sus deseos, y fue obligar á todos los barquitos de
»pescadores á pisar la cruz; entre ellos habia cristianos,
»y gracias al Señor confesaron la fe con valor.»

A los 18 dias de escrita la anterior carta, ó sea el 20 de julio, decapitaron por la fe al Ilmo. Sr. Diaz, sobre el mismo tapete que le servia para decir Misa.

He procurado averiguar circunstanciadamente, y con la exactitud posible, los pormenores del martirio; y copio fiel y escrupulosamente la siguiente relacion. «Yo Nicolás
»Ky, natural del pueblo de la Virgen de Doungbien, en la
»alcaldía mayor de Quananh de Toparquiachanninh, Pre-
»fectura de Thientrang, y provincia de Namdinh, actual
»Oficial del ejército, obedezco en referir lo que vi cuando
»decapitaron al Sr. Obispo An.

»El dia 29 del mes sesto (agosto) me hallaba en las
»tiendas de estramuros de la ciudad, con motivo de cierto
»negocio. Cosa de las doce del dia supe que iban á deca-

»pitar al Obispo An. Fuí corriendo á la carcel, y entrando
»donde estaba S. S. Ilma., hallé ya la tropa formada. El
»Sr. An estaba en oracion, vuelta la cara á la pared: in-
»mediatamente trajeron la canga y la pusieron al cuello del
»V. Señor, y acto contínuo le sacaron al patíbulo. El Co-
»mandante del piquete era el Teniente general, que iba en
»un elefante, y el Coronel en otro; los demás gefes iban
»á pie. Le llevaron por la puerta del Norte con direccion
»á las Siete Yugadas, lugar de ajusticiar los reos; yo, aun-
»que no era del piquete, fui acompañando á mi pastor, sin
»separarme de su lado. S. S. Ilma. conservaba el sem-
»blante alegre; con una mano levantaba la canga, y con
»otra la cadena; pero no podia andar, ya por el peso, ya
»por ser la cadena corta, y el ramal que pendia del cuello
»estaba unido con los dos de los pies, de modo que no
»podia levantar la cabeza. La escolta instaba á que ace-
»lerara el paso, y S. S. Ilma. respondió que no podia
»mas; pero los soldados le dijeron que dejase la canga des-
»cansar sobre el cuello, y levantase la cadena con las dos
»manos; y el V. Señor obedeció. Cuando llegó á las Siete
»Yugadas, el Comandante mandó formar en cuadro, y el
»V. Señor quedó en el centro. El Comandante estaba fuera
»del cuadro, pero el Coronel en su elefante estaba junto al
»V. Señor: yo tambien estaba á su lado. El Oficial de la
»escolta preguntó al Ilmo. Señor, qué parte del mundo es-
»cogia (en esto los infieles tienen grandes supersticio-
»nes); pero el V. Señor contestó que todas eran iguales.
»En seguida estendieron algunos petates, y la alfombra en-
»carnada del V. Señor, y los tres vestidos que tenia en la
»carcel, y la almohada, y le mandaron sentarse en el me-
»dio para atarle las manos atrás, y querian desnudarle;
»pero yo les dije que no lo hicieran, que bastaba desnudar

»el cuello, y así se hizo. Luego el herrero trajo el marti-
»llo, y á martilladas rompió la cadena en el anillo del
»cuello y de los dos pies, y le quitaron la canga. Al rom-
»per la cadena mandó el Oficial al herrero que la rompie-
»ra con sutileza, y no le atormentara demasiado; entonces
»dijo el V. Señor que no sentia dolor alguno. Al descu-
»brir el cuello el verdugo recojió el rosario que el V. Señor
»tenia al cuello; yo dije al Oficial que le guardara, y el
»verdugo se le entregó. En esto el V. Señor estaba rezan-
»do siempre; despues plantaron una columna en tierra á
»la espalda del V. Señor, y le ataron á ella con dos corde-
»les, uno en el pecho y otro en el vientre, y así arrodilla-
»do continuaba rezando. El Coronel preguntó si estaba
»ya todo dispuesto, y el Oficial respondió que sí; y en se-
»guida dijo el Coronel: *Gran Mandarin, todo está arre-*
»*glado;* el Comandante al son de la bocina mandó: *oidos*
»*tres golpes de caja, el verdugo haga su oficio;* pero al
»segundo el verdugo descargó el primer golpe de sable,
»y le cortó casi todo el cuello; luego dió otros dos, y la
»cabeza cayó sobre la alfombra; el Comandante desde su
»elefante mandó tirar la cabeza al alto, el verdugo la cojió
»por las barbas y cumplió lo mandado, y despues la puso
»en un cesto; cortó los cordeles, y el cadáver cayó sobre
»la alfombra; entonces dijo el Comandante, *veamos aho-*
»*ra si* él (palabra de desprecio) *puede hacer algo.* El Co-
»ronel mandó descubrirle, y despues envuelto el santo
»cuerpo en los petates, y bien amarrado todo junto con la
»tierra que estaba salpicada de la sangre, lo llevaron al rio.
»Nadie pudo recojer reliquia alguna; y dos soldados infie-
»les que habian empapado unos lienzos en la sangre del
»venerable Señor, mandó el Comandante llevarlos á la
»prevencion.—*Nicolás Ky.*

La declaracion del que asistia al V. Señor solo añade que él pudo recojer un escapulario y el gorro del V. Prelado. Los dos arrestados llevaron 80 palos, y quedaron libres. En el mismo dia habia llegado la sentencia, y despues de tamaña crueldad y desvergüenza con el V. Prelado, quemaron públicamente lo que no les gustaba, como los libros, estampas, etc.; los cálices, como otros Baltasares, les sirven de copas, y de las casullas hicieron vestidos á sus comediantes. Todas nuestras diligencias en buscar los venerables restos fueron en vano, y así es mayor nuestra amargura por vernos privados de tan precioso tesoro; solo hemos recojido la canga y la cadena.

«Los Mandarines, dice una relacion posterior, pasea»ron en seguida el cuerpo por las calles con gran acom»pañamiento de tropas y de elefantes, y despues de ha»berlo envuelto en una sábana, lo arrojaron al rio (tiene »en lugares mas de veinte brazas de profundidad), atado »por medio de una cuerda á una chalupa que se dirigia á »todo remo hácia el mar. Un capitan se habia colocado »al lado de la cuerda que arrastraba el cadáver del Pre»lado, y amenazaba á los remeros, que colocados de es»paldas á la popa, volvieran la cabeza hácia atrás. Con »tales precauciones nadie ha podido saber en qué punto »fué cortada la cuerda; y á pesar de todas las diligencias »practicadas por los pescadores de Tunquin, el cuerpo »del mártir no ha podido ser hallado.»

El V. Sr. Diaz, Vicario Apostólico del Tunquin Central, nació en 25 de octubre de 1818 en la parroquia de Suegos, Obispado de Lugo. Fueron sus padres D. José Diaz y Doña Josefa Sanjurjo, personas honradas y piadosas. Pusieron el mayor esmero en la educacion de un hijo que Dios habia destinado para ser algun dia la gloria de su

familia y de su patria. El amable y modesto joven hacia rápidos progresos en las ciencias y en las virtudes. Siguió la carrera literaria en el Seminario de Lugo y en la Universidad de Santiago. Para que se pueda formar alguna idea de sus relevantes prendas, y de la pública estimacion que se merecia, bastará copiar una parte del informe que dió el M. R. P. M. Fr. Pedro Tejeiro, del Orden de Predicadores, al evacuar la comision que se le dió por el M. R. P. Fr. Tomás Roselló, Rector del Colegio de Ocaña, para la recepcion del Sr. Diaz en el Colegio. Dice asi: «En este Seminario (de Lugo) mereció en todos los cursos la nota de sobresaliente..... En la Universidad de Santiago ha dejado una muy merecida memoria de joven muy instruido, y de muy adelantado en la práctica de las virtudes evangélicas. La Religion puede prometerse de él un digno hijo del gran Patriarca Santo Domingo, y digno discípulo del Angélico maestro Santo Tomás de Aquino.»

Como el Sr. Diaz estaba adornado de tan eminentes cualidades, y su familia le amaba tiernamente, le fué necesario huir ocultamente de su compañía para llevar á cabo la resolucion generosa que habia tomado de alistarse entre los hijos de Guzman. Tan luego como el M. R. P. Fr. Juan Alvarez del Manzano le comunicó que estaba admitido al santo hábito, corrió presuroso al Colegio de Ocaña, y fué recibido de novicio por el M. R. P. Fr. Tomás Roselló en el dia 23 de setiembre de 1842, haciendo la profesion solemne en 24 de setiembre de 1843 en manos del Rmo. P. M. Fr. Antonio Orge.

Su conducta religiosa fué tan ejemplar que se captó el amor de todos sus hermanos. Fue su maestro y director el P. Fr. Domingo Ciaño, persona de virtud y ciencia. Manifestó la estimacion que tenia al Sr. Diaz, cuando

marchando este á Filipinas dijo estas palabras: «De buena voluntad iria á Manila con esta mision por llevar de Presidente al P. Fr. José Diaz Sanjurjo.....»

El Sr. Diaz salió de Cadiz, con otros hermanos suyos, en 10 de mayo de 1844, y llegó á Manila el 14 de setiembre del mismo año. El tédio, cansancio y molestias de una navegacion larga y penosa ponen de mal humor á las personas mas joviales y comedidas; pero el Sr. Diaz conservó en todo el viaje tanta igualdad y prudencia, que se atrajo el cariño de todos, y supo reunir la mas severa observancia religiosa con la urbanidad y modales de un cumplido caballero.

Apenas llegó á Manila cuando ya los Prelados le destinaron á la enseñanza en la Universidad de aquellas islas, que está á cargo de los PP. Dominicos. Pero el Sr. Diaz Sanjurjo necesitaba un campo mas dilatado para desahogar el incendio del divino amor que ardia en su corazon. Pidió humildemente que le destinasen á las misiones vivas de gentiles, y por unanimidad de los PP. del Consejo fué enviado al Tunquin. En efecto, se embarcó para Macao en 2 de febrero de 1845, y desde allí se entró disfrazado en Tunquin, llegando felizmente á unirse con sus compañeros y hermanos.

Las virtudes, talento, erudicion é intrepidez del Señor Diaz Sanjurjo brillaron con tanto esplendor, que ya en 8 de abril de 1849 fué consagrado Obispo de Platea, y en 26 de agosto de 1852 nombrado Vicario Apostólico del Tunquin.

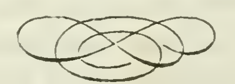
En la cruel persecucion que hoy aflije á los cristianos de aquel reino, murió víctima gloriosa de su celo el Ilmo. Sr. D. Fr. José Diaz Sanjurjo; y el Señor le premió con la corona del martirio, porque habia dejado por su corona todas las esperanzas, honores, y placeres.

Despues de tan terrible desgracia como últimamente ha sufrido la Mision dominicana Española, dicen las cartas de Tunquin *que es probable que la actual persecucion se desborde por todas partes, y sea tan funesta á la Iglesia Anamita como la de Minh-Manh.*

Por esto los Señores Misioneros Franceses han clamado recientemente al Emperador Luis Napoleon para que se digne protejer al cristianismo de Tunquin y Cochinchina, poniendo con brazo fuerte un duro freno á la bestia feroz del Monarca Anamita, que piensa despedazar á la Iglesia propagada en sus estados ahogándola en sangre, como lo intentaron los perseguidores en todos los tiempos pasados, y contra las leyes de la naturaleza y de la humanidad. El Emperador y la Francia oyeron luego la voz aflijida de la desólada Iglesia Anamita, que como ha visto el lector, *lleva mas de dos siglos de sufrir y padecer todos los tormentos imaginables, á ciencia y paciencia de la Europa católica, y de la que se dice cristiana. En todo este largo tiempo, principalmente en los últimos años, los gobiernos Europeos, y los habitantes de esa hermosa parte del mundo, han estado ocupados en miserables disputas, que ningun bien han causado ni han de causar á la humanidad, cuando tantos pudieran haber llevado á todo el mundo protegiendo con detencion en las bárbaras naciones la fe cristiana, que es el solo principio sólido de la civilizacion verdadera.* ¿Qué harán ahora las demás naciones á vista del celo religioso del Emperador de la Francia? En cuanto á España, y lo digo con alegría y noble orgullo, ha imitado sin titubear tan noble ejemplo, uniendo sus armas á las francesas, luego que se la dijo y aseguró que esta no era guerra de ambicion ni de política privada, sino de la civilizacion contra la barbarie, de la fe de Cristo contra la supers-

ticion y el infierno, y de caballeros que defienden á la inocencia contra infames perseguidores. En la espedicion que está preparada contra el Emperador Anamita, van pues los Españoles y los Franceses á pelear como lo hicieron sus padres bajo las banderas de San Luis y San Fernando, esto es, como cristianos y como caballeros.

Dios bendiga tan santa y generosa empresa, y haga conocer á los cristianos Europeos, y á los de las otras partes del mundo esta máxima religiosa, política y social: que la estabilidad y esplendor de las naciones cristianas y de los particulares, el verdadero valor y grandeza de alma, no está en ganar provincias ni estados para que reine en ellos la propia opinion, ó crezcan con el comercio los intereses materiales, sino en cooperar, con los Apóstoles que Cristo envia, á la predicacion del Evangelio, para que todos, ricos ó pobres, sábios ó ignorantes, consigan el fin para que Dios los ha criado, que es la eterna salvacion. Este y no otro es el destino de la Europa cristiana; apartarse de él, no traerá sino calamidades sin fin á las naciones, y envilecimiento á los particulares, cuyo nombre no llegará á la posteridad sino cargado de merecidos anatemas.



APÉNDICE.

Facilmente se puede colegir del anterior opúsculo cual será la suerte y posicion de los Misioneros y cristianos, en una tempestad tan recia y tan larga como es la que está sufriendo la Iglesia Anamita. Desde la prision y martirio del V. Sr. Diaz, no ha visto la Mision la atmósfera clara y despejada ni un dia siquiera. Solo en el mes de setiembre estuvo por un momento menos cargada, cuando los vapores franceses Catinat y Lily se presentaron en las aguas de Tunquin con objeto de reclamar al venerable preso; pero este entonaba ya himnos de gracias y alabanzas ante el trono del Cordero. El Sr. Conde Kleuzkowski, Secretario de la embajada Francesa en China, y el Señor Consul Español D. Narciso Cañete, dejaron en el ánimo de los infelices Tunquinos, que á porfía ansiaban acercarse á los vapores, pruebas de valor, de amabilidad y de acendrada caridad, pero tuvieron el sentimiento de retirarse á Macao sin poder romper el yugo pesado que oprime á aquellas gentes dignas de mejor suerte. Parecia muy razonable que la Corte Anamita mirara con algun respeto el pabellon del Cristianísimo Imperio, y acatara debidamente la protesta que el muy digno representante de la Francia le hiciera, reclamando la libertad de la Religion Católica. La Corte Anamita sin embargo, fundada en un necio é insolente orgullo, ó no se dignó responder á la protesta, ó contestó con una negativa. Esto ya lo habia previsto el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Pedro Retord, Vicario Apostólico de la Mision de los franceses en el Tun-

quin Occidental, cuando escribiendo al Sr. Conde Kleuzkowski, le decia: «Las medidas á medias y las vanas »amenazas, no hacen mas que agravar nuestra situacion y »la de nuestros cristianos; ó dad con vigor, ó abandonad»nos á nuestra suerte desgraciada.» Y en efecto, si la Corte Anamita pudo concebir al principio algun temor al humo de los vapores franceses, á las reclamaciones, protestas y amenazas de su representante, este temor fue disminuyéndose, viendo que las amenazas no se realizaban, y á la par creciendo en proporcion los males de los cristianos.

En el año de 1854 comenzó á arder la discordia y á reinar el descontento en la Corte de Cochinchina; el Príncipe Bao, hermano mayor del Rey, fue acusado y encarcelado por conspirador. Se dijo que el Consejo de Ministros pedia se le castigase con pena capital, y que el Rey se opuso, dándose por satisfecho con descuartizar á dos grandes Mandarines que tenia por cómplices, de los que uno era suegro del Príncipe pretendiente. En esta real ó supuesta conspiracion aparecieron complicados otros grandes Mandarines y Gobernadores de provincia, de los cuales decian ser el Virey que estaba en la antigua Corte del Tong-kin, llamada Ke-cho, hoy Ha-Noi, y su mando se estendia á las cinco provincias de las fronteras de China. Le llamaron á la Corte, mas fuese por enfermedad, fuese por veneno que tomó (en opinion de algunos), lo cierto es que murió en el mes de agosto, y dentro de pocos dias le siguieron á la eternidad otros dos Capitanes Generales Gobernadores de las provincias Namdinh y Haidung.

Estos sucesos fueron tomados como señal de alarma entre ciertas gentes, y desde entonces esparcieron emisarios á reclutar gente por las provincias, formando varias

guerrillas que por el momento no consiguieron sino turbar la tranquilidad, robar y atropellar algunos pueblos, y ponerlo todo en conmocion.

Cuando los sublevados tuvieron noticia del arribo de los vapores Europeos, creyeron que era llegada su hora, y ya no pudieron permanecer ocultos sus planes. Quisieron comprometer á los cristianos, los invitaron á tomar parte en la sublevacion, y no faltaron algunos incautos, muy pocos, que cayeron en el lazo. Luego que los Señores Vicarios Apostólicos tuvieron noticia de este suceso, pasaron pastorales á sus neófitos, prohibiéndoles tomar parte en la sublevacion, y exhortándolos á la paciencia y sufrimiento, á respetar y obedecer á las autoridades constituidas en todo aquello que no se opusiera á la ley santa de Dios; y los neófitos oyeron humildes las voces de los que los aman en el Señor, y dóciles las observaron. Hablo así fundado en un documento que tengo á la vista de un venerable Señor Vicario Apostólico, que ya derramó su sangre por Jesucristo en testimonio de su fe. Seguramente que ignoraba esto el telegrafista que, con fecha 8 de enero, se permitió trasmitir desde París á los periódicos de Madrid: «que el Imperio de Anam estaba en plena re»volucion, siendo los cristianos indígenas sus principales »agentes.» Semejantes especies no merecen refutacion: los hechos evidencian todo lo contrario. Cuando los Misioneros se ven perseguidos en todas direcciones, precisados muchas veces á refugiarse en casas de infieles, acosados dia y noche por los Mandarines, se permite decir que suscitan la revolucion. Cuando los Mandarines superiores, los subalternos, la tropa y todos los funcionarios no parecen tener otro objeto sino perseguir á los pobres cristianos, se asegura que estos son los principales agentes de los Mi-

sioneros para suscitar la revolucion; como si los cristianos de Tunquin, únicos con quienes pudieran contar los Misioneros, no fuesen un grano de anís en el vasto Imperio de Anam. La mano oculta que publicó el parte telegráfico, se propuso sin duda desacreditar y oscurecer las glorias de los ínclitos hijos de Santo Domingo de Guzman: pero sus glorias son sus obras; las privaciones, los tormentos, la muerte gloriosa, el celo y vida apostólica de que dan testimonio los hechos que van consignados. Si esos no son bastantes, quiero añadir otro mas, y es el catálogo de los Santos Sacramentos administrados solo en el Vicariato de la Mision de Dominicos Españoles del Tunquin Central en el año de 1857.

Bautismos..	De párvulos hijos de cristianos. . .	2.189
	De párvulos hijos de infieles en peligro de muerte.	40.530
	De id. adultos.	240
	Total de Bautismos. . . .	42.959
Confesiones.		122.815
Comuniones.		111.720
Extremaunciones.		1.023
Bendiciones nupciales.		473
Confirmaciones.		635
Ordenes desde menores hasta el presbiterado. .		5

Parece imposible que un año de tormentas contínuas haya sido tan abundante en frutos celestiales; pero el celo, la caridad y el amor de Dios todo lo vence, y los hijos de Domingo de Guzman, siguiendo el ejemplo de su Santo Patriarca, que *ardebat quasi facula pro cœlo pereuntium,*

no reparan en peligros ni contratiempos cuando media la gloria de Dios y la salvacion de las almas; asi es que en un año de deshechas borrascas, han enviado al cielo ese numeroso ejército de angelitos que imploran del Altísimo sus misericordias en favor de sus bienhechores. Los Señores y Señoras que con tanto celo cooperan en España, y particularmente en Madrid, á la obra de la Santa Infancia, pueden estar confiados de tener en el cielo esa multitud de intercesores, que con las limosnas recojidas por sus desvelos, lograron libertarlos de la muerte temporal y eterna.

A estos angelitos les siguieron varios Misioneros y cristianos; y aunque es imposible hacer relacion de todos, porque segun noticias fundadas que corrian por Macao en setiembre último, hacian llegar el número de víctimas de cristianos sacrificados al furor anamita á siete mil, se hará mencion de algunos en particular, que constan en las relaciones de los Misioneros.

El 9 de enero fué sitiado el famoso pueblo de Ngoe-Duong, porque el traidor que en 1856 habia vendido al P. Fr. Vicente Achurra, dió parte al gobernador de la provincia Meridional Alta que en dicho pueblo estaba un Padre indígena con el Colegio de latin, y no habiendo podido fugarse, los sitiadores cojieron al Sacerdote, dos Clérigos ordenados de menores, y unos treinta estudiantes, y en el mismo dia fueron conducidos á la capital de dicha provincia Hang-Yen. El Mandarin del crimen, movido á compasion al ver tamaña desgracia y la vileza del traidor, quiso dar libertad á todos. El Sacerdote estaba confundido entre los estudiantes: por tres veces habia salido de la cárcel con intencion de fugarse, y por tres veces habia vuelto voluntariamente con el fin de derramar su sangre por la

fe. El Mandarin deseaba ocultarle, pero la refinada malicia del traidor, que no se habia saciado con ver el pueblo reducido á cenizas, clamaba: *este es el Sacerdote; si hunc dimittis, non es amicus Cæsaris;* y estos clamores movieron al Mandarin á llamar al reo, este confiesa con noble valor su estado, pero se niega á pisar la cruz. Desde entonces, cargado de cadenas y con la canga continuó en la cárcel. El 3 de enero fué llamado otra vez al tribunal, pero el Mandarin protector habia sido ya depuesto, y su sucesor, que no conocia aún á los discípulos del Crucificado, pensaba lucirse en la polémica que entabló públicamente con nuestro joven Misionero, P. Khoat; pero el que habia dicho: *cum steteritis ante reges,* dió tal energía á las palabras del confesor, que el adversario quedó confundido. Así se preparaba nuestro celoso ministro, que lleno de gozo esperaba con ánsia sellar su fe con su sangre, y á la mañana siguiente fué degollado en la mencionada capital con otros cuatro cristianos del referido pueblo, que se negaron á pisar la cruz. El 1.° de febrero decapitaron otros doce cristianos, y á los dos dias, diez mas.

El venerable Sacerdote Domingo Dat, del Vicariato Oriental, de edad de 36 años, fué preso en la provincia llamada Sontay cuando se dirijia por un rio á su nuevo distrito, que está á lo último del Vicariato á la parte del Norueste. Iba en el barquito acompañando al Misionero un principal del pueblo cabeza de aquel distrito, llamado Domingo Thiem, y además cinco alumnos del mismo venerable. El de mayor edad rayaba en los 21 años, los habia de 15, y uno muy niño, pues solo tenia, segun unos, 13 y segun otros 11 años: todos fueron conducidos á la capital de aquella provincia. Los Mandarines entonces aún se mostraron propicios, y hubieran dado libertad á

los seis compañeros si no temieran tanto la ira del Rey; no obstante, como infieles y poco delicados de conciencia, quisieron valerse de una estratagema que los cubriese á ellos con el Rey, y á los seis compañeros del venerable P. Dat les proporcionase la libertad: llamaron, pues, á los seis confesores, quienes confesaron su fe con libertad cristiana: el gran Mandarin, que tenia mucha compasion de aquellos niños, mandó á un soldado que por fuerza pasase por encima de la santa cruz al mas joven de todos, llamado Van-Nguyen; el satélite cumplió las órdenes del Mandarin, y esclamó: ya están obedecidas las órdenes del gran Mandarin. Cuando este se preparaba á proferir la sentencia de libertad, el valeroso Nguyen, aunque tan niño, con gran libertad espuso inmediatamente que sus débiles fuerzas no habian podido resistir á las del feroz soldado; que aquella accion no era suya; que él estaba dispuesto á perder su vida antes que cometer el crimen de apostasía: la compasion del Mandarin se convirtió en ódio, y no quiso hablar mas de libertad; les formó el proceso, y arreglándose á los decretos, al Sacerdote le condenó á ser decapitado, y á los seis compañeros á destierro perpétuo. La sentencia fué confirmada por èl Rey, y el venerable P. Dat fué decapitado el dia 11 de febrero en medio de un gran concurso de fieles é infieles; recibió cinco golpes de espada, y á los dos primeros aún seguia de rodillas; al tercero cayó ya desprendida la cabeza de su venerable cuerpo: los cristianos se apoderaron de sus sagrados restos. El verdugo confesó despues que su ánimo era cayese la cabeza al primer golpe, mas que le temblaba el brazo al descargar la espada: conocia que degollaba á un inocente. Los seis compañeros cargados de cadenas ya fueron conducidos al lugar de su destierro, muy contentos

y alegres, como lo acredita el caso siguiente. Como las gentes veian tales niños, que por la ley aún no podian ser castigados, y solo por ser cristianos los llevaban á tan lejanas tierras, y muy mal sanas, lloraban de compasion; pero nuestro niño Nguyen les reprendia diciendo: ¿á qué vienen esos lloros? ¿Es acaso para llorar ir desterrado por Jesus? ¡Qué valor y ciencia inspira la fe!

El segundo mártir (ó mas bien el primero, pues aunque fué preso despues que el venerable Dat, recibió la palma del martirio un dia antes), fué el venerable P. Kang, Sacerdote indígena del Vicariato Occidental. Este venerable celebraba el dia de Animas en una cristiandad muy cerca de la capital de la provincia Meridional: le delataron, y los Mandarines cercaron aquel punto. El Padre pudo fugarse y embarcarse en un barco de cristianos, pero al pasar por cierto punto, los infieles se apoderaron del venerable y lo condujeron á la capital, donde padeció mucho por la fe, y dió glorioso testimonio, predicando las verdades de nuestra santa Religion aun á los mismos Mandarines: sufrió el mismo martirio que el venerable P. Dat, pero un dia antes, ó sea el 10 de febrero de 1858.

El venerable P. Domingo Hien, Sacerdote del pais y del Vicariato Central, fué preso el 18 de diciembre, y presentado al gobernador confesó valerosamente la fe, y despues de muchos tormentos prestó gustoso su cuello al golpe de la espada, y consiguió la palma del martirio el dia 22 del mismo mes y año que los dos anteriores.

Mas así como el combustible arrojado á la llama, lejos de apagarla la da mayor fuerza y actividad para consumir lo mismo que la nutre y fomenta, asi estas víctimas, lejos de apagar la llama del fuego infernal que el demonio enciende en el pecho de los tiranos Anamitas, la da mayor fuerza

para consumir mas pronto aquellas tiernas plantas. No hallan en aquellos ilustres campeones mas resistencia que una invencible paciencia; no oyen allí el sonido del cañon, que arruina las fortificaciones de Turon; ven solo mansas ovejas, que sin dar el mas mínimo balido sufren la muerte para vivir eternamente.

Semejante cuadro, toscamente bosquejado, retrata empero la situacion de los Misioneros, llena de dolores y de consuelos, de tristeza y de alegría, porque si estos hijos honran á su madre, algunos ingratos y desnaturalizados la despedazan las entrañas. No han faltado cobardes que al ver el aparato del infierno, han sucumbido y doblado su rodilla ante Belial, entre ellos algunos soldados, al paso que otros 36 sufrieron crueles tormentos en el Vicariato Central por conservar su fe; pero entre todos es digno de particular mencion un capitan cristiano, natural del pueblo de Kienlao. Este soldado viejo, digno de todo elogio, se habia resistido en la provincia de Hang-Yen á pisar la cruz, y luego, conducido ante el tribunal del gran Mandarin, adora públicamente al Divino Redentor, oye con santa indignacion la fórmula de los que pisan la cruz, «y eres tú (palabra de desprecio) que estabas en el Occidente, y has venido aquí, te hemos seguido, y por lo mismo padecemos tantos trabajos; ahora vuélvete á tu Europa, no te seguimos mas;» ve con dolor á sus soldados abandonar la fe, herir de palabra y luego de obra á su Criador, y él vuelve por la causa de la Religion; llueven sobre él calumnias y dicterios, y él lo sufre todo con resignacion edificante: manda el gobernador que cada soldado le dé cinco bastonazos, y él sufre mas de quinientos en memoria de los azotes de su amado Jesus, y cargado de cadenas espera en la carcel la sentencia de muerte. Tampoco deben omitirse 13 cristianos del partido lla-

mado Lai-on, que cojidos por los Mandarines, sin otro delito que haber sido mas valientes que los mismos Mandarines, y defendido su pueblo de los insurreccionados, este apostolado sin Judas, no reconociendo otro delito que ser fieles á su Dios y á su Rey, en premio fueron martirizados en la famosa *Nam-Dinh* el 26 de enero.

Dejando por un momento la relacion de los trabajos y triunfos de la Religion, voy á ocuparme brevemente de un hecho que llenó de dolor y amargura á la Mision. Como los colegios habian sido todos arruinados, y los alumnos andaban dispersos, sin poderse fijar ni reunir en punto alguno, proyectaron los Sres. Vicarios Apostólicos y PP. Misioneros abrir un colegio en Macao; y á este fin destinaron al P. Vicario Provincial, Fr. José María Salgot, quien se embarcó en una lanchita de pescadores en compañía de un catequista y dos fámulos: pero como entonces andaba por las playas de Tunquin un famoso pirata de la misma nacion que ya habia causado muchos daños, y tratase de dar caza al barquito en que iba el P. Salgot, este y sus socios se vieron precisados á abandonar el barquito, y á dispersarse por aquellas playas, cada uno como pudo. El P. Salgot, solito, sin saber el terreno, se internó en una isleta, que asi era en marea baja, mas cuando esta subia cubria aquella: alli estuvo toda la noche, sin mas compañía que Dios y sus santos ángeles, hasta que por la mañana un pescador cristiano que andaba buscando á su amado Padre, le halló metido en el agua hasta medio cuerpo. Permaneció en aquellas playas unos cuantos dias, hasta que halló un champan chino, que creyendo estaba tripulado por cristianos, se embarcó con sus socios para Macao; pero salidos á alta mar, los que el Padre suponia cristianos, se convirtieron en piratas, que bárbaramente le asesinaron y degollaron, juntamente con el cate-

quista y los dos fámulos, sepultando á los tres en las aguas del Océano. Un chiquito que llevaban para hacerles la comida, que tambien quisieron matar los Chinos, pero que por fin le arrojaron á tierra, es el que ha referido á su madre, que es cristiana, semejante catástrofe, que ha privado á la Mision de un joven bellísimo y apreciabilísimo, y de un colaborador celosísimo.

Los demás sucesos de las Misiones en el imperio Anamita correspondientes al año próximo pasado de 1858, están consignados la mayor parte en las cartas de los Misioneros. Tambien lo están en las del P. Fr. Francisco Gainza las noticias relativas á la espedicion franco-española de Cochinchina; y aunque algunos periódicos de Madrid han publicado unas y otras, como son pocos los que tienen la curiosidad de hacer coleccion de periódicos, y por otra parte esos documentos son dignos de ser trasmitidos á la posteridad, ha parecido oportuno reunirlos aquí, comenzando por la carta del V. Sr. D. Fr. Melchor García Sampedro, porque al paso que da noticias interesantes de las misiones, es una prenda de gran valor para los que sepan estimar la gloriosa muerte de este nuevo martir de la Religion Católica. Dice así.

Rmo. P. Fr. Antonio Orge: S. y G. en N. S. J. C. y M.=«Mi inolvidable padrino: Con sumo placer leí su muy grata; me alegro mucho de su restablecimiento, pues habíamos sabido que se hallaba enfermo, y estábamos con cuidado hasta saber su mejoría, porque parece que es de moda, no se escandalice, irse temprano al cielo. En recompensa de las muchas necesidades que V. ha remediado á su ahijado, y de las muchísimas que le remediará, esta noche (aún soy ave nocturna) espero corresponderle con una abundante cosecha de noticias. Entremos en materia. Por un correo estraordinario remití á V. una relacion bas-

tante larga de los trabajos del Vicariato desde la prision de nuestro V. Sr. Diaz. La tarde del Viernes Santo recibí el correo de Macao, con la noticia triste-alegre de la llegada del P. Riaño y dos Misioneros, pero nada decian de nuestro buen P. Salgot. Temí no podrian entrar en la mision, y en aquel momento me hubiera alegrado de que en el mismo barco regresaran á Macao: tal era nuestro estado. No sabíamos á dónde ocultarnos: el P. Estevez, no teniendo quien le admitiera, habia subido á donde estaba este pecador, y ahora, con la llegada de tres Padres, se aumentaba nuestro conflicto; pero tambien se aumentaba nuestro júbilo viendo que el Señor mandaba operarios á su viña, señal que no la abandonaba ni abandona. La Virgen, consuelo de aflijidos, libró á los nuevos operarios de todo peligro, y el 15 del pasado, entre doce y una de la noche, nos dimos un fraternal abrazo en la choza adonde estaba el P. Estevez: estuvimos juntos dos dias, y no sin sentimiento tuvimos que separarnos tan pronto, porque nuestros neófitos estaban llenos de miedo, y no sin fundamento: al dia siguiente, temiendo bajase el Mandarin, derribaron dicha choza. El P. Valentin Berrio Ochoa vino con el P. Riaño á una casa, antiguo refugio del V. Señor Delgado, retiro del Sr. Martí, posada del V. Sr. Diaz, y adonde en los dias de mayor peligro habíamos estado el P. Estevez y yo: el P. Carrera quedo con el P. Estevez.

»En el mes de marzo amainó algun tanto la tormenta: pero abril entró *furiis invectus:* todo auguraba un total esterminio. El famoso gobernador y virey de aquí espidió un bando para que todos los cristianos, sin distincion de edad, clase ni categoría, hombres y mugeres, niños y viejos, pisaran la santa cruz; los principales de cada pueblo ó barrio hicieran pública escritura de haber abjurado la

Religion; cada casa erijiera su altar al ídolo tutelar, y adorara á los dioses caseros; cada pueblo su pagoda..... y para colmo de nuestra desdicha dió esta comision á cuantos deseaban tan bella coyuntura para vengarse de algun resentimiento de sus tatarabuelos. Cuantos pedian patente para hacer de espías, á tantos se les concedia: en un año, pues, de tanta hambre, que nos representa muy á lo vivo los de Samaria y Jerusalén, ya puede V. considerar cuál sería la suerte de los cristianos. Por mi parte me reconozco incapaz de poder describirla; solo referiré alguno que otro hecho históricamente, y ellos son suficientes para que V. conozca que vivimos entre unas hordas de salvajes. En el pueblo de Ninh-Cuong, antigua residencia del Rector del Colegio, se habia derribado todo, y los colegiales y demás familia estaban todos dispersos; solo habia uno ó dos legos para cuidar de la huerta: entra un oficial con dos ó tres espías, prende á uno de ellos, y al salir prenden á un muchacho nuestro que estaba en casa de unos cristianos para arreglar cierto negocio. Aquí tiene V. la guerra encendida: una mujer levanta el grito; no falta quien secunde sus intenciones; el oficial estaba disfrazado; la escolta era insignificante; la pérdida grande; los daños que se seguirian incalculables; y la gente irritada y cansada de tantas vejaciones, y sin miramiento ni respeto á la dignidad del que se decia oficial, se opone con todo vigor á sus pretensiones: la escolta abandona al gefe, y este quedó tan humillado que pedia clemencia..... Todo se hubiera arreglado si hubieran acudido con plata y comprado al Mandarin: omitieron esta fórmula, y la causa está perdida. El oficial era agente del gran Mandarin; este manda un piquete á destruir el pueblo, que tiene mas de diez mil almas; manda tambien que

lleven algunos Crucifijos para que todos pisen la cruz. ¡Qué dias de tribulacion! Unos se escapan, otros se ocultan, algunos se presentan, entre ellos el que hace cabeza del pueblo, llamado el Oung-Truong-Huy, varon digno de todo elogio, cuya constancia puede competir con la de los primeros fieles: en vano le amenazan si no pisa la santa cruz; no teme el morir; si le seducen con vanos halagos los desprecia; le presentan la canga, y la recibe como San Andrés la cruz: en el pueblo sirve de ejemplo, y en el tribunal de apologista de nuestra Religion (es hombre á quien he tratado mucho, y me consta su instruccion y su virtud); y en la cárcel sirve de consuelo á sus compañeros: aún no sabemos la sentencia que vendrá de la Corte. Volvamos á ver las ruinas de Ninh. Las maderas de estas casas, unas quemadas, y otras repartidas entre los infieles; los árboles cortados, las cercas destruidas, el beaterio por tierra, y las beatas á la calle; el pueblo robado y saqueado, y con una deuda de mas de treinta mil reales que han tenido de costas. Dejando los pormenores á la consideracion de V., voy á otro susto. El Jueves Santo, cuando un nuevo piquete bajaba á reforzar el que estaba causando tantos daños en Ninh-Cuong, estábamos nosotros en Kien-Lai (pueblo situado á las orillas del rio por donde bajaba la tropa, y donde ha sido preso el V. Sr. Delgado), en la funcion de los Santos Oleos; habíamos comenzado poco mas de media noche, y concluido antes de amanecer, todo en paz, pero como actualmente habia en dicho pueblo tres ó cuatro partidas de espías, todos estábamos con miedo, y así mandé á los Padres que se retiraran en seguida.

El P. Estevez estaba conmigo, y nos habíamos acostado apenas, cuando llegan corriendo con la noticia de que habian cojido á tres Padres allí mismo: aquí hubiera visto

un hormiguero racional; esta vieja con el caliz, aquella otra con la casulla, un joven con ornamentos, aquel anciano buscándonos un escondite, todos revueltos, pero todos mudos: afortunadamente no fué del todo cierta la sorpresa; los Padres se habian escapado, y los principales del pueblo habian convidado á los esbirros, y con pérdida de plata se calmó todo. Mas aquí se vió muy patente la especial proteccion de María, porque de lo contrario hubiera sido inevitable la ruina de este pueblo. Por la noche nos separamos, el P. Estevez á un pueblo llamado Quan-Coung, á donde recibimos los Padres nuevos, y yo vine á este de Tralú, bastante cerca de él, y contiguo á Lue-Thay, para poder atender á los negocios.

Los esbirros continuaron obligando á levantar pagodas, etc., pero, merced á las limosnas que habia recojido el P. Riaño, pudimos redimir esta vejacion en casi todos los pueblos. En estos dias volvieron á correr noticias que habia venido nueva real orden para cojer á este pecador; yo consulté si convendria presentarme, pero todos respondieron negative, y así continúo en este purgatorio. El Mandarin bajó al pueblo de Kien-Lao (antes de bajar hubo que regalarle unos 500 taeles); él dijo que venia á cojer al Europeo que escribe esto, pero que sabia positivamente que hacia dias que habia salido á la mar, y así que se retiraba.... El que mejor libró hasta hoy fué el P. Achurra, pero ahora está bastante espuesto; ayer mismo tuve que mandar cinco barras de plata (como cinco onzas de oro) para rescatar al Padre indígena que está con él: fué á administrar á un enfermo, y estando en dicha casa se halló sitiado por el alcalde mayor y sus esbirros, y no tuvo otro remedio que apelar á la plata: afortunadamente llegó un amigo del alcalde que hizo de intercesor, porque el alcalde pedia la

friolera de 30 barras. Poco mas ó menos en cada distrito sucede lo mismo, pero vamos palpando la proteccion de María, cuyo mes estamos haciendo.

»Mañana, *Deo dante,* pienso mandar hacer rogativas para la eleccion de Coadjutor. Estoy mas perplejo que nunca, y así por hoy no escribo á la santa Congregacion; pero V., si lo juzga conveniente, podrá hacerle presente nuestra triste situacion, y que tan luego como elija Coadjutor escribiré. Tengo escrito al Sr. Alcazar consultándole sobre el particular, porque diferir la eleccion es muy espuesto. Vea, muy amado padrino, las angustias de este indigno ahijado. Por hoy estoy casi solo para todo el peso de un Vicariato como este: digo casi solo, porque los Padres Riaño y Estevez, que podian ayudarme ya algo, están enfermos de tercianas bastante graves.

»Estoy ya cansado, Padre mio, otra vez seré mas largo; no se olvide en sus oraciones de este Vicariato, y en especial de su indigno pastor: mire que mi ruina le alcanza á V. tambien. Si está en Roma, y visita al Santísimo Padre, suplíquele nos dé su bendicion, y bésele el pié á nombre de este hijo pródigo.

»Tanto los hermanos como todos los cristianos se encomiendan de nuevo á sus oraciones, y este..... se despide por hoy hasta otra; si la Virgen me conserva la vida procuraré darle gusto y escribirle como pueda. V. supla lo que falte, menos sincera voluntad y tierno afecto para con V. Adios, *suus ex corde.*=*Fr. Melchor.*=Dia de la Ascension de 1858.

P. D. »Continuamos en la anarquía mas completa. Los Mandarines, desde el primero hasta el último, solo piensan en robar, y este año lo hacen virtuosamente: no se escandalice. En vista del hambre tan estremada (yo ja-

más habia visto cosa semejante): quisieron establecer una como vida comun, obligando á los acomodados medianamente á reservar lo preciso é indispensable hasta la cosecha, y quien lo tasa es el Mandarin, y así hay que darle la mitad para que deje algo. ¿Y qué hacen de lo que recojen? Repartirlo á los pobres. ¡Quién lo dijera! Tanta filantropía no cabe en un pais infiel. Pero ¿quiénes son los pobres? El primero y el mas necesitado es el gran Mandarin, y así vaya V. calculando y bajando por grados, y mientras ellos pasan las noches en juegos, comidas y comedias, se mueren cien pobres á sus puertas, entre ellos muchos que años antes daban limosnas, y en este perecen de miseria. Basta de cuitas, y en recompensa voy á darle un alegron.

»El Señor nos ha consolado con la cabeza del venerable Sr. Diaz, que hallaron estos dias unos pescadores cristianos, y que reconocida competentemente la conservo aquí con la debida veneracion. Cuando tenga proporcion pienso mandar á Ocaña las cadenas con que estuvo cargado, pues no dudo será un fuerte lazo que unirá á este Vicariato con aquel hermoso plantel de ciencia y virtud, y en memoria de su proto-mártir rogará al cielo para que levante el azote con que visita el rebaño que en otro tiempo cuidara aquel celoso pastor.

»No tema, que voy á concluir. El 22 de febrero fué decapitado el P. Hien, y despues de muerto le injuriaron é insultaron cuanto quisieron. Actualmente hay un sinnúmero de cristianos presos. Adios, muy querido padrino: téngame muy presente en sus oraciones y sacrificios, pues ya ve cuánto lo necesito; yo siempre hago lo mismo por V. Si esta es la última, hasta el cielo. Adios. = *Fr. Melchor*.

Efectivamente fué la última carta que el V. Señor escribió á España. Cuando corrian aún por sus mejillas lágrimas de dolor por la pérdida de su compañero y queridísimo amigo el P. Salgot, cuando su corazon se hallaba angustiado por ver su preciosa viña destruida por las fieras; cuando se consolaba con el hallazgo de la cabezá de su Venerable antecesor, derramando lágrimas de ternura en su presencia, quiso el Señor que siguiese la misma carrera, como lo manifiesta la siguiente tierna y humilde carta de su sucesor el Ilmo. D. Fr. Valentin Berrio Ochoa, Obispo Centuriense, que dice asi.

»*Rmo. P. Vicario general de la Orden de Santo Domingo y Comisario Apostólico Fr. Antonio Orge.*=Reverendísimo Padre Maestro: Cuando yo pedí permiso para pasar á las misiones de Tunquin, y el venerable consejo de Manila me eligió con unánime consentimiento para continuar en estos remotos paises la obra comenzada por nuestro divino Maestro en los términos de la Judea, era muy razonable que yo pusiese á vuestra Paternidad Reverendísima en conocimiento de mi destino; pero no lo hice, ¿y por qué? Yo no sé, Padre Reverendísimo. Espero que me perdonará mi falta, puesto que ahora voy á darle noticia, no solo de eso, sino de otras cosas que yo quisiera no poder decirlas, y que Vuestra Paternidad Reverendísima oirá con no pequeño sentimiento. Nuestra entrada en Tunquin fué el martes de la Semana Santa por la noche, y vimos que los caminos de Sion se habian vestido de luto, y que no habia quien asistiese á las solemnidades, porque todas habian cesado. *Quiescere faciamus*, habian dicho sin duda nuestros impíos é inhumanos gobernadores, *omnes dias festos Dei à terra.* Los Sacerdotes sepultados en sus grutas, lanzaban sus gemidos hácia el cielo, y la pequeña Iglesia de Tunquin estaba oprimida de amargura. Las vejaciones que

han padecido nuestros cristianos de un año á esta fecha son incalculables, las que yo paso en silencio, porque sé que otros misioneros le han enterado mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Una cosa, entre otras, diré á Vuestra Paternidad Reverendísima, que no dejará de amargar su corazon, siendo, como es, tan ardiente el celo de Vuestra Paternidad Reverendísima por el buen nombre de la Orden, para la salud de los fieles y edificacion del cuerpo de Jesucristo. De nuestra sagrada Religion, pues, tan fecunda en santos y sábios Prelados, ha salido ahora un aborto, y este aborto soy yo; bien lo sabe Vuestra Paternidad Reverendísima, tan pronto como sepa que soy ya un Obispo hecho, pero no derecho. Antes de mediados de junio, sin que yo nada supiera, el Sr Vicario Apostólico me mandó el nombramiento de pro-Vicario Apostólico y Vicario general; y aunque yo le pedí repetidas veces que, si posible fuera, trasladase de mí este cáliz, el medio de que se valió para exonerarme de la pesada carga que me oprimia, fué nombrarme coadjutor suyo. Confieso que bien hubiera querido verme libre de este compromiso; pero cuando aquel que para mí hacia las veces de Dios, me dijo que en conciencia estaba obligado á aceptar la eleccion, acordándome del *Qui vos audit me audit*, y que todo lo podemos con la gracia de nuestro Señor, que nos conforta, no quise oponerme á los designios de Dios. Despues de la eleccion, solo tuve el tiempo preciso para los ejercicios, que los hice como Dios me dió á entender, sin libro alguno á propósito para el efecto, y sin posibilidad de hacerme con él. Y no solo faltaba esto, sino que en la antevíspera de la consagracion, viendo que no habia medio de poder hacernos con las vestiduras necesarias para la sagrada ceremonia, el Sr. Vicario Apostólico y yo tomamos nuestras agujas y comenzamos á hacer de sastres; y lo peor era

que las puertas estaban cerradas, y quedábamos privados de tener la satisfaccion de ver unas obras tan acabadas. Gracias á Dios que el dia siguiente retiramos nuestros remiendos, porque, aunque con trabajo, llegaron á tiempo unas vestiduras decentes.

»El dia destinado para la consagracion era la fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo; pero era tan triste el aspecto que presentaban las cosas de la Religion, que para no llorar nuevas desgracias sobre las pasadas, nos pareció prudente anticiparla al domingo tercero *post octavam Trinitatis*. Nos reunimos, pues, el sábado anterior el Sr. Vicario Apostólico, el P. Vicario Riaño, el P. Carrera y yo en una casa prestada de limosna, y á eso de las dos de la mañana del domingo comenzamos la ceremonia sagrada. Como no habia canto ni pensamiento de esta solemnidad accidental, se pudo concluir al amanecer, y por la noche del mismo dia cada uno se retiró á su escondite. Pido ahora á Vuestra Paternidad Reverendísima que me dé licencia para arrojarme á sus pies, y puesto en venia, le pida humildemente perdon de haber manchado el santo hábito con mi subida al grado del sumo sacerdocio, de que tan indigno me creia y me creo, y lo soy. De nuevo me confieso hijo de Vuestra Reverendísima, y como á tal quisiera que me mandara, me aconsejara, corrigiera y castigara lo mismo que á cualquier otro de sus hijos. Nuestras sagradas constituciones no dan facultad al Vicario Provincial para conceder licencia para aceptar el episcopado; pero como las circunstancias eran tan apuradas que no daban lugar para acudir á otra parte sin esponer la Mision á grandes perjuicios, como lo verá luego Vuestra Reverendísima, y por otra parte la costumbre, por la misma razon, venia enseñando no ser necesario esperar la licencia espresa de nuestro P. Provincial,

y, por último, el Santo Padre daba facultad al Sr. Vicario Apostólico para elejir á algun Europeo de esta Mision, noticioso de que aquí no habia mas Europeos que los Dominicos, por estas razones creí poder aceptar la eleccion con solo la licencia del P. Vicario. Si ha habido alguna falta, *suppliciter peto veniam et pœnitentiam;* y me alegraría saber para lo futuro si obramos bien ó mal, ó lo que se debe hacer, pues que aquí es muy frecuente ese caso, y creo que dentro de pocos meses ocurrirá uno. Oigame, y júzguelo Vuestra Paternidad Reverendísima. Para última desgracia de la Mision, el dia 8 del presente, nuestro Vicario Apostólico, D. Fr. Melchor García Sampedro, fué preso por los ministros de Satanás, y al dia siguiente, cargado con una pesada cadena y puesto en una jaula, fué conducido á la capital. El dia anterior por la noche se salió del pueblo en que estaba escondido; pero por mas que anduvo toda la noche tentando los caminos, por si podia hallar uno por donde salir y alejarse, todos los halló impedidos por los soldados que venian á sitiar á aquella poblacion; así que al acercarse el dia, se vió precisado á volver al mismo pueblo y esconderse en una casa. Efectivamente, una gran multitud de soldados sitiaron aquel dia algunas casas que estaban unas junto á otras; pero por fortuna la casa donde se habia ocultado Don Fr. Melchor García no estaba comprendida en el sitio. Cerca de la media noche, segun oí, salió de aquella casa y poblacion, y cuando se podia creer ya seguro, tropezó con algunos otros soldados, y cayó en sus manos. No sé todavía si le cojieron en el barco ó en tierra.

»Oí, que primero que fuese prendido dió una grande corrida; pero noticias ciertas ahora no las podemos tener. Anteayer tuve las últimas noticias, pero no supe mas que aunque le habian sacado de la jaula, continuaba con sus ca-

denas. A un escribiente suyo, que le habian cojido con él, le azotaron inhumanamente, y le arrancaron con tenazas dos pedazos de carne, queriendo obligarle á confesar si habia mas Europeos. Fué muy paciente en el tormento y muy cauto en el hablar. Yo apenas tengo esperanzas de verle vivo sobre la tierra. No sé si tendrá medio de poder escribirme é instruirme en muchas cosas que necesito saber. Temo, y temo mucho, se pierda la correspondencia de Roma y otros papeles interesantes, que me abririan los ojos para saber gobernarme y gobernar la Mision. Vea ahora, Reverendísimo Padre, el apuro en que me hallo. Hombre sin ciencia ni prudencia, sin esperiencia y sin virtud, y sin entender todavía el idioma del pais, con el peso de un Vicariato como el Central, ¿cómo es posible que no sucumba, si aquella gracia que da la sabiduría á los ignorantes y hace fuertes á los flacos, no se derrama en mi corazon en abundancia? Suplico á Vuestra Paternidad Reverendísima que con sus oraciones me ayude á alcanzarla. Escribo de prisa y corriendo, y así disimule todas las faltas de que he llenado esta carta.

»Humilde hijo de Vuestra Paternidad Reverendísima C. M. B.=*Fr. Valentin Berrio Ochoa.*=14 de julio de 1858.»

Lo que el venerable Sr. padeceria en los 20 dias que le tuvieron en la cárcel, se ignora aún, pero facilmente se puede colejir si se ha de juzgar por el horroroso martirio que le hicieron sufrir aquellos hombres fieras, que dejaron atrás á los Nerones, Tiberios y Diocleciano\s. Solo la gracia de Dios pudo sostener y confortar al V. confesor á soportar con resignacion admirable los bárbaros y atroces tormentos á que condenaron á su ilustre víctima sus implacables verdugos. Hé aquí la relacion del suceso segun comunicacion del P. Fr. Francisco Roy, procurador de las

Misiones de Dominicos en Macao, tomada de un testigo de vista que presenció aquel, y es como sigue.

En la noche del 7 al 8 de julio último, en el pueblo llamado Kiembao, donde veinte años hace fué prendido el venerable Ilmo. Sr. D. Fr. Ignacio Delgado, fué preso tambien el Ilmo. Sr. D. Fr. Melchor García Sampedro, y en el dia 8 del mismo mes fué conducido á la capital cargado con una muy pesada cadena. Además de dicho Señor prendieron tambien dos muchachos ó fámulos del mismo, quienes por mantenerse firmes y constantes en la fe, merecieron la corona del martirio.

En la noche del 26 de julio el gran Mandarin hizo conducir á su pretorio al venerable preso, y aunque no se sabe lo que le diria, es de suponer que entre otras cosas le manifestaria el género de muerte que se le preparaba, pues el venerable Señor avisó á los que le traian la comida en la mañana del 27 que no le trajesen mas ropa; únicamente pedia su Señoría Ilma. un pantalon. El dia 28 á eso de las siete de la mañana, salieron de la ciudad para el lugar del suplicio la tropa armada, los elefantes, caballos, etc. Despues de esto salieron otras tropas conduciendo al suplicio á los dos jóvenes, fámulos del venerable Señor, los que salieron por la puerta del Norte, llevando los dos su pesada canga al cuello, y ambos iban sumamente alegres, como que iban á recibir la corona del martirio. Llegada que fué la tropa al lugar destinado, formó un gran círculo, y el verdugo ató fuertemente á los dos jóvenes á dos palos, distantes uno de otro como unos seis codos.

Así los tuvieron atormentados por espacio de una hora, poco mas ó menos. Despues de esto sacaron al venerable Señor por otra puerta de la ciudad, llamada del

Oriente. Todo el aparato con que conducian á la venerable víctima al suplicio era horroroso. Iba el Ilmo. Señor cargado con una enorme cadena, y le condujeron por las calles de la ciudad, y muchas veces metido por lodazales. Mientras así caminaba llevaba dicho Señor el Breviario ó Diurno en sus manos. Iban á sus lados mas de veinte esbirros con sus espadas desenvainadas. Todo el aparato de guerra para conducir la víctima al suplicio se componia de unos quinientos hombres, dos elefantes, cuatro caballos, y la música infernal correspondiente. Ya es de suponer cómo llegaria su Señoría Ilma. al suplicio, empapado en sudor, cubierto de lodo y sumamente fatigado. Al verse su Señoría Ilma. al frente de sus dos amados discípulos ó fámulos, les exhortó á la fortaleza y les echó su bendicion. A poco rato se oyó la voz del Mandarin, que montaba uno de los elefantes, quien mandaba primero degollar á los dos fámulos, y despues al *Cu* (nombre de dignidad que se da á los Sacerdotes católicos). Luego, á otra señal, cortaron la cabeza á uno de los fámulos, llamado Tiep, para lo cual dieron tres golpes. En seguida el verdugo tiró á lo alto la cabeza para que fuese vista de todos los circunstantes. Despues otro verdugo, de un solo tajo ó golpe, separó del cuerpo la cabeza del otro fámulo, llamado Hien, é hizo la misma operacion de tirarla á lo alto. Concluido este combate y triunfo de los dos muchachos, estendió el verdugo una esterilla, y sobre ella una manta, rompió la cadena del Ilmo. Señor, y le obligó á tenderse boca arriba sobre aquella cama. Su Señoría Ilma. no llevaba mas ropa que un pantalon, y este levantado hasta la parte superior del muslo, de modo que no tenia cubierto mas que lo que la decencia obliga á cubrir. Dichoso discípulo, que logró morir desnudo como su divino

Maestro. Estando, pues, la inocente víctima en tal postura, clavó el verdugo dos estacas en el suelo, frente á las manos, y á donde estas no podian llegar, las que, amarradas con cordeles, las tiraron hasta hacerlas llegar á las estacas, á donde fueron muy fuertemente amarradas. Atadas asi las manos, y dado por supuesto el dolor que le causaria estado tan violento, clavó el verdugo otras dos estacas por bajo de los brazos del paciente, haciéndolas juntar por arriba, oprimiendo el pecho, como es de suponer. Luego plantaron otras dos estacas cerca de los pies, é hicieron la misma operacion que con las manos. Clavaron otras dos junto á lo superior de los muslos, é hicieron como con las de los sobacos, amarrándolas tan fuertemente que llegaron á juntarse. Hallándose el venerable Señor en tal potro, con tanta ligadura, tan estirado y tan oprimido, es inesplicable el dolor que padeceria.

A poco rato se oyó una voz que mandaba se le cortasen primero las piernas, despues los brazos, despues la cabeza, y finalmente que se le abriese el vientre. Al oir los verdugos semejante mandato, cinco de ellos se colocan en sus respectivos puntos para hacer leña en el arbol que tenian ya tendido. Tenian una especie de segur ó hacha para cortar, la que era obtusa ó sin corte, para que fuese mas prolongado y cruel el tormento. Principiaron por las piernas, cortándolas por sobre las rodillas; y para cortar cada una de ellas dieron como unos doce ó mas golpes: encojiéronse los nervios y la piel, y la sangre regaba la tierra. Despues hicieron lo mismo con los brazos, dando en cada uno seis ó siete golpes. Al llegar aquí, la lengua del venerable paciente, que no habia cesado de pronunciar el dulcísimo Nombre de Jesus en todo su tormento, se entorpeció; ya habia perdido las fuerzas para pronun-

ciar el dulcísimo nombre. Despues de todo esto, y hallándose en la misma postura, cortaron la venerable cabeza, dando para ello unos quince golpes. En fin, aquellos hombres fieras, con un agudo cuchillo le abrieron el vientre, y con un gancho le sacaron las entrañas. ¡O fiereza inaudita! Despues de tantas crueldades tomaron la esterilla y alfombra, y envolvieron en ellas el tronco del cuerpo, y las piernas y los brazos, y los colocaron en un hoyo ó foso que para ello tenian abierto no lejos del lugar del suplicio, sobre el cual tanto los Mandarines como los verdugos querian que pasasen los elefantes, pisoteando el lugar de la sepultura del venerable confesor de la fe; pero los elefantes, mas humanos que los que los conducian, respetaron aquel lugar que contenia los restos del venerable Señor; no pasaron sobre él, ni hubo fuerza humana para obligarlos á pasar, teniendo que desistir los verdugos de tal empresa, y recibir esta leccion dada por los irracionales, que respetaron lo que los hombres deshonraron. La cabeza fué puesta en un cesto y llevada á la puerta meridional, y el dia 29, despues de haberla destrozado á golpes, la arrojaron al mar. Las entrañas, esto es, el hígado con el corazon y la hiel, fueron colgadas en una casa ó cuartel que está á la puerta oriental. Esta es la relacion del martirio del Ilmo. Sr. D. Fr. Melchor García Sampedro, Obispo de Triconia y Vicario Apostólico del Tunquin Central, estractada (segun me escriben) de la que dió por escrito el Padre Anamita llamado Khang, testigo ocular (aunque muy disfrazado) de toda esta tragedia.

¡Dichoso él una y mil veces, que en vida supo agradar á Dios, padeciendo cruces sin cuento por su amor, y en la muerte supo conservar el espíritu de fortaleza en medio de los mas horrendos suplicios!

El nombre Anamita del Ilmo. Sr. Melchor era *Xuyen*, que en chino se pronuncia *Chuan*, y significa *Rio*.

El V. Sr. D. Fr. Melchor García Sampedro nació el 29 de abril de 1821 en el principado de Asturias, concejo de Quirós, parroquia de S. Pedro de Arrojo. Sus Sres. padres, Don Juan García Sampedro y Doña Josefa de García, tienen el inefable consuelo de recibir en esta vida la recompensa de la solicitud cristiana con que educaron á un hijo que criaban para ser sonora trompeta del Evangelio, digno sucesor de los santos Apóstoles, invicto y esclarecido martir de Jesucristo. Yo, aunque sin el honor de conocerlos, les doy la mas cumplida enhorabuena, porque aunque eran hasta hoy de noble linage, en adelante lo serán mucho mas por haber engendrado á un hijo que enalteció á sus venturosos padres y á toda su parentela. De sus párpados corrieron algun dia lágrimas de dolor por la separacion de un hijo tan tierno y tan justamente querido; pero hoy bañarán sus mejillas con lágrimas de ternura y de gozo, y levantando las manos y los ojos al cielo, invocarán *privadamente* en sus cuitas y tribulaciones el consuelo y la proteccion de un hijo santo. Digo *privadamente*, porque solo al Romano Pontífice pertenece declarar quiénes son mártires y santos; y respetando yo los Decretos de Clemente VIII, y cualesquiera otros canónicos, protesto que cuanto dijere en esta relacion no merece mas crédito que el que suele darse á un escritor privado.

El V. Sr. Melchor, terminada la gramática, hizo los estudios mayores en la Universidad de Oviedo, pero con tanta aplicacion y aprovechamiento, que el respetable claustro de aquella Universidad le dió *gratis* el grado de Bachiller en Teología, para recompensar su estraordinario mérito, y escitar á otros jóvenes para que imitasen su conducta laudable. Despues fué destinado á la enseñanza en el Colegio de

San José, cuya plaza no ocupan sino los jóvenes de singular mérito.

Cuando lo que el mundo llama fortuna brindaba al Señor Melchor con un porvenir ligonjero y risueño, el joven generoso, inspirado de Dios, vió con clara luz cuán dificil es conservar la inocencia en medio de los peligros del mundo, cuán falaces y engañosas son las delicias y los placeres, cuán mentirosos los aplausos, cuán inconstantes y de poco precio las riquezas, pues que todo esto se acaba con la muerte; vió en fin que la verdadera felicidad del hombre la encuentran facilmente los que, renunciando todo lo criado por amor de Dios, todo lo hallan en Jesucristo crucificado. Aunque se le opusieron grandes obstáculos y dificultades que vencer, aunque las caricias, las persuasiones, las súplicas y las lágrimas tentaron su corazon, el valeroso joven, imitando la conducta de Santo Tomás de Aquino, de quien iba á ser digno hermano, llevó adelante su resolucion, sobreponiéndose á todos los miramientos de la carne y de la sangre. Se alistó en las banderas de Santo Domingo de Guzman, tomando el santo hábito en el Colegio de Ocaña en el dia 16 de agosto de 1846, y á su debido tiempo hizo la profesion solemne. Cuando se trata de personas santas y estraordinarias, no merece censura el hacer reflexion sobre algunas circunstancias minuciosas de su vida. El Sr. Melchor nació el 29 de abril, dia en que se celebra la fiesta del esclarecido mártir Dominicano S. Pedro de Verona; y tomó el hábito de Santo Domingo de Guzman el dia 16 de agosto, en que celebra el Orden de Predicadores la fiesta de un esclarecido hijo suyo, el portentoso S. Jacinto, Misionero Apostólico de la Polonia; reuniendo el Sr. Melchor, como lo esperamos del Señor, las prerogativas de los dos, á saber, Misionero Apostólico y mártir esclarecido.

En los años que permaneció en este Colegio, yo, que tuve la dicha de vestirle el santo hábito, soy testigo de su vida fervorosa é inocente. El M. R. P. Fr. Blas Corbera, que le trataba mas de cerca por haber sido su Maestro de novicios, no halla palabras con que ponderar sus virtudes. Siempre se le encontraba afable, modesto, humilde y fervoroso. Aunque habia terminado los estudios mayores en el siglo, tenia tan mortificada la propia voluntad, era tan obediente y sumiso cual si se hubiera educado en el claustro desde su niñez. En fin, su Maestro de novicios, compendiando en pocas palabras las prendas y virtudes de este joven recomendable, dice que nada se exajera en el panegírico del Venerable Sr. Melchor, porque era un angel.

Destinado á las Misiones de Asia, partió de Cádiz el dia de Santo Tomás de Aquino, 7 de marzo de 1848; y llegado á Manila pidió que se le alistase para las Misiones del Tunquin. Es de advertir que como en aquel reino es tan cruel la persecucion contra los predicadores del Evangelio; como cada paso que dan los Misioneros es un inminente peligro de muerte, y su vida es tan azarosa, pasan los dias ocultos en las cavernas, en los subterráneos, ó escondidos en los montes mas escabrosos, y por la noche corren disfrazados administrando los santos Sacramentos á los cristianos, atravesando rios caudalosos, caminando muchas leguas, hasta que al romper la aurora se ven obligados á volverse á ocultar, para evadir las contínuas pesquisas de los tiranos. Bien se deja ver que para un género de vida tan trabajoso, de tantas fatigas y peligros, se necesitan jóvenes de corazon esforzado, que se ofrezcan voluntariamente á tan heróico sacrificio. Así es que los Prelados á ninguno obligan, sino que marchan tan solamente á aquellas Misiones los que libremente lo piden, y los demás se quedan en las islas Filipinas, en

donde gozan de mas completa paz que en los reinos católicos de Europa.

Llegado que fué al Tunquin el V. Sr. Melchor, como era de un talento privilegiado, de mucha instruccion y de virtud estraordinaria, sus compañeros pusieron en él los ojos creyéndole digno de ser Obispo. Consagrado que fué, desplegó un celo verdaderamente apostólico: parece que presagiaba su próxima muerte, y por esto quiso que sus pocos años de vida equivaliesen á una edad avanzada. Era infatigable en promover el rescate de los niños gentiles, y en organizar la asociacion piadosa que se ocupa en bautizar á los niños de los infieles que se hallan en la hora de la muerte.

Cuando el V. Sr. Melchor se ocupaba con el mas fervoroso celo en estas tareas apostólicas, estando angustiado su corazon por la pérdida del V. Sr. Diaz y del Vicario Provincial, el P. Salgot, muertos los dos en menos de un año, quiso el Señor que siguiese la misma gloriosa carrera, y que los tres honrasen con su muerte el hábito de Santo Domingo que vestian, animando tambien con su heróico ejemplo á los jóvenes Misioneros del Colegio de Ocaña, del cual eran hijos y son hoy su gloria y ornamento.

Pero no terminan aquí los padecimientos de la Iglesia Anamita. Tanta sangre derramada, tantas víctimas sacrificadas, tantos y tan crueles tormentos tolerados con la mas invicta paciencia y la resignacion mas edificante, no han sido ni son bastantes para contenér y aplacar el furor y la rabia de aquellas furias infernales contra la Religion católica. Es verdad que hasta ahora no se tiene noticia de que se haya verificado un martirio tan horroroso como el que se ejecutó con el venerable Sr. Melchor, pero tambien lo es que la persecucion, los tormentos, la

opresion, y todo género de calamidades y desgracias continuan aflijiendo y derrotando aquella preciosa viña; y si el Señor Dios de los ejércitos no vuelve hácia ella su benigno rostro, acabará de destruirla el fiero jabalí de la selva, que apacienta en ella su crueldad.

El cruel tirano Tu-Duc, sus Ministros y Mandarines han reproducido todos los tormentos que los tiranos de los primeros siglos inventaron contra los cristianos. Las calderas de aceite hirviendo, las aspas, los ecúleos, las tenazas frias y enrojecidas se emplean hoy en el Imperio Anamita; y como si estos tormentos no fueran bastantes, han inventado el llamado Ban-choung entre los Tunquinos, que consiste en una tabla llena de puas de hierro. Si los venerables confesores han podido resistir, ayudados de la gracia de Dios, á las cárceles, azotes, tenazas, etc., los obligan á arrodillarse sobre aquel potro, y para que las puas abran mas profundas heridas, dos hombres, mas pesados que el plomo, se colocan encima de los hombros del paciente, cargando como es consiguiente todo el peso de aquellos mónstruos sobre las rodillas del venerable confesor, y otros dos asidos á los muslos los forcejean hácia abajo. A otros tienden sobre dos maderos colocados en forma de cruz, atan fuertemente los brazos con cordeles á los de la cruz, y haciendo lo mismo á los pies estiran con violencia los cordeles, llegando no pocas veces á descoyuntar los huesos del paciente.

No sería posible, dicen las cartas de los Misioneros, referir los trabajos, los destierros, los ultrajes y tormentos que padecen los cristianos, pero tampoco los triunfos que nuestra santa Religion ha obtenido y obtiene con tan valerosos mártires. El Señor purifica á sus siervos con

las tribulaciones, y al mismo tiempo hace célebre la santa fe, y la procura nuevos testimonios que demuestran su divinidad, en los tormentos y en el martirio de los que la profesan, y estos dejan en la tierra gérmenes de creencia y de virtud. Estos triunfos y estos testimonios se repiten diariamente en Tunquin de un modo admirable.

El catequista Chan, del Vicariato Central, con varios alumnos de la casa de Dios y otros jóvenes que tenia á su cuidado, fueron presos por una chusma de las muchas que son el azote de aquel desgraciado pais, y despues de haber sufrido crueles azotes, arrancándoles las carnes con tenazas hechas ascua, los obligaron á arrodillarse en el Ban-choung, y permaneciendo firmes y constantes en la confesion de la fe, sin prestarse á pisar la santa cruz, les marcaron las mejillas con hierro ardiendo con el sello *de la falsa Religion*, como ellos dicen, de Jesus, y cargados de cadenas los mandaron á concluir sus dias en un destierro. La misma gloriosa suerte les cupo á 44 cristianos de la provincia meridional, habiendo muerto uno de mas de 60 años en la cárcel á fuerza de los tormentos.

En el mes de octubre fueron decapitados el P. Ludug, Sacerdote indígena del Vicariato Central, y un médico cristiano, llamado Hao, que fué cantando el Rosario hasta el lugar del suplicio. El 27 de agosto prendieron al P. Fr. Domingo Man, religioso indígena del Orden de Santo Domingo, le condujeron á la capital cargado de cadenas, y despues de muchos y crueles tormentos fué decapitado por la fe en la provincia Meridional Alta el dia 13 de noviembre. Tuvo por compañeros en el martirio á 2 muchachos de la casa de Dios, y á 19 cristianos; y á estos los siguió el P. Fr. Francisco Duyet, religioso indígena, tambien del Orden de Santo Domingo, que despues de

crueles tormentos fué tambien decapitado por la fe. El P. Fr. Domingo Ghuan, religioso igualmente indígena del Orden de Santo Domingo, se hallaba en la cárcel á fines de noviembre cargado de cadenas; y confiando que la gracia de Dios le haya dado el don de fortaleza y perseverancia, es muy regular que á estas horas haya logrado la palma del martirio. Un cristiano que habia tenido la desgracia de pisar la cruz, se volvió á la residencia del Ilmo. Sr. Retord, de cuyo pueblo era oriundo, y reconociendo su enorme pecado, se presentó en el pretorio de los tres grandes Mandarines de la provincia Meridional, retractándose de su apostasía. Los Mandarines llenos de rabia le mandaron arrojar á los elefantes, que muy luego le hicieron pedazos.

En el Vicariato y provincia Oriental, los desterrados por la fe son ya muchísimos, las cárceles están llenas de valerosos confesores, los trabajos y padecimientos son innumerables, los pueblos destruidos unos, quemados otros, robados y saqueados todos. No eran menos los trabajos y persecuciones en el Vicariato y provincia Occidental, de la administracion espiritual de los Señores Franceses. Por el mes de agosto prendieron á seis Sacerdotes indígenas; dos de estos fueron decapitados á pocos dias, y los demás continuaron en las cárceles, sin que hoy se tenga noticia del resultado de sus causas. Las pesquisas, las prisiones, los sitios de los pueblos y demás tropelías eran diarias, por lo que al Ilmo. Sr. Retord le pareció menos molesto vivir entre fieras que entre hombres, y se retiró á los bosques en compañía de unos cuantos Misioneros y algunos cristianos. Allí estuvo cinco ó seis meses, privado de todo humano consuelo, trepando por aquellos montes, y ocultándose entre sus malezas, sin casa, sin cama, y sin

otro alimento que el que le deparaba la Providencia, hasta que, rendido con tantos trabajos y privaciones, falleció con la muerte de los justos, como piadosamente se cree, el 22 de octubre último. Durante su permanencia en los montes, los tigres devoraron á 17 personas.

La Iglesia de Tunquin habia quedado viuda en la persecucion del cruel Minh-Manh. Sus Obispos habian muerto, uno de hambre y cansancio, huyendo por los montes, otro de consuncion y enfermedades en la cárcel entre cadenas, y el tercero al filo de la cuchilla de los verdugos. El Ilmo. y Rmo. D. Pedro Andrés Retord, Saderdote de las Misiones estrangeras, que llevaba ocho años en la de Tunquin, era el designado para consolarla, pero no hallaba medio ni modo de recibir el óleo santo de la consagracion, hasta que despues de muchos trabajos, peligros y sacrificios pudo embarcarse para Manila, y el dia 31 de mayo de 1840 fué consagrado en la iglesia de Santo Domingo de aquella capital. Por mas que algunos le representaran los peligros en que iba nuevamente á meterse, y aun graduaran de temeraria su resolucion de volver á Tunquin en medio de los horrores de la persecucion, él, en vez de oir á sus tímidos consejeros, solo escuchó las voces de sus ovejas, que le llamaban para consolarlas, y tuvo la satisfaccion de hacerlo así el dia 16 de enero de 1841, en que llegó felizmente al Vicariato. Allí permaneció trabajando como un varon verdaderamente apostólico, sufriendo las calmas y las tormentas por que ha pasado la Mision, hasta que en la actual, que cruelísimamente la está azotando, fiándose mas de la ferocidad de las bestias que de la malicia de los hombres, se refugió á los montes, donde terminó sus dias lleno de fatigas y trabajos, tolerados por la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

Espanta verdaderamente solo el pensar en el triste estado en que se halla la Iglesia Anamita, consternada, afligida, y capaz de mover á compasion á cualquiera que no sea de la raza de aquellos antropófagos, que si no comen las carnes de los Misioneros y cristianos, las despedazan y les chupan la sangre. Todas las iglesias, colegios y casas de los Misioneros arruinadas, demolidas las cercas de los pueblos cristianos, y reducidos estos á tal estado, que mas bien parecen chozas de leprosos que pueblos; y basta tener noticia que en alguno hay Misioneros, ó cristianos para ser entregado á las llamas y al saqueo.

La espedicion franco-española á Cochinchina, cuyo objeto principal es contener al poder Anamita en tantas vejaciones y crueldades, y reclamar de él la libertad del culto de nuestra veneranda Religion, y la seguridad para los Misioneros y cristianos, no ha podido hasta ahora lograr los resultados apetecidos. Sea por el escaso número de tropas, sea por el demasiado calado de los vapores, que la mayor parte no pueden navegar por los rios de Tunquin, sea porque las fuerzas francesas y españolas necesitan construir y tener un punto fortificado para refugiarse á él y defenderse en un caso dado, ó por otras causas que ignoro, la espedicion franco-española aún permanecia en Turon á fines de diciembre último. Solo en el mes de octubre habia podido penetrar en Tunquin, á fin de averiguar cuál era la situacion de los Misioneros y cristianos, la corbeta de vapor *Primauguet,* pero no pudo ver ni aun recibir noticias de Misionero alguno, á lo menos español; solo logró tener algunas relaciones con muy pocos cristianos, quedando estos en situacion mas triste despues que se retiró la referida corbeta, como lo acredita el párrafo siguiente de una carta del P. Fr. Francisco Roy, escrita desde Macao el 12 de diciembre. Dice así.

«Hace pocos dias que pasó por Macao, y estuvo en esta procuracion, un Padre Misionero francés procedente de Tunquin, quien despues de haber padecido muchos trabajos, pudo, en union del Ilmo. Sr. D. Juan Dionisio Gauthier, Vicario Apostólico del Tunquin Meridional, llegar á Turon, desde donde vinieron ambos á esta en un vapor francés. El Sr. Vicario Apostólico no saltó en tierra en Macao por hallarse delicado, y solo vino el P. Misionero, llamado Marc. Este Padre me refirió, entre otras cosas, que cuando el vapor francés *Primauguet*, en que iba el P. Fr. Manuel Rivas, fué por las costas de Tunquin, cinco beatas se aproximaron á saludar á dicho Padre y compañeros de la espedicion. Aquella accion no pasó desapercibida por los infieles, y retirado el vapor, prendieron á aquellas inocentes, las encarcelaron, y les hicieron sufrir trescientos azotes á cada una en tres diferentes ocasiones, á ciento cada vez, en espacio de pocos dias: despues les cortaron á todas los pechos, y últimamente la cabeza. No pudo decirme el Padre francés con seguridad si todas cinco eran del Vicariato nuestro Central ó del Occidental, si eran de nuestra Tercera Orden ó Amatrices de la Cruz; mas se inclina á creer, con fundamento, que eran del Vicariato Central. Me dijo tambien el mismo Padre, que nuestros hermanos del Central (á lo menos los Europeos) se hallaban á su salida en el Oriental; que los del Occidental se hallan en grandísimo peligro, por estar hace cinco ó seis meses escondidos entre las malezas de los montes, y se teme que hayan muerto algunos.

»Con motivo, segun se cree, de la escursion del vapor *Primauguet*, se han exasperado de tal modo los Tunquinos infieles, que la persecucion se ha aumentado en sumo grado, y se han propuesto no dejar un Misionero ni un cristiano. Toman cuantas medidas están á su alcance para ello,

y cuanto el demonio les sujiere. Es mucho de temer que acaben con nuestros Misioneros de Tunquin antes que les llegue el remedio. ¡Dios se compadezca de aquellas aflijidas cristiandades, pues el auxilio humano lo veo muy lejano.»

Las cartas del P. Fr. Francisco Gainza, no solo dan noticias detalladas y curiosas de la espedicion franco-española de Cochinchina, sino que tambien contienen algunas interesantes relativas á la triste situacion de los Misioneros y cristianos en Tunquin, y por lo mismo se insertan á continuacion.

«*Bahía de Turon (como decimos nosotros, ó de Touranne, como dicen los Franceses)*, 5 *de setiembre de* 1858.=Rmo. P. Fr. Antonio Orge.=*Mi apreciable Padre y venerable Prelado.*=De buena gana faltaria á la palabra que tengo empeñada: tal es la confusion en que se hallan mis ideas. A pesar de llevar cinco dias en tierra, aún me marean los injustificados balances de la celosa *Dordogne;* y digo injustificados, porque han sido estraordinarios, no habiendo mar ni tiempo que diese motivo á tan cargantes meneos. Por tanto no espere V. ni flores, ni poesía, ni cultura en el lenguaje; ni hay que pensar en coordinacion de pensamientos, ni mucho menos en descripciones brillantes de nuestro viaje y campaña: conténtese V. con un relato sencillo, familiar, desaliñado, sin mas mérito que el ser exacto y verdadero, salvo error de buena fe.

»Ya sabe V. que, siendo la espedicion de Cochinchina una cuestion para la España puramente religiosa, se inició con un acto verdaderamente religioso. Hubiera sido desmentir las tradiciones venerandas que nos trasmitieran nuestros piadosos abuelos, desconocer el espíritu eminentemente católico del pueblo español, y el caracter de todas las grandes empresas con que los hijos de la Iberia han

asombrado al mundo, si una campaña concebida con el esclusivo objeto (por parte de nuestra Reina) de propagar nuestra sacrosanta Religion, asegurar la libertad de su culto y la vida de sus fervorosos Misioneros, no se hubiera puesto bajo la tutela de aquella que siempre ha sido *Auxilio de los cristianos*. Esto no podia suceder; y al contrario, ya que no se pudo desplegar todo el lujo y magnificencia con que se hubiera inaugurado la empresa, porque el tiempo no lo permitió; ya que todo tuvo que hacerse de prisa, por fracciones y sin el debido lucimiento, al menos se pensó acertadamente en implorar la proteccion de la Virgen del Rosario, tierna y constante protectora de las islas Filipinas.

»En su consecuencia, las tropas que se embarcaron en la *Dordogne* acudieron á nuestra iglesia á las seis de la mañana: yo les dije la Misa y les di la bendicion: se cantó una Salve, y aunque se habia dispuesto la tarde anterior distribuir á cada soldado un escapulario y una medalla, no pudo cumplirse esta segunda parte, porque durante la noche dieron órdenes mas apremiantes para el embarque. El espectáculo, á pesar de faltarle esta ceremonia interesante, fué imponente y altamente consolador en los fatales tiempos que estamos atravesando. Todos oraron con profundo recojimiento y edificante compostura: cada cual encomendó á la Virgen sus mas caras afecciones, seguros de que quedaban bajo una salvaguardia benéfica y protectora; y aquellos hombres, que habian ido al templo llenos de entusiasmo y de aspiraciones de gloria, dejaron á sus puertas la bravura y los pensamientos mundanales, y doblaron sus rodillas, y humillaron su frente, y ofrecieron su espada y la sangre de sus venas por el triunfo de su fe y exaltacion de sus creencias. ¡Hé aquí

cómo el valor es hijo de la virtud! Los escapularios y medallas se distribuyeron á bordo, formando las compañías; y desde el coronel Oscariz, hasta el último soldado, todos recibieron con emocion y respeto esas insignias de esta pequeña cruzada; lo mismo hice dias despues á bordo del vapor *El Cano*, cuyo comandante, oficiales, así como el amable Sr. Lozano, me lo suplicaron con el mas vivo interés. ¡Honor y prez al ejército Español, cuya divisa ha sido siempre *Dios y España!*

»Tambien debe V. saber que la operacion del embarque fué dilatada y penosa: la barra estaba picada; fué preciso que *El Cano* hiciese tres viajes para remolcar los cascos, y aun así no estuvo todo á bordo hasta las cuatro de la tarde. Veintitres horas estuvimos en bahía, tiempo demasiado largo para la impaciencia y el entusiasmo de las tropas: por fin, el 20 á las tres de la tarde emprendimos la marcha, y dimos un tierno adios á nuestra cara Manila. Al principio todo era algazara y movimiento: la mar estaba tendida, la tarde clara y despejada, y aunque el viento era contrario, la *Dordogne* se mecia majestuosa, y á las ocho ya dejábamos á popa la isla del Correjidor, ese centinela avanzado de nuestra hermosa bahía. Mas bien pronto cambió la escena, y la *Dordogne* justificó una vez mas la fama de bailarina. Comenzaron unos balances tan grandes como increibles, atendida la magnitud del buque, y á que la mar, si bien un poco gruesa, estaba bastante buena. Pocos fueron los que no se marearon: á la mañana siguiente sobraron las raciones en abundancia; en los dos primeros dias la gente estuvo tendida, y como quedaban sobre cubierta, y cayeron fuertes y frecuentes aguaceros, padeció mucho, si bien con resignacion. El tiempo mejoró en los tres últimos dias: nos fuimos acos-

tumbrando á los vaivenes, y se reanimó el espíritu abatido algun tanto por los sacudimientos tan bruscos, los chubascos tan fuertes, y las noches tan largas como penosos los dias. Todos han sufrido privaciones, pero es preciso confesar, en honor de la verdad, que no ha habido el menor disgusto; ha reinado la armonía mas completa; y será difícil que en igualdad de circunstancias, pueda darse otro ejemplo de mas cordura y sensatez. Hablo lo que he visto por mis ojos, y no hay miedo que ninguno me desmienta.

»Por otra parte, la acojida que nos dieron los franceses fue cordial y delicada: el comandante Faucon cedió su propia cámara para los seis que veníamos destinados al cuartel general, y nos ha tenido constantemente á su mesa; nuestra oficialidad comia con la del buque; el trato ha sido escelente; y en suma, el viaje, considerado en conjunto, fue feliz hasta *Hainam*, á donde llegamos el 25 á las cinco de la tarde. En In-lin-cam, que así se llama la bahía donde anclamos, encontramos la escuadra francesa: por de pronto subió de punto la alegría viéndonos en treguas de los molestos balances, y en compañía de 10 buques (1), 9 de ellos de vapor, mas pronto se amargó nuestro gozo con la noticia de que el cólera hacia de las suyas en la escuadra. Nuestro gefe se presentó al Almirante en el momento de anclar, se acordó entre los dos que á las once de la mañana siguiente recibiria á los que debíamos ir á sus inmediatas órdenes, como en efecto se

(1) Los buques eran *Nemesis*, fragata de vela, que conduce al Almirante, la *Meurthe, Flegeton, Primauguet, Laone, Gironde*, grandes fragatas vapores; *Metraille, Alarme, Abalanche, Dragone*, cañoneras. Llegó la *Dordogne* al dia siguiente, *El Cano*, y otra cañonera, la *Fusée*; de modo que nos reunimos 13 buques de guerra.

verificó, recibiéndonos con la mas fina atencion: el 27 vino á la *Dordogne,* y revisó nuestras tropas, enterándose de los pormenores mas insignificantes; despues visitó nuestro vapor español, y se retiró para su buque.

»Los Franceses habian hecho un campamento: formaron cuatro hospitales, en los que habia 60 enfermos cuando yo los visité, y en los dias que estuvieron en *Hainam* tuvieron 27 defunciones, algunas de ellas de casos verdaderamente fulminantes. Nuestras tropas permanecieron á bordo: se les permitió bajar á tierra para lavar la ropa, bañarse y distraerse por el campo, y fuimos tan protejidos del cielo que no tuvimos ni un enfermo, y eso que en nuestro buque murieron dos Franceses, el uno de ellos del cólera. Esto es verdaderamente prodigioso, pues al ver 500 hombres sobre cubierta (además de otros 200 Franceses), hacinados, espuestos á los ardores del sol, á los fuertes aguaceros, nadando en agua, lanzados de un costado á otro, y con otras privaciones, temí que enfermasen la mitad: gracias á la Virgen, cuyo Rosario rezábamos todas las noches á pesar de lo violento de nuestra posicion, mis temores salieron fallidos, y todos llegamos y seguimos sin la menor novedad.

»En los cuatro dias largos que permanecimos en *Hainam,* el Almirante comunicó el plan de campaña á los gefes de las tropas y comandantes de buques, dió instrucciones ámplias, precisas y detalladas sobre los deberes de cada uno en la bahía de Turon, que debíamos atacar, y una vez todo listo, nos dimos á la vela en la madrugada del 30, saliendo en convoy en dos columnas paralelas, y marchando bastante despacio, pues el objeto era entrar en la bahía el 1.° de setiembre á primera hora, para lo que teníamos sobrado tiempo, puesto que la distancia de uno á

otro punto es de unas 45 leguas, y el tiempo estaba muy bueno, despues de una collita que sufrimos en *Hainam*. Pero aquí nos esperaba un lance un poco pesado. Aún estábamos en la barra cuando se descompuso una caldera, se introdujo mucha agua, se apagaron los hornillos, y tuvimos que andar á vela y perder la formacion; y si bien se remedió el defecto, no fue tan bien que no se reprodujese al oscurecer, pero con un caracter alarmante. No solo no podian funcionar las calderas, sino que nos entraba un mar de agua: perdimos de vista á la escuadra, que marchaba magestuosa, y nos quedamos en una ansiedad terrible. Se destinaron 100 soldados, 10 cabos, 4 sargentos y 2 oficiales para ayudar á achicar la inmensa cantidad de agua que teníamos á bordo, mientras que los maquinistas componian las calderas: la oscuridad de la noche aumentaba las angustias en unos, así como la impaciencia en otros, que temian no llegar á tiempo al momento del combate. En fin, fue una noche de prueba, pero de prueba terrible; se trabajó sin descanso, y se consiguió que á la madrugada no hubiese en las bodegas una gota de agua, si bien hasta las diez no pudo funcionar la máquina, y eso con una caldera y con mucha precaucion.

»Este contratiempo, y la calma que reinó, nos robaron muchas horas: no pudimos ver la escuadra en todo el dia 31, aunque, á decir verdad, habia sobrado tiempo para llegar á Turon; mas como era una costa desconocida, anduvimos dando vueltas y perdiendo algunas horas, que para nosotros fueron siglos. ¡Qué desconsuelo en la mañana del 1.° de setiembre, cuando no veíamos la escuadra! Ni sabíamos su paradero ni el nuestro, y suponíamos que no podríamos tener parte en la toma de Turon. Todos los

ojos estaban fijos con la mayor ansiedad, reconociendo todas las ensenadas, puntos y recodos de la costa. Es imposible describir el despecho de nuestros valientes oficiales al creer frustradas todas las fatigas de su viaje. Yo soy testigo de vista; yo recojia sus dichos; yo leia en sus semblantes lo que el amor propio y el orgullo nacional les hacia padecer; y sería muy injusto si no pagase este tributo á su bravura y entusiasmo. Este cuadro recibió una animacion inesplicable cuando oimos los primeros cañonazos, y vimos el humo que al través de una colina se elevaba hácia las nubes: entonces la tristeza y desesperacion se apoderó de nuestra gente; pero por fortuna estábamos cerca; se forzó la máquina, y pudimos anclar en el momento del desembarque de las tropas, despues de apagados los fuegos de las baterías enemigas. Es decir, que no vimos el bombardeo tan de cerca como hubiéramos deseado, pero llegamos oportunamente á ocupar la posicion destinada á nuestras tropas: esta circunstancia las consoló sobre manera, y el entusiasmo y alegría reemplazaron al despecho y la tristeza.

Nuestras tropas cumplieron con su deber; la España tuvo sus hijos en el momento en que pudieran competir con los hijos de Francia; pero ni unos ni otros pudieron hacer alarde de su valor ó pericia. Los Cochinchinos, tan valientes con nuestros humildes Misioneros, huyeron cobardemente; las fortalezas apenas contestaron algun tiro; y cuando las tropas pusieron el pie en tierra para dar el asalto, no encontraron combatientes: las puertas estaban abiertas y abandonadas, y no se disparó *ni un solo tiro de fusil.* Cuatro fueron los fuertes que se cojieron, y solo en uno, del que no podian escaparse porque tenian que atravesar una calzada muy descubierta, se encontraron 6 ú 8 muertos, 10

ó 12 heridos y unos 40 prisioneros; en los demás no se encontró alma viviente. Al dia siguiente fueron bombardeados otros dos que defienden la embocadura del rio, y sucedió lo mismo, con muy poca diferencia: yo recorrí los cuatro primeros, ví los muertos, y conté los prisioneros; y personas que asaltaron los dos que no pude registrar, me han contado lo que llevo referido relativamente á estos: si se dijere otra cosa, puede V. afirmar que es absolutamente falso. Esto se hace mas increible cuando se considera que sabian nuestra venida, y tenian espías en Macao, en Hong-Kong y Singapoor; que los fuertes están construidos con formas europeas, y dotados de muchos y magníficos cañones. En los cuatro que yo ví, conté 40 montados y 10 de respeto, la mayor parte de bronce, y algunos soberbios en toda la estension de la palabra: en los dos que yo no he visto me han asegurado que contaron mas de 100. ¿Qué hizo esta gente con tan buenos elementos? Nada: permitir que un puñado de Europeos los tomasen sin la menor oposicion; he aquí á qué ha venido á parar la leccion que hace sesenta años dieran los Franceses al ejército Anamita.

»Las tropas que desembarcaron fueron unos 2.500 hombres, es decir, un batallon de la Saone de 800 plazas, otro de la Gironde con igual fuerza, varios pelotones de marineros de diferentes buques, que compondrian unos 400 hombres, y nuestros 500 españoles. El dia estaba sereno, hacia un sol abrasador; las arenas de la playa eran las arenas de la Libia, y en las pocas horas que permaneció la fuerza en aquella posicion, entraron en el hospital 30 Franceses, dos de los cuales murieron instantáneamente entre las convulsiones de un furioso frenesí, mientras que de nuestras tropas *ni un solo hombre* sintió los efectos de un dia tan penoso: este es otro favor de la Virgen del Rosario.

A las cuatro de la tarde emprendieron la marcha costeando la bahía, y á la mañana siguiente acamparon en el istmo que forma la península que desean los Franceses, y que ya ocupan sin la menor contradiccion. Cinco dias van trascurridos en la misma posicion, mientras que se recojia el material y se preparaban las minas para volar el fuerte de la izquierda del rio, que nos es perjudicial, se abastecia el campo, se reparaban las averías de los cinco fuertes que están en nuestro poder, y mientras llegan los 1.000 hombres que se esperan de Manila, sin cuyo refuerzo no es posible emprender operaciones en el interior, y mucho menos ir á la capital, como desea el Almirante. Sin embargo, en este momento (las seis de la mañana del 6) han salido 3 cañoneras y nuestro vapor *El Cano* á consecuencia de las noticias que ayer tarde se adquirieron, de que á poca distancia habia reunidos 5.000 Cochinchinos con ánimo de atacar. Antes de ayer se presentó un Sacerdote indígena, se dió á conocer por el vestido, y hablaba el latin y francés correctamente, y parece que hizo revelaciones importantes: permanece en nuestro campo, y pertenece al vicariato de Mons. Pelerin, que despues de haber ido á Francia á abogar por los cristianos, ha venido, y permanece con nosotros.

»Se me olvidaba decir que nuestro vapor *El Cano* ha dejado bien puesto el pabellon español. Le tocó bombardear los dos fuertes del rio con otras dos cañoneras; en todo el dia 1.° y la mañana del 2 sostuvo el fuego, para que por el rio no pudiese venir socorro; hizo tiros muy certeros, y los dos botes que mandó á tierra se condujeron muy bien. Esto me consta por confesion unánime de los oficiales franceses, compañeros del combate. Todos hacen mil elogios, y esto no deja de halagar nuestro amor propio, ya que la tropa de línea no tuvo ocasion de acreditar una vez mas su

bravura y disciplina. Tanto el Sr. Lozano, mayor General del apostadero de Manila, que es aquí el gefe superior de marina, como el Sr. Gonzalez, y los Sres. García, Rivero y Vivar, comandante y oficiales del vapor, se han conquistado las simpatías de la escuadra; y yo lo consigno con tanto mayor placer, cuanto que les debo consideraciones de una deferencia cariñosa y distinguida.

»Como yo soy el único Sacerdote español, no he podido seguir á nuestras tropas, porque desde el momento del desembarque dispuso el Almirante que me instalase, en union de otro Capellan francés, en el fuerte del Observatorio, destinado para hospital: tan pronto como lleguen los otros dos Religiosos compañeros, y los dos Sacerdotes seculares, iré al cuartel general, en armonía con lo dispuesto por nuestro Gobernador, y acompañaré á las tropas do quiera que marcharen; yo lo deseo, y tanto como yo lo desean los oficiales y soldados, quienes á porfía me han dado pruebas inequívocas de las mas profundas simpatías, y arrostraré gustoso las mayores privaciones por consolar con mi presencia al que necesite los auxilios de nuestra veneranda Religion. Los dos Capellanes ocupamos una pequeña pagoda, en cuya pared he colocado un hermoso lienzo de la Virgen del Rosario, con nuestro P. Sto. Domingo y Santa Catalina; en el altar en que estaban los ídolos celebramos el tremendo sacrificio del Cordero sin mancilla: así se verifica en parte el brindis que pronunció nuestra primera autoridad en la comida que nos dió la noche antes de salir: *Brindo*, dijo, *porque sobre las ruinas del gentilismo se levante el templo de la civilizacion y de la fe*. Pues bien, una pagoda, demolida en parte por las bombas, ha sido reparada por las manos de dos Sacerdotes católicos, y erijida en templo de Dios, á quien deben los hombres el culto y adoracion. ¡Quiera el

mismo conceder á este desgraciado imperio el beneficio inestimable de conocerle y amarle! ¡Que la sangre de nuestros valerosos confesores sirva para lavar esta tierra de la ciega supersticion é ignorante idolatría!

»Basta por hoy, porque ya soy muy pesado; tengo mucho que escribir, malos elementos para hacerlo, y poca comodidad. Ayer tarde me avisaron que tal vez mañana saldrá un vapor para Hong-Kong con nuestra correspondencia: si entre tanto adquiero datos seguros del movimiento de hoy, los apuntaré á última hora; y si esto no es posible, tenga V. paciencia hasta nueva proporcion. Solo suplico que disimule los defectos de estos borrones mal dijeridos, apreciando únicamente la buena voluntad que ha presidido á su desaliñada redaccion, y contando con la sincera amistad de su atento y seguro servidor, capellan y súbdito Q. S. M. B. =*Fr. Francisco Gainza*, Dominico.

»*Hoy* 14 *de setiembre*.=No hay mas novedad que la llegada del vapor de Manila con 600 hombres; el resto y material viene detrás. Supongo que con este refuerzo tomaremos el camino de la corte, pues aquí nada hay que hacer.»

»*Turon* 7 *de octubre*.=Reverendísimo Padre: El mes pasado escribí al P. Roy encargándole remitiese la carta á Vuestra Reverendísima, y al P. Manzano le encargaba tambien le enviase una relacion larga y detallada de lo ocurrido hasta el dia; y suponiendo que la ha recibido, habrá visto la toma de las fortalezas que guarnecian este puerto; y al ver la facilidad con que nos hicimos dueños de esta magnífica posicion, sin que nadie se opusiese, estará Vuestra Reverendísima esperando tal vez que en esta voy á darle cuenta de operaciones ulteriores, y aun acaso de la entrada en Hue, capital de este desgraciado imperio. No estrañaré que piense Vuestra Reverendísima de

este modo, puesto que aquí mismo no faltan genios entusiastas é impacientes que critican la calma del Almirante francés: en concepto de estos hombres fogosos, convendria haber aprovechado los momentos de confusion y alarma que sucedieron al bombardeo de Turon, el desaliento y la dispersion de las tropas Anamitas, la profunda impresion que debió haber causado en la capital la presencia de una escuadra nunca vista, y el instantáneo y terrible efecto de su poderosa artillería. Bajo la presion de estas noticias, aumentadas por el fanatismo de un pueblo descontento de su Rey, hubiera sido muy facil avanzar hácia Hue, poner al Emperador y su gobierno en una situacion penosa, y obligarle á aceptar las bases de un tratado racional: tal es el modo de ver las cosas de los que en esta espedicion no tuvieron mas objeto que pedir satisfaccion por los insultos hechos á los Misioneros Españoles, y conseguir la completa libertad de nuestra veneranda Religion.

»Mas sin que sea esto desvirtuar la fuerza de razonamiento semejante, es preciso tener en cuenta algunos pormenores para apreciar debidamente la aparente inaccion de Mr. Rigault de Genouilly. Como ya tengo dicho á Vuestra Reverendísima en mi citada anterior, solo 500 hombres Españoles tomaron parte el 1.° de setiembre; faltaban las dos terceras partes de nuestra division, la caballería nuestra, la reclutada por los Franceses, el ganado, y gran parte del tren y personal de la artillería de montaña, principalmente para operaciones de tierra, y los víveres para las tropas Españolas, etc., etc. Y por eso dicen los de la opinion contraria que no hubiera sido prudente lanzarse á una empresa aventurada sin las mejores tropas, puesto que nuestros indios resisten perfectamente la influencia del clima, al paso que los Franceses se mue-

ren fatigados del calor. El Almirante creyó por lo visto indispensable aguardar estos refuerzos, y así se comprende su conducta lenta, despues de un hecho que le puso en posesion del mejor puerto de Oriente.

»Además, los franceses no han venido aquí para hacer alarde de su fuerza y concluir un tratado como hicieron en Tien-tchin: su objeto es adquirir un puerto seguro para abrigo de su escuadra en estos remotos mares, y formar un establecimiento militar, que en un caso dado pueda resistir un empuje de parte de los ingleses. La Francia necesitaba á todo trance un puerto en estos parajes: la iniciativa de este elevado pensamiento se debe á un Obispo católico, Mr. de Adra. Luis XVI comprendió toda la importancia del proyecto, y celebró el tratado en 28 de noviembre de 1787, en que, por los recursos que prometia la Francia al Emperador fugitivo y destronado, se le concedia este puerto, y las islas de Feifo y Haiwen; y aunque por los acontecimientos posteriores ninguna de las partes cumplió su respectivo compromiso, los Franceses, sin embargo, han tenido fijas constantemente sus miras en este precioso punto, han hecho muchas reclamaciones en épocas diferentes, y han aprovechado las circunstancias actuales para consumar un hecho cuyos precedentes cuentan setenta y un años de existencia. Es, pues, Turon para la Francia una adquisicion de la mas alta importancia; es además la base para dominar completamente el pais, si no con las armas, al menos con la política y el comercio; y vea Vuestra Reverendísima otra razon por qué el Almirante ha pensado ante todo en reparar las fortificaciones destruidas por su formidable artillería, demoler las que podian perjudicar, levantar las que eran indispensables, erigir hospitales, formar almacenes; en una palabra, po-

ner el pie de una manera tan sólida, que á los Cochinchinos no les quede esperanza de ver alejarse estos importunos huéspedes, al mismo tiempo que se ponen los cimientos del *Gibraltar de Oriente*, como los ingleses denominan á Turon. Pues bien, todo esto exijia tiempo y brazos; no era cosa de avanzar sin dejar la retaguardia á cubierto de cualquier acontecimiento inesperado; y mirada la cuestion bajo este punto de vista, se comprende que el Almirante no ha pasado en la inaccion el mes que acaba de trascurrir: una vez conseguido su pensamiento principal, y tomada por la fuerza la venganza, poco importa que venga mas tarde ó mas temprano la sancion legal sobre un hecho consumado.

»Aún pudiera añadirse otra reflexion juiciosa. Quizás creyó el Almirante que el ejército Anamita volveria por su honor, y con este objeto ha tenido un mes justo las tropas acampadas en el istmo de Tien-cha, para provocarles á venir á lavar con nuestra sangre la ominosa mancha que su cobardía ha arrojado sobre su bandera roja; en esta suposicion el plan estaba bien combinado, la posicion era estratégica: por un lado nuestro vapor *El Cano*, y una cañonera Francesa, defendian á la vez el istmo y el campamento, mientras que por el opuesto hacian el mismo oficio dos cañoneras Francesas; la retaguardia estaba cubierta por las fortalezas y la escuadra, y los enemigos tenian que atravesar el rio de Turon, que por lo mismo dificultaria su retirada en el caso de una derrota, que hubiera sido inevitable si la escesiva prudencia de los famosos Cochinchinos no hubiera hecho inútiles las precauciones tomadas por el ejército invasor. Veintitantos mil hombres se decia que estaban al lado opuesto del rio, á las órdenes de un Mandarin superior venido espresamente

de Hue; algunos dias se dejaron ver varios grupos, que eran dispersados al momento: ni ellos intentaron de una manera seria atacar el campamento, ni este tuvo que tomar las armas para medirlas con las suyas; un poco de vigilancia y algunos disparos de cuando en cuando, bastaron á contenerlos á una *distancia respetuosa.* No crea Vuestra Reverendísima que yo trato de hacer la apología del Almirante Francés: ni soy hombre de opinion, ni competente en la materia; y por otra parte, la impugnacion y la defensa me parecen intempestivas hasta ver el desenlace· yo digo sencillamente lo que he oido y visto.

»El 2 del actual, es decir, en el mismo dia y hora en que se habia ocupado la llanura de Tien-cha hace un mes, se levantó el campamento, y se replegó al pie de la cordillera Norte, en cuyas cimas están cuatro fuertes antiguos, y la batería y obuses recientemente construidos; y con esta medida, á todas luces prudente, las tropas pueden descansar de las fatigas. Se han suprimido los ejercicios y paseos militares, porque no hay campo para hacer las evoluciones; la vigilancia es inutil, y la division puede descansar toda la noche, sin mas precaucion que un centinela para el orden, cuando antes nosotros teníamos sobre las armas 400 hombres cuando menos. Gracias á la constitucion de nuestros indios, á la aclimatacion de los oficiales y sargentos Españoles, y á la conducta de todos, pues de no ser así hubieran muerto muchísimos, como ha sucedido y sucede diariamente con los Franceses. Ayer enterramos á un Misionero recien llegado de Francia. Nosotros tres estamos bien: en nuestra tropa, hasta la fecha, no ha habido una sola baja, ni aun enfermos de gravedad.

»Del Tunquin nada se sabe de una manera positiva: dias pasados se aprehendió una barca que venia de aquel

pais, que estaba en revolucion, al decir del patron: salió en su consecuencia la corbeta de vapor *Primauguet*, llevando á su bordo al P. Fr. Manuel Rivas, á Mr. Le Grand, Misionero, y á un Príncipe descendiente de la antigua familia *Le*, educado por los Franceses. Esperamos con ansia su regreso, porque tal vez de las noticias que traiga dependa nuestra marcha sucesiva. Tampoco acaban de llegar los 400 hombres, caballería y víveres que faltan de Manila; de manera que no podemos calcular cuánto durará nuestra situacion actual: estos accidentes la complican; todo hace creer que la cuestion va á decidirse ante los muros de Hue: cuándo y cómo, el tiempo lo aclarará.

»El Mandarin jefe de las fuerzas, que está por aquí cerca, acaba de intimar por escrito al Almirante, de parte del Emperador, que si en el término de diez dias no evacuamos este punto, vendrá á *degollarnos*. Lo peor es que no vendrá. Ayer llegó un Sacerdote Tunquino con una carta para este Sr. Vicario Apostólico, en la que dice que el Sr. Melchor García Sampedro fue martirizado de una manera horrorosa. Parece que nos están esperando para levantarse contra el Gobierno, pero no es probable que el Almirante dé un paso tan comprometido; al menos así se ha esplicado.

»Nada mas por hoy: que Vuestra Reverendísima lo pase bien, y con afectos del P. Fr. Francisco Rivas, queda suyo su antiguo discípulo y menor súbdito Q. S. M. B.= *Francisco Gainza*, Dominico.»

La Misa en el campamento.

Era el 10 de octubre. La noche habia estado en gran manera tranquila; un cielo puro y centelleante; cien y cien

estrellas que reflejaban su resplandor en las tranquilas aguas de Turon; un hermoso cometa que giraba, despidiendo tras sí una brillante y majestuosa cola; un ambiente fresco; todo, en fin, habia convidado á descansar de las fatigas del dia, y un profundo reposo habia sucedido al grande movimiento, á la contínua agitacion. Cuando apenas los primeros albores de la aurora comenzaban á despuntar; cuando apenas se destacaban de las sombras las agrestes colinas, que defienden á retaguardia el campamento español; y cuando apenas se distinguian entre su verdura secular las blancas y ordenadas tiendas de campaña, un armonioso raudal de melodía interrumpia el solemne silencio que por do quier reinaba. Era la orquesta de la division española, que tocaba la diana para saludar el dia del augusto natalicio de su Reina.

Aunque en campaña, y sin elementos para desplegar ostentacion como en Manila, se habia pensado celebrar tan solemne dia, si no de una manera digna por el lujo y aparato, sí al menos por el patriotismo y adhesion. El Contra-Almirante, M. Rigault de Genoully, por su parte habia dado la orden de enarbolar en el palo mayor de todos los buques, nuestra bandera nacional, y prevenido que la fragata *Nemesis* hiciese la triple salva de ordenanza; y el distinguido gefe de las fuerzas españolas por la suya habia dispuesto encender, en la noche de la víspera, grandes hogueras en las pintorescas colinas que dominan el campamento, mientras que la orquesta daba una agradable serenata: todo era bullicio, animacion y entusiasmo; todo anunciaba la gran fiesta de la nieta de los Recaredos y Fernandos.

Amaneció, en efecto, este dia venturoso; la tropa, vestida de media gala, iba formando blancos y animados pe-

lotones; y todos procuraban á porfía el aseo y la limpieza para asistir á la Misa, que debia celebrarse por el que suscribe, honrado por el digno gefe para un acto tan piadoso. Serian las siete y media cuando la division se formó por compañías, agrupándose todas al rededor del magnífico altar que posee la capilla del regimiento: mientras duró la Misa tocó la orquesta piezas severas y adecuadas al momento; y concluida, desfilaron las tropas para entregarse á las diversiones propias de la situacion, pero con mucho orden y no menos compostura.

Concluida la Misa, la fragata *Nemesis* hizo retumbar la bahía de Turon con el estampido de sus soberbios cañones: durante la salva real, de 21 cañonazos, se empavesaron los buques, y en seguida el Sr. Coronel Lanzarote tuvo el honor de presentar al Almirante toda la oficialidad de la division, á la que S. E. dirigió una arenga tan breve como espresiva, concluyendo con un estusiasta viva á S. M., que fue contestado por otro al Emperador Napoleon, dado oportunamente por el ya citado gefe. Los Señores gefes y oficiales volvieron al campamento: un almuerzo amistoso, en el que el Coronel estuvo tan galante como siempre, coronó esta fiesta sencilla, pero animada; y lo restante del dia se pasó en el descanso de las penosas fatigas que rodean al soldado. Este tuvo, por orden del Almirante, arroz y carne fresca, lo que contribuyó no poco á aumentar la algazara universal, pues de uno y otro carecia, y el indio padece mucho cuando no tiene morisqueta, su alimento acostumbrado.

La compañía de cazadores del Rey, que está de avanzada bajo los fuegos de la batería Labbe, celebró tambien en pequeño los dias de nuestra Reina. Mr. Gouchin, gobernador del fuerte y gefe de la fuerza francesa, bajó en

persona á convidar á comer al capitan D. Jorge Rico y oficiales, mientras el sargento primero mas antiguo convidó tambien á los sargentos españoles. A las cinco de la tarde se hallaban reunidos cada cual con sus compañeros respectivos en el blocus que domina la indicada batería, en cuyo sitio, y frente á la casita del Sr. Gobernador, se habia improvisado un gracioso templete de follage, en cuya cima, y sobre un trofeo de armas, ondeaban las dos banderas aliadas. El interior estaba profusamente iluminado: el verdor y la frescura daban mas encanto á la pintoresca sencillez. La comida fue, no solo abundante sino tambien esquisita, y mucho mas en campaña: Españoles y Franceses fraternizaron con la mayor cordialidad, y repetidos y entusiastas brindis animaron aquel cuadro, sin notarse la menor falta en la buena educacion. Los sargentos departieron la alegría con sus dignos camaradas, y á las diez de la noche se separaron, llevando todos las mas gratas emociones. Así, aun en medio de las privaciones y trabajos, hay momentos de solaz y de entusiasmo.

El dia 12 se celebró otra fiesta con mayor solemnidad, la fiesta de la Virgen del Pilar, patrona del regimiento. Al efecto se formaron tres galerías de arcos con ramage, que cubrian la capilla, sobre los que ondeaban varias banderas nacionales: se habia compuesto y ensayado una Misa á tres voces, con su correspondiente acompañamiento; se habia invitado á Mons. Pellerin, Obispo Bibliense y Vicario apostólico de este distrito, que rodeado de cuatro sacerdotes cantó la Misa de pontifical, y dió la bendicion á las tropas Españolas: asistió el Excmo. Sr. Contra-almirante con sus edecanes, y el conjunto de la fiesta estuvo brillante, quedando todos, y especialmente los Franceses, admirados de la religiosidad de nuestras tropas, y del en-

tusiasmo y compostura que se trasluce en todos los actos, cuando se trata de llenar los deberes de cristiano. Es sorprendente el efecto que produce esta conducta: el Señor Obispo ha dicho ya dos veces la Misa en nuestro campamento, y el Almirante lo ha honrado otras dos con su asistencia: los capellanes franceses no acaban de ponderar el catolicismo de las tropas españolas; nuestros gefes y oficiales hacen alarde de sentimientos religiosos; y el resultado de todo es mantener vivo el espíritu del soldado, y dar buen ejemplo á los Franceses, que nos observan de cerca, y ven con admiracion hermanadas la Religion y el valor.=Turon 14 de octubre de 1858.=*Fr. Francisco Gainza,* Dominico.»

Exequias de un Español.

A los dos meses de lucha, no contra el éjercito Anamita, tan numeroso como imbecil, sino contra las fatigas de una campaña en un pais virgen y enteramente despoblado en la parte que ocupamos; de un trabajo tan constante como duro, ya haciendo inmensos desmontes y aspirando las emanaciones que despide este suelo montañoso, ya abriendo caminos, construyendo oficinas y almacenes, levantando baterías nuevas, habilitando y reponiendo las antiguas; ya, en fin, acarreando víveres, materiales y demás, y haciendo tantas y tan penosas faenas, ora bajo la influencia de un calor abrasador, ora recibiendo torrentes de copiosos aguaceros, durmiendo algunas veces materialmente en el agua, sin comer alimentos frescos, y sí contrarios á las costumbres de los Indios y Españoles, ha querido la Providencia que nuestra hermosa division pa-

gue el tributo á que está justamente condenada la miserable humanidad.

Mientras que los Franceses llevan ya perdidos (1) hombres, y han tenido y tienen diariamente mas de 400 enfermos, la division Española, sea por componerse de Indios, que resisten el pais mucho mejor que los robustos Franceses, ó sea porque venia de Manila de refresco, solo habia tenido algunos enfermos, pero ninguno de gravedad, y cumplió 2 meses justos de campaña sin perder un solo hombre. Pero ya se comprende que sin una especie de milagro no podia durar mucho tan satisfactoria situacion: nuestros hombres son mortales, y bastante cariñosa ha estado la Divina Providencia.

El dia 19 del actual murió Juan Rodriguez, pundonoroso Gallego, marinero preferente de nuestro vapor *El Cano,* que se halló en la refriega del 6, y que salvó la vida casi milagrosamente, sacándolo de los abismos del mar, en que habia luchado por algunos minutos contra la muerte al irse á pique el bote que custodiaba; el 22 falleció un soldado Indio de la 5.ª compañía; y el 23 entregó su alma al Criador D. Jorje Rico y Lerma, comandante graduado, capitan de la compañía de cazadores del regimiento del Rey. Mucho siento no tener los datos indispensables para trazar la biografía de este bizarro oficial; solo diré que su actividad era igual á su esmerada educacion y sentimientos no vulgares, y su entusiasmo tan grande como su fe. En estos 2 meses siempre lo he visto trabajador incansable, padre solícito del soldado, y afable con sus dignos compañeros.

Durante los primeros 15 dias de este mes, que estuvo

---

(1) No espresa cuántos la carta.

de vanguardia bajo los fuegos de la batería *Labbe,* padeció algunas calenturas, de las que se repuso, al parecer, cuando fue relevado y traido al campamento. Mas bien pronto se repitieron, y aunque no inspiraban el menor recelo á los médicos, ni á los gefes y compañeros, que le han prodigado todos los consuelos compatibles con la situacion actual, el Sr. Rico, llevado de sus sentimientos religiosos, me mandó llamar de la *Saone*, donde me hallo destinado, y me dijo que deseaba confesarse, y arreglar las cosas de su conciencia y sus intereses materiales. Se confesó, pues, con la mayor tranquilidad, con toda la calma necesaria para un acto tan grande, como que nadie, incluso yo mismo, creia que estuviese de peligro, y aun por eso diferí darle la Estrema-Uncion y aun el Viático, pues en el concepto de todos se confesaba únicamente por devocion y consuelo. Me despedí, por tanto, aplazando lo demás para cuando hubiese un peligro verdadero.

Esto pasó el 22; mas el 23, despues de haber estado casi todo el dia sin novedad especial, á la tarde le sobrevino el acceso, le dió un ataque cerebral, y se vió que por momentos caminaba hácia el sepulcro. Afortunadamente pasaba el P. Francisco Rivas á enterrar el soldado de que arriba hice mencion; estaba además el P. Capellan del regimiento, y pudieron absolverle, darle la Estrema-Uncion, y exhortarle á morir como cristiano. Estas circunstancias, verdaderamente estraordinarias, llenan de satisfaccion y mitigan la pena consiguiente á la pérdida de un oficial tan entendido y valiente. Siendo una desgracia verdaderamente lamentable, al menos queda el consuelo de que ha llenado con tiempo y espontáneamente los deberes de nuestra santa Religion; y esto nos hace esperar que Dios habrá aceptado en espiacion de las flaquezas hu-

manas la dura penitencia de 2 meses de fatigas y trabajos.

Los funerales se celebraron ayer tarde con una pompa y magestad cual no podria creerse, atendida nuestra posicion actual. Ante el magnífico altar de la capilla del regimiento, se colocó el cadáver sobre un pequeño catafalco, en una caja forrada de negro, y cubierta con la bandera nacional. Toda la oficialidad Española, de gran gala, y una comision de la Francesa, mandada *ad hoc* por el General en gefe, hacia el duelo, y los 3 religiosos Dominicos y el P. Capellan presidimos el oficio. Despues de varios ensayos se cantó, con el acompañamiento de instrumental conveniente, una magnífica Vigilia; se entonó despues el Oficio de sepultura; y en seguida se organizó una procesion, con una gravedad imponente en toda la estension de la palabra. Precedia la cruz que debia fijarse sobre la fosa del cadáver; seguia al féretro, conducido por 6 soldados, entre las filas de una compañía vestida de gala, sin armas, que servia de cortejo; iba en seguida el Preste con otros Sacerdotes, detrás de los que venia el duelo; cerrando la procesion 2 compañías armadas, con la música, que tocó una marcha fúnebre y sentimental, capaz de inspirar en aquellos momentos ideas de recojimiento y compostura religiosa. En este orden recorrió la comitiva la ancha calle que atraviesa el campamento Español hasta llegar al cementerio, donde se cantó, con la misma solemnidad y acompañamiento, el *Benedictus* y lo restante del Oficio. Inmediatamente se le hicieron los honores de ordenanza, y aquella brillante reunion se disolvió con la pena de dejar allí los restos de un valiente compañero, pero con el consuelo de que se habia hecho con él todo lo que manda la Religion, y exije la sociedad y compañerismo militar.

Tan magnífico aparato, y esta pompa tan severa, llamó mucho la atencion de los Franceses, que suelen llevar sus oficiales difuntos sin mas acompañamiento que una comision mas ó menos numerosa y distinguida segun el rango del difunto, y con la asistencia de un simple Capellan, que recita algunas preces. Cada acto religioso practicado por nosotros confirma la grandiosa idea que los Franceses tienen del catolicismo del ejército Español; pero los funerales del malogrado Sr. Rico sobrepujaron de tal modo en el concepto que ellos habian formado, que hubo oficial que dijo: «Que desearia morirse entre los Españoles para tener el consuelo de que se hiciesen á su cadáver unas exequias tan graves y piadosamente magestuosas.» Así, gracias á Dios, se verifica que aun los mismos militares Españoles predican con su conducta, apoyando con ella la elevada mision encomendada á su espada. Hé aquí un honor bien grande para una nacion que se llama católica, y hace alarde de ser eminentemente religiosa.=Bahía de Turon 24 de octubre de 1858.=*Fr. Francisco Gainza,* Dominico.

Turon 3 de noviembre.=Muy Sres. mios: Despues de la que les dirigí por la via de Hon-Kong, poco hay que comunicar al público que merezca una mencion especial. La situacion no ha variado; las hostilidades siguen paralizadas, así como marchan adelante los trabajos para poner á este puerto al abrigo de cualquier ataque inesperado. Se están abriendo caminos y roturando grandes terrenos para levantar los blocus, almacenes, oficinas y hospitales; se trabaja en todas estas cosas á la vez; en una palabra, se están echando los cimientos para lo que será una colonia francesa, un mercado mas para Manila, y una garantía contra el despotismo del Emperador de Cochinchina.

Aquí tienen VV. en pocas palabras trazada nuestra posicion actual; y como por otra parte no soy de los que inventan noticias, ni me atrevo á comunicar las que circulan antes de haber depurado su orijen y exactitud, de aquí es que me encuentro embarazado para cumplir mi palabra, y satisfacer las laudables exijencias del público. Voy, no obstante, á relatar cuanto sé, comenzando por una rectificacion y una advertencia á la vez, para que se vea que soy, ante todo, partidario de este lema venerando: *la verdad en su lugar*.

Dije á VV. que las divisiones aliadas habian acampado el dia 2 en el istmo de *Tien-Cha:* no fue así; la mayor parte de las fuerzas llegó á dicho punto en la noche del 1.°, y solo una pequeña parte se le unió el dia siguiente. Tampoco es exacto que los dos fuertes que defendian el rio se volasen el dia 2 de setiembre, pues el uno habia volado el dia anterior.

Comencemos las noticias. El Mandarin que está (ó estuvo) al frente de las tropas Cochinchinas, al lado opuesto de los puntos que ocupamos, intimó por escrito al Almirante, que si dentro de diez dias no evacuábamos la bahía de Turon, vendria él á desalojarnos pasándonos á cuchillo. Esta es la sustancia del despacho; y en verdad que la broma era pesada, si hubiera sido de veras. Se recibió la intimacion con el desprecio quetal mensaje merecia; nadie se dió por apercibido; se pasaron los diez dias, y nuestro buen Mandarin, llevado de compasion, quiso prorogar el plazo, al menos con el silencio. ¡Y luego diremos que son inhumanos los letrados Cochinchinos! Lo peor es que, segun confidencias, el tal Mandarin murió, ó cuando menos salió herido en la refriega del 6, en cuyo caso ya podemos respirar hasta que venga otro á acusarnos la segunda rebeldía.

Por fin volvió el *Primauguet* de las costas del Tunquin. Las noticias que ha traido con respecto á Religion, son desconsoladoras en estremo. Un terror pánico reinaba en aquellas florecientes cristiandades; los Mandarines tenian una vigilancia increible; no ha sido posible comunicarse con ningun Misionero Europeo del Vicariato de Monseñor Retord, á quien debia conducir el *Primauguet,* ni de nuestro Vicariato Central, cuyos Obispos y Misioneros, así como los del anterior, se hallan en la mas completa dispersion, ignorándose su paradero aun por los Sacerdotes Anamitas. Tres de estos estuvieron á bordo del *Primauguet:* se sabe que los Misioneros Españoles recibieron los despachos que el P. Rivas conducia de mi parte; pero ni pudieron contestar, ni mucho menos tener una entrevista, que hubiera sido muy útil. El *Primauguet*, sin embargo, ha traido un Mandarin cristiano de nuestra Mision, hombre de chispa, entusiasta y decidido, y además un buen piloto para el rio de Hue, tambien de nuestra Mision, que prestará buenos servicios, tanto en Tunquin como en la capital del Imperio Cochinchino.

El espíritu de la poblacion es escelente: es verdad que están materialmente amilanados; pero no es de estrañar, pues con la vista de un solo buque encargado de una mision transitoria, no era prudente pronunciarse de una manera abierta, puesto que á la desaparicion del vapor hubieran sido bárbaramente inmolados cuantos hubieran manifestado á las claras sus simpatías por la Francia. Bajo el punto de vista militar ha sido mas fecunda la escursion del *Primauguet*. Se han reconocido con concienzuda atencion las costas, y correjido los defectos de las cartas; se han examinado las ensenadas y abrigos; se han notado los escollos y bajos; y con la sonda en la mano se ha averiguado

la profundidad de las playas y los rios: en una palabra, se ha resuelto afirmativamente el gran problema, sobre si habia ó no fondo bastante para nuestro vapor y las destructoras cañoneras. Hoy no existe dificultad, si se lleva adelante, como se asegura, una espedicion en grande escala. El *Primauguet* ha cañoneado casi todos los dias algunas fortalezas de la costa; ha hecho tambien algunos desembarcos, á pesar de tener escasa tripulacion; ha clavado algunas piezas; y en ninguna parte ha encontrado resistencia. Los soldados de Tunquin son de la misma materia que los defensores de Turon.

»El 29 del pasado fue un dia de entusiasmo inesplicable para la escuadra francesa. Desde muy temprano anunció el telégrafo *du grand fort* que estaba á la vista el *Scotland* (1) con el correo de Europa, y que traia en el tope del trinquete la bandera nacional. Esto queria decir que Mr. Rigault de Genouilly habia sido promovido á Vice-Almirante, ó lo que es lo mismo entre nosotros á Teniente general. La alegría fué indecible, ya porque todos adoran á este gefe infatigable, laborioso y entendido, ya porque se suponia que traia las recompensas consultadas por la toma de los fuertes de *Pehió*. El *Scotland* entró magestuoso en la bahía, ufano de conducir noticias tan placenteras: estas circularon con rapidez; creció la animacion y el interés, algunos fueron inmediatamente á felicitar á S. E., y nuestro galante gefe mandó la música, vestida de gran gala, á darle un cumplido parabien: á las doce se enarboló la nueva insignia en el trinquete de la fragata *Nemesis*, al estruendo de quince cañonazos, cuyos ecos repitieron las montañas de Turon.

---

(1) Vápor inglés que tienen fletado los franceses para llevar y traer la correspondiencia, carbon, víveres, etc., á Hong-Kong.

»Pero la ceremonia verdaderamente tierna estaba reservada para el 30 á la mañana. Se habia convocado á todos los agraciados á la habitacion del Almirante, que estaba *en grande tenue*, como dicen los franceses; allí se veian oficiales de todas graduaciones mezclados con sencillos marineros. Reinaba el silencio mas profundo; en el semblante de todos se reflejaba el gozo en que rebosaba el corazon de aquellos valientes marineros, muchos de los cuales han hecho la campaña de Crimea; y el Almirante, visiblemente conmovido, les dirigió una alocucion, tal cual saben hacer los generales franceses en iguales circunstancias. El jefe habia concebido halagüeñas esperanzas al ponerse al frente de la escuadra; las habia visto sobrepujadas en la toma de Canton y fortalezas de Peihó; habia propuesto con larga mano numerosas recompensas para corresponder dignamente á los heróicos esfuerzos de los bravos, con cuyo mando se hallaba satisfactoriamente envanecido; y el Emperador las habia sancionado con munificencia, complaciéndose de que al estremo del mundo fuese temida y respetada la bandera de la Francia... *Tout pour la France.* ¿Quién podrá esplicar la exaltacion de aquella oficialidad fogosa, de aquellos marineros toscos, pero pundonorosos y entusiastas? Este entusiasmo rayó poco menos que en delirio, cuando el Almirante dió *cinco vivas* al Emperador, que fueron contestados con aclamaciones estrepitosas; despues se dió un viva al Vice-Almirante y otro al Comandante Reinault. Yo no puedo decir mas, porque es imposible describir la escena con su colorido verdadero: solo conociendo el carácter francés, y teniendo en cuenta la avidez con que ansian la cruz de la Legion de honor ó la medalla militar, puede formarse una idea aproximada de lo que pasó en esta especie de investidura, tan interesante como tierna. Entre los agraciados está

Mr. Thoyon, comandante de la *Durance* la primera vez que este vapor estuvo en este puerto, ha sido promovido á capitan de navío, recompensa digna de los grandes servicios que ha prestado este valiente oficial, que acaba de hacer la espedicion al Tunquin. Tambien ha sido condecorado con la cruz de la Legion de Honor Mr. Montferrand, Capellan de la *Nemesis*, que igualmente estuvo en Manila en la citada ocasion.

»Ya comprenderán VV. que los Españoles debian tener su parte en la alegría de sus dignos compañeros. Por tanto, además de haber enviado la música al momento de recibir la noticia, como ya tengo insinuado, nuestro respetable jefe el Sr. de Lanzarote, quiso felicitar en persona á S. E. Admitido á su presencia, rodeado de la brillante oficialidad y demás empleados de toda la division, dirijió al Almirante, en voz clara y con mucha majestad, una breve arenga, que, si la memoria no me es infiel, estuvo concebida en los términos siguientes.=«Excmo. Sr.: Los jefes y oficiales del cuerpo es»pañol puesto á mis órdenes, tienen el honor, por mi con»ducto, de felicitar á V. E. por el merecido ascenso que le »ha sido conferido por el Emperador de los Franceses, pre»miando sus méritos y servicios en las campañas que con »gloria de la Francia ha dirijido siempre, y en especial en »los recientes acontecimientos de Peihó, que condujeron vic»toriosas las águilas imperiales hasta las puertas de Pekin. »La satisfaccion de ellos y la mia sería que, cooperando las »bayonetas españolas puestas bajo su mando con las francesas, »le diesen ocasion de conseguir en estos paises tan satisfacto»rios resultados que lo elevaran al almirantazgo, último gra»do que falta á V. E. en su gloriosa carrera.» El Almirante, profundamente agradecido, contestó en los términos mas lisonjeros para nuestra nacion y nuestras tropas, revelando

la esperanza que abriga de obtener grandes resultados en favor del comercio, de la civilizacion y de la fe. Esta recepcion tuvo lugar inmediatamente despues de la ceremonia que acabo de referir: todo lo restante del dia hubo la mayor animacion; los botes cruzaban en todas direcciones para felicitar á los nuevamente promovidos; hubo sus convites de ordenanza; y todo contribuyó á entusiasmar las tropas para las operaciones sucesivas.

»Los valientes Cochinchinos han hecho de las suyas con un soldado tagalog de nuestra division. Desde los primeros dias de octubre se notó su falta en el campamento, y se hicieron para encontrarlo muchas é infructuosas diligencias. Despues se ha sabido que lo cojieron los soldados Cochinchinos, y le dieron una muerte bárbara cortándole los brazos y la cabeza. Cómo pudo dar en manos de esta familia no es facil averiguarlo: en el campo es imposible, ya por la vigilancia que se tiene, ya porque los señores Anamitas no son capaces de venir á un punto tan defendido y resguardado; lo probable es que se alejaria imprudentemente á merodear, como suele suceder en circunstancias iguales, y lo cojerian, como cojieron á los dos marineros Franceses de que hablé á VV. en mi primera. Posteriormente se ha dicho que faltan otros dos tagalogs de los que están al servicio de la Francia. Son gente que ni temen á los Cochinchinos, ni tienen un átomo de aprension, y es preciso estar sobre ellos para que no se repitan las desgracias.

»Aquí tenemos, además de Mons. Pellerin, Vicario apostólico del distrito en que está enclavada la capital de Hue, que fue á Francia á abogar ante el Emperador en favor de las cristiandades Anamitas, á Mons. Gauthier, Vicario apostólico del Tunquin meridional. El *Primauguet* no pudo dar con este venerable Prelado, que, metido en una pequeña

barca, se vino directamente despues de padecer muchos trabajos en la travesía. Este héroe de la Religion cuenta veintidos años de pais; entró en el Tunquin acompañado del Ilmo. Sr. Jimeno, dignísimo Obispo de Cebú, y ha padecido increibles trabajos en las persecuciones del 38 y posteriores. Además el *Primauguet* trajo á Mr. Marc, Misionero del citado vicariato, y á Mr. Robert, que iba destinado al mismo, y no le fue posible penetrar; de modo que, entre Franceses y Españoles, somos hoy 12 sacerdotes en bahía, y aún falta el P. Granados, que viene en la *Bella Carmen.*

»Se me olvidaba decir que, desde el principio de las operaciones, los soldados Cochinchinos han hecho algunas demostraciones, cuyo significado ignoramos todavía. Ya cuando se aproximaban á los fuertes del rio, ya en las baterías que en el mismo se han tomado, nos ponian delante, ó han dejado en dichos puntos, la imagen de nuestro divino Redentor crucificado, pintada toscamente en petates. Se han hecho averiguaciones, mas no han dado resultado, y no sabemos si lo hacen por ludibrio, ó si creen que hemos de respetar los lugares donde se halle la imagen del Salvador: de todos modos, ya se ha repetido varias veces esta misteriosa ostentacion. Esto me hace recordar que en una de las espediciones del coronel Ozcariz, en que yo le acompañaba, durante mi permanencia en Nueva-Vizcaya, en las rancherías que tenian en nuestra presencia, y deseaban que se respetasen sus hogares, si bien huian dejándolas completamente desiertas, fijaban una cruz en el punto mas visible, creyendo que este signo venerando contendria la indignacion del jefe de la provincia, y esta idea les salió perfectamente. No falta quien cree que son Europeos crucificados para intimidar á nuestras tropas.

»Agotadas las noticias, permítanme VV. que no deje la

pluma sin hacer una observacion de la mayor importancia: es preciso hablar de todo, ya que VV. tienen derecho á saber lo que pueda interesar al honor de nuestra patria. Es sensible y doloroso que, teniendo un contingente de tropas tan lucido y respetable, nuestra marina Española esté únicamente representada por un pequeño vapor. Esta falta de proporcion nos quitará mucha parte de la gloria, rebajará nuestra opinion á los ojos de la Europa, ata en cierto modo las manos del Almirante, disminuye nuestra libertad é independencia, y hace que representemos un papel subalterno y secundario. Si en vez de uno tuviéramos los tres vapores pequeños (son los que se necesitan), nuestra posicion cambiaria, y nos pondríamos á la altura de la Francia. El gallardete de un capitan de navío estaria arbolado de una manera mas digna, y el Sr. Lozano no hubiera estado dos meses evacuando comisiones en union de una cañonera Francesa, y nivelado, hasta cierto punto, á un teniente de navío. El Almirante, que por delicadeza á su nacion no pondrá á sus órdenes buques Franceses, se aprovecharia de los profundos conocimientos y acreditada esperiencia de este jefe, para servicios cuya gloria sería esclusiva de la España: y finalmente, sería una verdadera alianza, cuando la falta de marina (de tropas de tierra tenemos tanto y mas que los Franceses) constituye una dependencia y subordinacion que el mismo Almirante quisiera que dejara de existir. Me consta de una manera indudable, que ha sentido vivamente desprenderse de un jefe tan entendido y laborioso, cuya posicion no podia prolongarse mas tiempo con dignidad y decoro: y desea ardientemente que vuelva acompañado de algun buque, pues lo aprecia y distingue de una manera ostensible. Vuelvo á pedir perdon por haberme arrojado á emitir estas ideas. Creo ser el órgano de Españoles y Franceses;

es una cosa que no admite discusion; en ella está interesado el honor del pabellon de Castilla, y todos estos son títulos suficientes para justificar mi atrevimiento. Ya que hacemos sacrificios, háganse de una manera cumplida.

»Basta por esta ocasion, y se despide hasta otra atento y S. S. y Capellan.=*Fr. Francisco Gainza*, Dominico.»

«Sr. Director de la Regeneracion.=*Turon* 17 *de noviembre de* 1858.=Muy Sr. mio: Por la *Bella Gallega*, que salió la mañana del 14, dirijí á V. dos comunicados sobre la *importancia de Turon*, y *una cuestion oportuna*; y á pesar de que en tan pocos dias no ha habido accidente notable con respecto á la prolongada suspension de hostilidades, todavía me he resuelto á cojer la pluma para no perder la costumbre, y evitar la ociosidad.

Se han desvanecido las esperanzas de espedicion al Tunquin; y si hemos de dar crédito á rumores de origen muy seguro, al parecer, se dirijirá á principios de diciembre contra *Saigon*, principal ciudad mercantil del Imperio de Anam, importante plaza militar fortificada con una inmensa ciudadela en 1821, situada á 40 millas de la mar en las orillas del caudaloso *Me-Kon*, por el que pueden navegar los buques de mayor porte, y distante mas de 150 leguas al Sur de este puerto de Turon. Parece que el objeto de esta lejana escursion, no tanto es dar un golpe á ese centro comercial y militar, y llamar la atencion del ejército Anamita sobre uno de los puntos mas distantes de la Corte, cuanto hacer un alarde de la poderosa fuerza de la Francia en las puertas del pequeño estado de Camboja, cuyo Rey, amigo hasta ahora, y protector de los cristianos hasta el punto de tener á su lado á Mons. Miché, Obispo Francés y antiguo confesor de la fe, ha comenzado á vacilar, hostigado por el Gobierno Cochinchino: un

aviso tan cariñoso como la destruccion de su vecina *Saigon*, es probable que lo haga entrar en sí, y evitar á todo trance la indignacion de la Francia. Aún se dice otro tercer objeto de esta manifestacion, tan poco agradable al sanguinario *Tu-Duc*, y es enseñar al vecino Rey de *Siam* lo que podrá sucederle el dia menos pensado, si no recibe con la distincion que se merece al Cónsul enviado recientemente de Francia. Repito que esta es la version que se dice autorizada; pero nadie creo que sepa con certeza el pensamiento. En todo caso quedarán en este puerto algunas fuerzas Españolas y Francesas, y los buques *Nemesis*, *Gironde*, *Catinat*, algun trasporte Español, y una lorcha Portuguesa comprada por los Franceses; las demás marcharán contra *Saigon*.

A propósito de buques, la escuadra se ha aumentado con la venida del *Catinat*, corbeta de vapor, el *Pregent*, vapor *Aviso*, y otro vapor pequeño comprado últimamente en Hong-Kon; de modo que con el bergantin *Tiempo*, que llegó ayer, y sin contar la *Durance*, la *Dordogne* y *Bella Gallega*, hay 20 buques en bahía, con mas la lorcha citada; y todos, escepto una fragata mercante inglesa, están al servicio de la alianza franco-española.

El domingo 14 hubo una sencilla y bonita ceremonia; la bendicion del hospital. Hasta ahora nuestros enfermos de gravedad habian estado en el hospital Francés, situado en el fuerte del Observatorio desde 1.° de setiembre, teniendo el mayor número en el campamento, en las tiendas, con grande incomodidad y no menos desabrigo. Tan pronto como llegaron los trasportes Españoles se dispuso armar las barracas que traian de Manila, en una eminencia que domina nuestro campo, y que á su vez está dominada por el *Blockaur-Filipino*. Se hicieron los

desmontes necesarios, se terraplenó el local indispensable, se armaron cinco barracas, que por de pronto hacian falta, y se acordó la traslacion de todos los enfermos de la division Española; y como todas nuestras cosas, gracias á Dios y á la religiosidad de nuestros gefes, llevan el sello de nuestra santa Religion, se dispuso la bendicion del hospital, y el bautismo de las cinco salas acabadas y completas.

Al efecto se invitó á Mons. Pellerin, que con el mayor placer se presta á las menores insinuaciones de los gefes Españoles, se preparó un altar en un sitio conveniente, los cantores entonaron el *Asperges* y demás versículos en magestuoso canto llano, y su Señoría Ilma. bendijo y roció todo el local destinado y las salas concluidas, á las que impuso los nombres de Santa Isabel, San Francisco, San Alfonso, San Carlos y San Fernando, en justa consideracion á SS. MM. la Reina, el Rey, el Príncipe de Asturias, y los Sres. Almirante y Gobernador general de las islas Filipinas. Además del Coronel Lanzarote, que fue el padrino, y demás gefes y oficiales, capellanes y religiosos de toda la division, asistió una seccion de cada compañía de infantería, así como de artillería y caballería, con la música de gran gala, mandando toda esta fuerza el simpático capitan Arce. Mons. Pellerin quiso en seguida bendecir á las tropas Españolas que estaban formadas bajo sus pies; todos hincaron su rodilla ante el unjido del Señor; un imponente silencio reinó por algunos momentos en aquella multitud, mientras que su Señoría, tiernamente conmovido, levantó sus sagradas manos, fijó sus ojos en el cielo, como para atraer sobre nuestra division la proteccion del Señor de los ejércitos, en cuyo nombre la bendijo con una uncion y entusiasmo inesplicables. La magnífica marcha real vino á coronar la fiesta, llenando los

aires de armoniosa melodía, y los corazones de un placer tan sencillo como puro.

El hospital está situado en una colina, sobre la garganta que forma el istmo, entre la cumbre del fuerte del Norte y la gran montaña que se dirije al antiguo campamento de *Tien-Cha*. Está sumamente ventilado; domina por la derecha á el mar, y por la izquierda la bahía; las barracas están colocadas con el desahogo y separacion indispensables; en una palabra, ocupa una situacion magnífica, deliciosa: y el Sr. Primo de Rivera, que ha dirijido los trabajos, ha sabido interpretar y llenar las acertadas disposiciones de nuestra previsora autoridad, que tanto se interesa por la salud del soldado.

Siguen los trabajos en el campo; y en prueba de que nuestra division ha tenido en ellos una parte no pequeña, vean VV. lo que con fecha 4 del presente se publicó por orden general á las tropas y á la escuadra:

«Deseando consagrar de una manera permanente la cooperacion tan activa como decidida que nuestros bravos aliados han prestado en todos los trabajos que han sido ejecutados en la península de Turon, y especialmente en las inmediaciones del fuerte del Norte, el Vice-almirante, comandante en gefe, ordena: la batería situada en la pendiente oriental de la colina del fuerte del Norte tomará desde este dia el nombre de *batería de los Españoles;* el blockeus situado en frente de esta batería, se llamará *blockeus de los Filipinos*. La presente orden será leida á todas las tropas Francesas y Españolas del cuerpo espedicionario y de los diferentes buques de la escuadra.»

Hace pocos dias llegó el segundo barquito, enviado desde el Tunquin Occidental por Mons. Retord, con cartas para S. E. el Almirante.

La situacion de Misioneros y cristianos parece desesperada, y el buen Señor Retord, que nada tiene de cobarde, dice rotundamente *que no espera ver la paz*. Será muy posible que otro tanto suceda á los Misioneros Españoles del Vicariato Central, de los que ninguna noticia tenia dicho Señor, á pesar de estar contíguas ambas Misiones.

Con el buque que lleva la correspondencia pasan á Hong-Kong Mons. Gauthier y los Misioneros Marc y Robert, á fin de esperar el desenlace de la campaña, para volver despues á sus distritos respectivos.

En la avanzada del campo situada bajo los fuegos de la batería *Labbe,* van á establecerse tres compañías nuestras, en vez de la única que ya habia; y como ya existe alguna fuerza de artillería, é irá además la caballería, se reunirán mas de 400 Españoles bajo las órdenes del Señor Cánovas, que tendrá el mando de ese punto interesante, ó, al menos, de la gente que lo guarda.

Para concluir con el papel y noticias, diré á V. que los dos PP. Rivas ya están en el campamento; yo soy el único Español que, de orden del Almirante, vivo en el vapor *Saone;* esto tiene sus inconvenientes y ventajas.

Se despide de V. hasta ocasion oportuna su atento y S. S. y Capellan.=*Fr. Francisco Gainza,* Dominico.»

«Rmo. P. Comisario Fr. Antonio Orge.=*Turon 25 de noviembre.*=Rmo. Padre: Dias pasados tuve la satisfaccion de recibir las dos gratas de V. Rma., fechas 10 de junio en Roma y 3 de setiembre en Madrid; y aunque no exijen contestacion, no quiero dejar de acusar el recibo, y saludarle desde este rincon del mundo. Ya lo he hecho otras veces, ya directamente, ya por conducto del P. Manzano; y así le supongo al alcance de todo, y de nuestra situacion en esta. En mi última á dicho P. Manzano le co-

municaba la inauguracion del hospital español; pero no le dije, porque yo tampoco lo sabia á la salida del buque, la resolucion acordada á última hora para coronar aquella ceremonia, tan sencilla como tierna. Convencidos, como estamos, de que los trabajos ejécutados durante nuestra permanencia en este punto son la base de una colonia francesa, y deseando dejar en ella algun recuerdo permanente que trasmita á las generaciones venideras el catolicismo del ejército español, surgió la idea de levantar una capilla de mampostería en honor de Nuestra Señora del Pilar, patrona del regimiento, y piedra fundamental del catolicismo en nuestra patria; idea que, acojida con el mayor entusiasmo, dió motivo á una comunicacion al superior gobierno de las islas Filipinas, por si se dignaba acojer el pensamiento; bien entendido que á falta de otros recursos, *todos los individuos* que componen la division española estaban dispuestos á satisfacer los gastos á proporcion de sus haberes. Me abstengo de propósito de hacer comentarios sobre esta resolucion, altamente política y religiosa: enunciando el hecho solo, se comprende el sentimiento generoso y patriótico que ha sabido concebirla.

Para el 19 teníamos preparada una funcion religiosa para celebrar el dia de nuestra Reina. Mons. Pellerin debia cantar la Misa de pontifical, rodeado de cinco Sacerdotes Dominicos Españoles; el Excmo. Sr. Vice-almirante habia prometido asistir con su acompañamiento; la tropa debia vestir de gala; y todo estaba dispuesto para dar á la ceremonia todo el brillo y esplendor compatibles con las privaciones de campaña. Mas está escrito con verdad, que el hombre propone y Dios dispone. El tiempo no quiso favorecer nuestros deseos: la noche y la mañana estuvie-

ron muy lluviosas, y no hubo medio de llevar á cabo el pensamiento. Hubo, sin embargo, un espléndido almuerzo, costeado por los gefes, al que asistieron unos treinta convidados de todas las armas, así como muchos gefes de la division francesa. La barraca del Sr. Coronel, que en su caso hubiera sido capilla, estaba vistosamente adornada con multitud de banderas cedidas por nuestro vapor *El Cano;* la mesa estuvo servida con abundancia, y si se quiere, esplendidez; reinó la mas cordial y sensata fraternidad; se pronunciaron varios brindis alusivos á la fiesta, en todos los que se podia traslucir la impaciencia de nuestras tropas para emprender operaciones que proporcionasen gloria á las banderas aliadas; la música amenizó el rato con magníficas piezas; y la reunion se disolvió á la una del dia, sumamente satisfecha y complacida. La *Durance,* que llegó en aquel momento, vino á completar nuestra alegría, trayéndonos cartas, periódicos y visitas de Manila.

Con todo, parece que no ganamos para sustos. Vencido el plazo fatal prefijado por el desgraciado Mandarin, que no pudo acabar con estos bárbaros molestos, porque tuvo la ocurrencia de morirse, segun por todas partes se asegura á consecuencia de la herida recibida el dia 5 del pasado, comenzábamos á respirar, suponiendo que mientras llegase la noticia al Rey, y este enviase sucesor, y tomase las providencias necesarias en un pais en que ni hay vapores, ni ferro-carriles, ni telégrafos eléctricos, podríamos estar tranquilos y dormir á pierna suelta una buena temporada. Pero nos vimos torpemente equivocados. Luego comenzaron los rumores de que el Rey estaba frenético por nuestra visita tan inoportuna como brusca; que habia dado nuevas y apremiantes órdenes para nues-

tro esterminio sin compasion ni piedad; que la Reina madre, y mil gracias á tan amable señora, habia intercedido eficazmente por nosotros, alcanzándonos nuevas esperas y plazos; que se preparaba una espedicion de proporciones inmensas, compuesta de 30000 soldados, que vendrian por tierra, mientras que 1000 barcos (justitos) nos acosarian por la mar; que la muger del Mandarin superior, es decir, el ministro de la Guerra, indignada de la cobardía de los hombres, habia jurado lavar la mancha del ejército Anamita, y venia, como otra Reina de Uda ó Iansi, á la cabeza de 20000 hombres. Y tanto se condensaron las noticias, y se fijaron los plazos con tal precision y claridad, que en la noche del 20 no teníamos espacio para mirar por dónde vendria esa nube de langostas.

Por fin, pudimos amanecer sanos y salvos, sin el menor ruido que nos quitase el sueño, cuando hé aqui que en la mañana del domingo se dieron órdenes para redoblar la vigilancia; los cañones, que ya estaban enmohecidos y arrinconados, se colocaron en las fortalezas, y se cargaron con bala; y al ver tan sérios preparativos, cualquiera hubiera pensado que iba la cosa de veras. La caballería salió el martes, á las órdenes del coronel Oscariz, recorrió el campamento antiguo y las márgenes del rio, y se volvió con las manos vacías (trajo dos prisioneros Cochinchinos), y el cansancio consiguiente á una cabalgata de cuatro horas. Al medio dia se avistaron dos barquichuelos con direccion hácia el puerto; al momento dos cañoneras encendieron su máquina, y se prepararon para salir al encuentro; y cate V. que la vanguardia de la escuadra de 1000 buques se convierte en 2 barcos pescadores que venian del Tunquin. Posteriormente se ha sabido que el 24 de esta luna (29 del presente) será el golpe decisivo, puesto que, segun el calenda-

rio de esta gente, es un dia propicio para salir airosos en cualquier negocio, por arriesgado que sea. ¿Saldremos bien del apuro? ¿Quedará alguno siquiera para llevar las noticias? Ya le oigo preguntar: ¿Pero era serio el temor? En vista de los datos consignados, V. sacará la consecuencia; yo solamente añadiré, que nadie ha pensado en desenvainar la espada, y que solo los centinelas están despiertos de noche.

He dicho que el martes á medio dia entraron en la bahía 2 barquitos del Tunquin; el uno traia cartas para Mons. Gauthier, y el otro conducia dos Misioneros dominicos españoles, que milagrosamente habian podido salir de aquel infortunado pais, protejidos por un Mandarin infiel, y acompañados por otro en un barco tripulado por infieles: eran los PP. Fr. Antonio Cornejo y Fr. José Carrera. Estos valerosos adalides de la fe, despues de trabajos increibles se habian visto obligados á arrojarse á la mar, á buscar el asilo que no encontraban en tierra; así pasaron un mes recorriendo las costas de la Mision, padeciendo las mayores privaciones, y entregados en manos de infieles: mas llegó la situacion á tal punto, que arrojados de la mar, repelidos por la tierra, desamparados de todos, incomunicados con sus hermanos, y confesados ya para caer en manos de los Mandarines y soldados, que pisaban la cueva donde estaban refujiados con otros dos cristianos, respirando cada cual por un agujero con una pequeña caña, que subia hasta la superficie de la tierra, fueron estraidos por el honrado Mandarin infiel, que los tuvo tres dias en su poder, les proporcionó barco, los escoltó hasta dejarlos en él, mientras que el otro Mandarin infiel que los ha acompañado anticipó siete barras de plata para pagar parte del flete, vendiendo á este fin varios efectos de su uso. La barca que flotaron era

de Chinos pescadores, que no sabian la ruta ni conocian las costas; el P. Carrera tuvo que hacer de piloto con un pequeño astrolabio, y á la mitad del camino se vieron precisados los Misioneros á dejar la mansedumbre evangélica y echar mano de las espadas de los Tunquinos infieles, porque si no los Chinos querian seguir adelante, y trataban de hacer con ellos lo que no hace un año hicieron con el P. Salgot, degollarlos y echarlos al mar. Afortunadamente, con solo mostrar el rumbo con la punta de la espada, cambiaron de direccion y siguieron su camino.

Yo tuve el placer de abrazarlos en la playa.

Venian enteramente descalzos, con solo la ropa puesta, y bastante mal parada; todo lo habian perdido; ni un cuarto para el camino, ni un zapato para el pie, ni una miserable estera para reposar su cuerpo desfallecido.

Al momento los conduje al campamento español, y su presentacion fue una escena que no es posible describir.

La vista de dos Religiosos dominicos españoles, jóvenes, en lo mas florido de sus años, vestidos al estilo del pais, respirando la pobreza y abnegacion mas profunda, con los pies desnudos, el turbante en la cabeza, la barba larga..... ¿quiere V. creer que al mas bravo de nuestros oficiales se le arrasaron los ojos? Yo ví asomarse las lágrimas á los del coronel Lanzarote, y no pocos de sus pundonorosos compañeros; yo mismo las derramé; y aun ahora, que escribo despues de pasadas las primeras emociones, he tenido que levantar no pocas veces la pluma para enjugar las que corren por mis mejillas, y me impiden continuar.....

Rodeados de todos los oficiales y de centenares de soldados, inspiraban á todos un interés indefinible; todos preguntaban á la vez; todos se apiñaban por saber de sus lábios la situacion del Tunquin; y seis horas de algarabía y con-

fusion de una especie de locura, no bastaron para satisfacer la curiosidad universal.

Comimos con los Sres. gefes, se les vistió de religiosos, el Coronel dió zapatos y sombreros, y á las ocho y media de la noche nos condujo el Sr. Gonzalez, comandante de *El Cano*, á bordo de la *Saone*, donde yo estoy, que nos conducirá á los tres á Macao, en cuya procuracion los dejaré; irá tambien un P. Anamita, cinco cristianos y otros cinco infieles que, comprendiendo al Mandarin, ya no se atreven á regresar á su pais, y allí estarán hasta que se acabe la campaña, y se consiga la libertad del culto de nuestra veneranda Religion. Este objeto primordial tardará todavia en conseguirse, pues la espedicion que se creia saliese para Saijan á principios de este mes, se ha aplazado para últimos, ó tal vez para principios de enero; en ella invertiremos mes y medio cuando menos, al decir de los inteligentes en marina; de modo que no podremos ir á Hue hasta últimos de febrero ó principios de marzo. ¿Y cuántas dificultades hallaremos en el rio? ¿Qué resistencia encontraremos en toda la travesía? ¿Qué defensa opondrá la capital del imperio? ¿Abandonará el Rey la corte, dejándonos en la imposibilidad de concluir un tratado que sancione la posicion de Turon, ofrezca el pago de los gastos de guerra, y garantice el ejercicio libre de la Religion cristiana? He aquí algunas de las cuestiones que por de pronto se ofrecen antes de llegar á una solucion definitiva. Dejemos al tiempo la oportunidad de resolverlas; pero, sin pretensiones de ser profeta, podemos todos asegurar que el desenlace está tan distante todavía, que, atendida la situacion del Tunquin, muchos de sus pueblos (si no provincias enteras), muchísimos de sus cristianos, y todos sus Misioneros, pueden decir con verdad estas palabras de un gran Obispo francés: *Yo no pienso ver la paz.*

(Mons. Retord, Vicario Apostólico del Tunquin Occidental, en carta á S. E. el Almirante.)

Como consecuencia de algunas gestiones mias, ha dispuesto S. E. que salga mañana 30 un vapor francés para las costas de Tunquin, á fin de salvar, si es posible, á los Obispos y Misioneros que aún existan, y conducirlos á Macao: yo voy en la espedicion, y avisaré el resultado. Por tanto, se despide hasta la vuelta su afectísimo menor súbdito y antiguo discípulo Q. S. M. B.=*Fr. Francisco Gainza*, Dominico.»

Aunque la siguiente carta, escrita por el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Justo Aguilar, Obispo de Tebaste, y coadjutor del Sr. Vicario Apostólico de las misiones de Dominicos Españoles en Fokien, no tenga relacion alguna con la persecucion de Tunquin y espedicion de Cochinchina, como contiene noticias interesantes y curiosas de aquel apartado imperio de la China, creo será leida con gusto, y por lo mismo se inserta á continuacion.

«A nuestro Rmo. P. Fr. Antonio Orge.=*Focheufu* 11 *de mayo de* 1858.=Rmo. Padre: ayer por la tarde volví del distrito de Hing-hoa, distante 22 leguas de esta ciudad, donde fuí llamado para administrar á un enfermo los últimos Sacramentos, y á mi llegada me esperaba la atenta y favorecida carta de Vuestra Reverendísima, fecha 5 de enero.

»Me pide Vuestra Reverencia noticias de estas tierras, y especialmente de esta nuestra mision de Fokien, y voy al punto á complacerle, por mas que me encuentre algun tanto fatigado del camino, y trastornada la cabeza del hedor insoportable de las posadas chinescas, donde he tenido que detenerme á causa del furioso temporal acaecido en estos dias.

»Este vasto imperio está dividido en 18 provincias, go-

bernadas por 8 Capitanes generales. Además de las 18 ciudades de primer orden, ó capitales de provincia, se cuentan 182 ciudades de segundo orden, llamadas Fu; 1282 de tercer orden, llamadas Hien; 19 tituladas Chi-li-ting; 68 Chi-li-cheu; 45 llamadas Ting, y 143 Cheu, que dan un total de 1757 ciudades. Las villas y aldeas son innumerables, y todo el pueblo Chino asciende á 300.000.000 de almas, poco mas ó menos.

»El imperio de China es ciertamente un pais fertil y abundante, pero no tanto como algunos escritores Europeos dicen, y mucho menos de lo que los Chinos creen. La poblacion escesiva que se le atribuye no proviene de la sabiduría de su gobierno, como se ha querido suponer. *La China es un pais fértil: los Chinos nacen y mueren en China.* Estas son, en mi concepto, las verdaderas causas de la grande poblacion del imperio Chino.

»El hombre, para contraer matrimonio, no mira si podrá ó no sostener sus obligaciones: teniendo para comprar una mujer y para los gastos de la boda, lo demás lo deja al tiempo. La mujer, por muy defectuosa que sea, siempre encuentra un casamentero que se encargue de buscarla un marido. Los padres hacen los esponsales por sus hijos; y como regularmente no se ven los esposos hasta el momento de celebrar el matrimonio, resultan mil petardos; pero tal es la costumbre, que el petardeado carga con el petardo, contentándose con echar cuatro maldiciones al casamentero petardista.

»Una de las felicidades del Chino es tener muchos hijos, y su mayor desgracia tener muchas hijas: así es que las matan al nacer, las arrojan á un muladar, ó las esponen en las calles, donde muchas veces sirven de pasto á los perros. Y sin embargo de esto, China llama bárbaro al que no es Chino.

»Si el rico no tiene hijos, toma una ó mas concubinas; y si es pobre y no los tiene, compra uno ó dos niños; porque es una ignominia en China bajar al sepulcro sin haber dejado en este mundo sucesion masculina.

»No solo los hijos legítimos, sino tambien los habidos de concubina y los adoptivos, son preferidos á las propias y legítimas hijas: aun los sobrinos hijos de hermano, y otros parientes lejanos por línea masculina, son preferidos á las hijas. En una palabra, las hijas no tienen derecho alguno á los bienes paternos; están absolutamente desheredadas. No pocas veces se ve á la hija de un rico propietario morirse de hambre, mientras que el hijo adoptivo de este mismo propietario disipa á dos manos la pingüe hacienda que le dejó su adoptante. De cien hijos adoptivos apenas sale uno bueno.

»El gobierno de China es un gobierno sin leyes, puesto que no tiene código alguno de leyes fijas. No hay mas ley que la voluntad arbitraria del Emperador, ó los decretos despóticos de sus Mandarines. Las órdenes del Gobierno solo se observan algunos dias; esto es, el tiempo que están fijadas en los sitios públicos.

»Como los Mandarines no duran mas que tres años en su empleo, se dan prisa á enriquecerse á costa del pueblo. El cohecho es tan comun en China como el comer. Raro será el Mandarin que durante el tiempo de su empleo no haya vendido la justicia de las causas presentadas en su tribunal. Para defenderse en los tribunales es necesario arruinarse: la justicia siempre está de parte del dinero, y con el dinero se evita todo castigo. Hace poco tiempo que un Mandarin de Fogan, en cuya jurisdiccion se encuentra la mayor parte de nuestra cristiandad, era conocido con el gracioso epíteto de *pai-sou-sou*, esto es, ciento cuarenta y cuatro; porque el

que le ofrecia ciento cuarenta y cuatro mil chapecas ganaba el pleito, conseguia el empleo, ó no temia la carcel.

»Algunos escritores Europeos hicieron los mayores elogios de la policía china; pero á la verdad que yo no sé en qué consiste esta policía. Si por *policía* entendemos las medidas que toma un Gobierno para mantener la tranquilidad y seguridad pública, haciendo que se cumplan las leyes, y procurando el mismo Gobierno subvenir á las necesidades del pueblo, á sus mejoras, al aseo y limpieza de las calles, etc., etc., ya he observado que en China no hay leyes, y que las autoridades no piensan en otra cosa que en enriquecerse. Por lo demás, en China no se compone un puente ú otro cualquier edificio público hasta que cae por tierra, y mata un par de docenas de Chinos; las calles no pueden estar mas inmundas; en las casas rebosa la porquería; por los caminos que llaman *reales* no pueden marchar dos personas de frente; en fin, la mitad del Imperio está ocupado de sepulcros y cloacas. Millares de Chinos mueren en las calles de las grandes ciudades sin haber quien les dirija una mirada de compasion. Si por *policía* se entiende lo que llamamos *política*, cortesanía ó urbanidad, cierto es que los Chinos son muy políticos y ceremoniosos; pero es necesario advertir que entre los Chinos rara vez está de acuerdo el corazon con las demostraciones de la política; que adulan á los amigos presentes para criticarlos ausentes; que hacen profundas cortesías á sus enemigos para engañarlos mejor; y que si abundan en palabras humildes, como *mi pobre familia, mi pequeño reino, mi vil mujer*, etc., etc., no es porque conozcan la humildad.

En cuanto á las artes se encuentran en un estado tal cual; pero ¿y las ciencias? Un Chino que se dedica al estudio pasa la mitad de su vida en conocer los caracteres, y

la otra mitad en saberlos usar. Todo el fruto de sus tareas literarias se reduce á componer una oracion retórica; y la elegancia de esta consiste en la buena eleccion y colocacion de los caracteres, en la armonía y sonora cadencia de sus tonos; poco importa la verdad, solidez y profundidad de la oracion retórica, siempre que haga buen sonido. A esto se reduce toda la ciencia del celeste Imperio. No há mucho tiempo que me preguntó un licenciado que si la luna de Europa era tan grande como la luna de China.

»El Chino no tiene religion alguna, pero para él todas las religiones son buenas, escepto la religion cristiana. El imperio de China es el mas supersticioso del mundo. El Chino no piensa ni habla mas que de dos cosas: de comida, y de chapecas. La primera palabra del saludo chino es: ¿has comido? Y la segunda: ¿cuántas chapecas ganas al dia? Por las calles, por los caminos, en las casas, no se oye otra conversacion que de chapecas.

Y ¿cuál ha sido en China la suerte del cristianismo desde su Apostol San Francisco Javier? La mas desgraciada. ¿Y por qué? Porque pidiendo la fe un entendimiento humilde y rendido, y siendo el pueblo Chino el mas soberbio del mundo, es por consiguiente el menos á propósito para recibir la Religion del Crucificado. Pero al fin, cuando Nuestro Señor Jesucristo mandó á sus apóstoles predicar el Evangelio á todas las naciones, no esceptuó á los Chinos; y si la esperiencia demostró cuán dificil es hacerles abrazar el cristianismo, ella misma probó que no es imposible. El número de cristianos asciende hoy á unos 300.000.

No hablaré de las costumbres chinas, porque sería alargarme demasiado; únicamente diré que todas, todas sin escepcion, son diametralmente opuestas á las de Euro-

pa, y que por lo mismo, el Misionero Europeo en China tiene campo ancho donde ejercitar la paciencia y mortificar su amor propio.

Digamos alguna cosa del estado actual de este Imperio.

Por cierto que el cuadro que nos presenta no puede ser mas triste; y lo peor es que no hay una vislumbre de esperanza que pueda preservarlo de la ruina que le amenaza.

Un Emperador joven, débil, violento y apasionado al juego; unos Mandarines ambiciosos, sin ciencia para gobernar, y sin el menor amor á la patria y al bien público; una tropa sin disciplina, cuyo distintivo militar está reducido á una mugrienta chaqueta con ribetes encarnados, y cuyas armas son cuatro flechas ó una escopeta de mecha; unos gefes sin valor ni autoridad, y cuya mejor recomendacion, en sentir de los Chinos, es su deforme gordura; un pueblo pobre y codicioso, de costumbres depravadas, entre cuyos individuos cada uno busca su interés particular, y entre los que no se ven mas que infidelidades, engaños, robos y traiciones; un pueblo envilecido, que vejeta y se pudre en medio de la suciedad é inmundicia; un pueblo, en fin, que cansado de las vejaciones y exacciones inícuas de los gobernantes, principia á perder aquel miedo que tuvo siempre á sus Emperadores y Mandarines, y manifiesta su descontento sublevándose en algunas provincias, en donde se hace la guerra mas cruel y sanguinaria con el objeto de destronar la dinastía tártara reinante. Los soldados imperialistas roban y destruyen los pueblos por donde pasan, y los rebeldes, á quienes llaman del *cabello largo* porque se lo dejan crecer á la antigua usanza, hacen otro tanto. Además hay otros partidarios,

como los *de la navaja,* los de la *chapeca encarnada,* que no son otra cosa que una cuadrilla de ladrones. Los pueblos están en contínuas guerras entre sí; el comercio está paralizado; y todo anuncia la disolucion de este viejo Imperio.

Los revolucionarios llamados del cabello largo aún no han penetrado en esta provincia de Fokien, pero se encuentran en sus confines por la parte de la provincia de Kiang-si, y se dejan sentir aqui sus desastrosos efectos. En estos dias bajan por el rio de esta ciudad un sinnúmero de cadáveres, unos sin cabeza, otros sin piernas, aquellos sin brazos, y todos atrozmente mutilados. Hoy mismo han aparecido en los campos cercanos á nuestra casa dos piernas de mujer, que el agua del aluvion acaecido estos dias ha arrojado á esta parte; y acaba de decirme un cristiano pescador, que desde el puente de esta ciudad hasta la embocadura del mar hay como unos ochenta cadáveres, que al reflujo ó descenso de las aguas han quedado á las orillas del rio. Yo mismo ví dos cadáveres en el corto espacio de tiempo que tardé en pasar el rio á mi vuelta de Hing-Hoa.

A esto se agrega el opio, esa infame droga que tantos estragos causa en la salud é intereses del pueblo Chino. Da compasion el ver á una infinidad de familias, antes bien acomodadas, perecer hoy de hambre por sostener un vicio que no pueden dejar. Cuatro ó cinco casas inglesas venden opio en este puerto, de donde lo estraen los comerciantes Chinos para revenderlo en esta ciudad, en los pueblos de las cercanías y en las partes de Fogan, y sé positivamente que una de estas casas vende 200 cajas al mes: una caja vale 750 pesos, que hacen al mes 150.000 pesos, y al año la enorme cantidad de 1.800.000 pesos.

¿Para qué quiere la China mas guerra que esta? Con esta sola llegará á suicidarse.

Hablemos ya de la Mision de Fokien.

La provincia de Fokien, que es la décimaquinta del Imperio en cuanto á su estension, se encuentra situada entre los grados 22¹/₂ á 26¹/₂ latitud boreal y 120 longitud oriental. Confina al Norte con la provincia de Che-Kiang; al Este con el mar de China y el canal ó estrecho de Isla-Formosa; al Sur con este mismo mar; al Sudoeste con la provincia de Kuang-Tung; y al Oeste con la provincia de Klang-si. Comprende 10 *Fu* y 62 *Hien*, con 2 *Cheu* y 3 *Ting*, ó sean 77 ciudades, que con los pueblos y aldeas forman una poblacion de 18 á 20 millones de almas. Su capital es esta ciudad de Focheufu, llamada tambien San-Xan por los tres montes que encierran sus murallas, y es la residencia del Capitan General, quien administra tambien la provincia de Che-Kiang y la Isla-Formosa, con el título de Gobernador de Ming-Che. Focheufu es uno de los puertos abiertos al comercio Europeo, y al Sur de esta misma provincia está la ciudad de Hiamen (Emuy), que es otro de los cinco puertos abiertos al comercio.

El clima es benigno, y sin embargo de ser una de las provincias mas montuosas del Imperio, los valles regados por varios rios, unido á la industria de sus habitantes, le hacen producir dos cosechas de arroz al año, trigo, cebada, caña dulce y toda clase de legumbres. Su principal producto es el *té*, cuyo arbusto se cultiva particularmente en los montes situados al Oeste de la provincia, y confinantes á la de Kiang-si. La ciudad de Chungugan, colocada al pie de aquellos montes, es el emporio donde se reunen los comerciantes del imperio para sacar

este importante artículo de comercio y venderlo en las demás provincias, y tambien á los Ingleses, que despues lo revenden á buen precio por todo el mundo.

»La mision de Fokien se estiende de Sur á Norte, es decir, desde Emuy á Fogan, cuyas dos ciudades distan entre sí 14 jornadas, ó sean 98 leguas poco mas ó menos. En Emuy hay solamente unos 40 cristianos, pues el primer Misionero ha sido el P. Angel Bofarull, que fue á establecerse allí el año de 1852. Apartándose un poco á la parte Oeste de Emuy, se encuentra la cristiandad de Chiang-cheu, en cuya ciudad y pueblos de su jurisdiccion hay como 1.800 cristianos, administrados por el dicho P. Angel y P. Francisco Zea. Se pasa despues la ciudad de Chuan-cheu y pueblos de su partido, en donde no hay cristiano alguno. Llegamos despues á la ciudad de Hing-hoa-fu, distante 6 jornadas de Emuy, y encontramos en varios pueblos de 700 á 800 cristianos, que están sin Misionero desde el año pasado, por muerte del Padre indígena Fr. Francisco de Sta. Rosa, y á los que es necesario acudir desde esta ciudad de Focheufu, distante tres dias de camino. Aquí en Focheu se cuentan 3099 cristianos en 411 familias. Andando otros tres dias de camino llegaremos al distrito de Lim-keu, que comprende las ciudades de Lo-yuen y Ning-tee, con 1200 cristianos, administrados por el P. Fr. Manuel Rosada. Finalmente, caminando dos dias mas vendremos á parar á la ciudad de Fogan, en cuyos pueblos se halla la mayor parte de la cristiandad de Fokien. La cristiandad de Xiang-fu es la única que está separada de este camino que hemos llevado de Sur á Norte; ella se encuentra á la parte Oeste, en los límites de la vecina provincia de Kiang-si; y aunque no consta sino de unos 600 cristianos, están tan separados unos de otros, que hay familias cristianas en los pueblos perte-

necientes á siete ciudades. Hace tres años que pasó allá el anciano Padre indígena Fr. José Lau, que cuenta ya 67 años de edad. Toda la mision de Fokien se compone de unas 22000 á 24000 almas.

»En cuanto al personal de la mision está hoy reducido á 11 Misioneros Europeos, inclusos los dos Obispos y el P. Fr. Nicolás Guixá, que llegó á esta mision hace dos dias, y cinco Padres indígenas. Dos Padres Europeos se encuentran casi inútiles por sus contínuos achaques, y dos indígenas apenas pueden administrar.

»Esta mision ha seguido poco mas ó menos la misma suerte que las demás de este Imperio: sufrimientos y vejaciones en tiempos de persecucion, y situacion estacionaria y monótona en tiempos de bonanza. En este segundo estado permanecia desde la última persecucion del año de 1837, cuando el Embajador de Francia Mr. de Lagrenée consiguió el edicto imperial en favor de nuestra santa Religion, el que fue publicado en esta ciudad y capital de la provincia el dia 24 de febrero de 1846. Desde entonces disfrutamos de una completa paz; celebramos las fiestas con toda solemnidad y estrépito de cohetes, porque los cohetes son indispensables en las fiestas Chinas; los gentiles no incomodan á nuestros cristianos; en una palabra, estamos poco menos que si estuviéramos en Manila.

»Ahora cada Misionero tiene su casa, en donde se observa la mas rigurosa clausura; y su iglesia mas ó menos capaz. Ocho de nuestras iglesias podrian contarse en el número de las iglesias medianas de nuestra España. En esta de Focheufu, no solo tenemos una magnífica iglesia, sino tambien una hermosa campana (pesa 76 arrobas), cuyo sonido claro y penetrante anuncia á los cristianos las horas de rezar las Ave Marías, y á los gentiles los despierta al

amanecer, les avisa cuándo es mediodía, y les indica el momento en que el sol llega á su ocaso. En los domingos y fiestas se toca tambien antes de Misa. Fue un regalo que hizo á esta iglesia la piadosa Sra. Doña María Varela (hoy Sor María de la Oracion del Huerto).

»Los Religiosos Misioneros observan la vida comun en cuanto es posible: digo en cuanto es posible, porque las grandes distancias en que se encuentran no permiten una rígida observancia. El P. Angel, por ejemplo, dista de la residencia del Rdo. P. Vicario provincial nada menos que trece dias de camino. Todos los años hace cada uno su desapropio y lo pone en manos del P. Vicario provincial, y al mismo tiempo da cuenta de lo recibido y gastado, de las limosnas de Misas, de las aplicadas y por aplicar, de los Sacramentos administrados, de las necesidades de sus respectivos distritos, etc., etc. El Rdo. P. Vicario provincial por su parte escribe de oficio á sus Misioneros todos los años por el mes de diciembre, haciéndoles las observaciones que juzga convenientes, sin dejar de hacerlo tambien en particular cuando hay motivo para ello.

»En cuanto á los cristianos hay de todo, como en todas partes. Los hombres, por lo regular, son tépidos; pero las mujeres son fervorosas.

»El número de gentiles convertidos al año apenas llega á 200, y la mitad de estos se convierten en el artículo de la muerte. Se les predica, se les distribuyen libros; pero como los Chinos no piensan en otra cosa que en chapecas, lo primero que preguntan cuando tratan de convertirse es que cuánto recibirán al año por ser cristianos.

»Pero si los adultos no se convierten, no por eso dejamos de enviar al cielo muchas almas inocentes por medio de la Obra Pia de rescates, ó sea de la Santa Infancia. Por

la relacion que acompaña verá Vuestra Reverendísima los resultados de la Obra Pia en esta ciudad desde que se instaló aquí, que fue en agosto de 1854. El año pasado compré enfrente de nuestra iglesia nueve casas, las que derribadas me dieron un espacioso solar, y en él estoy edificando un establecimiento para las niñas que sobrevivan, que sin duda serán muy pocas, porque como sus crueles padres no las quieren, las arrojan luego que nacen en un rincon de la casa, y allí permanecen, humedecidas con la sangre de sus crueles madres, hasta que les da gana de presentarlas en las puertas de nuestra iglesia.

Año de 1854.

	Bautizadas.	Muertas.
Niñas recojidas en las puertas de la iglesia...	83	40
De estas, 13 fueron prohijadas por los cristianos, y 30 existian vivas en nuestro poder en 1.° de enero de 1855.		
Suma.............	83	40

Año de 1855.

	Bautizadas.	Muertas.
Niñas recojidas en id. id........................	154	109
De estas, 19 fueron prohijadas por los cristianos, y 56 existian vivas en 1.° de enero de 1856.		
Bautizadas *in articulo mortis* en la miserable casa de espósitos de esta ciudad............	34	26
Párvulos de infieles de ambos sexos bautizados *in articulo mortis*...........................	39	26
Suma.............	227	161

Año de 1856.

Niñas recojidas................................	239	213
De estas, 12 fueron prohijadas por los cristianos, y 70 existian vivas en 1.° de enero de 1857.		
Bautizadas en la casa de espósitos id. id......	538	449
Párvulos de infieles de ambos sexos id. id....	169	127
Suma.............	946	789

Año de 1857.

Niñas recojidas................................	304	312
De estas, 6 fueron prohijadas por los cristianos, y 62 existian vivas en 1.° de enero del presente año.		
Bautizadas en la casa de espósitos............	385	340
Párvulos de ambos sexos......................	276	201
Suma.............	965	853

»El presente año ya llevo recojidas 181, y los párvulos de ambos sexos bautizados *in articulo mortis* ascienden ya á 600.

»29 *de mayo*.=Al dia siguiente de recibir la de Vuestra Reverendísima, escribí al Sr. Vicario Apostólico preguntándole acerca de la Isla-Formosa, y hoy he recibido contestacion, con mas la que es adjunta para Vuestra Reverendísima.

»Ya concluyo, pero pidiendo á Vuestra Reverendísima me disimule la molestia que le haya causado esta carta tan larga.

»Dios Nuestro Señor conserve á Vuestra Reverendísima

por muchos años, y no dude del afecto de su hijo y súbdito Q. S. M. B.=*Fr. Justo Aguilar.*»

Reflexiones sobre la anterior publicacion.

Para contrarestar á la indiferencia, frio egoismo, ambicion, avaricia y sensualidad, que cual virus venenoso se ha infiltrado en la sociedad, me ha parecido oportuna la publicacion de los heróicos ejemplos que nos ofrecen los Misioneros de Tunquin, á fin de estimular á los generosos jóvenes que se sientan con vocacion á las misiones de Asia, y á socorrer á aquellas pobres cristiandades. Estos valerosos caballeros de Cristo, gloria de la Religion y honor de su patria, se lanzan á los mares, emprenden navegaciones de mas de cinco mil leguas, abandonan á sus queridos padres, parientes y amigos; ellos se despiden para siempre de los objetos mas tiernos y mas caros al corazon humano, para penetrar en paises idólatras y salvages, y vivir en climas abrasadores y mortíferos. Despues de una vida azarosa y llena de peligros; despues de sacrificarse dia y noche en las tareas apostólicas, catequizando á los infieles, enseñando á los ignorantes, rescatando á los inocentes niños abandonados por sus padres, consolando á los enfermos, y recibiendo los últimos suspiros de los moribundos; despues de todos estos servicios dispensados á personas desconocidas, y de las que no esperan muchas veces ni aun siquiera la gratitud, no pueden prometerse en este mundo ningun género de recompensa.

El solícito padre de familia tiene el inefable consuelo, en los últimos momentos de su vida, de verse rodeado de tiernos hijos que le acompañan con sus lágrimas; el mili-

tar fiel que sucumbe gloriosamente por las heridas que recibió defendiendo á su patria, ve rodeado su lecho de sus amantes camaradas, que celebran su valor y lloran su desgracia; solos los Misioneros mueren desamparados de todo humano auxilio, atormentados cruelmente y escarnecidos. ¡O mundo siempre ingrato y siempre ciego! Tus aduladores colocan entre los héroes, eternizan en los mármoles, erijen estátuas, y para inmortalizar sus nombres consagran páginas doradas en la historia á los que, si no fueron el azote de sus semejantes, tampoco les prodigaron gratuitos beneficios. Su patriotismo, su humanidad y su filantropía no pasaban de sus lábios. Ni renunciaron sus bienes, ni sus comodidades ni pasatiempos, ni mucho menos espusieron su vida desinteresadamente, porque si alguna vez hicieron alguno de estos sacrificios, demostró la esperiencia que el móvil de sus acciones eran los intereses mundanales, los destinos honrosos, los pingües sueldos, los aplausos, los títulos, las cruces y las jubilaciones.

En vista de esto, cualquier persona imparcial, sean cuales fueren sus convicciones, no podrá menos de confesar que nada es mas justo que el trasmitir á la posteridad la memoria de estos Misioneros ilustres, que por sus hechos heróicos se hicieron tan acreedores á la estimacion pública; nada mas conveniente tambien á la sociedad que la relacion de estos ejemplos desinteresados y generosos, que forzosamente han de escitar en nuestra patria sentimientos de humanidad y de caridad fervorosa. En obsequio de la verdad y de la justicia es preciso confesar, que en España se conservan todavía generalmente sentimientos religiosos, sublimes y caballerosos, aun en aquellas personas cuya fe no es muy pura; y por lo tanto todos

han de celebrar el que nuestra patria produzca todavía tan dignos ministros del Evangelio, jóvenes tan esforzados, invictos mártires, en fin, dignos de ser comparados con los de la primitiva Iglesia. No debo pasar en silencio que los martirios y la vida verdaderamente apostólica de estos buenos religiosos Españoles, servirán para desengañar á muchos incautos que, alucinados con la lectura de malos libros, atribuian á invencion de los clérigos la historia de los mártires de la Iglesia. En la division franco-española abundarán oficiales de talento y de mérito, que podrán ser abonados testigos de las relaciones que remitieron los Misioneros.

Pero yo quiero desentenderme por un momento de consideraciones religiosas; quiero por un momento atender tan solo á los intereses políticos y mercantiles. La España ha sido indisputablemente la primera nacion del mundo que supo conquistar, civilizar y conservar sus colonias. La Inglaterra y sus hijos los Norte-Americanos, esterminaron las tribus de los paises que conquistaron; pero no supieron edificar pueblos y ciudades sino sobre la sangre de los vencidos, ó si les conservaron la vida los hicieron sus esclavos, dejándolos embrutecidos, sin cuidarse de civilizarlos. Pero la nacion Española presenta al mundo miles de leguas conquistadas por sus guerreros, habitadas por los indígenas, convertidos todos á la religion católica, y que fueran hoy la envidia del mundo si los celos y la ingratitud de otras naciones no los hubieran precipitado á su ruina, separándolos de la Metrópoli, que habia sido su mas tierna madre. Lejos de mí el pensamiento de rebajar el mérito militar de los inmortales caudillos Españoles que, apoyados en sus invencibles lanzas, enarbolaron el pendon de Castilla en los régios alcázares

del nuevo mundo, y recorriendo desde Yucatán hasta el Cabo de Hornos, agregaron á su patria 2000 leguas de continente. Pero yo pregunto: ¿qué utilidad hubiera reportado la España de los hechos gloriosos de Hernán Cortés, sin disputa uno de los mas ilustres capitanes del mundo, de los no ya valientes sino temerarios Pizarros, Albarados, y otros muchos que pudiéramos llamar héroes fabulosos si no estuvieran tan comprobadas sus hazañas? En verdad que estos triunfos se hubieran vuelto estériles, si los brazos castellanos no hubieran llevado á retaguardia á los pobres Misioneros, que insinuándose en los corazones de los feroces indios, los amansaran con las encantadoras máximas del Evangelio, suavizaran sus costumbres, los civilizaran en fin, formando un solo pueblo de los conquistados y de los conquistadores. Ellos mitigaron tambien los ímpetus estremosos de los vencedores, é interponiéndose entre ellos y los vencidos, fueron ángeles de paz para unirlos con los vínculos fraternales de la caridad evangélica, haciéndoles respetarse y amarse como buenos hermanos, iguales en dignidad por ser todos hijos de Jesucristo.

Véase si no la notable diferencia entre la conducta de los Ingleses y Norte-Americanos con sus colonos, y la de la España con los suyos. Aquellos los tratan con el mas alto desprecio, los miran como á gente abyecta, vil y degradada, se avergüenzan de enlazarse con ellos, y llega su ridículo orgullo hasta la estravagancia de no conceder los derechos de inglés al niño que nació en una colonia, si su madre no tuvo el cuidado de que su parto se verificase en un buque de su nacion. Hé aquí á qué se reducen esos tan decantados derechos de la igualdad de los hombres, que nos predican incesantemente los parlamentarios de la

altiva Albion, y los fieros republicanos del Norte-América; y hé aqui tambien los sentimientos de fraternidad, de humanidad y de caridad que produce esa religion, enjendro de todos los errores y de todos los vicios, el Protestantismo. Pero la España, guiada de mas nobles sentimientos, inspirada por las dulces máximas del Evangelio, despues de haber obtenido el primer triunfo militar, arrimó, por decirlo así, las armas, dieron por terminada su mision los guerreros, dejando á los religiosos Españoles la dificil tarea de civilizar, mejorar las costumbres de los vencidos, atraer sus simpatías, finalmente, hacerlos Españoles, que se verificaba tan luego como los hacian católicos.

Y no se crea que en estas aserciones hay exajeracion alguna. Compare cualquier imparcial una colonia conquistada y conservada por los religiosos Misioneros, y entonces resaltará la imperiosa necesidad que tiene el Gobierno Español de hacer un esfuerzo estraordinario para aumentar cuanto le sea posible el número de sus Misioneros. La España nunca pudo dominar por las armas la provincia de Oajaca hasta que los Religiosos Dominicos internados en las tribus salvajes, sin otras armas que la cruz y el santo Rosario, convirtieron aquellas gentes feroces en un pueblo de los mas dóciles, sumisos y laboriosos de la Nueva-España: una cosa semejante sucedió en muchos departamentos de Méjico, Guatemala, el Perú y Nueva-Granada; los fértiles y deliciosos desiertos de Coahuila y Sonora fueron agregados á nuestra patria por los celosos, sábios é infatigables hijos de San Ignacio de Loyola; cabiendo no obstante una peculiar gloria á los hijos de San Francisco, que fueron los primeros evangelizadores del imperio de Méjico; sin que sea mi ánimo rebajar en lo mas mínimo el mérito de los PP. Agustinos, Carmeli-

las, Mercenarios y demás institutos religiosos, á quienes la España es deudora de muy importantes servicios.

Las hermosas islas Filipinas presentan hoy al mundo un espectáculo verdaderamente sorprendente. Se dice comunmente que el tiempo de las colonias ya pasó. Este dicho no carece de verdad, porque las naciones mas atrasadas se van amaestrando en el manejo de las armas, y no quieren soportar la dominacion de naciones estrañas. Por otra parte, las contínuas guerras debilitaron á la Europa, y las colonias han aprovechado esta buena ocasion para conquistar su independencia, mientras las naciones Europeas cruel y temerariamente se despedazaban las unas con las otras. Agréguense á esto las viles pasiones de los celos y de la envidia, con que las unas cooperaron á la perdicion de las colonias de las otras, y se verá que no carece de fundamento el afirmar que el tiempo de las colonias ya pasó. Pero esto mismo realza el mérito de nuestra patria, que conquistó, hace tres siglos, las hermosas islas Filipinas, y las conserva pacíficamente. Puede decirse que el caudillo y el alma de una empresa tan arriesgada, y que el piloto que dirijió las naves fue el célebre náutico P. Fr. Andrés Urdaneta, religioso Agustino Calzado, el cual, acompañado de otros recomendables hermanos suyos, adquirió para España aquellas envidiables posesiones. Digo *adquirió* para la España las islas Filipinas, porque lejos de mí el desconocer el incomparable mérito y la gloria inmortal de D. Fernando de Magallanes, tal vez no menos célebre que Colon; como asimismo la prudencia, el consejo y el indomable valor del Adelantado D. Miguel Lopez de Legaspe, comparado por algunos historiadores con Hernan Cortés. El sentido de mi proposicion al atribuir al P. Urdaneta una parte muy especial en la adquisicion de

aquellas islas, consiste en que el espresado Padre dirijió el curso de la navegacion, apuntó el derrotero, formó la carta de marear, y sobre todo porque, ayudado de los Religiosos sus hermanos, conquistó las simpatías de los indígenas, suavizando sus feroces costumbres y convirtiéndolos á la Religion católica. Esforzado y valeroso era el Señor Legaspe; esforzados y valientes eran tambien los soldados Españoles que le acompañaban: pero, en mi concepto, considerada la cruda, maligna y astuta contradiccion que opusieron los Portugueses á la conquista, es muy probable que la espedicion se hubiera desgraciado, si el P. Urdaneta y sus compañeros no hubieran bautizado al Rey de Zebú y á los principales de su nacion, haciéndolos de esta manera fieles vasallos de la España. No fue otro el motivo del fin trágico de Magallanes y de muchos Españoles que le acompañaban en la espedicion á las mismas islas, que el no haber precedido la conversion de los feroces salvajes, que asesinaron á los valientes descubridores.

Es verdad que despues de los PP. Agustinos trabajaron con igual constancia y celo en la reduccion y conversion de las diversas tribus diseminadas en la isla de Luzon, y en las demás de aquel Archipiélago, los PP. Franciscanos, los Agustinos Descalzos, los Jesuitas y los Dominicos. Ellos pusieron en civilidad é hicieron católicos y Españoles á los habitantes de un espacio de territorio dos ó tres veces mayor que la España, si bien hoy se ha perdido alguna parte por haber escaseado el número de Religiosos Españoles que pudiesen dar pasto espiritual á tantos millones de habitantes. Los Filipinos contemplaron impasibles la emancipacion de innumerables colonias; ellos vieron á la España ocupada en guerras de larga duracion, que absorbian todas sus fuerzas y recursos; ellos presen-

ciaron nuestras prolongadas discordias civiles, y, lo que es todavía mas de admirar, sufrieron mas de una vez, con la variacion de autoridades que tenian sentimientos diversos y encontrados: no obstante, en medio de tantos contratiempos, vicisitudes y mudanzas, aquellas hermosas y dilatadas islas permanecieron fieles y leales á una nacion que distaba 6000 leguas de ellas. ¿Era la escuadra de guerra la que intimidaba á los Filipinos para contenerlos en la sumision? No, porque la España nunca tuvo allí escuadra. ¿Era el ejército Español permanente en Filipinas el que conservaba para nuestra patria aquellas codiciadas regiones? Tampoco, puesto que ni aun hoy llegarán tal vez á 600 los soldados rasos que allí tenemos. El ejército de aquellas islas se compone de puros Indios mandados por Españoles. Ninguno podrá desmentirme, si dijere que la conquista y conservacion de Filipinas se debe única y esclusivamente á los Religiosos Españoles. Ellos se captaron la benevolencia y confianza de los indígenas, inspirándoles desde su niñez sentimientos religiosos, sumision á las autoridades, amor y veneracion á los Reyes de España; y como su obediencia no proviene de un temor servil, sino de un deber de conciencia, de aquí es que se prestan gustosos á cualquier sacrificio por penoso que sea. Cuando los PP. Misioneros les aseguraron que era conveniente, para bien de la Religion y del Estado, escarmentar á los piratas de Joló, no solo los soldados Indios, sino tambien los paisanos se ofrecieron voluntarios á aquella espedicion, por el grande respeto y veneracion que les inspiró el P. Ibañez, Agustino Descalzo, que los animaba, mereciendo grandes alabanzas y muy particular mérito las autoridades Españolas que promovieron y llevaron á cabo esta empresa.

En la espedicion Franco-Española que está operando actualmente contra Cochinchina, tienen tambien un peculiar mérito los Misioneros de Santo Domingo, porque habiendo permanecido muchos años en aquel reino, dieron noticias importantes para la direccion de las operaciones militares. Estos dignos hijos de Santo Domingo de Guzman, que tantos dias de gloria dieron á la Religion y á su patria en el Asia, y que tan abundantemente derramaron su sangre por la fe de Jesucristo, marchan ahora en aquella espedicion acompañando á los militares para prestarles los espirituales auxilios, que tanto animan á los soldados católicos en semejantes lances.

Los Misioneros Españoles han sabido inspirar á los Indios un amor á la Metrópoli, mas exaltado aún que si hubieran nacido en España. Detestan á todos los estrangeros, y sobre todo á los Ingleses, recordando la ferocidad con que fueron tratados por ellos cuando en el siglo pasado se apoderaron de Manila. Llegó á tal estremo su furor, que corria gran riesgo de ser asesinada la persona de pelo rubio que caminase por aquellas islas, porque los Indios la tenian por descendiente de Inglaterra. De aquí es que la España posee unas colonias á 6000 leguas de distancia de la Metrópoli, sin necesidad de otro ejército que los indígenas, los cuales, á la vez que conservan unidas á la España aquellas posesiones, las defienden contra una invasion estranjera, y se ofrecen tambien á sacrificar su vida en cualquiera espedicion para vengar los ultrajes inferidos á la España. Compárense ahora los sacrificios de sangre y de dinero que necesita hacer la España para la conservacion de la isla de Cuba, con los que tiene que hacer para la conservacion (por medio de los Misioneros) de las islas Filipinas, y entonces aparecerá la convenien-

cia y la necesidad de abrir tantas casas de Misioneros cuantas sean posibles; para aumentar y conservar los inmensos territorios que todavía posee nuestra patria en el Asia, en el Africa y en la América. Véanse tambien los esfuerzos, espendios, y acaso centenares de miles de hombres que tuvo necesidad de sacrificar la Francia en los treinta años que lleva de guerra para la conquista de Argel, y los 80000 soldados que se ocupan en la defensa de lo conquistado. No: no son permanentes las conquistas violentas, porque no triunfan del corazon de los vencidos. Asi nos lo demuestran las historias antiguas y modernas. Los Griegos, los Romanos, los Cartagineses, los Turcos, y otras muchas naciones guerreras, perdieron el fruto de ruidosas victorias, porque tarde ó temprano los vencidos sacudieron el yugo de sus dominadores. Nosotros hemos presenciado los triunfos del mas grande Capitan de este siglo; hemos admirado el poder colosal de la Gran-Bretaña en Norte-América y en la India, en donde dominaron á la vez á mas de 300 millones de habitantes; pero como sus conquistas eran obtenidas por la fuerza, van desapareciendo rápidamente, y no dejan en pos de sí sino luto, lágrimas, desolacion, y rios de sangre.

En vista de estas consideraciones, tan bien fundadas como sencillas, confesará cualquier imparcial, que si el Gobierno español desea eficazmente estender nuestros dominios, aumentar el comercio, hacer que florezcan nuestras colonias, y recobrar, si no toda al menos alguna parte de la influencia que la España tuvo algun dia, debe aprovechar las lecciones que nos dieron nuestros padres, haciendo que la Cruz y el Evangelio perfeccionen la obra que comenzaron las armas. Mezquinos son los sacrificios pecuniarios que debe hacer la España para esta grande

empresa. Abra unas cuantas casas, que sean planteles en donde se formen estos Misioneros. Protéjalas, auxílielas, y esto solo será bastante para que logre inmensas utilidades políticas y mercantiles para nuestra patria. Es bien seguro que el aumento de mil religiosos en las colonias vale mas para los fines indicados, que un grande ejército aguerrido; porque este, despues de brillantes victorias, no seria dueño sino del terreno que pisase, como sucedió á Napoleon en España, á los Ingleses en la India, á la Francia y á la Inglaterra reunidas en la Gran China. Nunca se repetirá bastantemente: la conquista de los corazones es empresa superior á las armas; este triunfo está reservado á los ministros del Evangelio.

Es una desgracia: la España enseñó á las otras naciones que la predicacion de la Religion Católica forma colonias florecientes y duraderas. No solamente la Francia cristianísima tiene estendidos sus Misioneros por toda la faz de la tierra, sino tambien los altivos y fieros protestantes de Inglaterra y Estados-Unidos de América, han recibido con los brazos abiertos á los religiosos exclaustrados de España para civilizar la Oceanía, las Californias, y otros territorios de gentes corrompidas y aventureras. Desgracia seria por cierto que nuestra patria se olvidase de la conducta de nuestros mayores, los cuales supieron sacar tantas ventajas de este poderoso recurso; porque á decir verdad, no será facil determinar si fueron mas héroes los célebres descubridores de nuevos paises, y los esclarecidos capitanes que obtuvieron grandes victorias por las armas, ó los Misioneros Españoles, que inermes, solos y desamparados, penetraron en los bosques habitados por hombres feroces, antropófagos, y cuyas costumbres eran mas salvajes en cierto modo que las de las mismas fieras.

Con mayor razon son acreedores á las alabanzas que Horacio tributó á Orfeo en su Arte Poética, cuando le colocó entre los intérpretes de los dioses, porque con su sabiduría civilizó á los pueblos bárbaros y silvestres de la Grecia (1). Pues en buena filosofía, el acto mas heróico de la fortaleza no consiste en *acometer*, sino en *sufrir* con firmeza todos los peligros y trabajos. Esta verdad filosófica está comprobada por la esperiencia; porque muchos hay que tengan valor bastante para insultar, herir, matar y acometer, pero se encuentran muy pocos que, pudiendo repeler los ultrajes, los toleren, los sufran con paciencia, vayan en busca de ellos, y sufran la muerte sin defenderse. Esto es lo que hacen los Misioneros: ellos libre y espontáneamente salen al encuentro de los peligros, de las persecuciones y de la muerte; y todo esto para hacer felices á los mismos que los infieren todos estos males.

El Gobierno Francés ha comprendido bien que el heroismo de sus Misioneros hace grande honor á su patria; asi es que sus navíos de guerra conducen gratuitamente á estos ministros Franceses, y mas de una vez tambien á los estranjeros, porque, como admiradores que son de todo lo bello, los miran como á bienhechores del género humano, que con no menos generosidad que abnegacion se sacrifican desinteresadamente por hacer felices á sus semejantes. Los franceses, cuando se trata de Misioneros, sean cuales fueren sus creencias, todos son católicos. Saben sobreponerse á preocupaciones, vulgaridades y miras raquíticas, porque su patriotismo los hace venerar á todos los que promueven el

(1) Silvestres homines sacer interpresque Deorum
Cœdibus, et victu fœdo deterruit Orpheus,
Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones.

bien de la Francia. Desventura fuera por cierto si la España olvidase las lecciones tan provechosas que dió á los otros paises en orden á Misioneros, y que sola ella quedase privada de tanto bien. Aunque sea de paso, y compelido por las circunstancias, tocaré un punto harto odioso para mí. Hay muchas personas á quienes parece que en cada Relígioso contemplan un enemigo de sus ideas políticas; pero grandemente se equivocan, porque los Misioneros se cuidan muy poco de esas cosas. Su mision es mas elevada, y nada les importa que el Gobierno político sea este ó aquel. Ellos en las colonias Españolas han sido los mas fieles servidores de su patria; ellos *tal vez serán los únicos* que puedan presentar una historia sin mancha en esta parte; siendo público y notorio que de las otras clases de la sociedad se cuenta un número considerable de traidores: habiendo sucedido una cosa igual en la guerra de la Independencia contra la Francia.

En las actuales circunstancias no podrá escojitar el Gobierno de S. M. un medio mas poderoso para la conservacion y aumento de sus colonias, un medio sin comparacion menos dispendioso, que el abrir nuevas casas para los Misioneros; y muy especialmente es indispensable esta medida respecto de los Dominicos de Asia, porque siendo ellos los *únicos* Religiosos Españoles que en la actualidad tienen Misiones en el imperio de la China y en el de la Cochinchina, no les sería posible atender á la administracion de estos paises, cual conviene á los intereses políticos y mercantiles de su patria, si no se aumenta considerablemente el número de sus individuos. Tiene todavía mas fuerza esta imperiosa necesidad atendido el estado del Japon, que por los nuevos tratados con Inglaterra abre las puertas á la predicacion del Evangelio; y los Dominicos, que en los tiempos

pasados regaron abundantemente con su sangre aquel reino, no serán ahora los últimos en alistarse para las empresas apostólicas. Entonces serán allí, como lo son hoy en China y Cochinchina, el honor y gloria de nuestra patria, los fieles corresponsales del Gobierno, y hasta los mejores amigos y consejeros de los comerciantes Españoles.

Lo mismo diré de la Isla Formosa, conquistada por los Chinos, por los Españoles y por los Holandeses, y últimamente vuelta al dominio de los Chinos. Esta isla, llamada con razon la Formosa, fuera una adquisicion de grande importancia para la España, y tal vez no dificil en las actuales circunstancias, y mucho mas cuando los Españoles son los únicos que inspiran confianza á los Chinos. Pero aun dado caso que esto no fuera asequible, sería muy facil el granjear las simpatías de aquellos isleños si los Misioneros Españoles predicasen el Evangelio á sus moradores, como lo hicieron años pasados los Dominicos, cuando tenian abundancia de operarios y la referida isla estaba bajo el dominio de España.

La Formosa ocupa respecto de la China la misma ventajosa posicion que la de Cuba en el seno Mejicano. No la separa de aquel imperio sino el estrecho que lleva su nombre: es llave de China y del Japon. Allí podrian establecerse factorías Españolas, serviria de escala á nuestros buques, se aumentaria considerablemente nuestro comercio, y se acortarian las distancias de la navegacion desde Filipinas, evitándose el tener que tocar en Macao.

Pero sin recurrir á nuevos proyectos, en las mismas Filipinas hay todavía un número considerable de Indios salvajes, tribus errantes que se civilizarian si no fuera tanta la escasez de ministros. Esta fue una de las causas de no haberse consumado la pacificacion de los feroces igorrotes, en

la que tanto trabajaron los Dominicos, si bien cupo una peculiar gloria en esta obra al valiente Sr. Coronel Oscariz. Es preciso repetirlo mil veces: solo la unidad de sentimientos religiosos puede unir á los hombres con vínculos de amistad sincera; solo la religion Católica puede hacer conquistas duraderas, porque sola ella posee la caridad, que une indisolublemente los corazones con un amor tierno, generoso y desinteresado.

Esta publicacion podrá servir de consuelo á las almas piadosas, al paso que escitar á los jóvenes Españoles de esforzado corazon, que inspirados de Dios se resuelvan á conseguir el cielo por el camino abreviado del martirio, alistándose en las banderas de Santo Domingo de Guzman en el Colegio de Misioneros establecido en Ocaña. Sabido es que los Españoles son los mas á propósito para las conquistas religiosas y militares. En todas las naciones del antiguo y del nuevo mundo están escritos con caracteres indelebles sus triunfos. Los Misioneros de la España están estendidos sobre toda la faz de la tierra, y siempre corren presurosos á los puestos avanzados en donde se encuentran los mayores peligros. Ahora, pues, es la ocasion de aprovechar la oportunidad que les ofrecen la China, el Japon y la Cochinchina; ahora que se abren las puertas para la predicacion libre de Evangelio. La muerte gloriosa de los Misioneros Dominicanos, yo así lo espero en Dios, ha de ser fecunda semilla, que produzca muchos hijos para la Orden de Santo Domingo. Tal vez algunos de los Señores que en otro tiempo desearon acompañar á las VV. Señores Diaz y Melchor, y no pudieron desembarazarse entonces de algunas dificultades que se les opusieron, escucharán hoy en el centro de su corazon la voz poderosa y eficaz de sus buenos amigos que les dicen desde el cielo: ¡O compa-

ñeros nuestros, mirad cuán pronto se acabaron los trabajos: mirad cuán generosamente premia Jesucristo á los que por su amor todo lo desamparan. Todavía es tiempo de proporcionaros una rutilante corona; y si por vuestra edad no podeis aspirar á la dicha de ser mártires, todavía podeis ser muy venturosos si, dejándolo todo por Dios, abrazais la vida religiosa. No lo dudeis, porque son palabras de Jesucristo: á la vida religiosa está prometido el cien veces doblado en esta vida, y en la otra la felicidad eterna.



ÍNDICE.

Páginas.





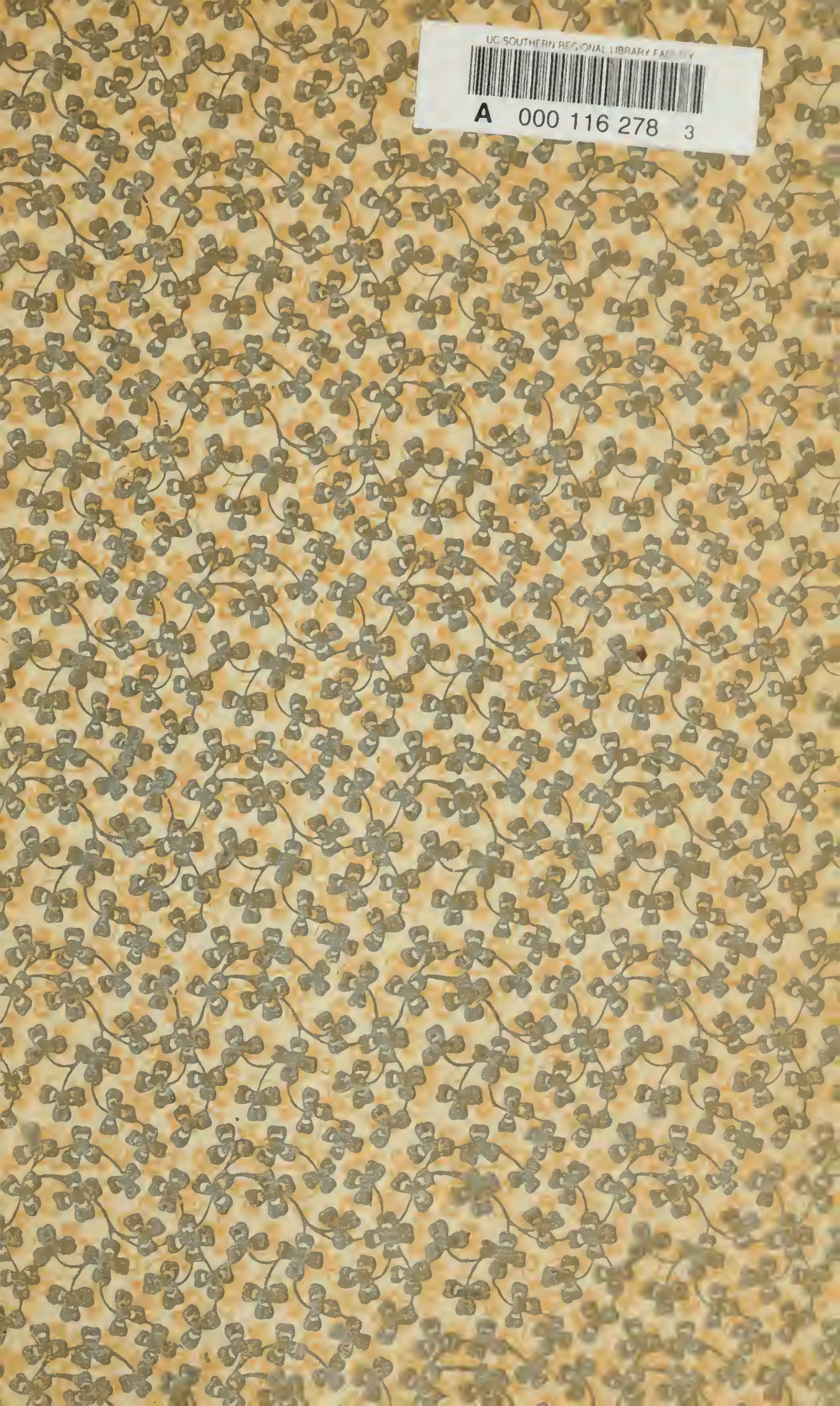











UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 116 278 3

